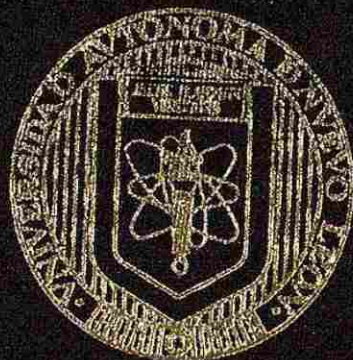


UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
DIVISION DE ESTUDIOS DE POSTGRADO**



**EL DISCURSO ZAPATISTA: UNA VISION
DESDE EL ANALISIS DEL DISCURSO**

Tesis que para obtener el grado de
MAESTRIA EN METODOLOGIA DE LA CIENCIA.

PRESENTA

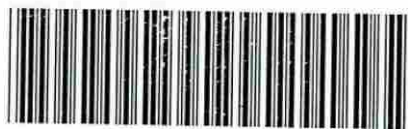
ROLANDO PICOS BOVIO

DIRECTORA DE TESIS: DRA. LIDIA RODRIGUEZ ALFANO

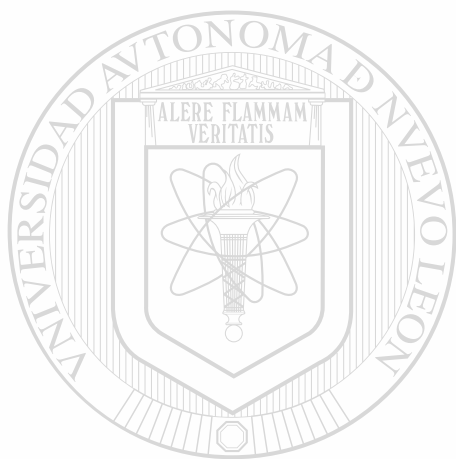
CD. UNIVERSITARIA, SAN NICOLAS DE LOS GARZA, N. L. JULIO DE 2003

TM
Z7125
FPL
2003
.P5

EL DISCURSO ZAPATISTA: UNA VISION
DESDE EL ANALISIS DEL DISCURSO



1020148496



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

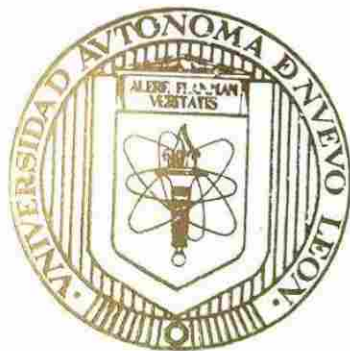


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

DIVISION DE ESTUDIOS DE POSTGRADO



**EL DISCURSO ZAPATISTA: UNA VISION
DESDE EL ANALISIS DEL DISCURSO**

Tesis que para obtener el grado de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
MAESTRIA EN METODOLOGIA DE LA CIENCIA

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRESENTA

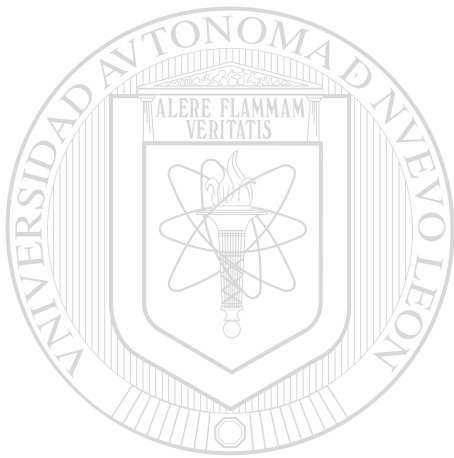
ROLANDO PICOS BOVIO

DIRECTORA DE TESIS: DRA. LIDIA RODRIGUEZ ALFANO

UNIVERSITARIA, SAN NICOLAS DE LOS GARZA, N. L. JULIO DE 2003

312126

TH
Z7125
FFL
2003
.P5



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
TESIS

APROBACIÓN DE TESIS

Director (a) de Tesis:


Lidia Rodríguez Alfano

Sinodales

Firma

Dra. Lidia Rodríguez Alfano

M.L.E. Maria Eugenia Flores Treviño

M.C. Benigno Benavides Martínez

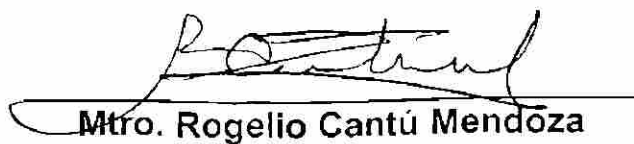






UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS


Mtro. Rogelio Cantú Mendoza

Subdirector de Posgrado de Filosofía y Letras



Dedicatoria

Esta tesis está dedicada a Sandra por entender que al final todo esto tenía sentido en mi vida y a Marco Sebastián, mi hijo, de quien espero algún día valore la aportación de este trabajo y entienda la necesidad de “reinventar” el mundo desde la justicia, la igualdad y el optimismo, labor que yo no concibo ajena a la reflexión filosófica.

También se lo dedico a la que, como ninguna otra persona en el mundo ha creído y creyó en mí pese a conocerme tan bien: a mi madre que alimentó de una forma o de otra esta chispa de rebeldía que espero no perder y le dio sentido al encauzarme, con su ejemplo, en el interés por el mundo y por la cultura. Se que no sólo una vez compartimos este profundo amor por la vida que al final de cuentas es la enseñanza más grande que se pueda compartir entre madre e hijo.

Este trabajo también expresa su deuda manifiesta con las comunidades indígenas de todo el país y en particular con las comunidades zapatistas en Chiapas que, desde la resistencia al acoso, la mentira y el olvido, han demostrado que es posible una relectura de la historia mexicana contraria al racismo y la opresión.

Finalmente dedicó esta investigación a mis hermanos y a los amigos que apoyaron mis esfuerzos en diversos sentidos: a Oscar Silva y a Sergio Flores en particular mi agradecimiento y, aunque suene a contrasentido también a los funcionarios que pusieron trabas y obstáculos a esta tesis, pues con ello me obligaron a mejorarla y a sustentarla de mejor forma.

Y al *subMarcos*, por supuesto.

Agradecimientos

El camino para llegar a concretar esta tesis no hubiera sido transitable sin el apoyo desinteresado y la colaboración decidida de varias personas que orientaron este trabajo en forma directa e indirecta, desde la presencia y la ausencia. En forma especial mi reconocimiento a la ayuda desinteresada, insistencia metodológica y confianza de mi directora de tesis, la Doctora Lidia Rodríguez Alfano, quien me puso en contacto con el campo temático del análisis del discurso, disciplina que se me ha revelado en toda su riqueza conceptual, como un instrumento de comprensión de grandes aportes para las ciencias sociales. A ella le reitero mi reconocimiento de su entrega y dedicación en la formación docente, algo poco común en algunos ambientes académicos en que el conocimiento se ha constituido como un fin en sí mismo, lo que para mí le vale, como a ninguna otra persona, el calificativo de "maestra".

Igualmente va mi agradecimiento a la Doctora Julieta Haidar, catedrática de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, quien, desde sus textos me ha proporcionado una guía clara para salir de confusiones en algunos autores y ha ampliado mis perspectivas en el valor de algunos otros con enfoques distintos y, sobre todo, desde una claridad conceptual que posibilita ese acercamiento al análisis del discurso. Aunque personalmente no he entablado una relación personal con ella, coincido, en la apreciación de sus trabajos y de su trayectoria académica en que ya es "escuela obligada", referencia indispensable para los estudios de esta disciplina en el país. Indirectamente también es la responsable de mi acercamiento, aun inicial, a la semiótica de la cultura planteada por Iuri Lotman en la Escuela de Tartu y cuyos fundamentos he querido desarrollar en este trabajo.

Otros agradecimientos y deudas intelectuales se dirigen al Doctor Pedro Reygadas cuyos trabajos de tesis de licenciatura y maestría sobre Chiapas, en particular en lo referente a la descripción de las condiciones estructurales que detonan la violencia revolucionaria encabezada por el EZLN y a sus estudios sobre la argumentación zapatista, que han sido de gran ayuda en este trabajo y han complementado la visión que intentamos desarrollar en nuestra investigación. A la Doctora Luisa Irene Fonte, cuyo

análisis sobre el discurso de la prensa en Cuba en los años 20, en particular el referido al funcionamiento de la enunciación me aclaró algunas dudas metodológicas. A ella le debo la gratitud por su disposición personal para expresarme su opinión sobre mi proyecto de investigación y espero que posteriormente sobre el resultado final de mi trabajo de tesis.

Mi reconocimiento y mi gratitud también a mis maestros de postgrado, a los que están y los que no están en el ámbito académico más próximo, pero que no por eso dejan de ser amigos míos como el maestro Juan Ángel Sánchez que espero enriquezca con sus críticas el resultado de estos esfuerzos.

A Don Pablo, el bibliotecario de la biblioteca "José Alvarado", por sus atenciones constantes y buen trato que lo distingue, a mis compañeros de trabajo y a mis alumnos que han conocido y sufrido de alguna forma las aspiraciones de este trabajo y que han sido un aliciente para no decaer en el logro de este, tan difícil en ocasiones, objetivo académico.

Agradezco finalmente a la Universidad Autónoma de Nuevo León y en particular a la Facultad de Filosofía y Letras el haberme proporcionado los elementos de formación intelectual para poder aspirar a este nivel, en el entendido que este conocimiento es el depositario de un saber colectivo que obliga también a quien lo posee a universalizarlo sin distinciones, sin egoísmo y sin trabas de ningún tipo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ÍNDICE ANALÍTICO

Índice.....	5
Prólogo.....	8
Introducción.....	11
Capítulo 1. Significado del zapatismo como fenómeno histórico-político contemporáneo.....	27
1.1 Etiología del zapatismo.....	30
1.2 La guerrilla en México.....	49
1.3 Chiapas y el estallido guerrillero de 1994.....	59
1.4 La “reinvención” de la cuestión indígena.....	79
1.5 El discurso del subcomandante Marcos y el zapatismo.....	93
1.6 La caravana zapatista.....	105
1.7 La entrevista Scherer-Marcos.....	115
Referencias en el texto.....	118
Anexo: Transcripción de la entrevista Scherer-Marcos.....	122
Capítulo 2. La enunciación del discurso zapatista.....	134
2.1. Definiendo los actos de enunciación.....	136
2.2. El aspecto indicial.....	137
2.3. La modalización.....	144
2.4. El implícito, presupuesto y sobrentendido.....	150
2.4.1. Presupuestos y sobrentendidos en el discurso de Marcos.....	153
Referencias en el texto.....	157
Capítulo 3. Condiciones de producción y recepción de los discursos.....	158
3.1. Condiciones de posibilidad de los discursos.....	160
3.1.1. Procedimientos de exclusión.....	161
3.1.2. Procedimientos que determinan las condiciones de uso.....	169
3.2. Formación social, formación ideológica y formación discursiva.....	173
3.3. Lugar social y formaciones imaginarias.....	176
3.4. Discurso y coyuntura.....	185
3.5. Relación ideología-discurso.....	195
3.5.1. Rasgos y mecanismos de la ideología.....	201

3.5.2. La creación del referente.....	209
3.5.3. La apelación objetivadora y la amalgama.....	210
3.5.4. La presuposición.....	211
3.5.5. La falsa causalidad.....	213
3.5.6. Los deslizamientos de sentido.....	214
3.5.7. Las dicotomías.....	216
3.5.8. El eufemismo.....	216
3.5.9. El falso performativo.....	217
Referencias en el texto.....	218

Capítulo 4. Estrategias argumentativas del

subcomandante Marcos..... 220

4.1. La neo-retórica..... 225

4.2. El espacio de la argumentación..... 228

4.3. Persuadir y convencer..... 233

4.3.1. Procedimientos retórico-lógicos en la entrevista al subcomandante
Marcos..... 234

4.3.2. Argumentos basados en la estructura de lo real..... 242

4.3.3. Una revisión crítica de la argumentación
y el auditorio universal..... 249

4.4. Mecanismos retóricos integrados en la lengua..... 254

4.5. *Backings* y *warrants* en los discursos de Marcos y Scherer..... 263

4.6. La argumentación en la refutación de tesis..... 268

Referencias en el texto..... 276

Capítulo 5. Semiótica de la imagen en Marcos..... 278

5.1. El espacio de la semiótica..... 281

5.1.1. Semiótica clásica..... 283

5.1.2. La semiótica de la cultura: el modelo de Iuri Lotman..... 292

5.2. Análisis semiótico de algunos símbolos..... 299

5.2.1. El Pasamontañas-la máscara..... 301

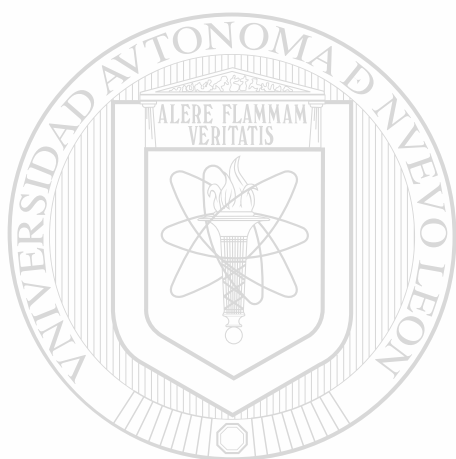
5.2.2. La pipa. Los orígenes sociales..... 311

5.2.3. La gorra y la estrella de cinco puntas..... 312

5.2.4. El uniforme. El color y el mensaje..... 314

5.2.5. El pañuelo..... 315

Referencias en el texto.....	318
Conclusiones.....	321



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Prólogo

Una digresión metodológica

Toda interpretación de la historia, por ser particular, es discriminatoria en cierto modo. Interpretar significa establecer un punto de partida, un sistema de valores y categorías desde el cual se analizan los fenómenos que interesa describir y explicar. Este punto de partida es particular y a la vez es resultado de un proceso de construcción social que se matiza por los intereses particulares y la ideología que permea la actitud del "interpretador" respecto a su objeto de estudio.

En ciencia, ni historiadores, ni sociólogos, ni otros "lectores de la realidad" escapan del peso ineludible de esta subjetividad en el proceso de la investigación y en la construcción de explicaciones científicas que son, en este sentido, interpretaciones, sólo que con mayor sistematicidad y basadas en un método científico.

Los debates que en las ciencias sociales ha desatado el tema de la objetividad y la subjetividad han servido para marcar las distancias respecto a la supuesta neutralidad valorativa del investigador sobre su objeto de estudio, concepción heredada de las teorías neopositivistas que continúa teniendo fuertes partidarios (Sánchez Vázquez, 1983, pp. 139 y ss).

Nos encontramos de esta manera ante un panorama en el que, de una forma u otra y apoyado en el impresionante desarrollo de la tecnología en el siglo XX, el ideal positivista de una ciencia "libre de valores" (identificados por esta postura con la filosofía y la metafísica "especulativas") sigue teniendo importantes partidarios en las discusiones epistemológicas contemporáneas, discusiones de las que no son ajenas, por supuesto, las ciencias sociales.

La génesis de esta imagen heredada de la ciencia tiene que ver con el significado mismo de ciencia, resultado de un dogma que parece inatacable. En la vida diaria utilizamos corrientemente los términos "ciencia" o "científico" para referirnos de manera indistinta a cualquier conocimiento que identificamos con criterios inmediatos de racionalidad y objetividad. Lo científico es lo verdadero frente a cualquier otra forma de conocimiento especulativo que no comparte los criterios rígidos de la objetividad científica.

Esta imagen de la ciencia y de la práctica científica es el sustrato ideológico que ha legado la sociedad tecnológica al nuevo siglo y que ha convertido a la ciencia en un concepto nebuloso y abstracto, difícil de establecer con claridad si no es relación a fines instrumentales.

A la visión pragmática de la ciencia han contribuido tanto el cientificismo positivista en su afán de disociar la realidad de la producción del conocimiento –el entorno histórico-cultural donde nacen las “tradiciones científicas”- como la filosofías especulativas de corte metafísico y religioso.

Frente al problema de definir la ciencia y el conocimiento científico no existen respuestas fáciles ni apriorísticas para delimitar lo que es científico de lo que no lo es. Se parte de la complejidad del fenómeno a estudiar y de la relación particular que establece el observador/investigador desde sus determinaciones epistemológicas, sociales y culturales en relación a su método de investigación. De ahí la imposibilidad de cualquier pretendida unidad del método que unifique arbitrariamente lo de que es por naturaleza diverso, como lo es el conocimiento de las Ciencias Sociales.

Si el conocimiento es una construcción social, como lo proponen las tesis constructivistas, significa entonces que no existen realidades independientes que justifiquen una visión universalista; hay, sí, una relación estrecha entre conocimiento e interés: “El análisis de la interrelación entre conocimiento e interés debería apoyar la afirmación de que una crítica radical del conocimiento sólo es posible en cuanto teoría de la sociedad” (Habermas, 1990, p. 9).

De esta manera la racionalidad no es concebida sólo como una facultad, sino como un método en función del cual se aceptan o rechazan fines, metas o deseos. La racionalidad exige entonces una determinada praxis en relación con tales fines, que se sustentan en ideologías que les dan contenido y orientación, y que comprometen, por ese simple hecho, la valoración de la realidad por parte del investigador, en ciencias sociales; dado que éste trabaja con conceptos y teorías sobre la realidad y no sobre la realidad misma, como señala Padua, una lo teórico y lo empírico para clarificar sus conceptos (1981, p. 29).

La determinación del método para acercarnos a la comprensión es decisiva para elaborar el objeto propio de la disciplina. En Marx (1986) con su distinción entre el nivel de los conceptos y el nivel de lo concreto esta relación se torna explícita:

“La totalidad concreta, como totalidad del pensamiento...es in facto un producto del pensamiento y de la concepción, de ninguna manera es producto del concepto que piensa y se engendra a sí mismo, desde fuera y por encima de la intuición y de la representación, sino que, por el contrario es un producto del trabajo de elaboración que transforma intuiciones y representaciones en conceptos (p. 34).

Nada más lejano al investigador que la indiferencia ante su objeto de estudio. La realidad no se autoconstruye, como la idea hegeliana de la historia. Cuando se habla desde las perspectiva de las ciencias sociales y se establece la relación dialéctica entre el sujeto cognoscente y el hecho social que busca ser conocido, el hecho social remite a una complejidad fenoménica donde la descripción de los hechos no agota su explicación.

Weber (Sobre la teoría de las Ciencias Sociales, 1971) señala que las ciencias sociales son ciencias comprensivas (*verstehen*) que posibilitan el conocimiento (*erklären*) de la realidad y que destacan precisamente el valor de esa realidad, que debe ser entendida en el contexto de la cultura en

que se genera:

“La ciencia social que nosotros queremos practicar aquí es una ciencia de la realidad. Queremos comprender la peculiaridad de la realidad de la vida que nos rodea y en la cual estamos inmersos. Por una parte, el contexto y el significado cultural de sus distintas manifestaciones en su forma actual, y, por la otra, las causas de que históricamente se haya producido así y no de otra forma”. (p. 34)

En este sentido, entendemos que el investigador nunca permanece ajeno al resultado de sus propia lectura sobre el mundo: fija su postura, se compromete, apuesta por el valor de su propio conocimiento; así, al hablar del zapatismo y de su significado como fenómeno político y social nosotros asumimos este principio.

Introducción

La dimensión simbólica del lenguaje a través de la cual le damos sentido a las cosas y permitimos su comprensión ha sido motivo de análisis desde diferentes perspectivas. De la psicología a la lingüística; de la sociología a la historia y en forma general en la filosofía, el estudio del lenguaje ha sido motivo de interés y reflexión. En el *Cratilo*, o del lenguaje, Platón (439A) plantea si éste responde a una mera convención o, por el contrario, cada objeto tiene que ver con las propiedades del nombre con que se identifica. Aristóteles con sus estudios sobre la argumentación en *La Retórica* (1354A15), y otros filósofos después continuaron el estudio del lenguaje como dimensión constitutiva de lo humano.

El problema sobre el origen y funciones del lenguaje se convirtió al paso de los siglos en el objeto de estudio principal de la lingüística, cuyos fundamentos modernos los encontramos en Ferdinand de Saussure (1857-1913), quien sostiene, en términos generales, que la lengua es un sistema de signos estructurados. Distingue así la *langue* como sistema de signos abstractos creado a partir de la necesidad del trato social y la *parole*, es decir, el habla, como uso de ese sistema (*Curso de Lingüística General*, 1945)..

Por otra parte, las aportaciones de Piaget (1969, 1973, 1978) y de Chomsky (*El conocimiento del lenguaje*, 1989) son imprescindibles para comprender el desarrollo interdisciplinario de la lingüística, que comprende: la psicolingüística, de importancia fundamental para comprender los mecanismos de la adquisición y estructuración del lenguaje; y la sociolingüística, que estudia la relación entre el entorno social y las variedades de uso de la lengua.

Este desarrollo tan impresionante de las ciencias del lenguaje no se podría explicar si no se ve la relación cada vez más estrecha que guardan con las ciencias sociales; particularmente la antropolingüística que estudia el fenómeno del lenguaje en una dimensión que permite comprender su correlación con el mundo social en las distintas culturas.

Así, en sus estudios dentro de la antropología estructural, Claude Lévi-Strauss (*El pensamiento salvaje*, 1962) abre la puerta a la perspectiva que rescata el simbolismo de las prácticas lingüísticas en sociedades no tradicionales. Al mismo tiempo, inicia el destierro de las nociones etnocentristas que, por décadas, dominaron el panorama de la investigación cultural.

La pluralidad de enfoques sobre el estudio del lenguaje en el siglo XX origina también un mayor interés por entender la relación entre éste y las condiciones en que se produce y se recibe, las que son determinadas por la formación social correspondiente; y, dado que esta formación se sostiene con la ideología respectiva, el lenguaje ya no sólo interesa por su simbolismo, sino en la dimensión ideológica que subyace en él como discurso.

Si la historia del hombre es la historia del desarrollo de sus ideas en el mundo (que da como resultado la civilización y la cultura), el lenguaje es uno de los vehículos trasmisores de estas ideas. La palabra manifiesta así su poder de interpretar y transformar la sociedad precisamente a través del discurso, de la enunciación concreta, que guía la acción de los hombres

La historia humana sólo puede ser entendida y tener un sentido si se ve la conexión entre la comprensión del mundo y su transformación en el contexto social, que nunca es abstracto, sino que media la multitud de condicionamientos del sentido. Es decir, con los cambios cuya dinámica no está predeterminada, sino que es producto de múltiples factores que señalan el camino y propician las transformaciones en contextos socio-históricos concretos.

Objeto de estudio

La presente investigación tiene como objeto de estudio al discurso zapatista, y de éste, hemos tomado de la entrevista del periodista Julio Scherer al Subcomandante Marcos como referencia básica en particular porque consideramos que:

1. Es representativo del discurso del zapatismo en los medios de comunicación y de los planteamientos generales de las demandas del EZLN que han constituido la base de su discurso histórico.

2. Nos proporciona un acercamiento directo a la personalidad del Subcomandante Marcos y posibilita la diferenciación de los planteamientos que asume como líder político-militar del zapatismo y los suyos propios. Es decir, que en su discurso podemos encontrar rasgos indiciales desde donde es posible identificar esta ambivalencia.

3. Posibilita la interpretación, a partir del análisis semiótico del líder zapatista como icono cultural, de los códigos implicados en la construcción (consciente o inconsciente) de la imagen de Marcos, la cual se difunde a través de los medios de comunicación a la sociedad en general.

4. La entrevista tiene lugar en una coyuntura histórico-política (la marcha zapatista al EZLN que significa la ruptura del aislamiento político-ideológico de su movimiento) enmarcada en un proceso de transición política (alternancia partidista) del régimen y en una circunstancia mediática única (Julio Scherer fundador de la revista Proceso en coproducción con Televisa: dos polos históricamente opuestos en su concepción periodística e ideológica; en televisión abierta, en horario "Triple A" en términos de "rating") que asegura un impacto determinado sobre la creación de la llamada "opinión pública" nacional e internacional.

Particularmente nos interesa trabajar el discurso zapatista por todo el simbolismo que encontramos en su estrategia de comunicación a que nos hemos referido y que recrea varios mundos que aluden a la historia y a la diversidad y que no pueden interpretarse sólo desde el eje de la política.

La entrevista que analizamos también es simbólica por varios motivos. Primero, porque conjunta a dos personalidades agudas y críticas de nuestro tiempo y amalgama a dos sujetos cuyo oficio verdadero reside en el poder de la palabra entendida en el sentido de la persuasión.

5. Representa, en términos históricos, la primera ocasión en que un movimiento armado de disidencia –en términos de la historia de las guerrillas en México- se encuentra en condiciones de establecer una agenda de diálogo político con un gobierno que reconoce la legitimidad de su discurso. Establece además un precedente histórico en tanto que la presencia de la comandancia zapatista en el

Congreso representa un evento también inédito en la historia política nacional que dio pie a una nueva valoración de las reivindicaciones y el discurso indígena.

No obstante lo anterior, nuestro trabajo se apoya en una gran diversidad de fuentes de información como comunicados, entrevistas, análisis periodísticos y académicos de la insurgencia del zapatismo como fenómeno histórico contemporáneo. Esta diversidad se expresa en los contenidos de los diferentes capítulos de la tesis como una forma de establecer un equilibrio en la valoración del discurso del EZLN y de sustentar las hipótesis y puntos de vista en relación a los puntos principales de análisis.

Metodología

Este trabajo de tesis se enmarca dentro de tres líneas de interpretación que le dan sentido al cuerpo de la investigación y que determinan sus orientaciones. La primera es la línea histórica, desarrollada bajo la perspectiva del materialismo histórico marxista que busca entender cómo el mundo material y lo que hacen los hombres con él constituyen las bases para entender la historia de los hombres como historia de las sociedades. Para ello, en nuestro análisis del contexto histórico de la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas, hemos realizado una revisión general de las características del sistema político mexicano desde la Revolución Mexicana a los albores de la rebelión indígena de 1994, y de los procesos de transformación del Estado que se constituyen en una de las formas de plantear las condiciones de producción y recepción del discurso zapatista.

Nuestra concepción de la historia considera que ésta no puede ser entendida sino desde la multilateralidad y la interdisciplinariedad, por lo que, en la medida de lo posible, hemos intentado desarrollar un estudio histórico del zapatismo alejado de las teorías personalistas de la historia. Nuestra referencia a una gran cantidad de autores en esta parte de la tesis tiene este propósito de objetividad y de fundamentación científica.

El eje fundamental del trabajo, en lo que se refiere a la parte metodológica se encuentra en la aplicación de los métodos propios del análisis del discurso, que

desarrollamos en tres áreas o ramas principales: la enunciación, el análisis de las condiciones de producción, circulación y recepción de los discursos propuestos por los autores representativos de la Escuela Francesa de Análisis del Discurso y la argumentación, coincidimos en entender al análisis del discurso como un valioso instrumento teórico-metodológico para la comprensión del funcionamiento de las prácticas discursivas en distintas instancias relacionadas con la interacción de los sujetos (Haidar, 2000).

En torno a la **Teoría de la Enunciación** partimos del trabajo de Benveniste (1979) para quien el discurso sólo tiene sentido en el **acto de enunciación** concreto, en el empleo de la lengua por un locutor que se dirige a un oyente y enuncia su posición por medio de indicios específicos (p. 82), y que expresa, por tanto cierta relación personal con el mundo en una dimensión dialógica. Benveniste señala que en todo discurso siempre existe una intención persuasiva, una intencionalidad en el mensaje donde un emisor busca influir en un receptor. En el caso del discurso político esta intención es esencial y constituye el resorte de la actividad política.

De las propuestas de la Teoría de la Enunciación, abordamos las que describe el funcionamiento de la **deixis** y la **modalización** en la enunciación y con un enfoque que articula planteamientos de la semántica pragmática y de los estudios de la argumentación en la lengua, analizamos **lo implícito, lo presupuesto y lo sobrentendido** en el discurso. Con este fin seguimos a Ducrot (1982) y establecemos la manera en que la orientación de los enunciados hacia una conclusión dada opera en la entrevista de Scherer a Marcos.

Otra perspectiva que analizamos en el estudio de la argumentación parte de las aportaciones de la **neo-retórica**, desarrollada por Perelman y Olbrecht-Tyteca (1958, 1989), quienes, partiendo de la crítica a la lógica-matemática y a las teorías de corte positivista, proponen la reivindicación de los estudios de la argumentación, que se proponen “el estudio de los medios discursivos que sirven para obtener la adhesión del auditorio” (p. 39).

Además, aplicamos los modelos de Toulmin (1979) y Kopperschmidt (1985), ya que el primero propone un análisis argumentativo de inspiración aristotélica donde

se manifiesta la organización de la tesis en que se apoyan los argumentos; mientras el modelo de Kopperschmidt aplica a la refutación cuando este autor define la argumentación como el uso de una afirmación sea para apoyar o para debilitar otra cuya validez genera polémica (p.159).

Dentro del estudio de los modelos de argumentación que incluyen la refutación retomamos también algunos planteamientos de Puig (1991), Courtine (1981), Oleron (1983) y Haidar (2000) entre otros.

La vertiente que dentro del análisis del discurso desarrollamos es la planteada por la Escuela Francesa de Análisis del Discurso, cuyos postulados generales hacen la distinción entre **enunciado** y **discurso**: el primero es "la sucesión de oraciones emitidas entre dos blancos semánticos (en tanto), el discurso es el enunciado considerado desde el punto de vista del mecanismo discursivo que lo condiciona" (Maingueneau, 1976, p. 16). Así, cada vez que nos referimos al "discurso" lo hacemos en el sentido que le da esta escuela, que lo plantea como prácticas discursivas en las que las prácticas sociales inciden de manera determinante y determina en este proceso la producción y reproducción de la vida social (Haidar, 2000. p. 33). El discurso así entendido se relaciona con las estructuras de poder y los funcionamientos de la ideología.

En el análisis del discurso zapatista entendemos por **discurso político**, "el discurso que exhibe un vínculo explícito con las estructuras institucionales del poder y con el campo de las relaciones sociales asociadas a dichas estructuras" (Verón, 1978).

En el análisis de los funcionamientos del poder y de la ideología que inciden en la entrevista Scherer-Marcos, tomamos como base la vinculación de **poder y discurso** propuesta por Foucault (1972), y también el orden impuesto mediante los controles externos e internos del discurso. Articulamos estas propuestas con un enfoque similar dado al análisis del discurso por Eliseo Verón (1978), quien señala que "poder" designa tanto la dimensión de los efectos del discurso como las formaciones históricas en que se manifiesta y que es precisamente el discurso político el que tiene esta relación "privilegiada" con el poder

Retomamos asimismo las aportaciones al **análisis de la ideología** hechas por: Marx (1975), Althusser (1968), Gramsci (1988), Pêcheux (1976), Sánchez Vázquez (1986), Simon (1978) y Villoro (1985).

Para analizar en particular el funcionamiento de la **ideología en el discurso**, desarrollamos en extenso la perspectiva de Reboul (1980), quien reinterpreta: las funciones de la comunicación de Jakobson (1963), señalándoles mecanismos de funcionamiento particulares; y de Pêcheux (1976), su concepto "formaciones imaginarias", que define como la representación que el sujeto se hace de sí mismo y de su interlocutor, lugares que se encuentran determinados por la estructura social. Realizamos un análisis completo de las formaciones imaginarias que intervienen en la entrevista.

En el análisis de la relación entre el **discurso y coyuntura** nos basamos en el trabajo de Robin (1976), quien considera que las formaciones discursivas se encuentran condicionadas por las formaciones ideológicas ligadas a las clases sociales en función de una coyuntura determinada y que marcan también sus restricciones discursivas, "qué se puede decir y qué no", en determinadas circunstancias y escenarios.

El **enfoque semiótico** es el tercer eje de apoyo de nuestra tesis. Entendemos y aplicamos la semiótica en cuanto instrumento de conocimiento social que se ocupa del mundo de los signos y del papel de esos signos en una cultura dada. Nuestra descripción de la historia de la semiótica, desde sus fundamentos en la lingüística estructural de Saussure, tiene como intención analizar la **semiótica de la imagen** como retórica de la imagen (Barthes, 1972) y articular en ese análisis propuestas de la **semiótica de la cultura**, expresión que denomina el análisis de cualquier texto que haya tenido lugar en un sistema signico y que es desarrollada a profundidad por Lotman en la Escuela de Tartu en el estudio de sus manifestaciones dentro del sistema cultural.

Orden de exposición

Como señalamos anteriormente la lógica de la exposición temática de ese trabajo resulta del propósito de describir, desde diversos ángulos el significado del discurso zapatista en un triple núcleo: el histórico, el del análisis del discurso y el de la semiótica de la imagen y de la cultura.

El capítulo 1, *El zapatismo como fenómeno histórico contemporáneo* intenta referir, en diferentes vertientes, las condiciones estructurales de aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Para ello se intenta ubicar en forma general el significado del zapatismo como fenómeno histórico contemporáneo dimensionando sus aportaciones como discurso reivindicador del indigenismo y el valor de sus prácticas políticas en el contexto de un mundo globalizado.

La *Etiología del zapatismo* hace un recuento en retrospectiva de las condiciones políticas y sociales del México posrevolucionario y del régimen autoritario y corporativo que se consolida como sistema político. Se establece la relación entre los acontecimientos políticos del movimiento estudiantil de 1968 y de 1971 como expresión de la cancelación de la apertura democrática exigida por la sociedad civil y las clases medias ante el fin del modelo desarrollista. La crisis política y social antecede a la crisis económica que a partir de la década de los 70 acelera la desintegración de la sociedad mexicana al tiempo que se desarrollan las condiciones que permiten la aparición de la guerrilla urbana y rural en diferentes regiones del país que es combatida por todos los medios, legales e ilegales, durante el sexenio de Luis Echeverría dando pie a la llamada "Guerra Sucia".

La guerrilla en México hace un recuento histórico de los principales grupos subversivos surgidos en el país durante el siglo XX y da cuenta de algunas de sus estrategias. Se analiza en este apartado el contexto de aparición de las Fuerzas de Liberación Nacional, antecedentes del EZLN. El apartado dedicado a describir la constitución y el desarrollo del Ejército Zapatista de Liberación Nacional se contextualiza como Chiapas y el estallido guerrillero de 1994. En este se exploran las diversas interpretaciones y versiones sobre el surgimiento del zapatismo desde la descripción de las condiciones sociales, económicas y culturales de Chiapas y del país. En particular se revisan lo que se consideran los factores detonantes del

conflicto relativos a la cuestión agrario y el impacto de la reforma constitucional al Artículo 27 promovida y aprobada durante la administración de Carlos Salinas de Gortari.

Como contexto complementario para la comprensión del zapatismo abordamos el ámbito de surgimiento del movimiento indigenista latinoamericano y su relación con la aparición de los procesos de reivindicación de las identidades étnicas, lingüísticas, religiosas, sociales y políticas de grupos y sectores emergentes. *La reinención de la cuestión indígena* aborda el problema indígena desde las vertientes antropológicas, jurídicas y culturales y los debates que en cada sector se han producido tras el impulso y el impacto del discurso zapatista.

La historia del zapatismo y el indigenismo se fusionan en el punto dedicado al análisis de *El discurso del subcomandante Marcos y el zapatismo*. En este intentamos hacer una aproximación y una caracterización del líder zapatista sobre la base de las funciones comunicativas y de "intermediación" que cumple entre el EZLN y la sociedad mexicana. Se analizan algunos de los rasgos más característicos de su discurso, su cariz de ícono y su dimensión mediática y literaria.

La Caravana zapatista y *La entrevista Scherer-Marcos* complementan el desarrollo argumentativo de el primer capítulo de la tesis. Se ofrecen datos, cifras y una lectura política del significado del periplo zapatista al DF y el significado de su presencia en el Congreso de la Unión. Sobre la entrevista se brindan los elementos de contexto que permiten entender los análisis posteriores desde el análisis del discurso y la semiótica de la imagen.

El capítulo 2, *La enunciación en el discurso zapatista* aborda en forma analítica los fundamentos de la teoría de la enunciación desarrollada por Benveniste y Ducrot. Describe los distintos procedimientos que se utilizan en la enunciación concreta como la deixis y la modalización en su relación con la argumentación de Marcos y de Scherer en la entrevista referida. Se desarrolla asimismo la aplicación de los conceptos de lo implícito, presupuesto y sobrentendido en el discurso de Marcos según la plantea Ducrot.

El capítulo 3, *Condiciones de producción y recepción de los discursos* se encuentra referido: a las condiciones de posibilidad de los discursos según lo plantea Michel Foucault (1972), a la interrelación entre formación social-formación ideológica y formación discursiva, al análisis de las formaciones imaginarias según las plantea Pêcheux (1969), a la relación que establece Regine Robin (1976) entre discurso y coyuntura y a la propuesta de Reboul (1980) para articular la relación entre ideología y discurso.

Para desarrollar los planteamientos de Foucault y su aplicación al discurso zapatista retomamos el modelo analítico propuesto originalmente por Pêcheux y reconstruido por Haidar y Rodríguez Alfano (1996), que interrelaciona formación social, formación ideológica y formación discursiva como parte de las condiciones de posibilidad para el surgimiento de los discursos. Tomamos como base el concepto de **práctica discursiva** según lo establece la Escuela Francesa de Análisis del discurso como el ejercicio de la función enunciativa sobre aquello que regula la aparición de un enunciado y que no es reducible al sujeto en tanto se encuentra lejos de ser una creación original dotada de unidad y significado sino que se encuentra condicionada por varios principios.

Buscamos aportar en este capítulo, en el primer punto, la descripción analítica de los factores que actúan tanto para condicionar como para controlar la producción discursiva de Marcos y la manera en que éste, plantea una idea contraria al control total que propone Foucault al romper el tabú, es decir las prohibiciones establecidas en el discurso y subvertir dichos principios. Creemos haber encontrado elementos muy ricos de análisis al aplicar el esquema de esta triple relación entre formación social, formación ideológica y formación discursiva, pues nos permite aproximarnos al discurso de Marcos en un contexto mucho más amplio que el meramente semántico, lo que creemos es una necesidad en el análisis del zapatismo.

La revisión de la propuesta de Pêcheux sobre las formaciones imaginarias retoma la idea de que la formación social representa la coyuntura histórica, el momento histórico concreto en que se inserta el sujeto en sus diferentes dimensiones (económica, política, socio-cultural) e incide en la formación

ideológica considerada en el complejo de ideologías que circulan en esa coyuntura histórica. Señala que a través de diferentes mecanismos la formación ideológica incide en la formación discursiva de los sujetos y les "imprime" sus huellas particulares dejando en evidencia, no sólo el sentido de control de los discursos, sino también las posibilidades de una lectura de lo que Pêcheux denomina formaciones imaginarias. Consideramos que este elemento permite desarrollar estrategias al sujeto sobre su propia argumentación y la manera de utilizarla en la persuasión con sus interlocutores.

Desarrollamos en esta parte la aplicación de dichas "formaciones imaginarias" al discurso de Marcos y de Scherer y las valoramos según estas se encuentran manifiestas en el discurso de ambos personajes.

Abordamos asimismo y en forma detallada la relación entre la producción discursiva y la coyuntura en que el discurso se genera y la relación entre la ideología y el discurso. Sobre el primer punto se analiza en forma operativa el papel de la coyuntura en la entrevista y la manera en que ésta, con base en los planteamientos de Robin, se estructura en relación a una serie de restricciones discursivas que se evidencian en el funcionamiento discursivo. En torno a la relación ideología-discurso hacemos un análisis de las diferentes concepciones de ideología, la mayoría de ellas desde la visión marxista y se desarrolla en particular el modelo propuesto por Reboul sobre las formas en que las funciones del lenguaje se encuentran condicionadas por la ideología, lo que incide sobre las formas en que se manifiesta el discurso.

El capítulo 4, *Estrategias argumentativas del Subcomandante Marcos* hace una revisión detallada de los diversos modelos sobre la argumentación desarrollados en el análisis del discurso, aunque en extenso se revisa la propuesta de Olbrecht-Tyteca en base a la neo-retórica y su aplicación concreta en el discurso zapatista. Exploramos también los modelos de Toulmin y de Kopperschmidt, con base en los procedimientos de la argumentación en refutación.

Creemos que uno de los puntos base para comprender el éxito de los planteamientos zapatistas se encuentra precisamente en ese punto de desarrollo

de los mecanismos propios de la retórica en la defensa de sus tesis y en la persuasión del auditorio. La aportación principal en este capítulo es la revisión del funcionamiento de estos diversos procedimientos en la entrevista que reproducen en buena parte los argumentos generales de las tesis zapatistas en boca de Marcos.

El capítulo 5 y final, *Semiótica de la imagen en Marcos* intenta hacer una aproximación primaria al análisis semiótico de la iconografía ligada al zapatismo. Para ello hacemos una revisión general de la ciencia de la semiótica desde sus orígenes históricos a nuestros días y la manera en que los planteamientos de la semiótica estructural en Barthes y Eco ayudan a desentrañar los códigos implícitos en la imagen. Partimos de la afirmación de Guiraud (1979) de considerar a la sociedad básicamente como una sociedad de imágenes, pero intentamos hacer esta lectura entendiendo el funcionamiento de esta imagen en el sistema cultural. Para ello abordamos algunas de las ideas básicas de la semiótica cultural planteada por Iuri Lotman y la Escuela de Tartu. En este acercamiento al estudio de la imagen del zapatismo este enfoque se ha revelado particularmente valioso porque reconstruye el papel del signo y de los códigos presentes en dicha imagen y su funcionamiento social.

Aportaciones y limitantes del presente trabajo

El orden del discurso obliga a describir los límites de esta investigación. La ausencia de mayor tiempo para desarrollar otras líneas de investigación y la falta de recursos y apoyos para llevar a cabo este proceso se convirtieron en un obstáculo que limitan los alcances de esta tesis.

Particularmente señalamos en el aspecto teórico la parte dedicada al análisis de las condiciones históricas de aparición de la organización campesina en la Selva Lacandona y a su proceso de fusión-transformación en el EZLN. En este punto podría ser de utilidad para futuras investigaciones tanto la presencia "en vivo" con las condiciones de existencia material de los indígenas chiapanecos que se describen en el trabajo, como el desarrollo sistemático de la observación cualitativa a través de la observación etnográfica. Eso proporcionaría un

acercamiento más objetivo y concreto que ayudaría a entender la complejidad de este fenómeno social. Lo mismo consideramos que para profundizar en este análisis hace falta la realización de entrevistas a agentes clave en el conflicto zapatista (iglesia, Estado, Ongs, partidos políticos, periodistas) que, originalmente contemplados dentro del proyecto no se pudo concretar por la falta de recursos económicos para llevarlas a cabo.

En la parte relativa al desarrollo de la relación discurso-poder, consideramos que hace falta un acercamiento más detallado a la propuesta de Foucault, misma que requeriría de una lectura más amplia de su obra y de otros autores que trabajen esta línea. Algo semejante nos parece es una tarea pendiente en lo relativo a un mayor desarrollo de los modelos de argumentación en refutación, que consideramos aportaría nuevos elementos a la caracterización del discurso zapatista en cuanto discurso político.

La vertiente de los planteamientos manejados en torno a la semiótica de la imagen y la semiótica de la cultura es algo que necesariamente tiene que ser superado a través del manejo de nuevos textos y la profundización en algunos modelos. Para mejorar el contenido de la última parte de esta investigación consideramos la necesidad de un acercamiento más detallado a los planteamientos de Barthes en *La retórica de la imagen* y una lectura con un mayor nivel de análisis de la propuesta de Lotman y la Escuela de Tartu. Para futuras investigaciones queda la tarea pendiente de comprender la interpretación de la historia que propone la semiótica de la cultura y la manera en que se manifiesta en los discursos, en diferentes niveles y ámbitos de conocimiento. Consideramos que las condiciones generales para realizar un proyecto de esta naturaleza requieren de la ampliación del corpus de investigación y de un trabajo de carácter interdisciplinario.

Dejamos para una investigación futura la tarea, inconclusa y de gran trascendencia para la comprensión de las funciones de la comunicación en el ámbito de la "modernidad" o "postmodernidad" nacional, del funcionamiento de los medios de comunicación social en tanto discurso periodístico y discurso ideológico y la manera en que estos se constituyen en "mediadores" entre los actores

políticos. Sobre este poder de los medios (que se ejerce como convencimiento o “seducción” de los auditorios) hemos aventurado algunos puntos, iniciales, de su funcionamiento coyuntural en el marco de la Caravana Zapatista a la Ciudad de México, pero consideramos necesario ampliar esta comprensión al papel que han desempeñado a lo largo de todo el proceso histórico del zapatismo de 1994 a la fecha. Esto permitiría entender de manera más detallada el proceso de transformaciones de los medios en relación a la transformación política de México.

La valoración del zapatismo

Es difícil establecer en forma definitiva una valoración histórica del discurso zapatista en tanto éste se encuentra presente en la coyuntura de un proceso de transformación aun inacabado en México donde establece diferentes relaciones con distintos interlocutores que van de la confrontación al consenso. Nosotros juzgamos el sentido de su aportación en varias líneas, primero, por la novedad histórica que este discurso representa y que en su funcionamiento se muestra contrario a la tan difundida idea del “fin de la historia”; enarbolada como bandera de la crítica posmoderna.

El contexto histórico donde se genera este discurso (el derrumbe del socialismo real, el fin de la bipolaridad y el auge del modelo neoliberal de globalización, etc.), concebidos como una manera de interpretar y comprender al mundo, no significa en este sentido el fin de las historias particulares, ni de los discursos en que estas se traducen. Antes bien deja ver con mayor claridad la pluralidad constitutiva de las sociedades, desechando la idea de la homogeneidad como el horizonte histórico para el nuevo siglo. Homogeneidad que el zapatismo cuestiona directamente a través de Marcos desde la defensa de la inclusión y la pluralidad que éste hace en su discurso.

... Hasta el día de hoy, 18 de enero de 1994, sólo hemos tenido conocimiento de la formalización del "perdón" que ofrece el gobierno federal a nuestras fuerzas. ¿De qué tenemos que pedir perdón? ¿De qué nos van a perdonar? ¿De no morimos de hambre? ¿De no callarnos en nuestra miseria? ¿De no haber aceptado humildemente la gigantesca carga histórica de desprecio y abandono? ¿De habernos levantado en armas cuando encontramos todos los otros caminos cerrados?...

¿Quién tiene que pedir perdón y quién tiene que otorgarlo? ¿Los que, durante años y años se sentaron ante una mesa llena y se saciaron mientras con nosotros se sentaba la muerte, tan cotidiana, tan nuestra que acabamos por dejar de tenerle miedo? ¿Los que nos llenaron las bolsas y el alma de declaraciones y promesas?...¿Los que negaron el respeto a nuestra costumbre, a nuestro color, a nuestra lengua? ¿Los que nos tratan como extranjeros en nuestra propia tierra y nos piden papeles y obediencia a una ley cuya existencia y justeza ignoramos? ¿Los que nos torturaron, apresaron, asesinaron y desaparecieron por el grave "delito" de querer un pedazo de tierra, no un pedazo grande, no un pedazo chico, solo un pedazo al que se le pudiera sacar algo para completar el estómago?

¿Quién tiene que pedir perdón y quién tiene que otorgarlo? ...

Subcomandante Marcos

El México profundo está formado por una gran diversidad de pueblos, comunidades y sectores sociales que constituyen la mayoría de la población del país. Lo que los une y los distingue del resto de la sociedad mexicana es que son grupos portadores de maneras de entender el mundo y organizar la vida que tienen su origen en la civilización mesoamericana, forjada aquí a lo largo de un dilatado y complejo proceso histórico. Las expresiones actuales de esa civilización son muy diversas: desde las culturas que algunos pueblos indios han sabido conservar con mayor grado de cohesión interna, hasta la gran cantidad de rasgos aislados que se distribuyen de manera diferente en los distintos sectores urbanos. La civilización mesoamericana es una civilización negada, cuya presencia es imprescindible reconocer.

Guillermo Bonfii Batalla

Todo lo profundo ama las máscaras

Nietzsche

Capítulo 1. El zapatismo como fenómeno histórico-político contemporáneo

La irrupción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en la esfera pública ha marcado en los últimos años el rumbo de la vida política, social y cultural de México. Para nadie, aun para quienes se oponen a su proyecto, es un secreto que la dimensión que ha alcanzado el movimiento zapatista lo coloca a la vanguardia de los movimientos populares en América Latina y en el mundo: "La novedad de Chiapas no es por lo tanto su carácter insurreccional, ni la presencia de guerrilleros armados en Las Cañadas de la selva. La novedad del movimiento es la participación activa de tzetzales, tzotziles, tojolabales y diversos grupos de indígenas con plena conciencia de su pertenencia étnica" (Bengoa, 2000, p.104).

La reivindicación del mundo indígena y de la pluralidad cultural de la nación mexicana ha alcanzado una influencia global, de forma tal que se ha vuelto foco de análisis, centro de atención de la comunidad internacional y generado la reapertura de los debates en torno a los derechos de los pueblos indígenas.

La comprensión de un fenómeno social como el que se ha dado en México a raíz del levantamiento militar del EZLN atañe a varios factores que distinguen este movimiento respecto a otros insertados en la historia de la guerrillas latinoamericanas del siglo XX, pero que, sin embargo, no representa una ruptura radical con estos.

Fodemos sostener que desde un principio el zapatismo entendió la importancia de las estrategias de comunicación para legitimar sus acciones ante la opinión pública. Desde los medios impresos a los electrónicos, de la prensa a la Internet, el EZLN ha explicado profusamente sus objetivos, comunicado sus acciones y movilizado a buena parte de la sociedad mexicana a través de un discurso que apela a las raíces históricas nacionales y a la sociedad civil como el interlocutor necesario que busca el zapatismo, como lo expresa Marcos en los siguientes términos:

"El alzamiento pasó casi inmediatamente a segundo plano porque todos pasaron a fijarse en las causas que originaron el alzamiento. Los medios de comunicación empezaron a descubrir, y con ellos el país y el mundo entero, que aquí había indígenas. Muchos hasta entonces supieron que

existe un municipio que se llama Ocosingo, el municipio con más extensión territorial del país. Pero Ocosingo aparece en la mente de los mexicanos por la guerra de 1994. Y las comunidades indígenas aparecen en el horizonte histórico de los mexicanos por la guerra de 1994. Viéndolo en perspectiva, lo que hicimos fue que cuando el país estaba dormido, pasamos, le dimos una patada y lo despertamos. Pero lo que ocurrió después fue producto del país mismo. (Montemayor, 1997, p. 145).

“Mandar obedeciendo” así han definido los zapatistas desde su aizamiento en 1994 los fines que deber tener la política y sobre ese principio han intentado fincar su legitimidad. La referencia a esta concepción permea casi todos los discursos zapatistas. La política permite la inclusión del otro, del diferente, pero no significa su homogeneización. En la entrevista con Scherer Marcos lo puntualiza:

“Pretendemos que cada sector social tenga las posibilidades de levantarse como tal; no queremos limosnas, sino la oportunidad de construirnos en este país, como una realidad diferente” (Scherer, 2001, p.12).

Hay dos temas presentes a lo largo del diálogo Scherer-Marcos. Uno que está relacionado directamente con la construcción del simbolismo de lo que es Marcos y de lo que representa a partir de su propia evolución y de su autocrítica. Aquí Marcos es Marcos, es decir, el guerrillero no indígena que explica cómo los medios han creado al personaje, que por otra parte no deja de ser irracional por su carácter violento que el líder zapatista autocrítica:

“Definitivamente un militar, me incluyo entre ellos, es un hombre absurdo e irracional”.(p.15)

El otro referente del mensaje de Marcos se encuentra asociado al EZLN como movimiento social que parte de reivindicaciones indígenas sobre el derecho a la diferencia, la necesidad de superar la marginalidad para fundamentar una existencia y el rechazo definitivo de reducirlo a los marcos institucionales, en los que, por ejemplo, Vicente Fox los conceptualiza. Para Marcos lo esencial de articular este discurso se dirige a “construir otro tipo de relaciones, incluso dentro del mercado, que no representen el capitalismo salvaje, donde se devoran unos a otros” (Scherer, p. 14).

Para reconstruir la génesis y los argumentos de este discurso desarrollaremos en este capítulo un ejercicio de reflexión histórica rastreando, primero, lo que podemos ubicar como sus orígenes en las demandas campesinas de la Revolución Mexicana, representadas en toda su originalidad en el zapatismo; veremos entonces de qué manera el Estado posrevolucionario mediatiza y abandona los ideales agrarios y transforma e institucionaliza la Revolución.

La parálisis y la fractura del Estado mexicano y de sus instituciones es analizada como parte de un proceso histórico que da origen, a raíz de las represiones de 1968 y 1971 a las diferentes expresiones de la violencia social transformada en movimientos guerrilleros que operan en el país y que se enfrentan al Estado, representando en la «Guerra Sucia» uno de los períodos más oscuros y poco conocidos del acontecer nacional.

Para conocer la saga del EZLN trazamos su evolución a partir del activismo político de las Fuerzas de Liberación Nacional en Chiapas y del proceso de transformación que sufren y que da como producto un movimiento social de carácter cualitativamente distinto de todos los anteriores en el que la politización e incorporación de decenas de comunidades indígenas a la guerrilla se revela como una de las novedades históricas más sorprendentes en el país. Analizamos en ese mismo contexto un recuento de causas sociales, políticas y culturales que se encuentran como trasfondo del (neo) zapatismo en Chiapas.

Señalamos también en este primer capítulo el papel del Subcomandante Marcos en la constitución de los rasgos distintivos de la ideología del EZLN y la manera en que un personaje no indígena, construido colectivamente no deslegitima su raíz indígena ni el carácter de sus demandas y, por el contrario, se convierte en un puente, en un enlace, con un mundo indígena desconocido para muchos.

1.1. Etiología del zapatismo

El sexenio salinista estuvo marcado por dos eventos inéditos y sorprendidos: el asesinato del candidato priista a la Presidencia Luis Donaldo Colosio en Tijuana y el alzamiento zapatista en Chiapas el 1º de enero de 1994:

“El crimen de Colosio agravó en gran medida la crisis política por la que atravesaba el país desde el primer día de 1994, crisis política que obviamente también tendría repercusiones económicas. Se trataba de una situación inédita en la historia de México, al menos desde 1928 en que Álvaro Obregón fuera asesinado siendo presidente electo” (Delgado de Cantú, 1996, p. 496).

Este año representa el quiebre final del Sistema Político Mexicano, que se focaliza a partir de las polémicas elecciones de 1988 que llevaron al poder a Carlos Salinas de Gortari. Al respecto Jean Meyer (2002) afirma que el sexenio salinista estuvo marcado por la sombra de la ilegitimidad electoral:

“Es un hecho que la élite gobernante mexicana no estaba preparada en 1988 para el impacto electoral que tuvo lugar el 6 de julio. Sólo después de muchos días de intensas maniobras internas pudo el gobierno proclamar la victoria, una victoria que, en cierto sentido, fue una derrota por su falta de credibilidad “ (p. 121)

La crisis política en que se mantuvo el país por varios meses, aunada a la profunda crisis económica heredada por el gobierno saliente de Miguel de la Madrid (1982-1988) complicó los inicios de la gestión del nuevo mandatario federal y, en forma directa o indirecta aceleró el estallido social que se hizo explícito el último año del salinismo:

“El 1º de diciembre de 1988 Salinas de Gortari asumió el poder en medio de severas críticas de los partidos de oposición –y también de la sociedad civil- por los resultados oficiales del proceso electoral, producto de la 'la caída del sistema de cómputo' del 6 de julio anterior. La sospecha de fraude, aunada al escaso margen en el número de votos a favor del candidato priista, restó legitimidad al gobierno que iniciaba, mientras la crisis económica seguía manifestando sus nocivos efectos sobre el poder adquisitivo de la población” (Delgado de Cantú, 1996, p. 471).

Pedro Reygadas (1996) señala que el sexenio salinista nunca pudo recuperarse de esta crisis de legitimidad, además de que su gobierno estuvo marcado por conflictos políticos que le obligaron a reconocer algunos triunfos

de la oposición política, y sobre todo le hicieron entrar en negociación con el Partido Acción Nacional:

“Durante los años de gobierno salinista los conflictos electorales se multiplicaron junto con la ilegalidad en la resolución de problemas sindicales y universitarios, que apareció una y otra vez favoreciendo con la fuerza al gobierno y la burguesía. Pero las tensiones se hicieron más fuertes y por primera vez el gobernante Partido Revolucionario Institucional (PRI), aceptó la derrota en las contiendas por una gubernatura (Baja California 1989 y Chihuahua 1992) y estuvo en minoría en un congreso estatal. El régimen entró en repetidas negociaciones postelectorales con el conservador Partido Acción Nacional (PAN) al que le entregó la gubernatura interina de Guanajuato en 1991 y la alcaldía de Mérida, Yucatán, en 1993) y por otra parte tuvo que aceptar triunfos municipales del PRD” (p.86).

Es interesante constatar cómo en la Primera declaración de la Selva Lacandona de 1994 el EZLN hace referencia a esa ilegitimidad del gobierno de Salinas, a quien acusa de “usurpador” e “ilegítimo” construyendo la legitimidad de su propia argumentación de guerra:

“En apego a nuestra Constitución, emitimos la presente al ejército federal mexicano, pilar básico de la dictadura que padecemos, monopolizada por el partido en el poder y encabezada por el ejecutivo federal que hoy detenta su jefe máximo e ilegítimo, Carlos Salinas de Gortari. Conforme a esta Declaración de guerra pedimos a los otros Poderes de la Nación se aboquen a restaurar la legalidad, la estabilidad y la estabilidad de la nación deponiendo al dictador” (Citada por Montemayor, 1997, p. 39, versión electrónica en www.ezln.org).

1994 fue un año crucial en la historia de México, pero los sucesos políticos que acontecieron en el país a partir de la rebelión zapatista en Chiapas, no pueden explicarse aisladamente sin hacer referencia a otro antecedente histórico y político que marcó la vida del país, simbolizado en el movimiento estudiantil del '68 y a sus repercusiones en la evolución y los cambios estructurales del Estado mexicano, como lo reconoce el propio EZLN desde su visión particular:

“El movimiento de 1968 marcó la historia de este país de manera definitiva. Entonces se enfrentaron dos países: el construido sobre la base del autoritarismo, la intolerancia la represión y la explotación más brutales: y el que se quería y se quiere construir sobre la democracia, la inclusión, la libertad y la justicia” (Marcos, 1999, p. 105).

1968 fue definido por Octavio Paz como un año axial en que la rebelión juvenil anuló las clasificaciones ideológicas (Posdata: 1970, p.21). La universalidad de la protesta para el poeta tuvo amplias repercusiones políticas y en México demostró la esclerosis del régimen "que mostró que no podía ni quería hacer un examen de conciencia" (p.39). Paz hace referencia al carácter trágico de la matanza de Tlatelolco en México sobre el cual pesa una máscara: "La matanza de Tlatelolco nos revela que un pasado que creíamos enterrado está vivo entre nosotros. Cada vez que aparece en público, se presenta enmascarado y armado; no sabemos quién es, excepto que es la destrucción y la venganza" (p. 40).

El movimiento estudiantil de entonces significó para muchos de sus protagonistas la última oportunidad del régimen posrevolucionario de cumplir las promesas democráticas y concretar el proyecto social que alentó los ideales del movimiento armado de 1910 contra Porfirio Díaz.

La apertura planteada en su momento por las demandas del movimiento estudiantil del '68 representaron en forma implícita la posibilidad del país de experimentar, por primera vez desde la consolidación de la Independencia y tras un siglo de pugna en el Estado Mexicano, de un régimen basado en el equilibrio federalista de poderes, el sufragio efectivo y el ejercicio de las libertades y valores liberales consagradas primero en la Constitución de 1857 y referendada en la Carta Magna de 1917:

"En México, la Revolución nace acompañada de una candente defensa del pasado. Desde luego, el pasado no es porfirismo, sino la tradición libertaria que se da a partir de la Revolución de la Independencia (...) El gran ideario de esa tradición se cifra en la Constitución de 1857, cuyos pilares fundamentales son: el Estado democrático, representativo y federal, la primacía de la ley constitucional sobre la arbitrariedad y el despotismo de los gobernantes; los derechos del hombre que consagran las libertades de pensamiento, de expresión, de trabajo, de tránsito, de elección de los representantes del pueblo (...) El verdadero pasado de México es su tradición liberal (Córdova, 1999, p.87).

El desarrollo de la nación no sólo había significado el crecimiento demográfico y económico, sino también una nueva conciencia donde se descubría el sentido del ser ciudadano, base de la democracia, que se establecía como norma en el discurso oficial, pero como excepción en los hechos.

Esta libertad deseada, sin embargo, había sido anulada en la práctica por el autoritarismo presidencialista del Partido Revolucionario Institucional, que en sus sucesivas transformaciones (PNR, PRM y PRI) y apoyado en el ejercicio de la verticalidad del poder desde el aparato burocrático gubernamental, el estricto control sindical y el "ahogo" de la disidencia política e intelectual no cooptada por el régimen, había traicionado en los hechos el ideal revolucionario.

"El PRM transformó al PNR de un partido que simplemente agrupa a las élites políticas, la 'familia revolucionaria', en un partido de masas y corporativo. Los sectores campesino, obrero, popular y militar del PRM incorporaron, a querer que no, a prácticamente todas las bases sociales del país. Pero no sólo eso, esa incorporación, que les valió ventajas inmediatas, les impuso a cambio una disciplina vertical que hizo del partido menos un foro de discusión y lucha de concepciones del mundo, y más una maquinaria encargada de imponer la disciplina exigida por la presidencia tanto a la élite como a las bases" (Meyer, 2002, p. 54).

Madero, Villa y Zapata, los héroes de la lucha democrática, armada y popular se habían transformado por obra de la institucionalidad en los íconos populares legitimados al servicio del nuevo régimen en una revolución cuya esencia popular y campesina quedó eclipsada tras el triunfo del proyecto caudillista y populista ligado a las clases medias que impulsaron en el período posrevolucionario la política de la conciliación de clases. (Córdova. Op. Cit. "La otra revolución", pp. 144-175).

La Revolución Mexicana, lejos de representar una revolución social, devino, según Córdova en un régimen populista, paternalista y autoritario. (p. 34 y ss) que se prolongó durante más de medio siglo en el país e institucionalizó un régimen político presidencialista sui generis, cercano en el discurso a la ideología liberal, pero lejano en la práctica a la democracia real.

La génesis de este proceso de 'institucionalización' requiere del análisis de los pilares económicos, políticos y sociales en los que descansa esta estructura de poder, sus características y los mecanismos de control social que posibilitaron la hegemonía de su discurso y la legitimación de su poder.

La política del desarrollo estabilizador

En la década de los años 60 del siglo pasado, el llamado “milagro mexicano”, sostenido en la esfera económica por altas tasas de crecimiento del Producto Interno Bruto, consecuencia de las políticas del desarrollo estabilizador implantadas desde los años 50, se había basado en estrategias de fomento al sector industrial nacional y extranjero, creación de empresas paraestatales y desarrollo de obras de infraestructura necesarias para la expansión del capitalismo nacional. Dichas estrategias habían sido acompañadas oportunamente por el mantenimiento gubernamental de las políticas de estabilidad salarial, restricción de los movimientos de huelga y consolidación del control político de la clase obrera y de las organizaciones de masas, que en la práctica anulaban la posibilidad de la disidencia (Delgado de Cantú, op.cit. p. 256).

Los extremos visibles del control político ejercido por los gobiernos posrevolucionarios de los movimientos de masas se ejemplifican, entre otros casos, en la consolidación de los mecanismos corporativistas en las centrales obreras y campesinas como la Confederación de Trabajadores de México (CTM) y la Confederación Nacional Campesina (CNC), instancias que durante décadas se convirtieron en el puntal del sostenimiento del sistema político mexicano al cumplir funciones mediatizadoras y represivas del sindicalismo y de los movimientos agraristas en el campo.

La intolerancia del régimen posrevolucionario hacia las expresiones del sindicalismo libre o prodemocrático se manifiestan en la represión directa ejercida por el Estado en los casos del movimiento ferrocarrilero de 1957, de los médicos en 1965 y el combate frontal a las guerrillas y movimientos campesinos focalizados en algunos puntos del país, surgidos como consecuencia de graves procesos de deterioro social:

“Las grietas del autoritarismo mexicano postrevolucionario no son nuevas. Resultaron muy visibles las dejadas por el movimiento insurgente de los ferrocarrileros en 1958 y por el movimiento de 1968 de reivindicación de la democracia encabezado por sectores estudiantiles de la ciudad de México. Las violentas represiones con que ambos movimientos concluyeron dejaron secuelas que afectaron la legitimidad del sistema” (Meyer, Op. Cit, p. 57).

Bajo el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz (1963-1970) la acentuación de los rasgos autoritarios del sistema político coexistieron a la vez con un compromiso de política social que buscaba, a través de las obras de bienestar social, la contención de la violencia social que se empezaba a gestar en el campo y la ciudad por los desequilibrios marcados del modelo económico, cuyos beneficios, como hoy sucede, permeaban sólo a una minoría privilegiada:

“Satisfechos con su presidente que había tenido el valor de declararse públicamente anticomunista, y beneficiarios principales de una gestión económica no sólo responsable y honesta, sino brillante (la que desarrollaba en Hacienda Antonio Ortiz Mena), los empresarios, nacionales o extranjeros, habían olvidado sus dudas de principios de los sesenta: ahora sabían por que camino iba el presidente y lo seguían sin miramientos” (Krauze, 1997, p. 306).

Mientras la clase política mexicana presumía la paz social en el país, el aumento de la dependencia externa a través del aumento de la deuda pública para financiar el desarrollo interno terminaba por consolidar el modelo de capitalismo dependiente, basado en una alianza estratégica con la economía – y la política– norteamericana desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. (Meyer, Op. Cit, p. 205). El “milagro mexicano” respondía así tanto a factores internos como externos que condicionaban el ejercicio del poder político y las características que este asumía como sistema.

Economía y democracia

Pese a estar presente como trasfondo, el problema de la marginación social en el México posrevolucionario no fue, sin embargo, el detonante que desencadenaría los hechos represivos de 1968 que culminaron en la matanza de Tlatelolco aunque sí en parte el “caldo de cultivo” de la politización de grandes sectores de la clase media, cuya lectura crítica de la realidad social mexicana confluía en la necesidad de cambios estructurales en las instituciones.

En 1967 el sociólogo Pablo González Casanova cuestionaba ya los caminos del desarrollo nacional en un estudio que resumía una vasta descripción de la geografía política, económica y social de México estableciendo el acento justamente en las contradicciones del sistema:

“¿En que forma la estructura del poder de un país como México condiciona y limita las decisiones en materia de desarrollo económico, o deriva decisiones que corresponden propiamente a medidas de simple crecimiento económico? ¿Hasta qué punto es posible modificar la estructura del poder para lograr el desarrollo económico?”(1967. p. 15).

González Casanova focaliza su crítica refiriéndola a la intrínseca relación entre desarrollo y democracia. De ahí para él la imposibilidad de avanzar en la superación de los males endémicos y las carencias propias del subdesarrollo del capitalismo dependiente que se consolidaba en el país:

“¿Hasta qué punto el tipo de democracia que hay en México condiciona y limita el desarrollo económico y hasta qué punto podemos alcanzar una democracia que logre el desarrollo?” (Op. Cit. p. 15)

El análisis de González Casanova se extiende a todo el sistema político mexicano y constituye una de las críticas más rigurosas y puntuales del México posrevolucionario desde una óptica de orientación marxista y funcional-estructuralista:

“En el campo teórico, fue el libro de Pablo González Casanova, La Democracia en México, aparecido en 1965, el que formuló desde dos perspectivas distintas y en principio antagónicas –la marxista y la estructural-funcionalista- un análisis de la naturaleza íntima del sistema político mexicano, para desembocar en un llamado a la clase política mexicana para abrir el sistema social y político, de tal manera que mediante una reforma democrática que ampliara los espacios de acción de las clases populares, se le diera al régimen una nueva vitalidad que impidiera su agotamiento histórico” (Meyer. Op.Cit. p.71).

La democracia implicaba la posibilidad de la construcción de un proyecto de desarrollo independiente, orientado a la satisfacción de una sociedad civil cada vez más compleja y demandante de canales de participación frente a un poder político cuyas características lo habían vuelto obsoleto. Esta misma obsolescencia le impedía entender la necesidad de las transformaciones del sistema, reservado hasta entonces a la interpretación personalista en el ejercicio del poder, representado en el fenómeno del presidencialismo. Arnaldo Córdova (1980) destaca la ambivalencia del sistema político mexicano y su personalismo que conjuga rasgos dictatoriales y democráticos:

“El papel central que el Estado ha desempeñado en el desarrollo de México, como a nadie puede escapar, corresponde en realidad al hecho de que el Poder Ejecutivo ha sido fortalecido como el único camino para que el Estado desempeñe tal papel! (...) Estado de Ejecutivo fuerte, el

Estado Mexicano no es democrático ni es dictatorial en el sentido en que la tradición política anglosajona y europea ha definido esos conceptos, y ello no obstante es posible encontrar elementos en los cuales dictadura y representación democrática se combinan originalmente” (p. 45).

Una particularidad del sistema político mexicano fue la combinación de estos rasgos particulares: libres en el discurso y la crítica siempre y cuando no frontalizara con la institución presidencial, los mexicanos experimentaban la democracia en una estructura pseudo-representativa de poderes establecidos que hacía del arma electoral un mero refrendo de la casta político-económica cuyo dominio era incuestionable:

“Nunca se había respirado un clima de subordinación semejante en el país. La del primer círculo era total y completa: el ejército en pleno, los miles de sindicatos oficiales, las organizaciones campesinas (salvo la muy debilitada CCI), los 29 gobernadores, los casi 2 328 presidentes municipales, los diputados (menos un puñado de «diputados de partido»), todos los senadores, los magistrados, todos se cuadraban ante el señor presidente.” (Krauze, Op. Cit. p. 306).

Díaz Ordaz y el sistema cerrado

La conciencia democrática en México no surgió por generación espontánea. En 1964 Gustavo Díaz Ordaz había sido elegido presidente en forma abrumadora con los tradicionales mecanismos que desde los años 40 habían eternizado al PRI en el poder. En las estadísticas oficiales Díaz Ordaz obtuvo 8 millones 368 mil 446 votos, el 88.81% frente a su opositor de derecha González Torres que alcanzaba el millón 34 mil 337 votos, es decir el 10.97% en las estadísticas oficiales. (González Casanova, 1967). La proporción desmesurada era el indicador de que el sistema sólo permitía la oposición simbólica para mantener la fachada democrática del gobierno¹.

Independientemente de las características personales de Díaz Ordaz, retratadas a detalle por Enrique Krauze en *La Presidencia Imperial* (1997, pp 277-363) como presidente éste se opuso radicalmente a aceptar cualquier tipo de proyecto de tendencia democrática en el propio partido de gobierno. El

¹ “Según las propias cifras oficiales, entre 1966 y 1988, apenas 21 años, el PRI ha perdido el 36% de la votación total del país, pasando del apabullante, soviético, 86.3% de 1964 al todavía alto 64.8% de 1965 y al severo 50% de 1988. No fue una caída errática, con subidas y bajadas, sino un proceso acusado de descenso que mide convincentemente, en cifras, la erosión acumulada del partido de estado en la vida pública de México”. Héctor Aguilar Camín, *Después del milagro*. México, Cal y Arena, 1989,p. 138.

proyecto reformista representado por Carlos Madrazo, presidente del PRI en 1964, intentó infructuosamente introducir reformas democráticas al interior del partido oficial, como una forma de permear a la propia institución presidencial:

“El autoritarismo de Díaz Ordaz se manifestó también en su negativa a aceptar dentro del sistema político cualquier tipo de proyectos de tendencia democrática, como fue el caso concreto del proyecto presentado por Carlos Madrazo. Éste había sido nombrado presidente del PRI por el mismo Díaz Ordaz, en 1964, a pesar de haber estado enterado de sus convicciones democratizantes, debido aparentemente a que algunos elementos de la Coalición Revolucionaria buscaban ampliar las posibilidades de participación e influyeron en la designación de Madero” (Delgado de Cantú. Op. Cit. p. 257).

Al mismo tiempo, la negativa de Díaz Ordaz de autorizar legalmente la participación electoral de la oposición de izquierda representada en el Frente Electoral del Pueblo (FEP) y el posterior encarcelamiento de sus dirigentes, cerró prácticamente cualquier camino a la libertad de expresión, la crítica y el disenso.

La crítica sólo se manifestaba abiertamente en los espacios académicos de las universidades, germen de la generación representada en el movimiento estudiantil del 68 que se enfrentaría al poder omnímodo presidencial. Quizás por eso mismo las universidades de Sonora (1967) y la UNAM (18 de septiembre) que se erigieron en algún sentido en “la conciencia crítica” del sistema serían acosadas, vigiladas por el Estado y finalmente ocupadas militarmente.

Además de Pablo González Casanova, intelectuales de la talla de Jesús Silva Hérzog y Daniel Cosío Villegas habían señalado reiteradamente las desviaciones y los errores del Sistema Político Mexicano, que habían derivado, entre otras cosas, en la personalización de la política, la institucionalización burocrática de la revolución y el autoritarismo exacerbado, esta condición representa para Meyer los síntomas de la Primera muerte de la Revolución Mexicana:

“La primera muerte de la Revolución Mexicana tuvo lugar hace poco menos de medio siglo. En 1943, Jesús Silva Hérzog sostuvo y fundamentó la proposición de que la Revolución Mexicana atravesaba por una crisis 'extraordinariamente seria', cuyo origen y síntoma básico era la corrupción que afectaba el conjunto del proceso político; se trataba, afirmó, de una crisis de orden moral 'con pocos precedentes en la historia' y de muy difícil solución. Cuatro años más tarde, otro

académico, Daniel Cosío Villegas, dio un paso más allá y, terminada la Segunda Guerra Mundial, concluyó que la Revolución se encontraba ya *in articulo mortis*". (2002, p. 10).

En 1974 Daniel Cosío Villegas publica *El estilo personal de gobernar*. En este texto se describen los rasgos peculiares del presidencialismo mexicano. Entre sus notas se afirma que las acciones del presidente se habían caracterizado hasta entonces en el entorno de un poder inmenso, que se ejercía de forma personal e impredecible, de forma autoritaria: "En México, y para desgracia de México, la biografía presidencial se volvía destino nacional" (Krauze, Op. Cit. p 378). Obviamente, en el contexto de esta visión la rebelión, el disenso y la crítica simbolizadas en el movimiento estudiantil de 1968 no eran aceptables y su supresión se convertía en un imperativo categórico.

El 68: entre la fiesta y la tragedia

La situación política interna en México y la crítica antiautoritaria dirigida a la institución presidencial coincidieron además con un explosivo entorno internacional de la década de los 60, enmarcado en el enfrentamiento ideológico este-oeste representado en la Guerra Fría. En cierto sentido, los estudiantes mexicanos abrevaron de la muerte del Che Guevara en la sierra de Bolivia en 1967, el fin de la Primavera de Praga y el violento mayo francés, entre otros eventos que conmovieron la opinión pública de la época y marcaron su espíritu de rebeldía. (Paz, 1970, p.22).

La rebelión de la juventud estudiantil significó en México fiesta y tragedia. Elena Poniatowska (*La noche de Tlatelolco*, 1977) retrata y reconstruye el movimiento estudiantil del 68' con sus marchas multitudinarias, su espíritu festivo y su terca insistencia en el diálogo público con una autoridad, que como el padre represor, no quiere escuchar las razones de sus hijos.

Sobre el ambiente previo a la matanza del 2 de octubre, Carlos Monsiváis destaca en *Parte de Guerra* (1999) el significado de este reto a la autoridad presidencial:

"En 1968, el sistema presidencialista conoce su apogeo. Con el licenciado Gustavo Díaz Ordaz (1911-1979) todo es gobierno y casi nada es oposición. Concentrada en unas cuantas publicaciones, la crítica sólo es frontal de vez en cuando y no tiene consecuencias. A comienzos de 1968, sin capacidad de combatir al autoritarismo, la

sociedad lo goza como puede y reproduce a escala el comportamiento dogmático (el jefe de la familia es un Presidente en miniatura; el Presidente de la República es el más prolífico de los jefes de familia).

Díaz Ordaz requiere de asideros políticos. Sin esto no asciende con la solidez debida. La mayor certidumbre a su alcance es el patriotismo y la fe en el régimen de la Revolución Mexicana, por desvaído y deshilachado que se encuentre. En rigor, Díaz Ordaz es el último presidente que no obstante su comportamiento, cree en los grandes logros y en la disciplina del país a cargo de la tradición revolucionaria. El sucesor, Luis Echeverría Álvarez, a mitad de sexenio, adopta el repertorio del Tercer Mundo como bandera y plataforma- El entierro casi formal de la Revolución Mexicana ocurre en 1968" (pp. 137.138).

Díaz Ordaz vio en la teoría del complot la justificación de la represión y la matanza del 2 de octubre. Contestaba así a las demandas de un movimiento que pudo haberse manejado desde el principio con flexibilidad y negociación política: "En una semana o en unos meses, los acontecimientos (el movimiento estudiantil) tomarán con la perspectiva del tiempo su verdadera dimensión y no pasarán como episodios heroicos, sino como absurda lucha de oscuros orígenes e incalificables propósitos" (Gustavo Díaz Ordaz, sexto informe de gobierno, citado por Soledad Loaeza, 1994, p.15).

La voluntad de una verdadera negociación política con los estudiantes nunca existió por parte del gobierno federal, tampoco un interés genuino por las demandas del Consejo General de Huelga (CNH) y mucho menos por el diálogo público exigido por el movimiento estudiantil:

"A mediados de agosto el CNH instó al gobierno a «responder públicamente» al pliego petitorio. Los estudiantes querían entablar un «diálogo público» con el régimen: «la línea invariable de este consejo consiste en responder públicamente a todas las cuestiones que se relacionan con este movimiento...remarcamos que la forma pública de establecer diálogo tiene ventajas como es la participación masiva y democrática de todos». Los estudiantes insistían en defender el aspecto público del movimiento por dos razones: de prestarse a componendas privadas o «debajo de la mesa», como las hacia el gobierno, hubiesen perdido de inmediato el apoyo de sus bases, pero la insistencia tenía un elemento más sutil: en el carácter no público, más bien privado, secreto, casi mafioso estaba una clave maestra del sistema político mexicano. Someter la verdad oficial al escrutinio público era «encuñar al PRI» o al menos tocar su talón de Aquiles" (Krauze, Op. Cit. P. 326).

Se puede aventurar que el movimiento estudiantil creció por la indiferencia manifiesta del presidente y de las autoridades a la agresión sufrida

y en ese proceso fue construyendo, sin proponérselo conscientemente una visión más integral del país y una exigencia de libertades democráticas hasta ese momento inexistentes (Krauze, Op. Cit. p. 359).

Cuadro 1

Las demandas del movimiento estudiantil de 1968 (pliego petitorio del CNH)
1. Libertad a los presos políticos.
2. Destitución de los generales Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiola y del teniente coronel Armando Frías.
3. Extinción del cuerpo de granaderos, instrumento directo en la represión, y no creación de cuerpos semejantes.
4. Derogación del artículo 145 y 145 bis del Código Penal Federal (delito de disolución social), instrumentos jurídicos de la agresión.
5. Indemnización a las familias de los muertos
6. Deslindamiento de responsabilidades de los actos de represión y vandalismo por parte de las autoridades a través de policía, granaderos y ejército.
Fuente: <i>Parte de Guerra</i> , 1999, Julio Scherer y Carlos Monsiváis.

Las peticiones estudiantiles sintetizaron en su tiempo y su contexto, la exigencia de la sociedad civil del respeto a los derechos humanos y las libertades públicas consagradas en la Constitución pero anuladas en los hechos a través de los cuerpos represivos del Estado: "En 1968 los estudiantes mexicanos desnudaron con tanta eficacia y casi naturalidad el autoritarismo, hasta entonces revestido de crecimiento económico y de conformismo, que su movilización fue un primer paso hacia el desmantelamiento de uno de los aspectos centrales de ese régimen: la no participación" (Soledad Loeza, Op. Cit. P. 21).

La existencia de presos políticos en México como Demetrio Vallejo, Valentín Campa y otros líderes sindicales de izquierda era muestra de que en la lógica del sistema la disidencia no podía tener participación en las decisiones. Los jóvenes "idealistas" que cayeron masacrados o habían sido detenidos por el Ejército en Tlatelolco habían sido "castigados" por su rebeldía, por su "filocomunismo" y sus "afrentas al Pueblo de México";

"En su V informe de Gobierno, Díaz Ordaz se referiría con algún detenimiento a los hechos del año anterior. Para caracterizar al movimiento estudiantil, empleó las fórmulas usuales: emboscada,

terrorismo, provocación, subversión, ilegalidad, aprovechamiento innoble, rencor, violencia, voluntarismo aventurero, rechazo absoluto e irracional de todas las fórmulas de arreglo y sobre todo anarquía, una y otra vez, anarquía (...) En el momento más dramático, alzó la voz y afirmó: «asumo íntegramente la responsabilidad personal, ética, jurídica, política e histórica, por las decisiones del gobierno en relación con los sucesos del año pasado» (Krauze, Op. Cit. pp. 353-354).

Encarcelados en Lecumberri la mayoría de los líderes del CGH, desintegrado el movimiento estudiantil y con una feroz campaña de persecución contra dirigentes sociales e intelectuales afines a los estudiantes, las autoridades judiciales consignaron a más de una centena de estudiantes bajo los más diversos cargos que van desde la sedición y el robo hasta el homicidio. Escribe Krauze:

“Los juicios contra los líderes del 68 constituyen uno de los capítulos más vergonzosos en la triste y servil historia del aparato judicial en México. Fueron múltiples las ilegalidades en que incurrieron los jueces al servicio del ejecutivo. Una de ellas fue la impresión previa de las hojas de consignación. A los 113 consignados finales se les imputaba de manera injusta robo, homicidio, asalto, incitación a la rebelión, etcétera. Entre los casos increíbles está el de Gilberto Rincón Gallardo, miembro del Partido Comunista, preso desde los primeros días del movimiento. Víctima de un mal congénito, Rincón Gallardo nació parcialmente incapacitado de los brazos. El acta preparada en contra suya lo acusaba de <<incendio de doce trolebuses a larga distancia y con gran fuerza>>” (1997, Op. Cit. p 357).

La cárcel como destino o la desaparición forzada alimentaron en parte de la generación del 68 el sentimiento y la convicción de que sólo con la lucha armada se terminaría con el régimen presidencialista y antidemocrático en México:

“La derrota sangrienta de octubre de 1968 había alcanzado su objetivo principal: desarticular un movimiento estudiantil de masas, pero produjo el desarrollo de una nueva cultura política radical de oposición. En esta tarea de análisis, deslinde y organización se involucraron muchos de los cuadros estudiantiles, abriendo el camino a experiencias políticas muy diversas. Una de ellas fue la lucha armada” (Marco Bellingeri, 1994, pp. 62-63).

Desde sus propias convicciones e ideologías, los sobrevivientes de este primer experimento masivo de protesta que fue el movimiento estudiantil tomarían diversos caminos para incorporarse a la lucha por la apertura del espacio público y la democracia. En su forma extrema y radical la senda de la

guerrilla se aparecería para muchos como la alternativa necesaria para llevar a cabo tales transformaciones. Los hechos represivos del «Jueves de Córpus» de julio de 1971, “especie de *replay* de Tlatelolco” (Krauze, Op. Cit. p. 372) bajo el gobierno de Luis Echeverría Álvarez, confirmarían que la puerta estaba cerrada para el cambio pacífico.

Las huellas del 68

La matanza de Tlatelolco representó por una parte una fractura en la vida política y social de México y por otra abrió cauces para la expresión de las voces disidentes en la sociedad. Para Aguilar Camín (1989), “1968 es la fecha canónica que define en la conciencia pública mexicana un nuevo principio cualitativo de las relaciones del Estado y la Sociedad ” (p.26). A consecuencia de esas rebeliones, continúa, “inéditas en la agenda del control político mexicano, el sistema se orientó, primero, a la apertura y el diálogo (1971-1976) y, luego, a la reforma política institucional (1978-1982)” (p. 27).

Algunas de estas voces profundamente analíticas como las de Octavio Paz reflexionaron no sólo sobre las dimensiones políticas de este acto de poder, sino además de su profunda significación histórica: “Toda dictadura, sea de un hombre o de un partido, desemboca en las dos formas predilectas de la equizofrenia: el monólogo y el mausoleo” (Posdata, 1970. p.31)

Con los estudiantes encarcelados, mediatizados, incorporados a los diversos movimientos guerrilleros que se gestaron en el país o empeñados en la fundación de nuevos grupos de izquierda (Contreras Oropeza y Mesa Bibriesca, 1997, p. 29) y en plena ficción de la renovación presidencial con Echeverría, la crítica antiautoritaria de Paz hacía un recuento puntual de la tragedia de Tlatelolco, de los muertos y los encarcelados, del país amordazado, de la intolerancia frente a la disidencia intelectual y de las falsedades del PRI que encubría un lenguaje radical que a sus ojos le asemejaba a los partidos comunistas del Este de Europa.

La virtud de *Posdata* (1970) fue que ofreció elementos para resolver la crisis de identidad que había precipitado el movimiento estudiantil, dimensionó las coincidencias de la protesta en México con otros movimientos como los de París, Estados Unidos o Praga, pero que para Paz nos ubica en la peculiaridad de nuestra historia, matizada desde los tiempos prehispánicos por el ritual de la

muerte, la opresión del poderoso y el fracaso de nuestro proyecto libertador y emancipador como nación independiente:

“A diferencia de los estudiantes franceses en mayo de ese mismo año, los mexicanos no se proponían un cambio violento y revolucionario de la sociedad ni su programa tenía el radicalismo de los muchos grupos...El movimiento fue reformista y democrático, a pesar de que algunos de sus dirigentes pertenecían a la extrema izquierda...las peticiones de los estudiantes se resumían en una palabra que fue el eje del movimiento y el secreto de su instantáneo poder de seducción sobre la conciencia popular: democratización.” (p.35).

Esta visión de Paz, literaria e histórica resume lo que muchos de los protagonistas de los hechos del 68^o dan como un hecho incuestionable: el rechazo al *dictum* presidencial, a la sociedad atada a las decisiones del “hombre fuerte”; en muchos sentidos la del 68 es la generación donde nace la conciencia ciudadana en México.

Echeverría: populismo y guerra sucia

“Echeverría o el fascismo”. La expresión, adjudicada a Fernando Benítez por Krauze (1977, p. 371) muestra la actitud ambivalente del sector intelectual hacia el ascenso del secretario de Gobernación de Díaz Ordaz a la presidencia del país.

En la construcción de su imagen de apertura, como candidato, el nuevo presidente mexicano no había vacilado en pedir perdón a los estudiantes por los sucesos del 68^o. Se había deslindado de cualquier responsabilidad en los sangrientos hechos y adjudicado las causas de la tragedia a su antecesor. Además, en su discurso populista, renovado por la tónica revolucionaria, Echeverría buscaba persuadir a las masas sobre la sinceridad de su causa y su diferencia de forma y de fondo del viejo estilo presidencialista:

“El gobierno de Luis Echeverría (1970-1976) prometió iniciar el cambio; el llamado «desarrollo compartido». Lo hizo justamente cuando el entorno internacional empezó a transformarse desfavorablemente. A final de cuentas nada cambió gran cosa. La inflación externa alimentó la interna y la estabilidad cambiaria —piedra fundamental del modelo económico— comenzó a desmoronarse. Se empezó a echar mano del capital externo para ganar tiempo (...) Para 1976 la capacidad del sistema político para hacer frente a la crisis económica se empezó a poner en duda. Asomó entonces la cabeza de la crisis política. 1976 marca la entrada del régimen posrevolucionario a aguas muy agitadas, aguas de las que no ha podido salir” (Meyer, 1992, Op. Cit, p.58).

A la par de esta “seducción” de la patria que pretendía el olvido y el “borrón y cuenta nueva”, ceremonia por demás muy característica de los sexenios presidenciales, en México se libraba una guerra oscura, de bajo perfil, pero sistemática donde todos los organismos del Estado trabajaron en la eliminación de los focos guerrilleros rurales y urbanos que surgieron por todo el país: “Desde 1970 el movimiento popular creció en dinamismo y fuerza en todo el país: obreros, estudiantes, colonos, campesinos, indígenas, jornaleros...confluyeron en demandas democráticas y revolucionarias...” (Contreras Oropeza y Mesa Bibriesca, 1994, p.31).

Echeverría, cuya participación y responsabilidad en los hechos sangrientos del 68 como secretario de Gobernación en el gobierno de Díaz Ordaz ha sido reiterada en diversos foros, organizó, dio forma e instrumentalizó la lucha contra la disidencia armada de la década de los 70, siendo ya presidente del país:

“La responsabilidad de Luis Echeverría en los actos represivos contra el movimiento estudiantil de 1968 quedó demostrada una vez más después de la comparecencia ante la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado, de Salvador del Toro Rosales.

En su libro *Testimonios*, Del Toro Rosales, cuenta su desempeño como agente del Ministerio Público Federal en el 68, que se inició tras el bazucazo contra la puerta de la Preparatoria Uno, el 30 de julio de 1968. Intervino en la integración de la averiguación penal, en la que se tomó la declaración a más de mil detenidos y más de 400 estudiantes internados en diferentes hospitales.

Señala que el presidente Díaz Ordaz se inclinó por aplicar la línea dura, al extremo de que puso en manos de la Secretaría de Gobernación, a cargo de Echeverría, “para buscar una solución definitiva a ese problema”. Fue él quien planeó poner fin al movimiento estudiantil con la aprehensión de los líderes e integrantes del Consejo Nacional de Huelga y de la Coalición de Maestros de Enseñanza Media y Superior Pro-Libertades democráticas.” (Miguel Cabido, *Reforma*, 8 de septiembre del 2002).

A similitud de sus pares de la Unión Soviética y Estados Unidos Echeverría creó organismos de espionaje político (Dirección Federal de Seguridad y el Centro de Inteligencia y Seguridad Nacional) que cumplieron funciones de control y eliminación de la subversión: “De parte del Estado se crearon las brigadas blancas, grupos paramilitares, el batallón Olimpia y demás grupos de élite estrenados para enfrentar la lucha insurgente” (Javier Pérez

Durán y Héctor Magaña Vargas, 2002). Asimismo, una vez resueltas las aparentes diferencias con el Ejército Mexicano, no vaciló en emplearlo sistemáticamente en el combate de la guerrilla campesina en Guerrero (contra Lucio Cabañas y Genaro Vázquez) y en otras partes del país: "El gobierno de Echeverría buscó la cooptación y la aniquilación de todas las fuerzas ligadas a la lucha armada, realizó ciertas aperturas en el aparato estatal, (e) inició su discurso seudorradical para atraer a las fuerzas de oposición" (Contreras Oropeza y Mesa Bibriesca, Op. Cit. p. 33).

El Ejército no fue su único apoyo en la Guerra Sucia. Los hechos del llamado "Jueves de Corpus" del 10 de junio de 1971 muestran que como presidente Echeverría desarrolló también una vertiente paramilitar (Rogelio Hernández López, "Los Papeles secretos del 10 de junio" en *Milenio Semanal* 246, junio 9 del 2002) que fue utilizada eficientemente para aplastar el resurgimiento de los movimientos estudiantiles:

"En diciembre de 1973, el gobierno de Luis Echeverría adoptó la política ilegal de matar guerrilleros aun cuando estuvieran detenidos en cárceles u hospitales. Lo anterior lo consignan varios informes secretos del Departamento de Estado de Estados Unidos, recientemente desclasificados. A partir del caso del guerrillero Pedro Orozco Guzmán —quien pertenecía al Frente Estudiantil Revolucionario (FER) y murió luego de ser herido y detenido por la policía, en Guadalajara, en diciembre de 1973—, el cónsul estadounidense en esa ciudad, M. J. Ortwein, envió a Washington al menos tres documentos secretos para informar sobre las acciones que estaba aplicando el gobierno de Echeverría contra los grupos guerrilleros mexicanos" (Javier Pérez Durán y Héctor Magaña Vargas, 2002).

En síntesis, la gestión de Echeverría se caracterizó por una dualidad que continuaba la tradición del presidencialismo y la verticalidad en el ejercicio del poder. La retórica revolucionaria en el discurso como forma de persuasión en el imaginario colectivo, el paternalismo y el corporativismo de los órganos de masas (CTM, CROC, etc) que se traducían en el control de la vida pública y el rechazo a todo proyecto democratizador que pusiera en entredicho la hegemonía del Estado y su partido, el PRI.

Del nacionalismo revolucionario al liberalismo social

De 1976 a 1994 se producen una serie de cambios profundos y transformaciones radicales en el Estado Mexicano, particularmente en lo que atañe al modelo económico, muy afectado por las crisis económicas sexenales.

En menos de dos décadas se pasó del modelo retórico revolucionario estatista, al impulso a la economía mixta y de ahí a la adopción de las políticas neoliberales de desregulación y desmontaje de los pilares históricos en los que había descansado el Sistema Político Mexicano durante más de medio siglo:

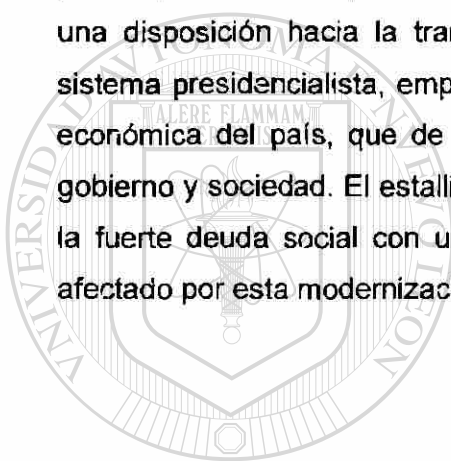
“La década de los 80’s y 90’s caracterizada por los programas de ajuste, la disminución del gasto social del estado –sobre todo en los renglones de salud, educación y seguridad social- y la privatización de las paraestatales, lograron reducir la deuda interna, mejorar los números macroeconómicos y liberar la economía, sin embargo, dejaron un saldo de mayor pobreza para México. La relación política de subordinación, a través del mercado con los Estados Unidos permitió transformaciones dictadas desde arriba sin previo consenso dentro del propio sistema de partido de estado y la sociedad. Cambios rápidos que atentaban contra los conceptos tradicionales de un sistema de partido de estado que había nacido de la Revolución. México vivía los efectos de un modelo económico que dejaba a más de 40 millones de pobres en el país, a la vez que desarmaba desde el discurso y la práctica oficial los conceptos de soberanía, agrarismo y sindicalismo” (Contreras Oropeza y Mesa Bibriesca, Op. Cit. p. 6).

En este mismo período, las presidencias de José López Portillo (1976-1982), Miguel de la Madrid Hurtado (1982-1988) y Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) consolidan la “tradicción” de las crisis económicas sexenales que, aunadas a la profundización de la corrupción gubernamental y a la pérdida del rumbo nacionalista en las relaciones internacionales, se expresan en graves contradicciones y profundos enfrentamientos sociales.

A la par que el país se encamina a acelerar su dependencia económica de la órbita política y financiera de los Estados Unidos, el retraso democrático se hace más evidente en el contexto internacional, lo que obliga a una moderada apertura del Estado mexicano expresado en las sucesivas reformas políticas (Delgado de Cantú, Op. Cit. p. 294) que amplían la participación política opositora, (Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales, promovida por López Portillo en 1977 y reformada por Miguel de la Madrid en 1986 y el Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales, aprobado en 1990 bajo el sexenio de Carlos Salinas de Gortari).

El surgimiento de nuevos órganos electorales como el Instituto Federal Electoral, su ciudadanía y su progresiva transformación en una instancia independiente del gobierno federal fue el resultado de un lento, pero acumulado proceso de presión social y de lucha por la democracia de distintos actores políticos del país. (Delgado de Cantú. Op. Cit. p. 498).

En 1988, tras su polémico triunfo en las elecciones presidenciales, Carlos Salinas de Gortari dijo que "en México había terminado el período de lo que, para todo propósito práctico, es visto como un sistema de un solo partido" (Meyer, Op. Cit. p. 119). El reconocimiento de esta nueva realidad política del país expresada en el pluralismo político no se acompañó durante su sexenio de una disposición hacia la transición democrática y sí de la permanencia del sistema presidencialista, empeñado más en la transformación y modernización económica del país, que de cimentar las bases de una nueva relación entre gobierno y sociedad. El estallido zapatista de 1994 demostró el atraso político y la fuerte deuda social con uno de los sectores más desfavorecidos, pobre y afectado por esta modernización: el México rural e indígena.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1.2. La guerrilla en México

Los movimientos guerrilleros en México han sido persistentes a lo largo de su historia. Guerrilla urbana y guerrilla rural tienen diversos ciclos que se enmarcan en circunstancias políticas y sociales que posibilitan su aparición y dinámicas particulares de acción: "Los movimientos guerrilleros en México han sido constantes. En ocasiones como recurso de los pueblos; en otras, de ejércitos regulares vencidos o de militares sublevados. Uno de sus componentes es el núcleo armado y otro más la circunstancia social en que aparece" (Montemayor, 2000, p. 2).

Para entender la génesis y el desarrollo de los diversos movimientos guerrilleros en México, tanto de los pasados como de los presentes, es menester para el científico social el abandonar explicaciones simplistas o reduccionistas polarizadas por el peso de las ideologías de los protagonistas de los procesos de violencia social o visiones deformantes de los fenómenos sociales que ofrecen en lo general la mayoría de los medios de comunicación.

Se impone entonces un ejercicio de racionalidad histórica para comprender de qué manera operan estos factores y cuáles son los condicionamientos que determinan esas particularidades.

Carlos Montemayor, uno de los historiadores de la guerrilla en México más reconocidos señala en *La guerrilla en México hoy*, (2000) que existen características específicas en el desarrollo de los movimientos guerrilleros si existen diferenciaciones y estas son importantes, pues, si bien en los movimientos de la guerrilla urbana la radicalización ideológica es fundamental, la aparición de la guerrilla en zonas rurales responde no necesariamente a un extremismo ideológico, sino a circunstancias sociales, agrarias o políticas prevalecientes en la zona o razón del alzamiento. (p. 2).

Resulta obvio señalar que las condiciones de pobreza y marginación de grandes sectores del país son fuente permanente de potenciales conflictos sociales cuya explosividad varía en la medida en que el Estado atiende o ignora dichas carencias.

Guerrilla urbana y guerrilla rural difieren generalmente en métodos y fines particulares, aunque esto último no significa que en determinadas condiciones, como las que se generaron en Chiapas para el estallido zapatista

de 1994, sus fines globales coincidan en algunas demandas de reivindicaciones políticas, étnicas o sociales, etc:

“La disposición de comunidades enteras para apoyar a un movimiento, al menos con el silencio, la provocan y la explican agitadores sociales muy evidentes en Chiapas: el hambre, el despojo, la represión, la cerrazón de autoridades políticas y judiciales, la presión de ganaderos y terratenientes. Casi el 80 por ciento de la población en las zonas del conflicto no tienen drenaje, no tienen agua entubada y potable, no tienen luz eléctrica, no tienen sistemas hospitalarios, no tienen comida. Debíamos comprender ya que la extrema pobreza puede alguna vez marcar la disposición a la violencia” (Montemayor, 1997, p. 62).

Las estrategias guerrilleras corresponden a sus necesidades y el entorno físico donde llevan a cabo sus acciones juega un papel central en el éxito de sus planes. La clandestinidad que ambos tipos de movimientos (urbano y rural) tienen que guardar para preservar su seguridad varía de acuerdo a las bases sociales y las redes de solidaridad que ha logrado construir como movimiento armado. En ese sentido la historia de la aparición y el aniquilamiento militar de focos guerrilleros en el país también ha tenido diferencias sustantivas en cuanto a los métodos utilizados por el Estado para su destrucción o la anulación de su potencial de expansión y peligrosidad, aunque, como señala Montemayor: “...con reducir el conflicto de Chiapas a su dimensión militar o con aniquilar o neutralizar el grupo central o más altamente adiestrado del EZLN, no estaríamos solucionando el conflicto social en que se produjo o se incubó el apoyo al grupo armado...” (1997, p. 63). En el caso de una guerrilla campesina e indígena, como la de Chiapas, el autor llama la atención en entender “el vínculo estructural entre la guerrilla rural y las condiciones extremas de pobreza” (2000, p. 8).

La dinámica de la guerrilla en México es compleja y cambiante. A esta estrategia de lucha han recurrido tanto militares como comunidades. En la guerra de Independencia y durante la ocupación francesa caudillos como Vicente Guerrero, Juan Álvarez y Porfirio Díaz utilizaron la guerra de guerrillas como una forma efectiva de minar a sus enemigos. En la Revolución Mexicana el nombre de Emiliano Zapata se encuentra ligado indisolublemente a la guerrilla campesina de Morelos y durante la Guerra Cristera los alzados contra el gobierno de Plutarco Elías Calles combatieron las fuerzas federales con esta táctica. (Montemayor, 2000, p.9).

No obstante lo anterior, los alzamientos indígenas no fueron reconocidos como guerrillas en forma. Desde el siglo XVII hasta entrado el siglo XX se les designaba como sublevaciones y revueltas. En el discurso del poder la rebelión indígena siempre fue marginada y minimizada: en Yucatán se habló de la "Guerra de Castas"; en Sonora de la "Guerra del Yaqui" y en Chiapas los sucesivos alzamientos de las etnias locales durante la colonia y en el periodo prerrevolucionario nunca adquirieron el status de guerrilla (Harvey, 1998, pp.62-68). De hecho, si se revisa la prensa de los primeros días del alzamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en enero de 1994, el discurso gubernamental insiste en descalificar al EZLN como guerrilla, calificándolo como "grupo armado", "profesionales de la violencia", etc. (Reygadas, 1996)

Como se puede apreciar la carga semántica y semiótica de la palabra guerrilla conlleva en sí el reconocimiento de fuerza, organización y cohesión que el Estado se niega a aceptar públicamente.

Guerrilla y revolución

La experiencia de la insurrección armada de Rubén Jaramillo en los década de los 50 en Morelos había dejado como lección a los movimientos guerrilleros que la paz no sería posible con un régimen que traicionaba sus pactos y eliminaba a sus enemigos. Al igual que Zapata, Rubén Jaramillo fue asesinado junto con su familia por efectivos del Ejército el 23 de mayo de 1963. Jaramillo puede considerarse el último de los alzados con raíces en la revolución de 1910 o el primero de los guerrilleros que más tarde proliferarían en los setenta:

"El asesinato de Rubén Jaramillo fue uno de los acontecimientos que más recordarían los grupos armados de origen campesino e indígena y su propio nombre aparecería ligado en décadas posteriores a varios movimientos de importancia, fundamentalmente en el estado de Morelos, aunque relacionados en distintos momentos con grupos como el Partido Revolucionario Obrero Campesino Unión del Pueblo (PROCUP) y el Partido de los Pobres (PDLP) de Lucio Cabañas." (Montemayor, 1996).

El Partido Revolucionario Obrero Campesino (PROCUP) en Oaxaca y el Partido de los Pobres (PDLP) de Lucio Cabañas en Guerrero, son los antecedentes del actual Ejército Popular Revolucionario (EPR) con presencia en el sur y zona centro del país.

Historiadores de los movimientos armados en el país coinciden en que la génesis de la guerrilla posrevolucionaria en México se puede fechar en el asalto de un grupo de jóvenes guerrilleros al cuartel militar de Ciudad Madera, Chihuahua, en la década de los sesenta: "El amanecer zapatista del 1 de enero de 1994 en los Altos de Chiapas comenzó ese 23 de septiembre de 1965 en la sierra de Chihuahua. Señalo esta fecha por la continuidad de las luchas armadas que vivió el país entero durante los siguientes casi treinta años" (Ibid).

El movimiento guerrillero, cuya inspiración se encuentra en el asalto al Cuartel Moncada encabezado por Fidel Castro y otros revolucionarios cubanos, fue el origen de diversos grupos que se alzaron en armas contra el Estado mexicano.

Apenas dos años después de la muerte de Jaramillo, Arturo Gámiz García, un maestro normalista que vivió el desalojo violento del internado del IPN, un 23 de septiembre de 1953, organizó en Chihuahua, junto al doctor Pablo Gómez y precisamente otro 23 de septiembre, pero de 1965, el asalto al cuartel militar de Madera (Ramírez Cuevas, 2002).

La guerrilla de Arturo Gámiz fue derrotada y masacrada, pero su acción sería tomada como ejemplo por uno de los grupos armados más desarrollados de la década de los setenta: la Liga Comunista 23 de Septiembre, fundada en marzo de 1973. Madera sería el nombre elegido para su periódico. (Jesús Ramírez Cuevas, 2002).

La historia de la Liga comunista 23 de septiembre tiene su propia historia muy particular dada la trascendencia de este movimiento guerrillero que, como ningún otro, articuló a diversos grupos dispersos en todo el país. De acuerdo al trabajo de Benjamín Palacios Hernández (1996) *La liga comunista 23 de septiembre, orígenes y fundación*, esta agrupación subversiva, surgida al amparo del surgimiento de la "ola estudiantil" surgida de la represión de 1968 y 1971 (Juan Velez, 2001, p. 7 y Benjamín Palacios, 1996, p. 15) ha sido injustamente catalogada (e historizada) como una organización "que reuniría los pecados de terrorismo, activismo perverso, descomposición, frustración, y por si fuese poco, un carácter enfermizo" (p. 11) cuyo programa político pareciera totalmente inconsecuente.

Frente a esta interpretación Palacios argumenta, dirigiendo su crítica contra Julieta Campos (*¿Qué hacemos con los pobres?*, 1995) primero, que "la

«leyenda negra» del movimiento de los setenta, y de la liga 23 de septiembre se ha convertido en expediente para preterir los acontecimientos reales del período, o, en su caso, para eludir el esfuerzo de la indagación histórica correspondiente y deshacerse del fenómeno con una riada de adjetivos y unos cuantos lugares comunes” (p. 10).

Señala que muy al contrario de la interpretación que desde algunos sectores intelectuales se ha hecho de la Liga 23 de septiembre, esta, como guerrilla urbana, sí mantuvo contactos con otros grupos guerrilleros campesinos, como los de Lucio Cabañas y el Partido de los Pobres, aunque estos contactos no florecieron:

“Deberá bastar aquí un ejemplo para acreditar los juicios anteriores. Los polos de la doble vertiente de la guerrilla de entonces –la urbana y la rural– habrían sido, se dice, totalmente distintos y sin ninguna clase de vínculo entre sí. Sin embargo, algunos de los grupos que se fusionarían en la Liga mantuvieron contactos tanto con la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria de Genaro Vázquez como con la guerrilla de Lucio Cabañas –de ello hay incluso constancia en las «actas» de fundación de la Liga– y uno de los afluentes de ésta, la fracción del Movimiento Espartaquista Revolucionario que había optado por las armas, pasa dos meses en la sierra de Durango (antes de octubre de 1968) reconociendo y explorando la zona con la intención de establecer allí un cuerpo de guerrilla” (Ibíd.).

Palacios señala que en la corta vida de la Liga comunista 23 de septiembre hasta su desmontaje y aniquilación por parte del estado mexicano, esta tuvo un impacto que ninguna otra organización guerrillera tuvo jamás (pp. 16-17). Desde la autocrítica apela al juicio de la historia para valorar los reales aportes de esta organización revolucionaria en la vida de México que no sin errores resulta inseparable de su historia:

“Que las expectativas de los fundadores –compartidas por todos los que se incorporaron inmediatamente después– no se hayan correspondido, ni de lejos, con la rápida sucesión de trágicos acontecimientos que conformaron el destino real de la Liga; que haya fallado en la autoevaluación de su trascendencia histórica y geográfica, de su permanencia política y temporal, no es cosa que –en el frío plano de la constatación histórica –debe extrañar”. (p. 16).

A la Liga Comunista 23 de Septiembre se le adjudica, entre otras acciones militares, en 1973 la responsabilidad del secuestro y posterior muerte del empresario regiomontano Eugenio Garza Sada. Sin embargo, nuevas pruebas y testimonios periodísticos apuntan hoy también a una posible

participación del gobierno encabezado entonces por Luis Echeverría Álvarez. Según un artículo publicado por el periodista Jorge Fernández Menéndez en *Milenio Semanal* 254 (4 de agosto del 2002) titulado “la verdadera historia del asesinato de Garza Sada”, documentos de la hoy desaparecida Dirección Federal de Seguridad recién desclasificados apuntan en diversos testimonios, incluido el de un exigente federal infiltrado en la Liga Comunista 23 de Septiembre, que el expresidente supo con un año de antelación los planes para el secuestro del empresario regiomontano y que no hizo nada para impedirlo.

A partir del asalto al Cuartel Madera se inicia en diversas zonas de México una lucha de numerosos grupos guerrilleros que alcanzó su fase más intensa de 1971 a 1977, período que hoy se identifica con la llamada “Guerra Sucia” que libró el Estado contra la guerrilla campesina y urbana. Este período corresponde a los gobiernos de Luis Echeverría (1970-1976) y José López Portillo (1976-1982).

En su estrategia de aislamiento y aniquilamiento el Estado autoritario y presidencialista nunca consideró a los guerrilleros como luchadores sociales o disidentes políticos, simplemente los calificó como delincuentes comunes, vándalos, abigeos y transgresores de la ley. Con este discurso justificó la represión tanto la que trasciende públicamente como la que los diversos organismos de seguridad realizaron en forma encubierta en todo el país y que hoy en día es objeto de escrutinio con la apertura reciente de los expedientes del Centro de Información de Seguridad Nacional (CISEN).

En 1967, Genaro Vázquez Rojas, un maestro de la Normal Rural de Ayotzinapa que provenía de las filas del PRI, encabeza en Guerrero un movimiento civilista que se opone al fraude electoral del gobernador de esta entidad, el general Raúl Caballero. La persecución en su contra obliga a su grupo a irse a la clandestinidad y a tomar las armas. La Asociación Cívica Guerrerense (ACG) se transforma en la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR), la cual nombra una dirección política desde la cual “emprende la organización de «la lucha armada del pueblo contra la oligarquía de grandes capitalistas y terratenientes proimperialistas que nos gobiernan» (Bartra, 2000, p. 107).

Ese mismo año, en la sierra de Atoyac, Lucio Cabañas, otro maestro de origen campesino, pasa de la docencia a la insurgencia y se radicaliza ante la

brutal represión a los pueblos que luchan por demandas agrarias. Aparece entonces el Partido de los Pobres (PDLP):

“El 18 de mayo de 1965 Lucio Cabañas se adentra en la sierra de Atoyac, de donde lo sacarán muerto el 2 de diciembre de 1974. En casi una década de lucha fuera de la ley; el exmaestro rural pone en pie una extensa organización política de base comunitaria, el Partido de los Pobres, y estructura una sólida fuerza militar, la Brigada Campesina de Ajusticiamiento, que pese a su ominoso nombre no sólo amedrenta a los caciques; también es capaz de golpear con éxito al ejército” (Bartra, Op. Cit, p. 110).

“Los alzados de Atoyac, afirma Bartra, conforman la mayor guerrilla de base campesina que se haya integrado en México, después de la revolución y los agitados años veinte” (p. 111). Ambos grupos armados surgirían además como formas de lucha de los campesinos, para responder a las constantes agresiones que sufrían a manos de guardias blancas a las órdenes de caciques y con la ilusión de construir una sociedad más justa:

“Los movimientos guerrilleros de Genaro Vázquez Rojas y de Lucio Cabañas fueron resultado de la radicalización provocada por la represión del gobierno del estado de Guerrero y las fuerzas caciquiles que asfixiaban demandas agrarias de la Costa Grande guerrerense y de la sierra de Atoyac. Por lo tanto, debemos tomar en cuenta que organizaciones armadas como (estas) han formado parte o se han radicalizado al paso de movimientos sólo u originalmente populares” (Montemayor, 2000, p. 10).

La guerrilla de Lucio Cabañas en Guerrero ocupó un lugar destacado en la historia de los movimientos armados en nuestro país. Combatida de forma frontal por el gobierno, la movilidad y la estrategia empleada por Cabañas mantuvo en jaque al Ejército Mexicano durante casi una década:

“En una pequeña zona, circunscrita a los altos del municipio de Atoyac y parte de los de Tecpan y Coyuca, el Partido de los Pobres tiene en jaque durante más de dos años al ejército nacional. Por fin, tras una siniestra década de constante represión, los serranos de la Costa Grande han puesto a punto un robusto brazo armado, y de 1972 a 1974 los pobres imponen su ley en la región. El costo, sin embargo, será muy elevado” (Bartra, Op. Cit., p. 111).

Es en este período cuando se registran las peores violaciones a los derechos humanos y abusos por parte de las fuerzas armadas en el combate a la guerrilla. Simpatizantes, redes de apoyo y familiares de los alzados no pocas

veces fueron detenidos y torturados y en ocasiones perdieron la vida en las acciones represivas de la contrainsurgencia.

Hemos señalado que el 2 de octubre de 1968 y el 10 de junio de 1971, junto con otros actos autoritarios en todo el país, son el telón de fondo en el que aparecen distintos grupos armados: Movimiento Revolucionario del Pueblo, Partido de los Pobres, Asociación Cívica Nacional Revolucionaria, Comando Urbano Lacandones "Patria Nueva", Partido Revolucionario Obrero Clandestino Unión del Pueblo (PROCUP) el Frente Urbano Zapatista (FUZ), la Unión del Pueblo (UP), los Comandos Armados del Pueblo (CAP), las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP) y Liga Comunista Espartaco. Algunos de ellos confluyen en la Liga Comunista 23 de Septiembre que como guerrilla urbana se extiende por las principales ciudades del país

"En la Ciudad de México, el movimiento estudiantil de 1968, que ocupó las calles y los recintos educativos en forma pacífica, fue destruido de tajo con el asesinato de decenas de estudiantes en Tlatelolco. Esto lleva a muchos activistas a optar por formas de lucha extremas, forman grupos armados o se integran a las guerrillas.

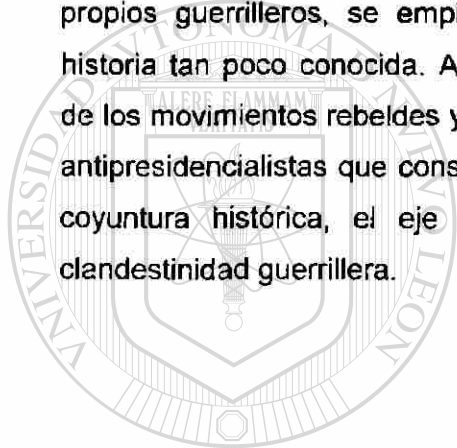
Según Mario Ramírez Salas, ex guerrillero de la Liga, el 2 de octubre de 1968 y el 10 de junio de 1971, junto con otros actos represivos en todo el país, "son el telón de fondo en el que aparecen distintos grupos armados: los Lacandones, el Frente Urbano Zapatista (FUZ), la Unión del Pueblo (UP), los Comandos Armados del Pueblo (CAP), las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP). Algunos de ellos confluyen en la Liga Comunista 23 de Septiembre". (Ramírez Cuevas, *La guerrilla en las regiones de México recupera la memoria*, 2000)

En una vertiente diferente, pero en esa misma época, se crean otros grupos como las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN) –antecedente del actual Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN)–, el Partido Revolucionario del Proletariado Mexicano (PRPM), con fuertes lazos con el maoísmo y el Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR). Algunos militantes del PRPM reciben entrenamiento militar en la República Popular China, mientras otros del MAR se adiestran en Corea del Norte. (Ibíd).

Carlos Montemayor señala que la historia de los movimientos armados en el país es una asignatura pendiente: "Conocemos a grandes rasgos algunas de las numerosas fuerzas que han surgido durante los últimos treinta años, pero seguimos careciendo de la información suficiente para entender a

profundidad y con nitidez la conformación de los movimientos guerrilleros en México, desde 1965 a la fecha” (2000, p.11).

La falta de información de esta guerra secreta que se ha librado desde hace más de 40 años al interior del estado mexicano ha repercutido indudablemente en la falta de comprensión del origen y significado del movimiento zapatista en Chiapas, en tanto que éste “no puede verse ni entenderse al margen de este complejo proceso armado” (Ibíd). Solamente a raíz de la apertura de los archivos políticos clasificados de la ex Dirección Federal de Seguridad y de los procesos que se llevan a cabo al interior del propio Ejército Mexicano por abusos de altos mandos contra civiles y contra los propios guerrilleros, se empieza a clarificar un poco el panorama de esta historia tan poco conocida. Al mismo tiempo empieza a cambiar la valoración de los movimientos rebeldes y su vinculación con las demandas democráticas y antipresidencialistas que constituyeron, con todo y la limitación impuesta por la coyuntura histórica, el eje de su emergencia y de su actuar desde la clandestinidad guerrillera.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando las aguas de la creciente derrumban las casas, y el río se desborda arrastrando todo, quiere decir que hace muchos días que empezó a llover en la sierra, aunque no nos diéramos cuenta, me dijo don Valentín Espinosa.

Estábamos hablando de cómo fue que de pronto vino la guerra a caer a estas tierras.

Y nos pusimos a platicar de tantas maldades que les han y les hemos hecho a la indiada. Es que desde el principio de los tiempos, cuando empezamos a hablar en castilla, fuimos a darles duro, a la palo y sin zacate. Si tenían tierras buenas, a quitárselas íbamos. Que si el río lamía sus tierras y bien se navegaba en sus aguas, nuestras eran. Para ellos el cerro y los pedregales. ¿Qué sus abuelos se las heredaron? ¡Pues nuestros padres se las quitaron!

-La poca tierra que les dejamos sirvió para que sembraran lo que a nosotros nos hacía falta, para pagárselas, cuando se les pagaba, a como nosotros queríamos....

-Pero eso fue hace mucho tiempo don Valentín...

-Mucho para nosotros, para ellos fue ayer, y la cicatriz no cierra todavía.

Y me quedé viendo la iglesia, y los palacios y la plaza, todo de piedra labrada. Y pensé en las manos que labraron.

-En todo están sus manos. No te equivoques, dijo don Valentín. Y me quedé pensando en todo lo que había conocido desde niño: los caminos, los puentes, las presas, los aljibes, los pozos, los cimientos, las casas. Y en todo advertí la mano de los indios.

-¿Y dónde viven?, preguntó don Valentín.

-Fuera de todo lo que hicieron, contesté.

-¿Y dónde mueren?

-En cualquier parte- De cualquier cosa.

-¿Y de qué te sorprendes?, volvió a preguntar.

-¿Sorprender?

-De lo que estás mirando...y don Valentín extendió el brazo para que su mano describiera el mundo.

Y fue entonces cuando vimos las botas de hule nuevecitas hasta abajo y las gorras nuevas hasta arriba, y las mochilas en las espaldas, y los uniformes ciñendo el cuerpo, y las escopetas en las manos, y las lanzas en las manos de otro compañero, y las miradas dispuestas debajo de las gorras.

-¿A dónde van?, les preguntó una mujer.

-A la guerra, contestó un niño arreglando su mochila.

-¿Contra quién?

-Contra el tiempo, contestó un viejo que amarraba la punta de su lanza.

-¿Por qué a la guerra, don Valentín?, quise saber.

-Esto viene de lejos. Cuando el río crece quiere decir que desde hace mucho tiempo se están preparando en la sierras los torrentes.

Eraclio Zepeda

Los torrentes de la sierra, 1994

1.3. Chiapas: el estallido guerrillero de 1994

Como hemos señalado, el conflicto de Chiapas no puede verse ni entenderse al margen de la historia de los movimientos guerrilleros en el país, ni tampoco reducirse a una dimensión étnica o reivindicadora en exclusiva de los derechos indígenas. En la mayoría de los análisis del alzamiento armado de 1994 –aún de aquellos que pretenden descalificar al EZLN y la legitimidad de su lucha- se encuentran presentes elementos que permiten establecer esta relación de continuidad histórica. En el caso de Chiapas, los antecedentes de la presencia de fuerzas o núcleos guerrilleros se remontan por lo menos a catorce años antes del surgimiento de los zapatistas (Montemayor, 2000, p. 24).

La evidencia de esta presencia previa y del trabajo político anterior en las comunidades indígenas en la región de las cañadas en Chiapas son descritas por Carlos Tello en *La rebelión de las cañadas* (1995), donde este autor, muy lejano de las posturas prozapatistas, involucra a la Diócesis de San Cristóbal de las Casas y en particular al obispo Samuel Ruiz como parte de los “instigadores” del movimiento. Señala Neil Harvey (1998) al respecto:

“En su libro, Tello describe la llegada de diversas corrientes izquierdistas a Chiapas en la década de los setenta y su asociación con diferentes grupos de trabajadores pastorales de la diócesis de San Cristóbal de las Casas. Según su versión, el EZLN se formó aprovechando los anteriores esfuerzos de organización de la diócesis y de su arzobispo, Samuel Ruiz García. Para Tello, los orígenes socialistas de Marcos y de otros líderes zapatistas ensombrecían su discurso político sobre la democracia y la libertad. El cambio de revolución a democracia es presentado por Tello como una mera reacción oportunista al derrumbe del socialismo en Europa oriental y a la desaparición de los movimientos guerrilleros (y del gobierno sandinista) en América Central. El EZLN evitó un destino semejante al “descubrir” el valor político de la democracia, especialmente cuando podía ligársele con la reprobación de las muy reales injusticias materiales que enfrentaban las comunidades indígenas en Chiapas” (p. 32).

En febrero de 1995, justamente cuando Ernesto Zedillo da a conocer la supuesta identidad del Subcomandante Marcos y lanza las órdenes de aprehensión contra la dirigencia zapatista, se difunde la noticia de que el EZLN era una derivación de un grupo guerrillero llamado Fuerzas de Liberación Nacional (FLN) surgido en el norte del país e inactivo desde la década de los 70 en que sus principales células se desintegraron (Harvey, p.32). De acuerdo

a la información de inteligencia militar, las FLN se formaron el 6 de agosto de 1969 y sus principales dirigentes eran identificados como Flavio César Yáñez Muñoz, alias "El hermano Pedro" y Alfredo Zárate Mora, alias "Salvador" o "Santiago". (Montemayor, 1997, p. 91).

En la lógica gubernamental, documentada en forma generosa en el informe *Movimientos Subversivos en México (1990)*, citado también por Carlos Montemayor, (p. 91) el general Mario Acosta Chaparro –hoy en prisión por narcotráfico y uno de los principales protagonistas de la lucha contrainsurgente en el sur del país- la religión católica y en particular la presencia del Obispo Samuel Ruiz en la Diócesis de San Cristóbal de las Casas, fue el vehículo que permitió gestar la futura guerrilla en Chiapas:

"El día 20 de julio de 1971 tienen un enfrentamiento a tiros con elementos de la policía judicial, cuando estableció una vigilancia en Vista Ocaso, en la colonia Lindavista de Monterrey, habiendo resultado herido un elemento de la policía judicial; se decomisaron en el interior del inmueble vehículos, armamento y documentación. Tenían establecidas sus zonas de operaciones en los estados de Veracruz, Puebla, Tabasco, Nuevo León y Chiapas". (Montemayor, 1997, pp.91-92).

Con la desaparición de las FLN algunos de sus integrantes se establecerían en Chiapas donde iniciarían un trabajo político silencioso, pero intensivo entre las comunidades indígenas de la entidad. Esta visión coincide con la versión de Tello, quien asegura que: "Las FLN optaron por seguir en la clandestinidad a pesar de los cauces abiertos por José López Portillo con la promulgación de la Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales. Sus células estaban activas...también en Chiapas." (Citado por Montemayor, 1997, p. 92).

Fernando Yáñez Muñoz, reconocido como el "Comandante Germán" del EZLN por los órganos de inteligencia mexicanos, señala en *Los orígenes de la mística militante: EZLN*, 2003 (versión electrónica disponible en www.revistarebeldia.org), que las Fuerzas de Liberación Nacional se formaron un 6 de agosto de 1969 en Monterrey, teniendo su primera casa de seguridad "en la calle 15 de mayo, cerca del cruzamiento con la calle Diego de Montemayor, donde recién construyeron el Museo de Historia Mexicana" (p.3).

Reygadas (1996) señala que la presencia de las FLN en Chiapas adoptó una estrategia diferente a la de los núcleos guerrilleros que se instauraron en otras partes de la República y que pronto fueron neutralizados por el Estado mexicano, situación que en los hechos constituye la negación del “foquismo revolucionario”, estrategia preponderante en los guerrillas latinoamericanas:

“Primeramente, después del golpe recibido en 1974, en lugar de insertarse como un «foco», la guerrilla realiza en adelante una labor que la lleva a tener una inserción masiva que le crea un paraguas de protección. Este simple hecho, no lo entienden la mayoría de los intelectuales oficialistas y pacifistas, que tratan de explicar todo a partir de la existencia de un grupo de radicales y una mayoría manipulada, engañada (...) No se trata de una creación conspirativa original y única del Subcomandante Marcos (...) Hay en la explicación de enero del 94 una larga serie de relaciones y elementos coexistentes, de acumulaciones e intersecciones, de razones político-sociales y transformaciones religioso-culturales de los campesinos de Chiapas y los pobres de México” (pp. 77-78).

Desde su irrupción en la vida pública, el esquema del análisis militar sobre el zapatismo se centra en la descripción de un núcleo armado principal y otro subordinado. El núcleo con preparación militar y mejores armas constituye la explicación básica del alzamiento y, por lo tanto, se convierte en el enemigo a contener y vencer:

“El planteamiento militar desconoce la causalidad social y toma como única explicación del alzamiento al núcleo armado principal. Este núcleo recluta a nuevos milicianos y se granjea la simpatía de las comunidades. Pero un núcleo armado que incursiona de esa manera en una región debe responder a intereses suprarregionales y contar con un apoyo político fuera de esos cordones visibles de resguardo. El razonamiento militar prosigue planteándose, entonces, la pregunta de quién o de dónde se sostiene ese grupo. Como no hay vinculación social, la respuesta debe conducir a otro grupo invisible. Ese posible grupo oculto sólo puede provenir de tres sitios: del gobierno, de la iglesia o del narcotráfico. Ahora, después de cuatro años del alzamiento del EZLN, sabemos que la respuesta elegida en el análisis militar fue la iglesia” (Montemayor, 2000. p.16).

En este análisis las bases sociales de apoyo de la guerrilla, por tanto, sólo son un simbolismo: la lógica contrainsurgente siempre busca “la cabeza de la hidra” para terminar con la violencia no autorizada por el sistema: en Chiapas el envío masivo de 50 mil soldados en los primeros días del estallido zapatista no deja duda de esta opción militar.

Un ejército campesino e indígena

La guerrilla zapatista se destaca porque plantea el surgimiento de un ejército indígena con reivindicaciones concretas que en su estructura y finalidades no corresponde a la definición clásica del grupo armado. Se ha señalado que el EZLN es la primera guerrilla posmoderna en tanto que no se propone la toma del poder, sino el cumplimiento de un amplio programa político y social en cuyo centro se encuentran las demandas indígenas, como lo reconoce Carlos Fuentes al responderle a Marcos en *Nuevo Tiempo Mexicano* (1994):

“Ustedes (el EZLN) han venido a recordarnos que nuestra modernidad los incluye a ustedes. No como imitación de nosotros, sino como ustedes mismos, como lo que ustedes son (...) Todos estos reclamos, hace unos cuantos años, habrían sido marcados por el fierro candente del anticomunismo. Ustedes son los primeros actores del poscomunismo en el Tercer Mundo. Sus aspiraciones ya no pueden ser ocultadas o pervertidas como parte de una conspiración soviética. Sólo los naufragos de la Guerra Fría, que se han quedado sin enemigos maniqueos, pueden creer eso” (pp. 173-174).

Junto a su aparición en el escenario político nacional, el EZLN apuesta a la utilización de una estrategia comunicativa que echa mano de todos los recursos a su alcance permite una rápida difusión de las razones de su movimiento y amplía en forma decidida la base social de apoyo de sus causas.

(Montemayor, 1997, p. 159).

Herman Bellinghausen y Jesús Ramírez Cuevas (*EZLN: Quince años, La Jornada*, 1998) ubican el origen de la lucha del EZLN el 17 de noviembre de 1983, cuando un pequeño grupo de guerrilleros se introduce en la Selva Lacandona con la intención de prepararse militarmente para la revolución futura. No hay proyectos claro, pero sí una experiencia histórica acumulada y una reflexión sobre las particulares condiciones del país, como lo revela Marcos a Calónico (2001): “En 1983, cuando se forma el EZLN, el primer grupo llega mal armado, mal equipado, sin ningún trabajo político en la zona y apenas con el contacto con algunos líderes indígenas que plantean que hay condiciones geográficas y de aislamiento para poder aprender las cuestiones militares” (p. 27)

Fracasada la “administración de la abundancia” prometida por el sexenio de José López Portillo a partir de la bonanza y posterior crisis de la

petrolización de la economía, saqueo del país por la banca desleal a la patria y el entramado de corrupción generalizada que caracterizó su administración, el naciente EZLN veía en estos sucesos el fin del modelo del nacionalismo revolucionario y con él, la cancelación de todo proyecto independiente:

“Desde sus inicios, el sexenio de López Portillo se caracterizó por la pérdida de autodeterminación del país y por su corte antipopular que deterioró aun más la calidad de vida de los mexicanos, particularmente la de los campesinos e indígenas (...) En este sentido se transitaba de un gobierno populista y proteccionista a un gobierno que permite la transformación a un Estado no interventor en la economía bajo un modelo que dejaba el bienestar social de la población y el desarrollo económico a las fuerzas del libre mercado” (Contreras Oropeza y Mesa Bribiesca, Op. Cit., p. 40).

Nacionalizada la banca como una forma de respuesta extrema a la debacle financiera, Miguel de la Madrid, el presidente entrante, prometía la “renovación moral, el castigo a los corruptos y el fin de la economía populista.

Con de la Madrid se iniciaba el desencadenamiento de la revolución neoliberal que se extendería con Salinas, se consolidaría con Zedillo y que actualmente se mantiene con Vicente Fox. (Bellinghausen, Op. cit, p. 2).

Los efectos de este viraje político si bien hicieron entrar a México en la modernidad de la economía internacional, produjeron a su vez un saldo social de pobreza y marginación en el país como nunca se había visto en la historia contemporánea. Cifras reconocidas en el 2002 por parte de la Secretaría de Desarrollo Social ubican los niveles de marginación en más del 53% de la población nacional; de este porcentaje al menos un 30 por ciento se encuentra por los niveles de la extrema pobreza. Hace siete años de los 2403 municipios del país, 1153 entraban en las estadísticas de la marginalidad. (Montemayor, 1997, p.17).

En 1994, Chiapas ocupaba oficialmente el primer en pobreza del país. Según cifras oficiales del Consejo Nacional de Población (Conapo) y del Instituto Nacional Indigenista (INI) de los 111 municipios de la entidad, 94 están considerados de muy alta o alta marginalidad. (INI 1990, Conapo, 1994)

De una población (1993) de 3 millones 208, 018 habitantes, al menos 1 millón, 129 mil 826 habitantes (35.21%) son de origen indígena. La tasa de analfabetismo alcanza para ese año el 30.12% a comparación de la media

nacional que registra el 12.44%. La deserción escolar llega hasta el 62.08%, porcentaje que dobla el 29.31% de la media nacional.

La marginación del estado queda de relieve en las cifras. Mientras que en Chiapas el 42.66% de la población no tiene servicio de drenaje, la media nacional alcanza el 21.47%. Además un 34.92% de los hogares chiapanecos no poseen electricidad respecto al 12.99% que registra la media nacional. (El Porvenir, 5 de enero de 1994, p.7).

Los inicios

Bellinghausen (1998) señala que el núcleo inicial del EZLN estuvo formado por seis guerrilleros, tres mestizos y tres indígenas procedentes de la ciudad, estableciendo su base inicial en lo que sería su zona de operaciones: las cañadas de la Selva Lacandona. El nombre de su campamento inicial es altamente significativo: "La Pesadilla".

No obstante las carencias propias de su aislamiento en la montaña, el núcleo guerrillero se instala en una región propicia para su organización política-militar y sobre todo para el contacto con la población indígena que posteriormente será su base social de apoyo. Baste recordar que aun y cuando ha pasado casi ocho años del estallido zapatista, más de un tercio de la población indígena de Chiapas vive en montañas de difícil acceso y en condiciones de marginalidad.

Las condiciones para el florecimiento de la guerrilla no son las óptimas: aunque existe marginación y pobreza no hay un movimiento de resistencia organizado, las comunidades indígenas (monolingües en su mayoría) se encuentran divididas o enfrentadas a la violencia sistemática de los caciques dominantes o la represión selectiva de los poderes estatales.

En *El sueño zapatista* (1999) Marcos señala que la etapa guerrillera de plena clandestinidad duró aproximadamente cuatro años mientras realizaba un trabajo político de bajo perfil:

"En sus inicios (el EZLN) es una guerrilla que con su accionar, con su propaganda armada, pretendía crear conciencia y jalar a otros grupos que optaran por la lucha armada, hasta culminar con una guerra popular" (Le Bot, p. 129).

Hasta 1985, el EZLN vive en una etapa de acumulación silenciosa de fuerzas. Ahí también decide que su crecimiento militar con la incorporación de militantes debe ser proporcional al crecimiento político.

La necesidad de crecer en la esfera política tiene como consecuencia inmediata un trabajo de acercamiento hacia las organizaciones políticas indígenas ya existentes en la zona, sobre todo con su una élite muy politizada, que viene de otras luchas independientes, muchas de ellas relacionadas con la posesión de la tierra, problema añejo en Chiapas y origen de muchas disputas y actos represivos en contra del mundo indígena.

En el encuentro ambos grupos coinciden, afirma Le Bot citado por Bellinghausen, en que es necesaria la lucha armada y se plantea la idea de un ejército y no un grupo guerrillero. Hay razones sobradas para ese radicalismo: el auge las guardias blancas y la represión en la selva y la zona norte. El racismo, el desprecio y la violencia norman la relación de las autoridades y los grandes propietarios con los pueblos indígena. La lucha civil parece haber llegado al límite y la opción militar se representa como un interés muy práctico: sobrevivir.

"Ante la sostenida represión, la creciente pobreza y las condiciones de salubridad, cada vez peores (incluyendo una epidemia de cólera en 1991), los comités informaron a Marcos en 1992 de su disposición para pelear. Las reformas al artículo 27 parecen haber sido el detonador. No obstante, Marcos trató de explicar que las condiciones externas no eran favorables. La caída de los estados comunistas, el debilitamiento de los movimientos insurgentes en América Latina y la crisis general del socialismo no brindaban buenos augurios, pero los zapatistas se mantuvieron firmes en su decisión (Castillo y Brisac, 1995:140): "Nosotros no queremos saber lo que está pasando en el resto del mundo, nosotros nos estamos muriendo y hay que preguntarle a la gente, ¿no dicen que hay que hacer lo que el pueblo diga? 'Pues...sí'. 'Entonces pasamos a preguntar'" (Harvey, p. 207).

Para 1985 la estructura militar del incipiente Ejército Zapatista de Liberación Nacional ya se encuentra en marcha, aunque trabajando en la más absoluta clandestinidad. Marcos se encarga de la fase militar del proyecto que se organiza a partir del crecimiento cualitativo y cuantitativo del EZLN. El propio líder zapatista confiesa que en este proceso él mismo y el núcleo guerrillero inicial sufre una transformación del modelo clásico de revolucionario "tradicional" aplicando un esquema de lucha de clases y categorías pre-

establecidas por el marxismo-leninismo, a una propuesta de acción práctica que redefine esos conceptos:

“Evidentemente, nosotros llegamos a la selva con este planteamiento. Es la clásica historia de la élite revolucionaria que se acerca a un actor de cambio y en torno a ese actor de cambio construye la teoría y el movimiento: el proletariado, en el caso de la revolución marxista-leninista. Lo que pasa es que esa propuesta inicial choca con las comunidades indígenas, con su planteamiento, tienen otro sustrato, una prehistoria de emergencias. Y modificamos nuestro planteamiento, hay un antes y un después del zapatismo con respecto a 1994. El zapatismo, lo que es el EZLN, no nace de planteamientos que vienen de la ciudad, pero tampoco nace sólo de planteamientos que vienen de las comunidades indígenas. Nace de esa mezcla de ese cóctel molotov, de ese choque que produce un nuevo discurso...” (Vázquez Montalbán, Op.cit., p.145).

En un segundo momento, muchos jóvenes indígenas comienzan a reclutarse en el EZLN, aprenden a vivir en las montañas. Las familias envían a sus hijos a las montañas para hacerse guerrilleros y les empiezan a mandar alimentos a sus campamentos. El EZLN crece masivamente.

Cuando ya hay cientos de indígenas reclutados se procede a construir una estructura de ejército y comienza una tercera etapa. Los campesinos que se incorporan, pero prefieren permanecer en el pueblo se convierten en milicianos, quienes reciben instrucción militar de los insurgentes.

En 1987 se forman las milicias zapatistas y para 1990 el EZLN pasa de tener cientos a miles de combatientes con el respaldo de pueblos enteros. En 1992, durante la celebración de los 500 años del llamado “descubrimiento de América”, surge una inquietud entre los indígenas zapatistas, que entienden como de resistencia a la dominación.

Los jefes indígenas plantean comenzar la guerra en el 92. La dirigencia zapatista decide llevar a consulta la decisión. Esta situación coincide con una gran movilización indígena el 12 de octubre en San Cristóbal de las Casas. Ese día, entre otras organizaciones, alrededor de seis mil zapatistas toman simbólicamente la ciudad colonial, armados con arcos, flechas y lanzas. Acompañados por otros contingentes, derriban la estatua de Diego de Mazariegos, el conquistador español que fundó la ciudad. (Harvey, Op. Cit. *Ibid*).

La consulta sobre la guerra se realiza en alrededor de 500 comunidades de los Altos, la zona norte de la Selva Lacandona, que por amplia mayoría deciden dar "la orden formal de hacer la guerra junto con ellas". En enero de 1993 se crea el Comité Clandestino Revolucionario Indígena (CCRI), que habrá de ser el mando máximo en la guerra. Este comité agrupa a los dirigentes de las comunidades zapatistas el EZLN, el ala militar, queda bajo su dirección, incluido su estrategia militar, el Subcomandante Marcos:

"En enero de 1993 se formalizó la supremacía de los civiles sobre los militares con la creación del Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General (CCRI-CG). El CCRI-CG conjuntó los diferentes comités regionales que se habían formado a lo largo de la década anterior. Se ordenó a los jefes militares que preparasen el levantamiento, pero Marcos también reconoce la tarea política de ganar legitimidad para el EZLN... (Castillo y Brisac, 1995, p. 141-142, cit. por Harvey, p. 208).

El primero de enero de 1994 miles de indígenas armados, protegidos por la noche, toman siete ciudades chiapanecas: San Cristóbal, Las Margaritas, Altamirano, Oxchuc, Huixtlán, Chanal y Ocosingo, se inicia así la vida pública del EZLN.

Las causas

Las interpretaciones sobre las causas que dieron origen a la rebelión militar indígena en Chiapas son múltiples y diversas: desde las voces simplistas que en principio redujeron el fenómeno a factores externos o a la manipulación de los indígenas por parte de "profesionales de la violencia", negando toda posibilidad y capacidad de una legítima protesta de las etnias chiapanecas, hasta quienes, avizoraron, en una interpretación global, que Chiapas representaba sólo la punta del iceberg de un país cuyas complejidades y graves antinomias sociales lo colocaban muy lejos de los sueños de modernidad tecnocrática impulsados por el sexenio salinista.

Sin embargo, la rebelión zapatista tuvo desde el inicio un elemento que la distinguió de otros alzamientos guerrilleros en el siglo XX: ha sido desde sus inicios una guerra ampliamente documentada por los medios masivos de comunicación. Prensa, radio, televisión han seguido paso a paso a los protagonistas de este conflicto; al respecto señala Carlos Montemayor (1997):

"Podemos decir que el EZLN fue el primer movimiento guerrillero en el México moderno que conquistó desde el primer día de su aparición, un espacio permanente en los medios de comunicación...El espacio que la prensa nacional e internacional ha ganado la guerrilla zapatista desde el 1 de enero de 1994 es de incalculable valor y marca una enorme diferencia con las guerrillas anteriores. Esta resonancia debemos atribuirle, también, por supuesto, a condiciones internacionales y nacionales que no se vivían en la década de los sesenta o setenta, particularmente en el desarrollo político de los medios de comunicación y en el surgimiento de organismos nacionales e internacionales de defensa de los derechos humanos" (p. 169).

Los medios han tomado posiciones, evaluado cada parte del proceso y cumplido funciones diversas de acuerdo tanto a la coyuntura del conflicto como a las relaciones de poder existentes en ese momento. Sin duda alguna, resultaría interesante un análisis global del discurso periodístico desde los primeros días del conflicto hasta el momento en que el EZLN es recibido en el Congreso de la Unión en marzo del 2001.

La rebelión indígena y campesina en Chiapas dio pie a interpretaciones disímboles, pero que sin embargo podríamos agrupar en dos principales: aquellas que, desde el discurso neoliberal y presidencial, descalificaron el alzamiento e ignoraron abiertamente sus causas, y otras que vieron en los hechos de violencia armada la expresión de una violencia social cuyas causas podían ser explicadas sin apelar a criterios estrechos y ahistóricos.

En nuestra explicación de las causas que dan origen al alzamiento zapatista tomamos como eje las reflexiones de Pablo González Casanova, Carlos Montemayor y John Saxe-Fernández. No son las únicas, ni las últimas, sin embargo tienen, a nuestro entender, la suficiente profundidad para explicar el estallido chiapaneco en las diferentes esferas de interpretación: política, social, económica, histórica y cultural, etc. y en su significación en el entorno nacional e internacional.

Pablo González Casanova (1994) señala que la violencia asociada a la rebelión zapatista obliga a "recuperar y esclarecer las verdaderas causas" (p. 1). Establece así que la revuelta indígena no se puede entender, sin destacar la tradición de resistencia de los pueblos mayas en la historia de la conquista y los sucesivos alzamientos contra el poder colonial. Los mayas, etnia que agrupa y emparenta a la mayoría de los grupos indígenas de Chiapas (tzetzeales, tzotziles, choles, mame, zoques y tojolabales) se mantuvo en

resistencia durante más de dos siglos después de la conquista de México. En Guatemala y Yucatán, no fueron sometidos sino hasta 1703. En Chiapas organizaron una gran revuelta en 1712 que puso en entredicho la conquista del sureste mexicano.

Otro factor de la revuelta se encuentra asociado a factores económicos relativos al propio desarrollo económico de Chiapas. La crisis de la hacienda tradicional que durante décadas se constituyó como la fuente de trabajo para el indígena, vino a ser sustituida por la hacienda ganadera, los finqueros y los terratenientes, a costa de las tierras, recursos y derechos de comunidades campesinas indígenas (p. 2). La Revolución Mexicana en Chiapas no dejó huellas ni transformaciones en lo relativo a la propiedad de la tierra y el reparto agrario: las estructuras coloniales siguieron manteniendo la vieja relación de hegemonía de los hacendados y mestizos sobre los indios. De la conciencia de esta situación nacería a mediados de los años ochenta la Asociación Rural de Interés Colectivo Unión de Uniones (ARIC U de U) como un movimiento de las etnias oprimidas por este esquema de dominio.

La iglesia católica otro factor que es ineludible señala González Casanova, aunque éste ha dado pie también a interpretaciones antitéticas. En la lógica gubernamental de los gobiernos de Salinas (1988-1994) y Zedillo (1994-2000), la Diócesis de San Cristóbal de las Casas y, en especial, el Obispo Samuel Ruiz García, mucho tuvieron que ver en el alzamiento indígena de 1994 sobre todo por la práctica evangélica de la Teología de la Liberación, destinada a concientizar, desde el pensamiento cristiano, a los indios acerca de su propia situación y de la necesidad de buscar las vías para superar tal estado de cosas. (Carlos Tello, cit. por Montemayor, 1997, p. 86).

Análisis de escritores de centro y de derecha como Héctor Aguilar Camín, Enrique Krauze y Carlos Tello Díaz (autor de *La rebelión en las cañadas*), entre otros, no vacilaron en adjudicarle a Samuel Ruiz al menos la autoría intelectual del alzamiento. Y es que, con su opción preferencial por los pobres, el trabajo apostólico de la Diócesis provocó una revaloración de los propios indígenas de la zona que se tradujo en la llamada "iglesia autóctona" que desde los años sesenta desarrolló un trabajo de educación y catequesis inmenso. Un "ejército" de más de 400 prediáconos y 8 mil catequistas, promotores de salud, defensores de derechos humanos, principales,

mayordomos y demás grupos se convirtieron en los promotores activos de la fe cristiana desde el rescate de la dignidad humana. (González Casanova, 1994, p. 3). Era lógico que esta estructura –fuertemente enfrentada a la hegemonía racista de los grandes propietarios y terratenientes- fuera señalada inicialmente por el gobierno estatal y federal como la cabeza visible de la rebelión:

“Al indígena Juan Hernández le tomó 25 años llegar a ser diácono. Tuvo suerte de ser ordenado antes de febrero cuando el Vaticano prohibió la ordenación de más diáconos indígenas permanentes en la diócesis de San Cristóbal de las Casas.

En 1975 diversas comunidades indígenas pidieron al Obispo Samuel Ruiz que ordenara como diáconos a algunos de sus integrantes “para servir completa la vida de fe”. Ese mismo año tzotziles y tzetzales eligieron candidatos que cubrieron un período de tres a cinco años de capacitación y prueba.

En marzo de 1981, Ruiz confirió a seis indígenas la Orden del Diaconado. Por primera vez en la historia de la diócesis los indígenas pasaron a formar parte de la jerarquía católica. Desde entonces han sido ordenados 342 diáconos permanentes. Todos, con excepción de uno, están casados. Además hay alrededor de 150 candidatos al diaconado”. (Teresa del Riego, 2002, Reforma).

Otro elemento tiene que ver con la herencia del movimiento estudiantil del 68 y de cómo distintos grupos eligieron distintas vías tras la matanza del 2 de octubre. Como lo hemos descrito con anterioridad, desde los que se integraron al sistema o fueron cooptados por el sistema, los que se fueron a las guerrillas de Sonora, Chihuahua o Guerrero o los que se integraron a la militancia política de izquierda que contribuyeron posteriormente a la fundación del Partido de la Revolución Democrática (PRD):

“Después del 68 que en México terminó con el sacrificio de Tlatelolco, los líderes estudiantiles siguieron muchos caminos: unos se integraron al sistema, o el sistema los cooptó; otros organizaron movimientos sociales urbanos y colonias populares; otros contribuyeron a formar partidos políticos como el PRD, el más grande de la izquierda en la historia de México; otros más ayudaron a organizar movimientos campesinos, o se fueron a las guerrillas de Sonora, Chihuahua, Guerrero. En la ideología de los antiguos estudiantes había un elemento común: luchar por una democracia en que el pueblo trabajador y explotado tome las decisiones por sí mismo y se prepare para dar fin a un sistema represivo, autoritario y excluyente” (p.3).

A mediados de los setenta, los antiguos sobrevivientes del 68, muchos de los cuales formaban el núcleo inicial de las Fuerzas de Liberación Nacional,

empezaron a llegar a Chiapas y se integraron a las organizaciones populares desde las cuales impulsaron las luchas campesinas y las organizaciones de masas. Su trabajo se hacía en el frente político y no sin riesgos, pero hasta la formación del EZLN en 1983, no tuvo el carácter clandestino que sí tendría el foco guerrillero proveniente de los militantes de la Unión del Pueblo, uno de los primeros grupos que se internaron en la Selva lacandona.

El trabajo político y su contacto directo con las necesidades de las comunidades indígenas transformaron a su vez a los propios grupos "revolucionarios":

"Los revolucionarios aprendieron que los ritmos del pueblo no son los de ellos. Aprendieron que no sólo es cosa de organizar a los indios, sino de aprender cómo están organizados. Construyeron organizaciones y politizaron a las existentes. Se politizaron ellos mismos y se confundieron con los demás. Dejaron sus ideas marxistas-fundamentalistas. Descubrieron que el "reordenamiento del mundo", sólo podría venir de una lucha por la democracia que incluyera y partiera de las autonomías y de los derechos de los pueblo indios y de los pobres que no son indios hasta abarcar a toda la nación. Contando con ella, con sus trabajadores y su pueblo" (González Casanova, 1994, Op. Cit, p. 4).

El tono de la Primera Declaración de la Selva Lacandona (1993) recoge esta experiencia: el alzamiento es indígena y está motivado sí por las inhumanas condiciones de explotación, racismo y olvido que prevalecen en el mundo indígena; pero aún así apela a un sector más amplio de la realidad nacional: los pobres y desposeídos, los marginados y desposeídos, los olvidados por la modernización emprendida desde el poder a partir de las condiciones impuestas por la globalización y el neoliberalismo:

"Pueblo de México (...) pedimos tu participación decidida apoyando este plan del pueblo mexicano que lucha por trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, democracia, justicia y paz. Declaramos que no dejaremos de pelear hasta lograr el cumplimiento de estas demandas básicas de nuestro pueblo formando un gobierno de nuestro país libre y democrático" (Montemayor, 1997. p. 39).

Una quinta causa de la rebelión zapatista tiene que ver con el histórico problema de la posesión de la tierra en Chiapas y con las acciones que desde el poder político central son impulsadas en su mandato por el presidente Luis Echeverría (1970-1976). El decreto presidencial que entrega casi la posesión territorial de media Selva Lacandona a los lacandones, una etnia casi extinta, a

costa del despojo de otros grupos más numerosos como los tzetzales, tzotziles, choles, tojolabales y zoques, que habitaban esa región desde hace tres décadas. Ellos eran los "invasores" en la lógica presidencial:

"Luis Echeverría (1970-1976), frenó ese decreto en marzo de 1972, con otro, conocido como Decreto de la Comunidad Lacandona, mediante el cual, en un acto de «justicia», reintegraba 614 mil 321 hectáreas a 66 familias de lacandones, es decir, casi media selva. Ese nuevo decreto afectó aproximadamente a casi 40 comunidades de choles, tojolabales, tzetzales, tzotziles y zoques que estaban asentados ya en la selva y que tenían años tramitando la formalización o ampliación de sus dotaciones de tierra" (Montemayor, 1997, p. 98).

En realidad, tras el decreto se encontraba un gran negocio de políticos y madereros. Unificada la propiedad de la selva, la Compañía Forestal Lacandona S.A. se apresura a firmar un contrato con los "legítimos dueños" de las tierras para extraer al año 35 mil metros cuadrados de madera. La Selva Lacandona se volvió monopolio de la compañía (ibid).

La violenta "reubicación" impulsada entonces en forma tripartita por el gobierno federal, estatal y la propia compañía maderera sería el embrión de los movimientos de defensa de la tierra que politizan amplios sectores indígenas.

Para el inicio de la década de los 80 estos movimientos alcanzan una dimensión que trasciende Chiapas y se enmarcan en el contexto de las crisis económicas cíclicas que desde los años 70 disminuyen las posibilidades de los desplazados indígenas de fuentes de trabajo urbanas. En 1982, la erupción del volcán El Chichón ocasionó el desplazamiento de 20 mil personas que emigraron a la Selva Lacandona con la consabida respuesta del gobierno chiapaneco. (González Casanova, 1994, p. 4).

El problema de la tierra y los conflictos agrarios se agravan también con el crecimiento demográfico de la región. A principios de los noventa Chiapas tenía sin satisfacer el 27% de las demandas de tierras en todo México. A la par de este proceso se da el del crecimiento de los latifundios y el despojo de las pocas tierras en manos de las comunidades. Asociados a este fenómeno se da la aparición de las "guardias blancas", el encarcelamiento o asesinato de los líderes indígenas que demandan justicia agraria y la represión generalizada, con ayuda del Ejército Federal, de las comunidades que demandan la restitución de sus tierras. La región de Las Cañadas es particularmente un

testigo de primera mano de las respuestas violentas en contra de estos movimientos.

La reforma al Artículo 27 Constitucional

El 7 de noviembre de 1991, bajo el espíritu del neoliberalismo disfrazado como "liberalismo social", el entonces Presidente, Carlos Salinas de Gortari, siguiendo los intereses de los grandes latifundistas, los grupos políticos nacionales y extranjeros que promueven la idea de la reforma económica en todos los rubros, envía al Congreso –mayoritariamente priísta en ese momento– un proyecto de reforma al Artículo 27 Constitucional relativo a las modalidades de la posesión legal de la tierra. El nuevo texto significa el clavo final al ataúd del ejido mexicano ya que no sólo legalizaba los latifundios simulados, sino que facilitaba la privatización de tierra ejidales y comunales por los latifundistas vía la renta de tierras. Un nuevo esquema semejante en muchos sentidos al prevaleciente entre el siervo y el señor feudal reaparecía en el campo mexicano, fortaleciendo de facto la vieja figura del hacendado:

"El 7 de noviembre de 1991, el Ejecutivo Federal, en cumplimiento de la política neoliberal acordada con el Fondo Monetario Internacional, de las exigencias para el Tratado de Libre Comercio (TLC-NAFTA), y siguiendo los intereses de los grandes latifundistas y políticos mexicanos y extranjeros, envió al Congreso un proyecto de reforma al Artículo 27 Constitucional. El nuevo texto no sólo legalizaba los latifundios simulados y legitimaba las declaraciones de que ya no hay más tierras que repartir, sino facilitaba la privatización de tierras ejidales y comunales para los latifundistas" (González Casanova, 1994, p.15).

El agravamiento del problema de la posesión de la tierra incrementó exponencialmente el grado de politización de las comunidades indígenas que rompen sin embargo con el esquema cupular-partidista ofrecido por la oferta electoral vigente. La política "clientelar" tan cara a la tradición de las élites partidistas no resuelve las necesidades y demandas indígenas y sí, no pocas veces enfrenta a las propias etnias entre sí por conflictos ideológicos o de interés. El PRI, como partido dominante hasta la década de los noventa en las zonas indígenas chiapanecas se ha encargado de que "los usos y costumbres" de las comunidades se acomoden a las necesidades político-electorales del sistema: "La función electoral se hace sin planteamientos que atenten contra los privilegios y los privilegiados, o que impliquen la posibilidad jurídico-política

de elegir representantes contrarios al PRI y a los ganaderos o finqueros" (González Casanova, 1994, p. 7). La lucha electoral pronto muestra sus limitantes bajo el esquema de la hegemonía del partido de Estado.

A la violencia del modelo económico y social impulsado desde la administración salinista en la década de los noventa contra los indígenas mexicanos, se une la omnipresente violencia racista y represiva de la oligarquía chiapaneca, tan marcadamente distanciada de las etnias locales. Quienes detentan el poder, desde la sede colonial de San Cristóbal de las Casas, orgullo de los "auténticos coletos", hasta la moderna y cosmopolita Tuxtla Gutiérrez establecen un principio común: tienen la posibilidad de violar la ley, sea esta agraria, laboral o electoral en contra de los más desfavorecidos, los pobres entre los pobres. Un indio que reclama sus derechos es un terrorista, un alzado al que hay que mantener sometido por la doble vía: la física y represiva y la de la ignorancia de sus propios derechos.

Las estadísticas del terror son terribles y se asemejan en mucho al esquema prevaleciente en las viejas haciendas porfiristas: de 1974 a 1987 al menos 982 líderes indígenas son asesinados, más de mil campesinos detenidos e internados en las cárceles estatales por demandas de tierras, más de 500 torturados, 334 casos documentados de desaparecidos políticos, 38 mujeres violadas, miles de expulsados y desplazados de sus casas y de sus tierras (p. 8). Al igual que sus vecinos guatemaltecos muchas comunidades campesinas son sometidas a la destrucción y el saqueo de guardias blancas, del ejército o las fuerzas represivas del estado. Demasiados agravios para pasarlos por alto.

La autodefensa se impone como táctica de supervivencia; la autonomía y la defensa de los derechos propios se convierten en el centro de la actividad política y de la resistencia cívica de las comunidades simpatizantes del zapatismo, ya en la etapa final de su conformación y consolidación como ejército popular y clandestino.

El entorno nacional e internacional

Esta conjugación de factores sociales, económicos y políticos locales en la emergencia del zapatismo y el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional como movimiento político-militar, no se explica, por supuesto,

solamente desde una perspectiva local. En el análisis de sus causas se encuentran otros ejes críticos que apuntan a factores nacionales e internacionales.

Las políticas económicas de los últimos tres sexenios (1982-2000) difícilmente pueden ser descritas como una "revolución económica pacífica", sostiene Saxe-Fernández (1998) y esto es así porque el impacto de las medidas de modernización económica implementadas a la par de la apertura hacia la globalización terminaron por fracturar el endeble tejido social mexicano, en el que la pobreza de millones se convierte de alguna manera en una precondición de guerra civil. La violencia social no se restringe a Chiapas, sino que se disemina por todo el país y genera fenómenos colaterales como la delincuencia, el auge del narcotráfico, el subempleo y el desempleo abierto.

Durante el sexenio de Carlos Salinas, el programa para combatir la pobreza extrema conocido como "Solidaridad", verdadera arma política-económica del régimen se demostró incapaz de revertir o contrarrestar los nocivos efectos de la adopción de políticas neoliberales, instrumentadas, entre otros métodos, en el regreso a los "pactos económicos" que significaron toques salariales, restricción de derechos laborales, desmantelamiento de empresas estratégicas del sector estatal y control generalizado del movimiento sindical y campesino del país:

"Durante el período 1970-1982, los datos del INEGI indican que los salarios representaron cerca del 37.1% del PNB, mientras que entre 1990 y 1994 habían descendido a sólo 25.8%...Es decir que entre 1983 y 1993, los asalariados mexicanos perdieron el equivalente a 246 mil 900 millones de dólares y durante los primeros cuatro años del salinato la pérdida fue de 160 mil 900 millones. Con Solidaridad sólo se recuperó poco más del 4% de lo perdido por los asalariados" (Saxe-Fernández, 1998, p. 5).

Las consecuencias de la modernización salinista en la distribución del ingreso nacional son dramáticas: Para 1984 el ingreso del 10% de las familias más pobres de México representó el 1,72 del PNB, en 1989 con De la Madrid, se redujo a 1.58% y para 1992 era del 1.55%. En contraste la misma proporción de familias de mayores ingresos aumentó de 32.7% en 1984 a 38,16% en 1992. En 1994 sólo el 0.2% de la población nacional controlaba el 51.11 % de los activos del país. (Ibíd.).

El TLC y el alzamiento zapatista

La entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) el primero de enero de 1994 firmado por los gobiernos de México, Estados Unidos y Canadá no es sino el resultado de un proceso de transformación económica y de integración comercial que se aceleró, entre otras causas, con el derrumbe de la bipolaridad que mantuvo la Guerra Fría durante más de medio siglo en el mundo. Si el proceso de globalización financiera, política, cultural y tecnológica tuvo un impulso decidido a partir de los años 90, éste se exponenció tras la caída del Muro de Berlín en múltiples sentidos y en particular, en lo que a la esfera económica refiere, al proceso de hegemonización internacional del capitalismo bajo la esfera de los principios del neoliberalismo.

En México, como en muchas otras naciones subdesarrolladas, el tipo de política económica a que orilló la gradual aceptación de las políticas impulsadas por instituciones internacionales como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional, desembocó en un esquema de integración comercial y financiera que acentuó la subordinación a la economía más poderosa del orbe, la estadounidense, dejando de lado las abismales asimetrías entre nuestro país y sus socios comerciales; afirma Saxe-Fernández: "En verdad, el tipo de política económica que desembocó en el TLC, un esquema de integración subordinada que codifica las abismales asimetrías entre nuestra nación, latinoamericana y subdesarrollada, con dos de las principales potencias económicas del orbe, es uno de los principales precipitantes de la desestabilidad que hoy aflige a México" (1998, p. 4) Se trataba de llegar a la modernidad a cualquier precio, aunque fuera el de la negación de la propia realidad social latinoamericana, mexicana y, por supuesto, indígena.

El campo mexicano particularmente fue testigo de las consecuencias de este proyecto.

En *Marcos: historia y palabra* (Cristian Calónico, 2001) el Subcomandante Marcos coincide en que una de las condiciones que aceleran la decisión de las comunidades zapatistas de Chiapas a la guerra es, precisamente, la política agraria neoliberal impulsada por Salinas al implementar la reforma Artículo 27

constitucional que en su opinión legaliza las condiciones para el despojo total de la tierra a los campesinos:

“...La reforma al Artículo 27, que es el otro elemento que radicaliza más a las poblaciones indígenas. La expectativa de mejoramiento económico, que es tener un pedazo de tierra mediante la vía legal se cierra y no sólo eso, en la medida que el reparto agrario se declara terminado ya no se va a repartir nada, o sea que no se tiene derecho a aspirar a la tierra. La privatización del ejido o la privatización de las tierras permite un despojo más legal del que ya estaban haciendo los terratenientes. Entonces, poco a poco, las comunidades indígenas se empiezan a encontrar con una disyuntiva, en un callejón sin salida donde ya está en juego su sobrevivencia como seres humanos, como seres vivientes, donde se empiezan a enfrentar la muerte ya como una perspectiva de aniquilamiento masivo (...) Al referirme a esos períodos también estoy hablando de la caída del precio del café, que era prácticamente la única forma, junto con el ganado, en que las comunidades podían hacerse de algo de dinero para resolver sus necesidades, sobre todo de salud” (pp. 31-32).

El problema agrario, detonante de muchas de las luchas populares en la historia nacional, se encuentra asociado fuertemente al mundo indígena en más de un sentido. Desde los tiempos de la colonia, las comunidades autóctonas han vivido un proceso de despojo sistemático de sus tierras comunales, una estructura heredada de tiempos prehispánicos. El siglo XIX y el período de las Leyes de Reforma fue particularmente perjudicial con esta forma tradicional de tendencia de la tierra legalizando el despojo de miles de hectáreas de tierras indígenas.

En el período previo a la Revolución Mexicana la institución de la Hacienda ya había absorbido las tierras campesinas e indígenas incorporando un régimen semifeudal en el trabajo para beneficio de los grandes terratenientes nacionales y extranjeros. Este despojo se convirtió en el detonante de los alzamientos campesinos en estados como Morelos, con fuerte presencia indígena campesina, y cuna del movimiento agrario encabezado por Emiliano Zapata. (Delgado de Cantú, Op. Cit, p. 11).

Finalizada la contienda revolucionaria, la política del reparto agrario benefició gran parte del país, pero en algunas entidades del sur del país y particularmente en Chiapas dejó inalterados los viejos latifundios, dejando latente el explosivo problema que se combinó con las particulares condiciones

económicas, políticas y sociales prevalecientes en la entidad, previo al alzamiento zapatista de 1994:

“A principios de los noventa los conflictos agrarios se acentuaron son que se atendieran aún las demandas de tierras; los campesinos despojados «cobraron cada vez más conciencia de que mientras a ellos los habían empobrecido, marginado y excluido, los grandes propietarios tenían latifundios simulados que ni siquiera explotaban». Además de las movilizaciones de protesta, los campesinos indígenas empezaron a ocupar algunas parcelas y a cultivarlas, lo que motivó la respuesta violenta del ejército y de las llamadas *guardias blancas*” (Delgado de Cantú, 1996, p. 490).

La reforma al Artículo 27 Constitucional y la aprobación del TLC se convierten así, en el contexto social chiapaneco, en los catalizadores de la guerra como la respuesta de las comunidades indígenas y campesinas al proyecto salinista, afirma Pedro Reygadas, (1996) que “el 1 de enero, al estallar la insurrección chiapaneca, el Tlc es considerado por el EZLN como un instrumento de violencia sobre los grupos étnicos mexicanos” (p. 83).

A casi una década del alzamiento zapatista las condiciones particulares que ha producido la entrada en vigor del TLC en varias ramas de la industria nacional, y en particular en el sector agropecuario se evidencian en la violencia y radicalización de los movimientos sociales de amplios sectores campesinos, que han visto cómo la inversión pública en el sector ha caído casi un 80 por ciento en una década (Saxe-Fernández, 1998).

Desprotegido ante la apertura comercial, abandonado durante décadas y sometido a los vaivenes económicos de la nación, movimientos de resistencia popular campesina como los de San Salvador Atenco (2002) han sido en gran parte expresiones de este descontento social. En el 2003, con la apertura del capítulo agropecuario del TLC y la consecuente liberalización de las importaciones de productos del campo del mercado estadounidense y canadiense este problema puede conducir a situaciones de mayor inestabilidad social y política.

1.4. La “reinención” de la cuestión indígena

El alzamiento militar del EZLN en 1994 ha sido la confirmación de lo que algunos sociólogos y antropólogos han llamado la “reinención de la cuestión indígena” (Bengoa: 2000) y que ha tenido entre sus muchas consecuencias el redimensionar el discurso sobre el indigenismo en el contexto del proceso de globalización que experimenta la sociedad contemporánea: “En este momentos estamos viviendo un despertar de los pueblos indígenas en nuestro país y una conciencia de estos pueblos de que son sujetos de la historia y no sólo objeto de las propuestas para su mejora de los no indígenas” (Villoro, 1996, p. 161).

Esta emergencia de los movimientos indígenas en América Latina en forma de reivindicación de las identidades étnicas, lingüísticas, religiosas, sociales y políticas va de la mano de la propia historia del continente y de sus transformaciones. No niega la “modernidad” del continente, pero sí la cuestiona fuertemente.

La realidad indígena en el nuevo milenio, en el contexto de la sociedad industrial y posmoderna brinda elementos para afirmar que el camino para su estudio y comprensión se encuentra mucho más allá de los enfoques y categorías tradicionales con los que la antropología la había abordado, como grupos particulares y sociedades primitivas “premodernas” (Tejera Gómez, 1999, p.1).

Al contrario, en el contexto de la globalización se da una compleja red de relaciones urbanas y rurales, nuevas relaciones interculturales, fenómenos de migración y constitución de nuevas identidades culturales que obligan a replantear desde una perspectiva antropológica, política y cultural, nuestros conceptos sobre el indigenismo, las luchas indígenas y sus demandas de autonomía, como lo expresa Tejera Gómez:

“Ante los procesos de integración mundial (la antropología social) debe pasar la prueba de explicar la formación de nuevas identidades culturales y el fortalecimiento de las ya existentes. La identidad cultural ha aglutinado diversos sectores e, incluso, sociedades enteras en torno al reconocimiento de la diversidad cultural y la autonomía política y cultural” (p. 52).

En los últimos 10 años se ha roto por la fuerza de los hechos el lazo de una política oficial paternalista y de dominio disfrazada de “indigenismo”,

sostenido por décadas (Bengoa, 2000, p. 19). En Latinoamérica la explosividad social latente en la existencia de amplios sectores indígenas o de origen indígena fue mediatizada en el siglo XX a través de una política impulsada desde el Estado que negó en las leyes las diferencias étnicas y culturales, la pluriétnicidad o multiculturalidad, en aras de una artificial “unidad nacional, histórica y política” como la que se llevó a cabo en México:

“A diferencia de la situación prevaleciente en el período colonial, en el que tanto las Leyes de Indias como la perduración de los altepetl implicaron un reconocimiento de la pluralidad étnica del país, en el nuevo Estado independiente se partió de la idea de que todos los habitantes del país eran ciudadanos mexicanos y, por consiguiente, debían vivir dentro de un régimen jurídico único y de observancia universal. Ni en la constitución de Apatzingán de 1824 ni en la de 1824 se habla de la existencia de indígenas o de pueblos con lenguas y culturas diferentes. En ambos ordenamientos subyace la idea de que, por ser mexicanos, todos los habitantes del país, no debe haber diferencia alguna en los ordenamientos de la Nación. Esto que, en teoría podría considerarse como aportación de criterios justos y liberales, trajo consigo en la práctica el total desamparo y marginación de los indígenas”. (Miguel León Portilla, 1996, pp. 33-34).

Lo nacional recubrió lo étnico, incluso ahí donde la población mayoritaria era de origen indígena. Para el indigenismo impulsado por las instituciones del Estado lo indígena era válido en tanto símbolo de folklore, arte o recuerdo de una herencia y un pasado glorioso, no como una realidad social. En palabras de Bonfil Batalla (1987) se trata de una “civilización negada”, de un “México profundo” que encarna los valores de la cultura mesoamericana que es negada por el “México imaginario”, constituida por la cultura mestiza que le apuesta a la modernidad, al cambio y al olvido de este sector, históricamente culpable del atraso de la nación (p. 186).

Lo indígena se convierte así en un problema de conciencia y de imagen, pero no de reivindicación étnica o cultural por parte del Estado mexicano:

“Uno de los caminos para eludir el problema de la indianidad de México ha sido convertir ideológicamente a un sector de la población nacional en el depositario único de los remanentes que, a pesar de todo, se admite que persisten de aquel pasado ajeno. Los indios, denominados genéricamente, resuelven así el absurdo evidente de una civilización muerta por decreto ¿Qué queda de aquello? Esto: los indios.

Y están aquí, en efecto. En las regiones indias se les puede reconocer por los signos externos: las ropas que usan, el “dialecto” que hablan, la forma de sus chozas, sus fiestas y sus costumbres. Sin embargo, en general los mexicanos sabemos poco de “nuestros” indios. ¿Cuántos

son?, ¿Cuántos pueblos componen ese abigarrado mosaico étnico que el colonizador encubrió bajo el término único de "indio": el colonizado, el vencido (...) Pero más allá de esos fríos datos, la cuestión está en que el rechazo a lo indio nos cierra la posibilidad de entender formas diferentes de vida y alternativas. A muy pocos parece interesarles lo que significa ser indio, vivir la vida y la cultura de una comunidad india, padecer sus afanes y gozar sus ilusiones. Se reconoce al indio a través del prejuicio fácil: el indio flojo, primitivo, ignorante, si acaso pintoresco, pero siempre el lastre que nos impide ser el país que debíamos ser" (Bonfil Batalla, 1987, p. 45).

Esta larga cita muestra cómo el impulso del indigenismo por parte del Estado, definido en términos de la realización de políticas para los indígenas dirigidas por no indígenas, deja en claro un grave desconocimiento de este "mundo dentro de otros mundos" que se reveló para muchos mexicanos el 1 de enero de 1994:

"El levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) puso de cabeza los años que los indios vivieron bajo la sombra del indigenismo, de la doctrina proteccionista oficial que ellos no pidieron y que, sin embargo, afectó sus formas de vida. Pero también se adelantó a cualquier forma de evaluación para conocer sus impactos y puso al desnudo las consecuencias de años de propuestas de integración-asimilación para que los indios pudieran identificarse perdiendo su identidad, en el supuesto de que la existencia de varios pueblos indígenas era un obstáculo para la unidad nacional" (Martínez Assad, 1996, p. 119).

Lo indígena es lo que no expresa conflictividad y puede ser absorbido como parte de la cultura en términos de la sujeción y la inocencia, como el "buen salvaje" de Rousseau.

Esta herencia de la visión de lo indígena en la sociedad mexicana atraviesa la historia al paso de los siglos. Sinónimo de atraso, barbarie y paganismo para el conquistador español, el indígena, el "natural", debe ser sujeto (por su propio bien) del sojuzgamiento, primero por la espada y después por la cruz.

No hay remedio para esta condición que no sea la renuncia al ser indígena, la "desindianización", la llama Bonfil Batalla (p.42). La conversión al mestizaje significa la renuncia al atraso y la incorporación a la civilización occidental y a sus valores: "La desindianización...es un proceso histórico a través del cual poblaciones que originalmente poseían una identidad particular

y distintiva, basada en una cultura propia, se ven forzadas a renunciar a esa identidad, con todos los cambios consecuentes en su organización social y su cultura.” (p.42)

Acaso esta condición se ejemplifica con todo su dramatismo en la historia de Benito Juárez García, el héroe de la Reforma. Ciertamente, hay indígenas entre los símbolos nacionales, como Cuauhtémoc, Porfirio Díaz o Emiliano Zapata, pero son figuras excepcionales dentro de lo que la historia patria considera el *status* de lo indio:

“Hay indígenas entre los símbolos nacionales: Cuauhtémoc, Xicoténcatl, Juárez, Altamirano, Juan Álvarez, Porfirio Díaz y Zapata, Rufino Tamayo. Con todo y sin ánimo de ofensa, hacen las veces del Indio Genial, las excepciones que confirman la regla, las personalidades a las cuales una sociedad, por más racista que sea, rinde acatamiento” (Monsiváis, 1996, p. 65).

En el proyecto de nación de los siglos XIX y XX –y acaso en el de este siglo– los indígenas no tienen cabida en la anhelada unidad de la nación, condición indispensable para el progreso nacional que apuesta a la unidad de las costumbres, lenguas, religiones e ideales. Cabe preguntarse si, al menos en un sentido, el actual modelo de globalización no busca esta hegemonización, hoy en entredicho.

El racismo evidente de esta concepción se traduce en la descalificación de la personalidad del indio: un ser estoico, desinteresado, sin ilustración, místico, terco, lleno de vicios y que en su intento –inútil– de reivindicar su identidad desprecia la ciencia, el trabajo, la moral y las riquezas. En suma: el progreso. (Monsiváis, Op. Cit, p. 59; Bonfil Batalla, 1987, p. 157 y ss).

Esta discriminación, afirma Monsiváis permea la cultura mexicana en variadas expresiones que van desde las letras al cine en películas como “María Candelaria”, “Maclovía”, “Janitzio” y “Tizoc” que recrean el tema indígena desde la perspectiva del indio sometido a la tragedia de su propia existencia. (p. 61 y ss). En la literatura mexicana el indígena casi siempre es un personaje secundario salvo en algunos escritores como Rosario Castellanos que rescata en *Balún Canán* (1956) y *Ciudad Real* (1960) el valor de la cultura indígena.

En la segunda mitad del siglo XX, la cultura popular continúa alimentándose de estos prejuicios y estereotipos a través de la televisión, que se convierte en el modelador de estas actitudes. Las que se resumen en las

ofensas “pinche indio” o “naco” y en la negación permanente, casi generalizada, del museo a la escuela. De considerar a lo indígena como parte de una cultura viva, más allá de la peculiaridad de que lo precolonial resulta ser un atractivo turístico:

“Los grandes monumentos arqueológicos sirven como símbolo nacional. Hay un orgullo circunstancial por un pasado que de alguna manera se asume glorioso, pero que se vive como cosa muerta, asunto de especialistas o imán irresistible para atraer turismo. Y, sobre todo, se presume como algo ajeno, que ocurrió antes aquí, en el mismo sitio donde hoy estamos los mexicanos. El único nexo se finca en el hecho de ocupar el mismo territorio en diferentes épocas, ellos y nosotros. No se reconoce una vinculación histórica, una continuidad...” (Bonfil Batalla, Op. Cit, p. 23).

Objeto de museo, pero no parte de una cultura viva. La nación se resiste a considerar al indio como un igual, como un ciudadano de occidente y por ello la clase dominante le adjudica una “denominación de origen”: su condición de “naco”: “Lo naco designa también a todo lo indio; cualquier rasgo que recuerde la estirpe original de la sociedad y la cultura mexicana, cualquier dato que ponga en evidencia el mundo indio presente en las ciudades, queda conjurado con el simple calificativo de naco. La ciudad se resguarda de su realidad profunda” (p. 89).

Del México profundo a la resistencia indígena

Desde la óptica de la antropología cultural, Guillermo Bonfil Batalla (1935-1992) insiste en su propuesta de un replanteamiento de la relación del Estado con el mundo indígena y de los propios mexicanos con su pasado y su presente.

Crítica la desigualdad y el racismo de la sociedad mexicana y su oposición a la diversidad como lo constitutivo de la nación y desecha de entrada la tesis que Vasconcelos plantea en *La Raza Cósmica* (1925) sobre el ideal de una sociedad de integración mestiza como fórmula para acabar con el atraso y la miseria. (p.168) De esta manera confronta los proyectos civilizatorios de occidente con los de la cultura mesoamericana y resume que en México hace falta primero, terminar el proceso de descolonización y desmontar el poder de las oligarquías que mantienen con su dominio político y económico la opresión sobre la cultura indígena. Una cultura de resistencia y

en permanente agonía que sin embargo ha sobrevivido a los embates del tiempo y la historia. (p. 191).

La sobrevivencia de la raíz indígena durante cinco siglos de dominación colonial se explica, según Bonfil Batalla, por la fuerza interna de la cultura mesoamericana y la preservación de su memoria, un elemento fundamental para su continuidad. Pese a la agresión permanente en su contra y la reducción del espacio físico y social de los pueblos indígenas la política de *desindianización*, una estrategia de exterminio programada de arrasamiento de su cultura no ha podido abatir el proyecto de la civilización simbolizada en el "México profundo". Un proyecto de cultura de resistencia, pero no, como consideran algunas voces, de inmovilidad:

" Hay tres procesos principales que han hecho posible la permanencia de las culturas indias: el de resistencia, el de innovación y el de apropiación. El proceso de resistencia se orienta a la conservación de los espacios de la cultura propia que el grupo ha logrado mantener pese a la presión de la dominación cultural (....) La resistencia se manifiesta frecuentemente en otro terreno: el rechazo a las innovaciones que se proponen desde afuera, en ámbitos de la vida práctica en los que la superioridad de los nuevos elementos que se pretende introducir parece evidente (En tanto que) mediante la apropiación un grupo hace suyos ciertos elementos culturales que eran ajenos, es decir, que proceden de otra cultura, generalmente que les ha sido impuesta, la dominante. Para que se dé la apropiación es necesario que el grupo adquiera el control sobre esos elementos culturales ajenos y entonces pueda ponerlos al servicio de sus propios propósitos, de sus decisiones autónomas..." (pp. 193-195).

No existe un proceso único de resistencia indígena, sino una serie de estrategias que en la coyuntura histórica las comunidades indígenas ponen en juego. Bengoa (2000) destaca cómo la globalización ha sido la productora de nuevos discursos sobre la identidad y del despertar de las minorías en una dinámica de "particularización" que ha producido reclamos de autonomía de dichos grupos (p.37). En algunas regiones del planeta como Kosovo o la antigua Ex Yugoslavia este proceso de reivindicación-desintegración se ha dado en formas extremadamente violentas y genera posiciones encontradas².

² El debate político sobre el carácter de los movimientos autonómicos modernos ha generado en los medios de comunicación posturas extremas que van desde la condena absoluta a la comprensión y apoyo a las causas de reivindicación étnica. Sin embargo, es de justicia destacar que los medios empleados en las estrategias de dichas minorías no siempre tienen

En América Latina este replanteamiento de las nuevas identidades va de la mano del discurso étnico reivindicador en los países con fuerte presencia de población indígena como Perú, Bolivia, Ecuador, Guatemala y México. (p.40).

Comprender la emergencia cultural indígena obliga a entender el contexto histórico en que se genera. Bengoa señala que la aparición de las nuevas identidades indígenas se focaliza a partir del fin de la Guerra Fría y “rompe con los ejes políticos y sociales que habían prevalecido desde la Segunda Guerra Mundial (donde) cualquier lucha por la justicia social se reinterpretaba rápidamente en el eje político de la Guerra Fría” (p. 41).

El fin de esta confrontación, señala, “posibilitó que los indígenas expresaran sus antiguas demandas sin que fueran contaminados por las confrontaciones ideológicas internacionales entre comunistas y capitalistas norteamericanos. En ese contexto pudo emerger la «cuestión indígena» en forma independiente” (p. 42) y tener la atención de la sociedad y de los medios que los anteriores movimientos guerrilleros no tuvieron. La coincidencia de este evento histórico con la de los 500 años del descubrimiento de América, catapultó el tema indígena y le dio trascendencia internacional.

El carácter renovado de la emergencia indígena se ejemplifica para Bengoa con la lucha zapatista, que, al igual que la mayoría de los movimientos indígenas de la década de los 90 “hacen gala de su independencia respecto a movimientos extranjeros o ideológicos internacionales” (p.43), permitiéndoles iniciar “un camino de construcción de nuevos paradigmas, nuevos discursos, combinaciones curiosas y novedosas de temas antiguos, de viejas tradiciones, con nuevos y postmodernos planteamientos” (p.44).

Características de la emergencia indígena

Bengoa asegura que el discurso étnico reivindicador indígena ha mostrado características comunes en los diferentes eventos donde se ha manifestado.

En principio, la cuestión fundamental de estos grupos es **la exigencia de su reconocimiento como indígenas** por parte del Estado y de la sociedad. Y no sólo como individuos indígenas, sino sobre todo como pueblos indígenas,

carácter pacífico y muchas veces se basan en acciones de corte terrorista que afectan profundamente el tejido social de los países donde se producen.

esto es, entidades culturalmente diferenciadas dentro de una sociedad multiétnica que aspira al pleno reconocimiento jurídico de dicha condición. (p. 126).

El segundo punto se refiere al **establecimiento de una identidad cultural reinventada** que parte de la tradición, pero que no se limita a ella y es capaz de dialogar con otros discursos y otras tradiciones (p.128). Esta posibilidad del diálogo intercultural marca una apertura que remarca los procesos de hibridación cultural que hoy se producen en América Latina (García Canclini, 1987) y que posibilita de esta forma establecer puentes de entendimiento entre culturas a través de una nueva discursividad.

El **etnoetnicismo o la ecoetnicidad** es otra característica del nuevo discurso indígena latinoamericano que apela a la recuperación de los espacios vitales de la naturaleza, fundados en una profunda y antigua relación con la tierra. La defensa de las plataformas ecológicas y de la sustentabilidad en el medio ambiente se encuentra profundamente arraigada en la relación "mágica" del indígena con la tierra. Una relación cuasi-religiosa que se opone a los efectos generalmente destructivos de la modernidad (contaminación, eliminación de los bosques, depredación ambiental generalizada, enfermedades) cuyos valores encarna occidente (p.134).

Al contrario del interés mercantilista o comercial que propone el modelo de globalización neoliberal, el etnoetnicismo apela a una relación ética con la naturaleza. Un modelo no destructivo de convivencia entre la tierra y sus criaturas. El ecologismo implícito en esta concepción se convierte también en un puente de diálogo con los sectores políticos avanzados de occidente en la defensa del medio ambiente y el desarrollo sustentable.

Las posibilidades de mayor comunicación y relación entre los distintos grupos indígenas del continente han posibilitado también la creación de **un discurso o cultura "Panindígena"**, donde se expresan los intereses comunes desde las propias particularidades geográficas e históricas de las etnias indígenas (p. 138). El Panindigenismo se ha convertido en un movimiento de alcance global que ha acercado como nunca diferentes tradiciones y etnias en la lucha política, social y cultural. 1992 marcó en este sentido el inicio acelerado de estos contactos interculturales en la oposición común al olvido del mundo indígena y sus demandas. Este reconocimiento de la fuerza del

Panindigenismo lo da, por ejemplo, el Premio Nóbel de la Paz otorgado a la indígena guatemalteca Rigoberta Menchú Tum:

“Numerosos conceptos/términos son parte sustantiva de este discurso panindigenista. No siempre tienen la misma connotación. Pero uno puede escuchar indistintamente a un líder de una comunidad apartada por miles de kilómetros palabras semejantes. Son las palabras del panindigenismo. Así derechos indígenas, autonomía indígena, control político, control cultural, sociedades multiétnicas, sociedades multiculturales, multiculturalismo, educación multicultural, bilingüismo, educación bilingüe, territorios indígenas, derechos territoriales, patrimonio cultural, son sólo algunas de las palabras que se escuchan cotidianamente en los discursos indígenas en todos los países latinoamericanos” (Bengoa, p. 139).

Otro punto de coincidencia en los discursos del nuevo indigenismo reside en la cuestión que más lo enfrenta contra los intereses del Estado moderno latinoamericano: el relativo a **la cuestión de la autonomía indígena y de los derechos civiles indígenas** (p.144). La complejidad del tema es, en el caso de la insurgencia zapatista en Chiapas, el punto central de discusión y también de desacuerdo. La aprobación de la Ley sobre Cultura y Derechos Indígenas avalada por el Congreso de México en el 2001 y ratificada por la Suprema Corte de Justicia de la Nación en el 2002 sigue produciendo, además del rechazo del EZLN y del Congreso Indígena, una profunda discusión sobre cuál debe de ser la naturaleza de esta relación:

“La nueva relación del Estado con los pueblos indígenas comprende reformas a la Constitución, a diversas leyes, a las instituciones y a las políticas y programas de gobierno. Todo ello con el fin de afianzar en México una cultura profunda de la pluralidad, del respeto a la diversidad y la tolerancia. El punto de partida de esta nueva relación es el reconocimiento de los pueblos indígenas como sujetos de derecho” (Tello, 1996, p. 309).

El problema tiene indudablemente raíces jurídicas y políticas que se remontan a la propia historia mexicana y partidarios en uno y otro sentido. La dificultad estriba desde definir el término de “autonomía” y las repercusiones de ello en la estructura del Estado. Para algunos, la autonomía indígena en México sería el paso a la balcanización del país y su fraccionamiento, para otras voces, entre ellas la zapatista, la autonomía significa el reconocimiento de sus derechos en tanto indígenas y mexicanos:

“Si se recorre la historia de este siglo se advierte que desde la Independencia los autores de los proyectos nacionales trataron a los

indígenas peor que los conquistadores del siglo XVI. En ningún momento los aceptaron como pueblos con tradiciones distintas a las de los criollos y mestizos y nunca aceptaron esas tradiciones como parte de la cultura y del patrimonio nacional. Cuando los indígenas zapatistas quieren ser cien por cien indígenas, cien por cien mexicanos, exhiben una vieja reivindicación que no excluye asumir la modernidad” (Enrique Florescano en *Etnia, Estado y Nación*, citado por Manuel Vázquez Montalbán, 1999, p. 156).

Definir la autonomía es entonces algo más que un problema lingüístico que siempre va a remitir a las particularidades de quienes la reivindican y que se relaciona con un discurso que de alguna manera es ampliamente aceptado en las democracias y en diversos organismos internacionales, incluida la propia ONU: el derecho a la autodeterminación de los pueblos.

Quizás sea este último concepto, el de “pueblo”, el epicentro de la discusión que tiene por objetivo final el reconocimiento de los derechos económicos, políticos, culturales y sociales de las etnias indígenas:

“¿Qué significa autonomía? Es un concepto aún confuso en el lenguaje político indígena. Para algunos es independencia. Para otros es solamente la afirmación étnica. Hay quienes hablan de “doble ciudadanía”, esto es, ser ciudadano con todos los derechos y ciudadano indígena, con todos los derechos. Hay quienes limitan la autonomía al nivel local y quienes hablan de autonomía regional. Esta última sería una forma de federalismo. (...) La discusión mexicana después de Chiapas, en especial los acuerdos de San Andrés Larráinzar, han confundido más este debate” (Bengoa, Op. Cit. p. 147).

La autonomía es el tema constante en todas las exigencias de reivindicación indígena y el marco legal en que se apoya de manera global se encuentra representado en un Convenio, el 169 de la Organización Internacional del Trabajo, que resulta esencial para entender la naturaleza de esta demanda.

El Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo

El debate sobre la autonomía y los derechos de los pueblos indígenas remite al derecho internacional. El primer instrumento jurídico debatido y aprobado al respecto fue el Convenio 107 de la Organización Internacional del Trabajo, aprobado en 1957. En 1988 dicho Convenio fue reemplazado por el 169 y a

partir de su vigencia el proceso de ratificación se ha convertido en una demanda de las organizaciones y movimientos indígenas autonómicos:

“El Convenio 169 puso, quizá para siempre, el concepto de “Pueblos Indígenas” como el más adecuado para tratar la temática indígena a nivel internacional. En este sentido separó radical y definitivamente el tema indígena de la cuestión de las minorías, en la medida que los indígenas aparecen con derechos colectivos reconocidos en forma explícita, cuestión que no ocurre de la misma manera con las minorías” (Bengoa. Op. Cit, p. 276).

El artículo 2 del Convenio 169 especifica la necesidad de asegurar la igualdad con miras a proteger los derechos de los pueblos indígenas y a garantizar el respeto de su integridad con la plena participación y anuencia de sus comunidades. Esto rompe de manera decidida con el paternalismo tradicional del Estado y con su tutela sobre los derechos de estas etnias:

“Artículo 2

1. Los gobiernos deberán asumir la responsabilidad de desarrollar, con la participación de los pueblos interesados, una acción coordinada y sistemática con miras a proteger los derechos de esos pueblos y a garantizar el respeto de su integridad.

2. Esta acción deberá incluir medidas:

a) que aseguren a los miembros de dichos pueblos gozar, en pie de igualdad, de los derechos y oportunidades que la legislación nacional otorga a los demás miembros de la población;

b) que promuevan la plena efectividad de los derechos sociales, económicos y culturales de esos pueblos, respetando su identidad social y cultural, sus costumbres y tradiciones, y sus instituciones;

c) que ayuden a los miembros de los pueblos interesados a eliminar las diferencias socioeconómicas que puedan existir entre los miembros indígenas y los demás miembros de la comunidad nacional, de una manera compatible con sus aspiraciones y formas de vida” (Organización Internacional del Trabajo, 1997, en http://www.ezln.org/san_andres/convenio.169.htm.)

El Convenio 169 define la aplicación del Convenio 107 y particulariza sus características en términos históricos, políticos y jurídicos con carácter de validez internacional:

“A los pueblos en países independientes, considerados indígenas por el hecho de descender de poblaciones que habitaban el país o en una región geográfica a la que pertenece el país en la época de la conquista o la colonización o del establecimiento de las actuales fronteras estatales y que, cualquiera sea su situación jurídica, conservan todas sus propias instituciones sociales, económicas, culturales o políticas o parte de ellas (*Ibíd*).

El otro gran eje del Convenio 169 gira en torno a los conceptos de “Tierras” y “territorios”. En el Artículo 14 se recoge la demanda del reconocimiento de los pueblos indios de su derecho de propiedad y de posesión sobre las tierras que tradicionalmente ocupan. En el 15 se hace un especial énfasis en la defensa de los recursos naturales de las tierras indígenas, en tanto el 20 ratifica las disposiciones de la Organización Internacional del Trabajo para la defensa de los derechos laborales de dichos pueblos. Otros apartados del Convenio reflejan los intereses en salud, vivienda, educación y respeto a las tradiciones y la cultura indígenas³.

Los anteriores planteamientos no chocan con las demandas de autonomía que los zapatistas reclaman en la voz del Subcomandante Marcos y que implican para el EZLN el derecho a la diferencia, la negación a la visión homogénea de la sociedad, la cultura y la nación en el mundo globalizado:

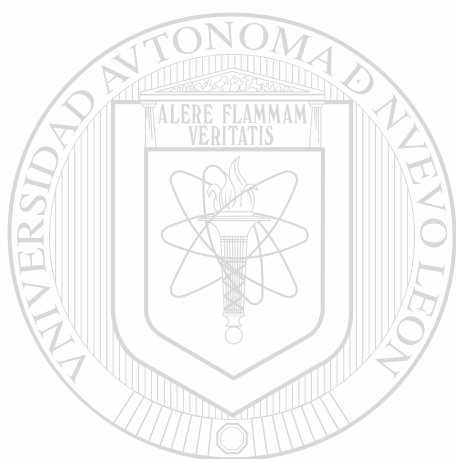
“Lo que plantea en esencia el discurso zapatista en cuanto al cambio histórico es que no debe hacerse a costa de la exclusión de un determinado sector de la sociedad. Eso implica costos políticos, sociales, económicos, para una nación y para el mundo entero. Cuando dice ¡ya basta! Un sector de éstos, está tratando de repetir lo que otros sectores ya han dicho y practicado. Conduce a la exclusión. No va a existir nunca un mundo homogéneo, hay que respetar el derecho a la diferencia y el excluido reclama: o cuentan con nosotros con nuestros derechos o cuentan con nosotros como incordio, dando la lata, raspando, haciendo ruido en la aparente armonía del nuevo orden internacional” (Vázquez Montalbán, 1999, pp. 145-146).

La política del Estado mexicano, al negarse a reconocer en forma clara e incorporar a la Constitución las formas de la autonomía planteadas en el

³ La iniciativa de reformas constitucionales promovida en su tiempo por la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa) para Chiapas recoge en forma sustantiva los argumentos jurídicos del Convenio 169 de la OIT, firmado por el gobierno mexicano. Teóricamente son producto de lo acordado tras la firma de los Acuerdos de San Andrés Larráinzar entre el EZLN y el Gobierno Federal y que, a la hora de ser ratificados por el Ejecutivo fueron rechazados por éste último bajo la presidencia de Ernesto Zedillo y modificados en la Ley sobre Derechos y

Convenio 169 de la OIT son otro de los muchos obstáculos que impiden el avance real y tangible en la solución de la problemática chiapaneca en particular y de la agenda indígena nacional en general.

El establecimiento de nuevas relaciones entre los pueblos indios y el Estado y la superación de los viejos esquemas paternalistas de las políticas del viejo indigenismo se encuentran presentes en el fondo de dicho debate que es a la vez ideológico, político, jurídico y cultural.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

“El pasamontañas, desde luego, es un invento extraordinario, símbolo con todas las ventajas de una maravillosa marca: distinto, misterioso, sencillo, barato, útil, reproducible en sí mismo o en posters o camisetas. Como hallazgo de mercadeo revolucionario, su éxito estaba asegurado porque era Made in México, país donde la máscara ha sido un elemento cultural intacto a través de los siglos. Y sin embargo nadie en México –Hasta Marcos- lo había pensado para esos efectos”.

Enrique Krauze

“Marcos es uno de los dirigentes más grandes que ha tenido la izquierda en este país en muchos años y en muchos sentidos. Ya le ha rendido servicios innumerables, ha renovado el discurso de la izquierda radical, la ha imbuido nuevas esperanzas, ha mostrado cómo, sin abandonar las tradiciones, se puede uno inscribir en pleno siglo XXI.”

Enrique Semo

“La máscara es un símbolo que se construye no propositivamente, sino que es producto de la lucha. En realidad, el símbolo de los zapatistas no son las armas, ni la selva, ni las montañas. El símbolo de zapatista es la máscara, el pasamontañas...Y eso se va repitiendo una y otra vez, cuando nos dicen o nos critican ¿ por qué usan máscaras? ¿Por qué se esconden? Un momento. A nosotros nadie nos miraba cuando teníamos el rostro cubierto. Y si hablamos de máscaras vamos a hacer cuentas de lo que oculta la clase política de este país y de lo que muestra. Vamos a comparar el tamaño y el sentido de sus máscaras y de las nuestras”.

Subcomandante Marcos

“Todos somos Marcos”

Mitin en el zócalo de la Ciudad de México
Febrero de 1995

1.5. El discurso del subcomandante Marcos y el zapatismo

Acusado o admirado, odiado o distinguido, Marcos ha sido muchas cosas para muchos en diferentes contextos y lugares. Terrorista o revolucionario “de internet”, delincuente vulgar, manipulador de indios, guerrillero “romántico”, líder mesiánico, traidor a la patria, héroe “posmoderno”, etc, han sido sólo una parte del sinfín de adjetivos que mexicanos y extranjeros han dedicado al hombre tras el pasamontañas, que, pese al presunto “desenmascaramiento” del Gobierno Federal, sigue siendo un enigma para todos:

Como señala Raúl Trejo Delarbre en *Chiapas, la comunicación enmascarada* (1994), aparte de la dinámica del propio movimiento zapatista, la imagen y los comunicados del subcomandante Marcos han despertado interés, controversias, animadversiones, adhesiones, descalificaciones e ilusiones de lo más variadas en variados sectores de la opinión pública, incluidos el sector intelectual. La presencia de este personaje en el imaginario colectivo se inserta en la historia nacional y en la cultura popular y figura ya en amplios sectores al lado de personajes como *El Santo* y Pedro Infante o en términos más mediáticos al lado de los ídolos de la pantalla chica nacional.

Líder militar visible del Ejército Zapatista de Liberación Nacional desde el 1º de enero de 1994, el subcomandante Marcos ha devenido en el personaje más conocido de la guerrilla indígena chiapaneca desde su alzamiento en armas. Estratega de la comunicación, conocedor de los códigos indígenas y del lenguaje del poder, Marcos ha cumplido funciones comunicativas indispensables actuando como un puente, como un enlace cultural y a la vez como un símbolo de múltiples significados.

Es mucho lo que de Marcos, el personaje no indígena, se ha escrito y polemizado desde el estallido zapatista y son muchas las voces y los tiempos en que el personaje se define, a veces como una voz indígena, a veces como un espejo, en otras, en las que se deja ver como un poeta y un narrador de particular intensidad que echa mano de la ironía y del buen humor. Marcos resulta ser entonces, no sólo un rostro y una historia particular, sino un personaje construido conscientemente para cumplir funciones específicas a favor de una colectividad, la indígena y zapatista:

“En el plano de la semiótica, de la construcción de símbolos, aparece una nueva precisión acerca de los pasamontañas: «el uso de pasamontañas u otros medios para ocultar nuestro rostro obedece a elementales medidas de seguridad y como medida contra el caudillismo». Para lo primero sirve eficazmente y también para lo segundo, salvo en el caso del Subcomandante Marcos, cuya condición dirigente se fortalece hacia fuera con el aura de misterio de su identidad” (Reygadas, 1996, p. 95).

Si entendemos lo anterior, la obsesión desde el poder por la identidad del guerrillero se disuelve. Marcos puede ser perfectamente Rafael Sebastián Guillén Vicente, ex maestro universitario de formación filosófica, originario de Tampico e integrante desde los años 70 de las Fuerzas de Liberación Nacional, antecedentes del EZLN. Eso importa sólo en la medida en que nos brinda indicios de su formación discursiva y por lo tanto del manejo de su lenguaje y de las estrategias que, desde su personaje, constituyen el núcleo central de su discurso de confrontación con el sistema político mexicano.

La fascinación del Marcos personaje trasciende el ámbito de lo político y se inscribe en muchos niveles que van desde el fenómeno mediático al cultural. En estos la máscara del “Sub”, ese signo de enigma y atracción, replantea el concepto de la identidad y la pertenencia en un siglo en que la reivindicación de las particularidades y las diferencias constituye el tema central del discurso indígena latinoamericano.

La mediatización del personaje es inevitable, pero forma parte de una estrategia de lucha válida en la reivindicación de una causa legitimada socialmente y de la que el guerrillero, mestizo o no, se hace parte y se identifica. Reygadas señala que esta mediatización, producto también de la estrategia de la máscara, tuvo también sus efectos negativos en tanto que “si bien el pasamontañas se volvió símbolo por su poder unificador y fue empleado en otras latitudes por la izquierda en razón de esta virtud teatral y política de proteger y masificar, fue leído por la derecha como una razón más para desconfiar, índice de delincuencia, de ocultamiento e insinceridad por «no dar la cara»” (Ibid, p. 95).

Hay un aprendizaje de por medio: la experiencia de Marcos con las comunidades indígenas chiapanecas por más de 20 años y la transformación de sus propias ideas sobre los fines de la política, la lucha indígena y los movimientos populares. El sentido ético de la propuesta zapatista en la que se

lucha no por el poder, sino por el reconocimiento, desde una colectividad sin rostro, o un rostro que representa todos los rostros y que en su contacto externo con el resto de los mexicanos ajenos al mundo indígena, a través de los comunicados del EZLN en la pluma de Marcos, intentan construir un nuevo sentido de la palabra en el México contemporáneo:

Marcos: “Lo que queremos es darle a la palabra otro uso. No más allá del que tiene pero sí retomar el uso que había perdido. La palabra en política, y sobre todo en México, en la política mexicana, había sufrido un desgaste continuo. Conceptos como patria, nación revolución, cambio, justicia social, libertad, democracia estaban completamente vacíos (...) No pensamos que la palabra vaya produciendo una revolución, no le apostamos a tanto. Pero si pensamos que la palabra puede producir reflexión, puede producir conciencia de lo que está ocurriendo”. (Vázquez Montalbán, 1999, p. 196).

Citando a Federico Campbell, (*La invención del poder*, 1995) Manuel Vázquez Montalbán destaca el manejo de este nuevo código, de este nuevo lenguaje que sintetiza Marcos cuando actúa como catalizador de esta palabra en sus numerosos comunicados, donde da cuenta de la postura zapatista sobre diversos temas, responde a sus críticos, informa o reinventa el lenguaje del “revolucionario profesional” en forma literaria:

“Los comunicados del EZLN y el lenguaje (cartas, entrevistas) del subcomandante Marcos han venido a cambiar las reglas del juego y los códigos de comunicación e interpretación con los que habitualmente se entendían o se confundían los productores y los receptores de la palabra política. Han venido a llenar de contenido el discurso político que estaba vacío y desde hace muchos años languidecía en una retórica de significantes huecos y de mentiras. Han confirmado cuál es la palabra que tiene verdadero poder de comunicación: la palabra de la verdad, que es la que verdaderamente le pega al imaginario colectivo. El suyo es un discurso de estructura simbólica (...) Es un discurso literario. Y por eso ha dejado a la víbora cascabeleando” (p. 165).

Marcos representa entonces las diversas voces que el zapatismo asume en su relación con los distintos grupos sociales, desde los que reconoce como sus antagonistas hasta aquellos que se identifican con los postulados generales del zapatismo. Con unos y otros el EZLN, en la palabra de Marcos, busca dialogar, busca interlocutores:

Marcos: “Es que necesitamos esa retroalimentación, necesitamos receptores. Una y otra vez estamos insistiendo: nosotros no fijamos la

línea hacia la que avanzar. Vamos construyendo esa línea. Queremos construir otra forma de hacer política y tiene que ver con la forma del poder. Nosotros no estamos buscando seguidores, sino interlocutores porque sabemos que eso que queremos construir no lo vamos a poder hacer solos..." (p. 204).

La nueva forma de hacer política rescata el valor del diálogo y la construcción del consenso sobre las bases de una nueva ética de las relaciones interculturales. Parte del reconocimiento de la diferencia y de la posibilidad del acuerdo en base a un nuevo concepto del poder que se ve confrontado y revertido muchas veces en el discurso del subcomandante zapatista.

El ícono y los medios

Se puede afirmar que el Subcomandante Marcos, como personaje, surgió a la luz pública en las primeras imágenes de la toma zapatista de San Cristóbal de las Casas el 1ero. de enero de 1994. Desde entonces a la fecha Marcos se ha convertido en un ícono del neozapatismo y en el personaje más popular de lo que hasta entonces se consideraba un alzamiento indígena y campesino de alcances limitados. La realidad demostró al paso del tiempo que el análisis y la condena de buena parte del sector intelectual que subestimó el alcance de la rebelión zapatista resultaron insuficientes y cortos ante la magnitud simbólica y los efectos sociales de este acontecimiento.

Durante los primeros días de 1994, en pleno combate entre el Ejército Mexicano y el EZLN se fueron definiendo los rasgos de esta guerrilla indígena y de su composición. Se pasó de la reducción simplista de la centralización en la persona que se autodenominaba "Subcomandante Marcos" como la cabeza visible al mando de los miles de alzados y del supuesto carácter extranjero del movimiento, al reconocimiento explícito de las miserables condiciones de vida de los indígenas chiapanecos, de las razones históricas de sus demandas y de que la violencia de las armas fue la respuesta a una violencia social sostenida. Afirma Carlos Montemayor:

"Pero la irrupción del EZLN inició el proceso de desmoronamiento de la imagen que Carlos Salinas de Gortari se había propuesto construir para su régimen. A partir del 1 de enero la imagen de estabilidad social se derrumba y la injusticia social y la miseria social extrema que el EZLN denuncia en Chiapas rompen la imagen de modernización. El TLC pasó

a un segundo plano en los medios, tornando cuestionables los galardones del presidente como creador de un nuevo país" (1997, p. 50).

Con todo y que hasta el decreto de tregua unilateral (12 de enero) por parte del Gobierno de Carlos Salinas de Gortari, la condena o la minimización en el discurso gubernamental a las acciones zapatistas a través de los medios fue constante, se produjo también un efecto contrario que se dimensionó a nivel nacional e internacional y que se tradujo en un apoyo discursivo inusitado a la rebelión zapatista. Aunque Salinas minimiza en sus memorias políticas (*México: un paso difícil a la modernidad*, 2000) la fuerza del EZLN, destacando que su "derrota militar" sólo fue cuestión de días, en realidad ignora la dimensión del triunfo mediático de los zapatistas y sólo parcialmente acepta la justicia de las causas expresadas como razones del levantamiento guerrillero en Chiapas:

"En el terreno militar, la guerrilla no derrotó a ninguna unidad del ejército mexicano. Al contrario, en unos cuantos días fue sometida. Sobre todo, fracasó en el propósito anunciado en su llamada *Declaración de la Selva Lacandona* del primero de enero: «Marchar hasta la Ciudad de México». En realidad el EZLN no había pasado de San Cristóbal de las Casas y nunca tuvo posibilidades de ir más allá de los cuatro municipios que inicialmente ocupó" (2000, pp 80-81).

Como nunca había sucedido en la historia del país, los medios masivos de comunicación cumplieron esta vez una efectiva función de enlace entre el EZLN y la sociedad mexicana, al darles voz y concederles espacios a sus argumentos en prensa, radio, televisión e internet:

"Podemos decir que el EZLN fue el primer movimiento guerrillero en el México moderno que conquistó desde el primer día de su aparición, un espacio permanente en los medios de comunicación...El espacio que la prensa nacional e internacional ha ganado la guerrilla zapatista desde el 1 de enero de 1994 es de incalculable valor y marca una enorme diferencia con las guerrillas anteriores. Esta resonancia debemos atribuirla, también, por supuesto, a condiciones internacionales y nacionales que no se vivían en la década de los sesenta o setenta, particularmente en el desarrollo político de los medios de comunicación y en el surgimiento de organismos nacionales e internacionales de defensa de los derechos humanos" (Montemayor, 1997, p. 169).

La variación del discurso de la prensa nacional sobre los primeros días de la rebelión zapatista ha sido trabajado a fondo por Pedro Reygadas en *Voz de la violencia, violencia de la voz –Chiapas 1994–*, (1996). En su trabajo

Reygadas muestra la relación entre la coyuntura de los acontecimientos y los discursos de sus protagonistas y cómo los principales periódicos nacionales (de izquierda y derecha) que cubren los acontecimientos van dando voz a las diversas expresiones de los actores del conflicto y lo van dimensionando. El eje es el significado de la violencia y sus oscilaciones semánticas en torno a los propios discursos que genera en dichos protagonistas.

Marcos: las muchas voces

Marcos representa el personaje singular, pero ante todo la voz colectiva. Las razones y los argumentos de tzotziles, tzetzales, tojolabales, mames y zoques, la base del singular ejército zapatista, todos campesinos, todos indígenas, todos decididos por la guerra desde 1993. Los "profesionales de la violencia" (Salinas dixit) adquieren un rostro distinto, una legitimación que se encuentra ya en la Declaración de la Selva Lacandona, su declaración de guerra al Gobierno Federal y que enumera el eje de sus demandas: trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz (cfr. Declaración de la Selva Lacandona).

En los 12 días de enfrentamientos armados Marcos se va definiendo como un estratega de la comunicación efectivo al articular un discurso contestatario que responde, primero, a los intentos de deslegitimación de la integración del EZLN, como a la explicación de sus objetivos y demandas:

"Con el paso de las semanas, y sobre todo de los meses, su humorismo constante y sorprendente, su capacidad de tornar naturales y cotidianos los hechos más absurdos o terribles, su facilidad para reír de sí mismo y expresar de manera concisa conclusiones que uno siente oscilar entre la profundidad y la poesía, entre la revelación de verdades de la naturaleza humana o de la lucha empezaron a formar parte de una imagen inesperada del EZLN. Pronto demostró gran capacidad para generar comunicados, cartas, artículos, relatos" (Montemayor, 1997, p. 133).

Marcos rompe con el molde establecido del guerrillero clásico cuyo origen se puede rastrear en la ortodoxia del lenguaje marxista de los años 60. Él mismo, que se autodefiniría después más como un rebelde social que como un guerrillero clásico, le apuesta al humor y a la imaginación y, sobre todo, a dialogar a partir de las múltiples voces con que se ha construido su personaje.

Esta multiplicidad confunde a la clase política y a los órganos de seguridad empeñados en seguir buscando al "hombre detrás de la máscara". El uso de las distintas voces gramaticales se hace presente cuando Marcos se incluye en sus discursos como indígena al hablar en primera persona del plural: "nosotros, los indígenas". Esta es una modalización muy característica de su discurso y generalmente es la que establece los principales intercambios comunicativos al exterior.

Pero esta voz no es la única. También se hace presente una segunda cuando juzga la realidad desde su individualidad. Así describe en numerosas entrevistas los orígenes del EZLN desde la perspectiva de su integración a un mundo que originalmente acepta no es el suyo, pero cuyos valores y lucha comparte.

Hay otras voces como las que denotan la autoridad del Comité Clandestino Revolucionario Indígena o de la Comandancia general del EZLN sobre las decisiones del zapatismo y también la suya propia, en la que asume su ascendiente militar sobre buena parte de sus compañeros de armas. (Montemayor, p. 135).

Pero existe otra voz que es quizás la que más atrae por su frescura e ingenio y es la que le da espacio a la imaginación, a la prosa y a la poesía que se entremezclan con el discurso político de Marcos: es la voz de las fábulas, de las enseñanzas del Viejo Antonio y de *Don Durito*, la contraparte y contrapeso de Marcos, el escarabajo de la Selva Lacandona que actúa como Pepito Grillo en la conciencia de Pinocho y le recuerda incesantemente al "Sup" su propia pequeñez. Como el propio Marcos lo reconoce *Durito* se vuelve parte de ese reflejo de lo que piensan los otros sobre su liderazgo y también es parte del diálogo de Marcos consigo mismo. Entre las funciones permanentes de *Durito* parece estar el recordar su origen étnico y sus diferencias físicas desde la ironía, el humor y la antiolemonidad:

"-Pues resulta que tengo que escribir una ponencia para el Encuentro Continental Americano por la Humanidad y contra el Neoliberalismo. Eso es una cosa, pero el problema es que no se me ocurre un tema para desarrollar. Tengo aquí algunos borradores que he hecho...-digo yo mientras saco un legajo de papeles. Durito me los arrebató inmediatamente y los empieza a revisar con impaciencia.

-Mmmh, mmmh, mmmh-murmura Durito mientras mordisquea la pipa. Yo ya sé lo que esos "mmmh" significan, así que estornudo para exhortar a

Durito a que se apure. Durito se limita a sacar un paragüitas y continúa su lectura. Después de un rato, se queda en silencio y me mira fijamente.

-¿Y bien?- Le pregunto impaciente.

-Más bien debéis preguntar "¿Y mal?- dice Durito y continúa.-Vuestra prosa, mi analfabeto escudero, es lamentable. Tu parecido a mi colega Cyrano de Bergerac se limita al desorbitado promontorio que lleváis como apéndice nasal. Aunque es de justicia reconocer que, en cuanto a tamaño, la vuestra supera notablemente la de Bergerac..." (Marcos, 1999, p. 16).

La utilización reiterada de Durito como personaje en los comunicados de Marcos imprime una huella discursiva que transparenta buena parte de su formación intelectual y de los recursos de que se vale para hacer de lo complicado algo sencillo. La retórica revolucionaria se transforma en poética y ese es el valor más trascendente que permite la comunicación efectiva.

"El viejo Antonio" es la otra referencia recurrente en Marcos y simboliza el conocimiento ancestral de las comunidades campesinas indígenas. "El viejo Antonio" representa el papel de una especie de guía que va aclarando la visión del mundo indígena para el Marcos no-indígena. Poco importa si el personaje es real o ficticio, sino la recuperación que el subcomandante zapatista hace del valor del saber acumulado que en las sociedades tradicionales se encarna precisamente en el conocimiento de los viejos y los ancianos.

En *La historia del león y el espejo* (1998) Marcos acude al recurso de la vieja tradición oral que forma parte de la memoria indígena para mostrar que la mayor fuerza reside en la inteligencia y no en la fuerza:

"Cuenta el Viejo Antonio que cuando era joven su padre don Antonio le enseñó a matar al león sin arma de fuego. Cuenta el Viejo Antonio que cuando era joven Antonio y su padre era el Viejo Antonio le contó la historia que ahora me dicta al oído para que la mar la conozca de mis labios. El Viejo Antonio me la cuenta así nomás, pero yo llamo a esta...

LA HISTORIA DEL LEON Y EL ESPEJO..." (Marcos, 17 de julio de 1998 en *Perfil de la Jornada*).

Al subtítular su fábula como "o el Viejo Antonio contra el maosmo trasnochado" Marcos evidencia nuevamente rasgos indiciales de su formación ideológica que lo separan de esa imagen con la que no quiere identificarse: del mártir revolucionario mítico, que como el Che Guevara, le apuesta sobre todo al lenguaje de las armas.

Marcos: héroe mediático

A diferencia del revolucionario clásico latinoamericano que basaba su éxito en el ocultamiento, el éxito de Marcos como interlocutor del zapatismo ha sido precisamente su exposición a los medios de comunicación y a la opinión pública. El saldo de este fenómeno también es complejo y no está exento de errores del propio subcomandante que en ocasiones desnivelan la balanza de sus funciones como portavoz de una causa social:

"Marcos, sin apellido, sin datos biográficos precisos, sin filiación conocida, ostenta precisamente el anonimato como una forma de resultar atractivo para los medios de comunicación. Es visto por algunos como una suerte de El Zorro y Chucho el Roto, con un aura de benefactor que arriesga su vida (como efectivamente estaba sucediendo en virtud de que encabezaba a un grupo en guerra) para defender ideales sociales. Más que su figura, que permanece siempre oculta por el pasamontañas o disimulada por el uniforme de campaña, Marcos resulta atractivo, para un segmento de la sociedad mexicana, debido a su misterio. La presencia iconográfica y documental de Marcos no es resultado de la casualidad. El, independientemente de su verdadero origen, tiene un manejo de medios enterado e intencionado (Trejo Delarbre, 1994).

En ocasiones, como sucede en la entrevista que Julio Scherer le hace previo al arribo de la Caravana Zapatista al Distrito Federal, Marcos reconoce sus errores comunicativos desde una postura autocrítica, aunque también los atribuye a que el aprendizaje de ese manejo de la palabra y su función misma como enlace comunicativo no está exento de esas equivocaciones.:

"El error fundamental de Marcos es no haber cuidado –y yo lo perdono porque soy yo, y si no lo perdono yo, pues quién lo perdona, ¿no?-, no haber previsto esta personalización y protagonismo que muchas veces, si no es que la mayoría de ellas, impide ver lo que está detrás (...) Marcos es responsable también en eso, sí, sí puede ser que su dosis de vanidad, de protagonismo o de payases o como se llame eso, haya contribuido..." (Scherer, 2001. p.14).

Vázquez Montalbán señala que parte del impacto de Marcos es que representa un portavoz colectivo que se atreve a decir lo que nadie decía en el lenguaje político y lo hace desde la ironía, que obliga al receptor del mensaje a dudar y a redimensionar el significado de ese mensaje, pero que a su vez corre el riesgo de ser mitificado:

"Marcos: Mira, desde el comienzo vimos ese riesgo y tratamos de explicarnos y el explicar el porqué del personaje Marcos. Antes

decíamos que Marcos era el marco de una ventana, que nosotros invitábamos a asomarse al mundo indígena y a los indígenas a asomarse al mundo de afuera, y conocíamos el riesgo de que alguna gente se quedara viendo el marco y no viera lo que estaba mostrando la ventana. Nosotros pensamos que finalmente, si hacemos el balance, lo que han sido estos cinco años, es mucho más la gente que no se ha detenido sólo en el marco, en el mito, en el personaje, y que sí ha visto las propuestas políticas, el mundo de injusticia en el que vive el movimiento indígena, el racismo que han tenido que sufrir, o sea lo que es realmente la esencia del movimiento, aunque algunos se queden todavía y se detengan en el marco" (1999, p. 209).

Pero los riesgos del personaje están implícitos y Marcos explica las múltiples lecturas sobre su personaje sobre la base del vacío presente en la sociedad mexicana que ha sido llenado por una imagen construida desde los medios que en su opinión no corresponde con la realidad que él mismo se plantea conscientemente y que, al contrario, se ubica para muchos desde una perspectiva nostálgica y romántica:

"No lo que pasa es que la imagen de Marcos responde a unas expectativas románticas, idealistas. O sea, es el hombre blanco en el medio indígena, más cercano a lo que el inconsciente colectivo tiene como referencia: Robin Hood, Juan Charrasqueado, etcétera..." (Scherer, p.12).

Marcos alerta contra esa idealización exagerada de su personaje que en su opinión es la mejor forma del inmovilismo político y de la mitificación clásica revolucionaria que es precisamente parte de los efectos de un liderazgo mediático:

"¿Qué piensas de la idealización que muchas personas han hecho de ti? Están equivocadas, no porque no sea bueno o porque sea más malo de lo que piensan, pero la solución no es apostarle a una persona a la que tú crees que es la persona, o que tú proyectes en una persona a la que tú hubieras querido ser. Porque esa es la idealización, todo lo que yo no pude ser o todo lo que quisiera ser lo voy a proyectar en esa persona, Marcos se presta en la medida de que no tiene rostro, no tiene pasado y le puedes construir el pasado o el rostro que quieras. Por más que dizque desenmascararon a Marcos y todo eso" (Calónico, 2001, p. 96).

La aspiración del personaje es funcionar como un espejo social en la medida en que logre que los otros (que Marcos identifica con la sociedad civil) sean capaces de reconocerse en él y a partir de ahí tomar en sus manos su futuro. El espejo ayuda al reconocimiento de la identidad propia, pero también

de la ajena y de las causas por las cuales vale la pena la lucha colectiva, entre ellas la indígena:

“Si Marcos sirve como un espejo, que es lo que nosotros decimos. O sea sirve para verse a sí mismo y ver lo que sí puede hacer cualquier persona que sea honesta y esté decidida, aunque no sea a tomar un arma, irse a la montaña, taparse el rostro y olvidarse de su pasado. Pero sí tomar el arma de su medio, cualquiera que sea, por la que cree. Entonces se va a dar cuenta de que puede prescindir perfectamente de Marcos y puede reconocerse a sí mismo en lo que está haciendo” (Calónico, Op. Cit., p. 97).

La frase complementa el sentido de la manifestación popular: “Todos somos Marcos” resume el clamor de la gente en febrero de 1995, luego de ser dictadas las órdenes de aprehensión contra la dirigencia del EZLN. Ese yo colectivo que se significa en el “nosotros”: los verdaderos protagonistas de los cambios de la historia.

Lenguajes y códigos

El discurso de Marcos habla desde la pluralidad y el multiculturalismo y en sus funciones de enlace cultural esto le obliga a establecer niveles comunicativos donde el sentido del lenguaje es el mismo, pero la pluralidad discursiva es una realidad ineludible. Pese a ello se nutre de las metáforas y los símbolos de las comunidades indígenas. Sólo así se puede explicar esta relación heterodoxa de Marcos con los medios de comunicación, sus iniciativas de encuentros intercontinentales e “intergalácticos” contra el neoliberalismo y por la humanidad y las bromas que gasta a sus perseguidores y detractores que constituyen parte de su auditorio:

“Autor: Cuando tú hablas como portavoz y te diriges a otro público, al público externo, ¿hablas de la misma manera que cuando estás entre el mando guerrillero o con los indígenas del EZLN?

Marcos: No. Se habla diferente cuando se habla hacia adentro o cuando se habla hacia fuera. Es más difícil hablar hacia fuera porque tenemos que traducir el lenguaje o el código básico de las comunidades para utilizarlo en el intercambio con el exterior. Por eso nos esforzamos por tener un lenguaje hacia la comunidad internacional, otro hacia la comunidad nacional, un lenguaje hacia los políticos, otro hacia la sociedad civil, pero siempre siendo fieles al lenguaje interno” (Vázquez Montalbán, p. 193).

El lenguaje interno del que habla Marcos parece apostar al valor de la comunicación simbólica que identifica la lucha zapatista: la lucha por el

reconocimiento, la autonomía y la autodeterminación y que se nutre de cuanto elemento tenga a disposición, no importa que esto se identifique con lo mediático, lo político o lo cultural. Esa es la apuesta al valor de la palabra:

“Marcos: No la verdad es que el lenguaje se convierte en una obsesión, especialmente si estás transmitiendo mensajes explícitos, funcionales y buscas el modo de que ese mensaje quede lo más acabado posible. A veces eres afortunado, a veces desafortunado. Una y otra vez vuelves sobre esa idea. Y en realidad, el recurso de la fábula es la herencia de la forma en que usamos para comunicarnos y para entendernos. Pero más que nada, el objetivo de los cuentos, el mensaje político que llevan, más que decir que así son las cosas, es provocar la reflexión ¿así son las cosas? Es más que provocar respuestas, provocar preguntas” (p. 215).

¿Dónde termina Marcos el personaje colectivo e inicia la persona, Rafael Sebastián Guillén Vicente o quien sea detrás de la máscara? ¿Dónde habla el poeta y donde el revolucionario? ¿Cómo distinguir las distintas voces desde las cuales el zapatismo, por intermedio de Marcos, se expresa? ¿Cuál es la apuesta al futuro de Marcos desde su singularidad? ¿Es Marcos ya un héroe de la posmodernidad, un “fetiche revolucionario” o un nuevo producto de la mercadología revolucionaria? Las preguntas en torno al personaje son muchas y pocas las respuestas seguras. En todo caso, por la coherencia de su discurso desde su aparición pública, lo que de Marcos sea parece irá de la mano del propio movimiento indígena zapatista y de su apuesta al valor de lo que Raúl

Trejo Delarbre denomina “la comunicación “enmascarada”⁴.

⁴ Cfr. Raúl Trejo Delarbre. Chiapas, la comunicación enmascarada, Editorial Diana, 1994. Este libro se escribió durante los primeros meses de la revuelta en Chiapas y trata sobre la forma en como reaccionaron los medios ante ese hecho. Analiza la oferta informativa y reconoce un esfuerzo importante de los empresas de la comunicación, pero advierte también las insuficiencias y distorsiones informativas en las que incurrieron. Asimismo valora los logros de la política de comunicación emprendida por el EZLN y Marcos. Una versión electrónica del texto puede encontrarse en <http://www.ctcetera.com.mx/chiapas>

1.6. La caravana zapatista

Las diferencias culturales sólo se convierten en contradicciones y oposiciones cuando los sistemas sociales en que se sustentan están vinculados entre sí por una relación de conflicto. Dicho de otra forma, es la pretensión de dominio de un grupo sobre otros de cultura diferente lo que convierte a las respectivas culturas en antagónicas y mutuamente excluyentes. La incompatibilidad cultural –negación de la cultura del otro– expresa siempre una relación de dominación y, en correspondencia, una estrategia de resistencia a la dominación impuesta.

Guillermo Bonfil Batalla

"Vamos al DF recorriendo 12 estados de la república porque nuestro objetivo es hablar con el Congreso de la Unión, sí, pero también hablar con la sociedad civil y con los pueblos indios de otras partes de México. Nosotros pensamos que la lucha por los derechos indígena no es sólo nuestra, es de todos los pueblos indígenas de México. Y también pensamos que no es sólo de los indígenas, también es de todos los mexicanos y mexicanas. Este país tiene que reconocer a sus pueblos originales, aceptarlos como lo que son y respetarlos. Vamos a hablar con el Congreso de la Unión porque a él le toca hacer leyes, y esta ley de la Cocopa significa un gran avance para los pueblos indios y para todo el país. Ser indígena hoy en México significa luchar por el respeto y la dignidad de todos los que son excluidos y despreciados. Significa luchar por los indígenas, pero también por las mujeres, por los jóvenes, por los niños, por los homosexuales y lesbianas, por los discapacitados, por los ancianos, en fin, por todos los diferentes."

Subcomandante Marcos

Del 24 de febrero al 11 de marzo del 2001, 23 comandantes y un subcomandante, integrantes todos de la dirigencia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, rompieron el cerco político-militar impuesto en Chiapas - cuna de la rebelión zapatista- desde los primeros meses de 1994 por el viejo sistema político mexicano representado por los gobiernos priístas de Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo.

La coyuntura política creada por la derrota electoral del Partido Revolucionario Institucional en las elecciones presidenciales de 1994 y el triunfo del candidato de la Alianza por México a la presidencia de la República, Vicente Fox Quesada, concretaron la posibilidad de la alternancia partidista en Los Pinos y con ello generaron la oportunidad de destrabar el *impasse* en el conflicto chiapaneco.

Al tomar posesión de su cargo el primero de diciembre del año 2000, Vicente Fox —el mismo que como candidato había prometido resolver el conflicto chiapaneco en 15 minutos— dio los primeros pasos para intentar retomar el diálogo de paz con los zapatistas y anunció el repliegue de tropas en la zona del conflicto en Chiapas y el envío al Congreso de la iniciativa de la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa) sobre derechos y cultura indígenas, lo que se concretó el 5 de diciembre del 2000. Al mismo tiempo promovió la excarcelación de los presos federales vinculados con el EZLN. Esa señal fue recibida con un optimismo moderado por parte del EZLN, que se dijo dispuesto a retomar el diálogo de paz con el Gobierno Federal aunque condicionando este al cumplimiento de tres señales mínimas, entre ellas, la principal, relativa a la aprobación de la iniciativa de Ley sobre Derechos y Cultura Indígenas promovida por la Cocopa.

Aunque finalmente la historia sobre el destino de esta iniciativa fue otro. El conflicto chiapaneco volvió, en cierto modo, a la situación previa a la toma de posesión de Fox, tras la aprobación de una ley modificada en la materia que fue rechazada por el EZLN; la discusión y el ambiente político de distensión que creó en los primeros meses del nuevo gobierno, posibilitaron la planeación y posterior realización del viaje de la comandancia zapatista a la Ciudad de México.

Los miembros del EZLN viajaron encapuchados y sin armas a la Ciudad de México en un recorrido que atravesó por 12 estados de la República. El denominado “zapatour” inició en San Cristóbal de las Casas, Chiapas y recorrió los estados de Oaxaca, Veracruz, Puebla, Hidalgo, Tlaxcala, Morelos, Querétaro, Guanajuato, Michoacán, Guerrero, Estado de México y el Distrito Federal haciendo escalas en pueblos y ciudades, la mayoría de ellas con fuerte presencia indígena y de simpatizantes del zapatismo.

El “zapatour” se convirtió desde sus inicios en un evento mediático de corte internacional que motivó, además de toda una gran movilización social y diversas reacciones en la clase política mexicana entre simpatizantes y detractores, otros eventos alternos que alcanzaron incluso a las dos grandes cadenas de televisión abierta del país: Televisa y TV Azteca. (Villamil, 2001). La coyuntura de la Caravana del EZLN fue capaz de unificar los criterios de este duopolio y motivar un “Concierto por la paz en Chiapas”, promovida por

ambas televisoras "para favorecer" las condiciones de un acuerdo en el conflicto chiapaneco:

"Las televisoras si optaron por el concurso de popularidad, anteponiendo a sus estrellas de rock promovidas para el concierto. Las imágenes de los cantantes de Maná y Jaguares, en preparación del evento, se mezclaron convenientemente con algunas tomas de las marchas zapatistas. Se difundía hasta el cansancio la campaña de recolección de firmas en centros comerciales como si se tratara de un plebiscito organizado por las propias televisoras, compitiendo ellas mismas por el impacto del EZLN" (2001, p.138).

Más allá de la visión limitada que ambos medios revelaron con esta acción al reducir el conflicto indígena a un problema de voluntades, se evidenció el grado de mediatización de la caravana, centrada desde su inicio en la figura del subcomandante Marcos y reducible en esta lógica al mundo del espectáculo:

"La caravana fue una de las ideas más locas y geniales que el estratega militar del EZLN se ha "sacado de la manga". Sin embargo, esta peregrinación posmoderna que nació de la antigua práctica ritual, de la manda como fundamento mismo de la fe indígena, se transformó en un enorme gusano mediático que colocó a Marcos frente a la luz de los reflectores, tal como uno de tantos pop stars" (Lipkau, 2002, p. 32).

¿Parte del riesgo? ¿Estrategia planeada del zapatismo o efecto inevitable del liderazgo comunicativo de Marcos? Lo cierto es que durante el recorrido zapatista se fue generando un clima de opinión generalizada favorable al movimiento indígena que no se había dado durante mucho tiempo y que, mediatizado o no, se constituyó en parte de la agenda política por resolver: el problema chiapaneco no podía ser ya insoslayable o tratado superficialmente porque era un problema que atendía a los fundamentos mismos de la nación mexicana: la relación de los pueblos indígenas con el Estado mexicano.

El clima de distensión se reflejó también en el discurso presidencial. Además de ofrecer garantías de seguridad al recorrido zapatista, el Presidente Fox se convirtió por unos días en el principal impulsor de la presencia de la comandancia del EZLN en el Congreso de la Unión, que fue claramente una de las metas políticas que se propuso la dirigencia zapatista desde el inicio mismo de su "peregrina" a la Ciudad de México. El proselitismo presidencial en aras de lo que Fox veía como una posibilidad real de destrabar el conflicto en

Chiapas tuvo sus efectos positivos en los medios, pero de paso lo distanció del sector más conservador del Partido Acción Nacional, su propio partido, a tal grado que el panista Diego Fernández de Cevallos, político de gran ascendencia en las filas del partido en el gobierno acusó públicamente el 24 de marzo a Fox de ser «el mejor promotor, representante y publicista del Subcomandante Marcos»:

“A mí me dio la impresión, momento a momento, como a muchísimos mexicanos que así se han manifestado, que el presidente legó a excederse. Llegó no sólo a promover que *Marcos* se manifestara con su gente, con sus demandas, con sus reclamos; lo cual es de aceptarse. Lo que a mí me pareció es que con mucha frecuencia el presidente se excedía, al tomar en toda hora y momento, viniera o no a cuento, a *Marcos* y a su movimiento para ponerlo al centro obligado de todo el trabajo de su gobierno” (Francisco Garfias, *Milenio Semanal* 185, 31 de marzo del 2001).

Con las declaraciones del “Jefe Diego” la oposición panista a la presencia zapatista en el Congreso se consolidó.

El recorrido zapatista por las 12 entidades señaladas estuvo marcado por una agenda cargada de eventos y discursos de los comandantes indígenas y del propio subcomandante Marcos. De ellos, quizás el más representativo junto con el que marcó la presencia indígena en el Congreso de la Unión, fue el de la participación del EZLN en el Tercer Congreso Nacional Indígena en Nurió, Michoacán (3 y 4 de marzo del 2001). En Nurió, el EZLN expuso y recibió apoyos de la mayoría de los representantes de las etnias que se dieron cita para debatir la agenda indígena nacional:

Nurió, Mich., 4 de marzo. Los 5 mil delegados participantes en el tercer Congreso Nacional Indígena acordaron realizar un “levantamiento indígena nacional pacífico como signo patente de nuestra voluntad de autonomía”, mediante una movilización permanente para demandar la aprobación en el Congreso de la Unión de la iniciativa de ley sobre derechos y cultura indígenas de la Comisión de Concordia y Pacificación, y de los acuerdos de San Andrés.

Asimismo, determinaron “llevar la autonomía a la práctica en municipios y regiones” creando, como lo han hecho los zapatistas chiapanecos, municipios autónomos. “Llevar la autonomía a la práctica es parte de las estrategias. Vamos a recuperar nuestras aguas, bosques, tierras, santuarios, sitios históricos; recuperaremos nuestro territorio”. (Rosa Rojas y Matilde Pérez, “Plantean indígenas realizar un

levantamiento nacional pacífico para alcanzar su autonomía", en Periódico *La Jornada*, 5 de marzo del 2001)

El EZLN arribó al Distrito Federal el 11 de marzo y permaneció allí hasta el 28 del mismo mes, luego de la presencia de su comandancia en la tribuna del Congreso, con lo que dio por terminada formalmente su caravana y emprendió el regreso a Chiapas.

En los días que duró la estancia del EZLN en el Distrito Federal los discursos del subcomandante Marcos en el zócalo, la Universidad Autónoma de México y el Instituto Politécnico fueron seguidos con atención por los medios de comunicación nacionales e internacionales y crearon un efecto en la opinión pública sobre la posible presencia del "Sup" en el Congreso, lo que finalmente no ocurrió. Lo que sí sucedió fue una serie de desencuentros entre las fuerzas políticas partidarias y adversas a la presencia del EZLN en el recinto de San Lázaro, quien por su parte amagó con regresar a Chiapas ante la cerrazón de la clase política a escuchar sus argumentos. El debate sobre si los zapatistas debían o no ser escuchados se convirtió en uno de los grandes momentos mediáticos de la caravana, sobre todo por la expectativa de la posible presencia de Marcos en ese encuentro. El 27 de marzo el Comité Ejecutivo Nacional del PAN, a través de su presidente, Luis Felipe Bravo Mena, ordenó a ordenó a la mayoría de sus diputados y senadores no asistir al Palacio Legislativo de San Lázaro, donde se realizaría la sesión de trabajo, en el salón de plenos, con los dirigentes del EZLN y del Congreso Nacional Indígena. La dirigencia panista sólo concedió permiso para acudir a los legisladores que integraban las comisiones de Gobernación y Justicia, de Puntos Constitucionales y de Asuntos Indígenas. (Roberto Garduño, martes 27 de marzo del 2001 en Periódico *La Jornada*).

La situación llevó a las fuerzas partidistas al punto de una votación sobre el tema, en el que el rechazo del Partido Acción Nacional a la presencia zapatista fue derrotado con los votos de una parte del Partido Revolucionario Institucional, del Partido de la Revolución Democrática y del Partido del Trabajo. Esto abrió la puerta a la "toma simbólica", por la vía de la palabra, de la máxima tribuna política del país por parte de un grupo indígena que sólo seis años antes había sido perseguido militarmente con voluntad de exterminio,

descalificado ante la opinión pública (aunque en la batalla mediática los gobiernos priístas fracasaran) y minimizado en su representatividad y en la legitimidad de su lucha.

La percepción de la prensa política nacional fue casi unánime: Marcos había ganado la batalla en el Congreso y exhibido de paso los desencuentros al interior del nuevo régimen en cuanto a la percepción del conflicto chiapaneco, Fox incluido. En su edición de 26 de marzo *Milenio Semanal* denominó con grandes titulares: "Marcos hincó a la clase política" para referirse al suceso:

"Finalmente, el EZLN ganó la tribuna. La clase política que quiso hacer el juego del desgaste con el EZLN terminó perdiendo, midió mal los tiempos y se hundió. Marcos hincó a la clase política" (Castillo Chávez, 2001, p. 31).

Proceso coincidió en el mismo juicio, en el artículo "Dividió al PRI, rebasó al PRD, exhibió al PAN" aparecido en su edición del 25 de marzo. El subtítulo encima de los grandes titulares con la leyenda "Marcos el político", destacando así sus capacidades políticas y comunicativas. Estas resultaron ser, según las opiniones de varios politólogos consultados por la revista, sus más poderosas armas en la confrontación con sus detractores políticos representados en la "línea dura" opuesta a la negociación con los zapatistas.

En la opinión de Guillermo Correa y Rodrigo Vera (2001), Marcos incluso "dobló" al presidente Fox:

"El Subcomandante Marcos ha sostenido que desdeña la política, pero tan sabe cómo se juega en ella que, en menos de 20 días, ha demostrado ser un "político excepcional e innovador", al grado de que "dobló" al presidente Vicente Fox, "humilló" al Congreso de la Unión: confrontó a los panistas con la Presidencia de la República; dividió al PRI, y ha dejado rebasado al PRD" (*Proceso* 1273, p. 8).

La percepción de otros medios de comunicación sobre el asunto coincidió también en lo general con la visión de *Proceso* y *Milenio Semanal* y, aunque en variados matices, puso al descubierto los distintos discursos de los actores políticos involucrados, los intereses en juego y lo irreductibles de algunas posturas que terminaron descalificadas ante la opinión pública, por su negativa al diálogo y por su ausencia.

La presencia del EZLN en el Congreso de la Unión

Mi nombre es Esther, pero eso no importa ahora. Soy zapatista, pero eso tampoco importa en este momento. Soy indígena y soy mujer y eso es lo único que importa ahora. Esta tribuna es un símbolo. Por eso convocó tanta polémica. Por eso queríamos hablar en ella y por eso algunos no querían que aquí estuviéramos. Y es un símbolo también que sea yo, una mujer pobre, indígena y zapatista, quien tome primero la palabra y sea el mío el mensaje central de nuestra palabra como zapatistas.

Comandante Esther

La presencia de los comandantes zapatistas en el Congreso de la Unión fue el momento climático de la caravana zapatista, aunque en un aparente contrasentido no fue el mediáticamente más intenso porque de alguna manera, al desaparecer las expectativas sobre la posible presencia de Marcos en la tribuna, la atención se desplazó “del centro a la periferia”. Hasta último minuto, las imágenes de las televisoras que habían seguido los desplazamientos del EZLN de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) estuvieron intermitentes a la expectativa de una posible aparición del Subcomandante.

La ausencia de Marcos entre la comitiva zapatista produjo un efecto sorprendente en muchos de los legisladores, algunos de ellos del PAN, que vieron con agrado —o con alivio— que fuera precisamente una delegación totalmente indígena, aunque rebelde y declarada en armas contra el Estado mexicano, la que hiciera presencia en el recinto. Es de destacar la cobertura informativa de Televisa sobre estos hechos, ya que como principal cadena televisora nacional, transmitió íntegramente y sin cortes los mensajes tanto de los comandantes rebeldes Esther, Tacho, Moisés y Zebedeo, así como las participaciones de los miembros del Congreso Nacional Indígena.

Más allá del valor histórico y simbólico de este hecho, inédito en la historia nacional e internacional, la presencia zapatista revaloró el propio discurso reivindicador indígena y redimensionó su importancia ante la opinión pública. Al hablar ante los legisladores mexicanos la comandante Esther dio una lección que debería marcar un antes y un después en la concepción de lo que representa el zapatismo:

“Nosotros somos zapatistas. No traicionaremos la fe que muchos en este parlamento y en el pueblo de México pusieron en nuestra palabra. Quienes apostaron a prestar oído atento a nuestra palabra atenta, ganaron. Quienes apostaron a cerrar las puertas al diálogo porque temían una confrontación, perdieron. Porque los zapatistas traemos palabra de verdad y respeto. Algunos habrán pensado que esta tribuna sería ocupada por el supmarcos y que él sería quien daría el mensaje central de los zapatistas. Ya ven que no es así. El Subcomandante insurgente Marcos es eso, un Subcomandante. Nosotros somos los comandantes, los que mandamos en común. Los que mandamos obedeciendo a nuestros pueblos. Al sup y a quien comparte con él esperanzas y anhelos les dimos la misión de traernos a esta tribuna. Ellos, nuestros guerreros y guerreras, han cumplido gracias al apoyo de la movilización popular en México y en el mundo. Ahora es nuestra hora...” (Comandante Esther, *Perfil de la Jornada*, 29 de marzo del 2001).

“Ahora es nuestra hora”, la frase que da sentido a esa necesidad de establecer el diálogo de igual a igual, primera condición del acuerdo y de la paz. La apuesta por el pluralismo en una cultura nacional, afirma Bonfil Batalla (1997) pasa por el intercambio de experiencias, de conocimiento y reconocimiento mutuos pero desde la eliminación de la desigualdad. ¿Qué hay más desigual en México que esta relación entre el México profundo y el México imaginario?:

“La alternativa resulta obvia. ¿Por qué no modificar los términos y concebir la cultura nacional no como una cultura uniforme, sino como el espacio de fértil coexistencia de las diversas culturas que heredamos? ¿Por qué no postular que nuestra identidad nacional —la de mexicanos— no descansa en que todos hacemos, pensamos y sentimos lo mismo, sino en nuestra capacidad recíproca para aceptar la diversidad cultural y hacer de ella un recurso para todos en vez del obstáculo que resulta ser para los menos?” (Bonfil Batalla, 1997).

Sin proponérselo conscientemente, las cadenas de radio y televisión que dieron una cobertura integral a la presencia indígena en el Congreso de la Unión bajo la lógica del “espectáculo noticioso”, sirvieron para reivindicar una postura esencial en el nuevo discurso indígena latinoamericano: las etnias que a través del poder de la palabra pasaron de ser sujetos de las voluntades externas a agentes de su propia historia.

La reforma, el nuevo impasse

El 25 de abril del 2001, fue aprobado por voto unánime en el Senado un dictamen de reformas constitucionales sobre derechos y cultura indígena supuestamente basado en la propuesta de la Cocopa. Tres días después este mismo dictamen fue aprobado en la Cámara de Diputados con el aval de 386 diputados (60 votaron en contra). Según la opinión expresada posteriormente por el EZLN, esa nueva "ley indígena" no representa siquiera una lejana aproximación a la propuesta de la Cocopa, que sí retoma en lo fundamental lo acordado en San Andrés.

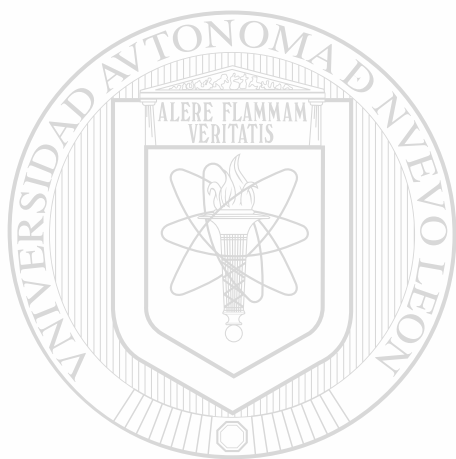
El EZLN emitió su respuesta al dictamen el día 29 de abril de ese mismo año rechazando la reforma y suspendiendo desde esa fecha el contacto con el Gobierno Federal y por lo tanto el reinicio del diálogo de paz. Para los zapatistas la ley aprobada por el Congreso no responde en absoluto a las demandas de los pueblos indios de México y margina los puntos sustanciales de sus demandas de autonomía y libre determinación:

"La reforma constitucional aprobada en el Congreso de la Unión no responde en absoluto a las demandas de los pueblos indios de México, del Congreso Nacional Indígena, del EZLN, ni de la Sociedad Civil nacional e internacional..."Dicha reforma traiciona los Acuerdos de San Andrés en lo general y, en lo particular, la llamada 'iniciativa de ley de la Cocopa' en los puntos sustanciales: autonomía y libre determinación, los pueblos indios como sujetos de derecho público, tierras y territorios, uso y disfrute de los recursos naturales, elección de autoridades municipales y derecho de asociación regional, entre otros..."(29 de abril del 2001, en <http://www.ezln.org>).

La ley indígena aprobada por el Congreso fue ratificada por más de 20 congresos locales y rechazada por 10 entidades. Curiosamente estos 10 estados que rechazaron las reformas constitucionales (Oaxaca, Zacatecas, Baja California Sur, Sinaloa, Morelos, Chiapas, Guerrero, Hidalgo, San Luis Potosí y el Estado de México) concentran más del 70 por ciento de la población indígena de México.

Entre julio y octubre de 2001, municipios mayoritariamente indígenas de 11 estados plantearon 330 controversias constitucionales contra esta ley indígena ante la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Nueve de éstas fueron desechadas por extemporáneas. De las 321 restantes, 295 fueron

desechadas por la Suprema Corte de la Nación el 6 de septiembre del 2002, bajo el argumento de que el máximo tribunal del país carece de facultades jurídicas para revisar ni las reformas a la Constitución ni los procedimientos que les dan origen. El efecto inmediato de este hecho repercutió en un nuevo *impasse* en el diálogo de paz entre el EZLN y el gobierno federal mexicano, lo que sin duda constituye un retroceso respecto a lo que se había avanzado en la presencia zapatista en el Congreso de la Unión. Por las evidencias, el debate respecto a la legitimidad de la ley aprobada pasa entonces no sólo por una vertiente jurídica, sino fundamentalmente por una política, que se constituye hoy como la más difícil de resolver.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1.6. La entrevista Scherer-Marcos

De diciembre del 2000 a marzo del 2001, Marcos y el EZLN fueron sin duda alguna, junto con el Presidente Fox, los actores políticos y mediáticos más presentes en la opinión pública nacional e internacional. Fox, con su reciente ascenso al poder y su estilo personal en la Presidencia rompió con viejos esquemas y tradiciones del antiguo régimen que le valieron defensores y críticos por igual. Presidente mediático como ningún otro en la historia de México, Fox inició su gobierno con una popularidad que se reflejó puntualmente en los medios de comunicación. (Villamil, 2001, p. 47).

Los zapatistas por su parte retomaron su presencia en la opinión pública tras el anuncio de su caravana al Distrito Federal y su intención de reabrir el debate sobre el conflicto en Chiapas a partir de la exigencia de impulsar el proceso legislativo sobre el tema indígena a partir de la aprobación de la llamada "ley Cocopa", base de los Acuerdos de San Andrés Larráinzar.

Para lo anterior, y a partir de la coyuntura política que abrió la alternancia en la Presidencia de la República, Marcos retomó la agenda comunicativa del EZLN. Muestra de ello es que en cuatro meses concedió al menos 11 entrevistas importantes a Herman Bellinghausen y Carlos Monsiváis (*La Jornada*), Gabriel García Márquez (*Cambio de Colombia*), Matilde Campodónico y Eduardo Blasina (*El Observador de Uruguay*), Julio Scherer (*Proceso*), Ignacio Ramonet (*Le Monde Diplomatique*), Ricardo Rocha (*El Universal*), Guadalupe Loeza (*Reforma*), Marco Lara y Mario Cerrillo (*El Universal*), Mayté Noriega (*TVC Noticias*) y a los enviados de The New York Times.

Nuestra investigación se centrará en forma particular en la entrevista hecha por el periodista Julio Scherer García al Subcomandante Marcos el 8 de marzo del 2001 en el patio del convento anexo a la Parroquia de la Asunción de María, en la delegación Milpa Alta, con motivo de la caravana zapatista y que, por sus propias características y los personajes participantes en ella, alcanzó una trascendencia periodística mayúscula.

Particularmente nos interesa trabajar el discurso zapatista por todo el simbolismo que encontramos en la estrategia de comunicación a que nos

hemos referido y que recrea varios mundos que no son reducibles al de la política.

La entrevista que analizamos también es simbólica por varios motivos. Primero, porque conjunta a dos personalidades agudas y críticas de nuestro tiempo: el subcomandante Marcos y al escritor y periodista Julio Scherer, fundador y exdirector de la revista *Proceso*.

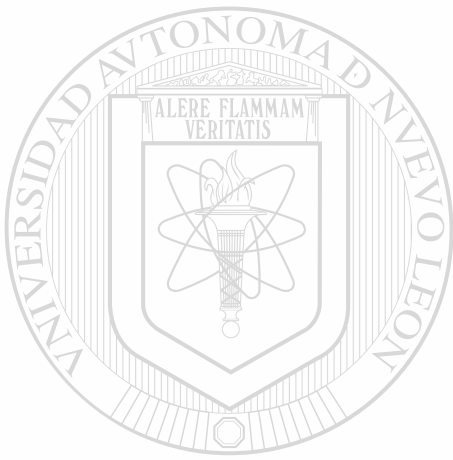
Es inédita en ese sentido y además conjunta a dos individuos cuyo oficio verdadero reside en el poder de la palabra. Otras razones de peso en este interés por esta entrevista es el hecho altamente significativo en términos mediáticos de la proyección que ésta alcanzó en la televisión abierta, en horario triple A y enlazando a *Proceso* y a *Televisa* en un proyecto comunicativo común, cuestión también inédita en la historia de los medios de comunicación en México.

El camino que va de la proclama del "Ya Basta" y el alzamiento militar en la Selva Lacandona de Chiapas a la realización de la Caravana Zapatista no puede ser entendido sin referencia a las condiciones que posibilitan la emergencia de este discurso, que como sostienen Haidar y Rodríguez Alfano (1996) "inciden de manera fundamental en la producción y reproducción de la vida social, histórica y cultural" (p. 75).

Lo anterior nos lleva a cuestionar de qué forma actúan los mecanismos de producción del discurso, qué papel juega en ellos la coyuntura y cuáles son los funcionamientos discursivos del poder y de la ideología que posibilitan, y a la vez controlan, los discursos de Scherer y Marcos, y que en este diálogo televisivo representan "las condiciones dadas" para su posibilidad.

Para nuestros fines, las condiciones que posibilitan la entrevista Marcos-Scherer se dan en el contexto de la llamada "transición a la democracia" en el que la alternancia en la Presidencia hizo posible la circulación del discurso zapatista, la expresión de sus ideales políticos y de sus críticas y, formalmente, la realización de la Caravana hacia el Distrito Federal. En forma implícita o explícita, el diálogo entre Scherer y Marcos constituye una manifestación de estas condiciones de posibilidad, donde actúan a plenitud los discursos en función de los mecanismos de la ideología y el poder.

En los capítulos siguientes desarrollaremos en extenso y bajo diversos enfoques del análisis del discurso, cómo, de qué manera, y bajo qué mecanismos de operación se presentan éstos en la entrevista referida y que enseguida reproducimos en su formato original y en forma íntegra según fue publicada por Proceso:



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Referencias en el texto

Aguilar Camín, Héctor, (1989). **Después del milagro**. México: Aguilar, León y Cal editores.

Bartra, Armando, (2000). **Guerrero bronco. Campesinos, ciudadanos y guerrilleros en la costa grande**. México: ERA.

Bellingeri, Marco, (1994). "La imposibilidad del odio: la guerrilla y el movimiento estudiantil en México, 1960-1974", en **La transición interrumpida**. México 1968-1988. México: Universidad Iberoamericana Nueva Imagen coeds.

Bellinghausen, Hermann et al, (1988) "**EZLN, quince años**", en **Perfil de la Jornada**, México, 18 de noviembre de 1998.

Bengoa, José, (2000). **La emergencia indígena en América Latina**. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.

Benítez, Fernando et al, (1996). **Cultura y derechos de los pueblos indígenas de México**. México: Archivo General de la Nación/Fondo de Cultura Económica (coed.)

Bonfil, Batalla, Guillermo, (1989). **México Profundo**. México: Grijalbo.

Bonfil, Batalla, Guillermo, (1997). "Nuestro patrimonio cultural, un laberinto de significados", en **El patrimonio nacional de México**. México: Fondo de Cultura Económica.

Cabido, Miguel, (2002). "El fiscal federal en el 68 hunde más a Echeverría", en **Periódico Reforma**, 8 de septiembre del 2002. México.

Calónico, Chistián, (2001). **Marcos, historia y palabra**. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Castillo Chávez, Miguel, (2001). "Marcos hincó a la clase política", en **Milenio Semanal #184**, México, 26 de marzo del 2001.

Comandante Esther, (2001). **Discurso ante el Congreso de la Unión**, en *Perfil de la Jornada*, jueves 29 de marzo del 2001. Versión electrónica disponible en www.ezinaidf.org/comunica.

Córdova, Arnaldo, (1980). **La formación del poder político en México**, México: Siglo XXI eds.

Contreras Oropeza, Micaela, Mesa Bribiesca, Alicia, (1997). **El concepto de poder a través del análisis del discurso de la Segunda Declaración de la Selva Lacandona**. Tesis de licenciatura en Antropología social. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Correa, Guillermo y Vera, Rodrigo, (2001) "Marcos el político: Dividió al PRI, rebasó al PRD, exhibió al PAN", en **Proceso 1273**, México, 25 de marzo del 2001.

Delgado de Cantú, Gloria M, (1998). **Historia de México. Estado moderno y crisis en el México del siglo XX**. México: Pearson.

(1998) **EZLN: Documentos y comunicados**. Prólogo de Antonio García de León y Crónicas de Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska, México: Ediciones Era.

Cosío Villegas, Daniel, (1974). **El estilo personal de gobernar**. México: Grijalbo.

Garfias, Francisco, (2001). "El presidente Fox llegó a excederse: Diego", en **Milenio Semanal** № 185, 31 de marzo del 2001.

Garduño, Roberto (2001). "Ordena el CEN del PAN a sus diputados no asistir a la sesión en la que participará el EZLN", en **Periódico La Jornada**, martes 27 de marzo del 2001.

García Canclini, Néstor, (1987). **Culturas híbridas, estrategias para entrar y salir de la modernidad**. México: Fondo de Cultura Económica.

González Casanova, Pablo, (1967). **La democracia en México**. México: Era.

González Casanova, Pablo, (1994). "Causas de la rebelión en Chiapas", en **La Jornada**, enero de 1994. Versión electrónica en <http://www.ezln.org/>

Guillén Vicente, Rafael Sebastián, (1980). **Filosofía y Educación**. Tesis de licenciatura en filosofía, México: Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Haidar, Julieta y Rodríguez Alfano, Lidia. Coaut. (1996). "Funcionamientos del poder y de la ideología en las prácticas discursivas", en **Dimension Antropológica**, Mayo-Agosto, Vol.7. México: INAH.

Harvey, Neil, (2000). **La rebelión de Chiapas. La lucha por la tierra y la democracia**. México: Era.

Krauze, Enrique, (1997). **La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1949-1996)**, México, Tusquets Editores.

Krauze, Enrique, (2001). "El Evangelio según San Marcos", en **Letras Libres** México, marzo del 2001.

Lebot, Ivon, (1999). **El sueño zapatista**. México: Aguilar.

León Portilla, Miguel, (1996). "La antigua y la nueva palabra de los pueblos indígenas". En **Cultura y Derechos de los pueblos indígenas de México**, México: Archivo General de la Nación/Fondo de Cultura Económica (coed).

Lipkau, Elisa, (2002) "El silencio zapatista espera respuestas", en **Periódico abc**, Monterrey: 27 de febrero del 2002.

Loaeza, Soledad, (1994). " México, 1968: los orígenes de la transición", en **La transición interrumpida**. México 1968-1988. México: Universidad Iberoamericana/Nueva Imagen coeds.

Meyer, Lorenzo, (1992). **La segunda muerte de la Revolución Mexicana**. México: Editorial Cal y Arena.

Martínez Assad, Carlos, (1996). "Si nos arrancamos estas máscaras.. " en **Cultura y derechos de los pueblos indígenas de México**. México, Archivo General de la Nación/Fondo de Cultura Económica (coed.)

Marx, Carlos, (1986). **Contribución a la crítica de la Economía Política**, Moscú: Editorial Progreso.

Monsiváis, Carlos (1996). "Versiones nacionales de lo indígena", en **Cultura y derechos de los pueblos indígenas de México**. México, Archivo General de la Nación/Fondo de Cultura Económica (coed.)

Montemayor, Carlos, (1998). **Chiapas, la rebelión indígena de México**, México: Joaquín Mortiz Editores.

Montemayor, Carlos, (1991). **Guerra en el paraíso**. México, Seix-Barral.

Paz, Octavio, (1974). **El laberinto de la soledad**. México, Fondo de Cultura Económica.

Paz, Octavio, (1970). **Posdata**. México, Siglo XXI eds.

Poniatowska, Elena, (1977). **La noche de Tlatelolco**. México, Era.

Ramírez Cuevas, Jesús, (2002) " 37 años del asalto al Cuartel Madera" en **La Jornada**, 23 de septiembre del 2002.

Ramírez Cuevas, Jesús, (2002) " La guerrilla en las regiones de México recupera la memoria" en **La Jornada**, septiembre del 2002.

Reygadas Robles Gil, Pedro, (1996). **Voz de la violencia, violencia de la voz -Chiapas 1994-**. Tesis de licenciatura en Lingüística, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1996.

Salinas de Gortari, Carlos, (2000). **México: un paso difícil a la modernidad**. Plaza y Janes: México.

Saxe-Fernández, John, (1998). "Precipitantes de guerra civil", México: Periódico **Excelsior**, artículos publicados entre febrero-mayo de 1998. Versión electrónica disponible en <http://www.e/ln.org>.

Subcomandante Marcos, (1999) **Desde las montañas del sureste mexicano**. México: Plaza y Janés.

Subcomandante Marcos, (1999). **La revuelta de la memoria, Textos del Subcomandante Marcos y del EZLN sobre la historia**. San Cristóbal de las Casas: Centro de Información y Análisis de Chiapas.

Subcomandante Marcos, (1998). "México 1998, Arriba y abajo: máscaras y silencios", en **Perfil de la Jornada**, México.

Scherer García, Julio. "La entrevista insólita" entrevista al Subcomandante Marcos, en **Proceso** 1271. México: 11 de marzo del 2001.

Scherer García, Julio y Monsiváis, Carlos (1999). **Parte de Guerra, Tlatelolco 1968**. México: Aguilar.

Tejera Gaona, Héctor, (1995). **La antropología**. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Tello Díaz, Carlos, (1995). **La rebelión de las cañadas**. México: Editorial Cal y Arena.

Tello Díaz Carlos, (1996). "Una nueva política indigenista", en **Cultura y derechos de los pueblos indígenas de México**. México, Archivo General de la Nación/Fondo de Cultura Económica (coed.)

Trejo Delarbre Raúl, (1994). **Chiapas, la comunicación enmascarada**. México: Editorial Diana. Versión electrónica se encuentra Disponible en <http://www.etcetera.com.mx/chiapas>

Vázquez Montalbán, Manuel, (1999). **Marcos, el señor de los espejos**. México, Grupo Santillana de ediciones.

Villamil, Jenaro, (2001), **El poder del rating. De la sociedad política a la sociedad mediática**. Plaza y Janes: México.

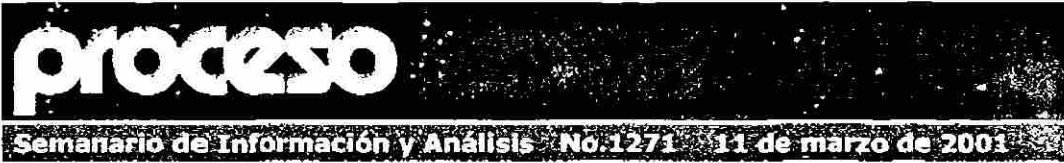
Villoro, Luis, (1996). "En torno al derecho de autonomía de los pueblos indígenas", en **Cultura y derechos de los pueblos indígenas de México**. México, Archivo General de la Nación/Fondo de Cultura Económica (coed.)

En la internet:

EZLN: Documentos varios. Disponibles en www.ezln.org.

Montemayor, Carlos: **La guerrilla en México, hoy**. Disponible en www.fractal.com.mx.

Yáñez, Muñoz, Fernando. "Los orígenes de la mística rebelde", en **Revista Rebeldía**. Versión electrónica en <http://www.revistarebeldia.org>.

Anexo1: Transcripción de la entrevista Scherer-Marcos**La entrevista insólita**

- ¿Carismático? No, sólo vine a llenar un vacío.
- Todo militar, y me incluyo, es un hombre absurdo e irracional.
- La violencia es siempre inútil.
- Fox debe convencerse: gobernar no es "rating".

Se antoja un hecho insólito. La televisión mexicana, la empresa Televisa que hace 25 años se alió con los golpeadores del presidente Luis Echeverría para expulsar del diario Excélsior a su director Julio Scherer García y al grupo de periodistas que lo acompañaron en ese momento agriamente histórico, aporta hoy sus cámaras para transmitir la conversación periodística entre el fundador de Proceso y el subcomandante Marcos.

Se antoja, y es, un hecho insólito, pero también un signo de apertura.

La entrevista de Julio Scherer García, publicada en estas páginas y transmitida la noche del sábado 10 por el Canal 2, marca una voluntad periodística común ante un acontecimiento que ambas partes juzgamos trascendente.

A los lectores, y ahora también espectadores de Proceso, les interesa, más que nada, entender mejor nuestra realidad. Para lograr eso, nacimos. Para lograr eso, existimos.

Fotografías: Ulises Castellanos

A las 11 de la noche del viernes 9 de marzo, sonó el teléfono de la Dirección de Proceso.

—¿Rafael? Habla Marcos...

—¿Cómo estás Marcos? ¿Qué pasó? Nos tienes en la incertidumbre, que es peor que el desengaño. ¿Estás puesto?

—Claro, adelante. ¿Para cuándo sería?

—Ahora mismo, si puedes...

—¿A qué hora?

—Pues ya... A la una, lo que tardamos en llegar allá, con la parafernalia de Televisa...

—Órale, hasta con Televisa y todo...

—No te hagas... Te lo avisé en la carta...

—Sí, hombre, no te enojas...

En punto de las dos de la mañana del sábado 10 daba comienzo la entrevista de Julio Scherer García al subcomandante Marcos, en el patio del convento anexo a la Parroquia de la Asunción de María, donde pernoctaba la caravana del EZLN, en la delegación de Milpa Alta. Culminaba así un esfuerzo de varias semanas para poner frente a frente al fundador de Proceso y al líder rebelde, en una entrevista que tuvo como insólito complemento la presencia de las cámaras de Televisa, empresa que comparte con este semanario la difusión de este acontecimiento periodístico.

La entrevista duró exactamente una hora y quince minutos de la fría noche de luna llena, en el patio del convento, con las arcadas y la fuente como escenario, y con el comandante Tacho como un silencioso espectador lejano.

Después, un Marcos relajado conversó, bromeó, dio autógrafos y continuó respondiendo preguntas al aire.

Alguien le preguntó:

—¿Cuál de tus pesadillas te produce tus peores insomnios?

—Soñar que escucho el programa ese... ¿Cómo se llama?... Fox contigo, Fox... no sé qué.

A continuación, la versión íntegra de la entrevista de Marcos con Proceso.



—¿Qué se hace, qué se dice, a quién se reza cuando se ha llegado a donde usted ha llegado, tan aborrecido, tan temido, tan admirado, tan único?

—Nosotros pensamos que se ha construido una imagen de Marcos que no corresponde con la realidad, que tiene que ver con el mundo que se maneja en los medios de comunicación, que ha dejado de tener interlocución con la gente y ha decidido tener interlocución con la clase política. En ese sentido, los medios ya no están preocupados por lo que pida la mayoría de la gente, sino que, de una u otra forma, se retroalimentan porque en el proceso de transición el gran elector se ha convertido en el medio de comunicación. Su capacidad de influencia en la toma de decisiones, su capacidad de decidir el rumbo del país, incluso marcando ritmos en la transición, ha dado a los medios de comunicación un poder sobre el que no han reflexionado, y, en ese sentido, lo que

tocan los medios de comunicación lo transforman...

—Marcos, usted no puede negarse como un ser carismático...

—Sí, si puedo, cómo no.

—No debe, porque lo es. No me imagino a usted mostrando cosas a sabiendas de que no son ciertas. Usted no se puede dejar de reconocer como lo que es, un ser que atrae a muchísima gente.

—Hay un vacío. Es que hay un vacío en la sociedad. Hay un vacío que se tiende a llenar de una u otra forma. El vacío que llenó Fox, en el campo del área política, no significa que sea lo que aparentemente pudiera o debiera ser. Lo mismo ocurre con Marcos.

—¿Con quién se compara usted como carismático? En el Ejército Zapatista, ¿quién lo alcanza?

—¿Dentro del Ejército Zapatista?

—¿Quién se le compara, de la gente que usted conoce?

—Al interior, nadie, pero eso no tiene que ver con...

—¿Hacia el exterior?

—¿Hacia el exterior? Nadie tampoco.

—O sea, usted es carismático...

—No, lo que pasa es que la imagen de Marcos responde a unas expectativas románticas, idealistas. O sea, es el hombre blanco, en el medio indígena, más cercano a lo que el inconsciente colectivo tiene como referencia: Robin Hood, Juan Charrasqueado, etcétera.

—¿Qué es lo que lo hace carismático?

—Se provocan muchos equívocos en la supuesta capacidad literaria, en la supuesta capacidad de *timing* político, aunque más bien se está respondiendo a las necesidades internas y en el desbarajuste de la clase política nacional, se entra como si estuviéramos meditando cada paso

que diéramos. Créeme que somos mucho más mediocres de lo que la gente piensa; sobre todo, no tan brillantes como la clase política nos concibe.

—Usted no puede decir eso...

—Si puedo.

—A usted no le queda la mediocridad, ni como expresión verbal...

—No... No estoy negando lo que soy; estoy tratando de explicar las circunstancias en las que nos ubicamos, y de una u otra forma se borra o se pierde la perspectiva real de lo que es el personaje. La mayoría de nuestros pronunciamientos son muy discutibles, y no se discuten precisamente porque están en un entorno social que implica otras cosas. Discutir las posiciones de Marcos significa discutir la legitimidad de una causa, y eso siempre es problemático, sobre todo en el nivel intelectual. De una u otra forma eso nos ha hecho, porque créeme que nos hace bien el debate de ideas; de hecho, nosotros hemos sido receptivos a ese debate de ideas, y lamentamos de una u otra forma que no se haya podido dar.

—Veo al país peligrosamente dividido: en un extremo, las sombras vivas de Juan Rulfo; en el otro, los cuerpos bien nutridos del poder y el dinero. Con los matices que se quiera, me parece que usted y el presidente Fox son hoy la imagen de esos mundos. Si esto es así, ¿cabe entre ustedes el entendimiento, la confianza que da vida a la comprensión?

—Sí. Nosotros pensamos que sí. Nosotros nos estamos planteando la posibilidad de un diálogo. Toda esta movilización tiene por objetivo convencer a ese hombre —quien no tiene nada que perder y sí mucho que ganar— de que se siente frente a nosotros con la decisión seria de resolver el conflicto. Esto no es fácil, porque en torno de la figura de Fox están jugando muchas fuerzas, entre ellas la suya propia: un ser que ha optado por construirse una imagen en torno de un manejo mercadotécnico, que le dio resultados, buenos resultados en un periodo electoral, pero que no se puede extender al periodo de gobierno. Entonces necesitamos convencerlo de que el problema no es de *rating*, sino de gobernabilidad, y eso es lo que estamos ofreciendo: no una revuelta social, sino el reconocimiento de ese sector social (los indígenas), de sus capacidades y, finalmente, de su diferencia...

Mundos opuestos

—Aparte de que los dos ejercen una forma de poder, una forma de influencia, ¿hay algo en lo que se parezcan?

—En que contamos malos chistes los dos, en todo caso... Pero fuera de ello, no sólo representamos dos mundos diametralmente opuestos, sino que el paso siguiente también es diametralmente opuesto. Nosotros estamos marcando el mundo que camina hacia el reconocimiento de las diferencias, y él está caminando al mundo que va a hegemonizar y homogeneizar no sólo al país, sino al planeta entero. En este caso se trata de que el concepto de igualdad sea referente al estatuto de mercado: *somos iguales en cuanto que tenemos poder adquisitivo*. Nosotros estamos marcando las diferencias precisamente en el lado contrario: la diferencia cultural, la diferencia de la relación con la tierra, de la relación entre las personas, de la relación con la historia, de relación con el otro. Planteamos un mundo antitético al que representa Vicente Fox, y vamos más allá, porque nosotros decimos que en el mundo que proponemos también cabe Vicente Fox, mientras que en el mundo que él propone nos resulta muy claro que los zapatistas no caben.

—¿Cómo cabría Fox en el mundo de ustedes, siendo un líder, en la dimensión que se quiera, de la libre empresa?

—Aprendiendo. Pensamos que la libre empresa puede aprender a relacionarse con nosotros. No creemos que todos los empresarios sean ladrones, pues algunos han construido su riqueza por medios honrados y honestos. El hecho de que algunos de los personajes que saltan a la vida pública tengan un lastre de criminalidad, no quiere decir que eso sea parejo para todos. Nosotros no estamos planteando el regreso del comunismo primitivo, ni de una igualdad a rajatabla que finalmente esconde una diferenciación entre la élite política —de izquierda o de derecha— y la gran mayoría empobrecida. Pretendemos que cada sector social tenga las

"México tiene casi 200 años como nación independiente, y en todo momento los indígenas han aparecido como la parte fundamental, pero en ningún momento se ha reconocido tal cosa. No pueden apostar a desaparecer, porque han fracasado ya. No se va a desaparecer al indígena por cualquier campaña, por cualquier bomba o con cualquier arma que usen, ya que,



de una u otra forma, el movimiento indígena resiste y se protege. Fracasaron los españoles, los franceses, los estadounidenses y todos los regímenes liberales, desde Juárez hasta el actual. Entonces, ¿por qué no reconocer que los indígenas ahí están y que es preciso darles la oportunidad? Nosotros lo que queremos es una oportunidad. Si fracasamos, pues lo vamos a asumir, aunque no vamos a estar peor que como estábamos antes...

Vocación de muerte, pérdida

—Marcos, sigo con el presidente y con usted. El presidente y usted hablan de la paz. El presidente puede adaptarse a la propaganda, y usted a la mirada, a la airada voz de los marginados. Percibo la violencia, Marcos, informe aún, pero que ya respira. Usted le dijo a Carlos Monsiváis que si no hay acuerdos "algo va a estallar". Mencionó a los grupos subversivos y dijo que los habrá más grandes y radicales si no hay acuerdos. Estas palabras me llevan a la guerra sucia de los setenta, pero más extendida. En este tema ¿por dónde va su inteligencia?

—Mira, lo que nosotros pensamos es que esa guerra está perdida. La guerra sucia está perdida. De una u otra forma, nuestra presencia y la persistencia de los procesos en América Latina quieren decir una cosa que nadie se atreve a reconocer: la guerra sucia la perdieron los de arriba, los que la hicieron, que finalmente no pudieron acabar con los movimientos armados, porque siguen resurgiendo. Si nosotros fracasamos en la vía del diálogo —y nos estamos refiriendo al EZLN y a Fox—, la señal va a ser clarísima para los movimientos más radicales, por lo que se refiere a su posición frente al diálogo y la negociación, pues esto para ellos significa arriar banderas, significa venderse, significa traicionar. Cualquier contacto con el enemigo, que no sea para pedir su rendición, es una rendición propia. Si esa señal es mandada por el PAN en este caso, por el gobierno de Fox y por el EZLN, cobrará auge esta posibilidad. No estamos hablando de grupos radicales aislados, solos, que no tengan ningún consenso social...

—¿Como en los setenta?

—El zapatismo es un movimiento social que, ante la posibilidad de la lucha armada, optó por el diálogo y la negociación, y hasta ahora ha fracasado. En el caso de los movimientos de rebelión, gana el que no muere, el que persiste, no el que gana. Y en el lado del gobierno, sólo puede ganar si aniquila al contrario. Pero sería una guerra a largo plazo, en la que el terrorismo llega a tu calle, a tu casa, a tu televisión, un poco como ocurrió en los primeros días de la guerra en 1994, cuando empezaron a aparecer actos terroristas que no tenían nada que ver con nosotros, cuando ya en otra forma se decía: la guerra ya no sólo está en Chiapas, puede estar aquí, en una calle, en un centro comercial, en nuestra casa. Es de tal forma grave para la nación, y yo me atrevería a decir que para el mundo entero, lo que se está jugando aquí, que no es sólo la Ley Indígena, no es sólo el éxito mediático de Fox o el *rating* arriba y debajo de Marcos, o lo que él represente o no represente como símbolo, como mito, como líder social o como futuro dirigente de la izquierda. Lo que está en juego aquí es la posibilidad de una solución del conflicto. Nosotros vamos a sentarnos y a anularnos, en una situación en la que decimos: ayúdenos a perder. Lo que le estamos diciendo a Fox, y sobre todo al Congreso de la Unión, es justamente que nos ayuden a perder. Si nosotros tenemos éxito en esta movilización pacífica, ¿qué sentido tienen las armas para el EZLN o los movimientos armados? Pero no queremos reeditar las derrotas pasadas.

"Nosotros no queremos darle a este país un corrido, un héroe más frustrado en el largo calendario de derrotas que tenemos. Queremos desaparecer, que la gente que te está viendo y escuchando ahorita, o que te va a leer en tu revista, sepa que puede ser participe de eso.

"No pedimos que voten por nosotros ni que nos den un cheque ni una parcela ni nada: pedimos que se solucione una cuestión histórica, y que la gente, equis, quien sea, reconozca que tiene un lugar, que es parte de su historia. No te vamos a la izquierda ni a la izquierda radical para que un personaje cante corridos. No lo vamos a hacer, porque no tenemos esa vocación. La perdimos en algún momento en contacto con las comunidades; perdimos la vocación de muerte en ese sentido. Sin embargo, eso no quiere decir que la temamos, porque no estamos jugando. Lo que pasa es que no aspiramos a eso, ni vamos a forzar el movimiento hasta que llegue a una derrota. Esto será difícil hacérselo entender al otro, porque sus esquemas sólo son pasado. No lo culpo de no entender; a veces ni nosotros nos entendemos.

—¿No lo culpa de no entender?

—Pues, a veces, nosotros tampoco nos entendemos. Pero somos sinceros, y somos honestos, y pocos políticos en México pueden decir lo mismo.

Los errores de Marcos

—Hacia adentro, en su conciencia, ¿cuáles son los errores que ha cometido el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, y cuáles son los errores que ha cometido usted? Al cabo de 20 años, los que usted lleva en la montaña, se afirma que no ha habido mejoría entre los indígenas. Usted expresó, y con razón, que no ha habido mejoría, pero que ahora tienen esperanza y tienen dignidad, y eso es una luz, no una lumbre; hace falta ser libre, escapar, vencer a ese estado de miseria de años... ¿Cuánta energía pierde un hombre, Marcos, que no puede sostenerse, que no puede trabajar, que no puede concentrarse en la lectura de un libro? O sea, la dignidad y la esperanza me parecen dos valores fundamentales. Sin ellos la vida no sirve para nada, pero por la miseria atroz, la dignidad se hace muy difícil, la esperanza muy difícil...

—Hay algo peor que eso, que es heredar, a los que siguen, la desesperanza. Entonces eres consciente de que todas las dificultades que estás enfrentando, se las vas a heredar a tus hijos, y no les vas a heredar la posibilidad de cambiarlas. Es ese sentimiento de tenencia y pertenencia al colectivo lo que nos hizo seguir adelante. Entre los errores que ha cometido el EZLN como organización está el no haber aprendido más rápido de las comunidades. Cuando se da el fenómeno de los municipios autónomos, el EZLN está tan imbricado en las comunidades que, de una u otra forma, permean también su toma de decisiones. A la hora de que las comunidades se empiezan a organizar como gobierno y a tomar decisiones, el EZLN todavía empieza a rozar con esto. Entonces nos damos cuenta de que las comunidades han aprendido más rápido que nosotros, no sólo a vivir en resistencia frente a un poder que estaban desafiando, sino que van construyendo una alternativa, tú estás pensando en los que estamos, ellos están pensando en los que vienen. Ellos están pensando en las generaciones que vienen, para no heredarles esa desesperanza; esto que tenemos no será peor, definitivamente no será peor para ellos.

"El error fundamental de Marcos es no haber cuidado —y yo lo perdono porque soy yo, y si no lo perdono yo, pues quién lo perdona, ¿no?—, no haber previsto esta personalización y protagonismo que muchas veces, si no es que la mayoría de ellas, impida ver qué es lo que está detrás. No nos angustia mucho como organización, porque nosotros sabemos lo que está detrás, y vemos una organización que puede sobrevivir incluso sin guerra... Esto no lo ha percibido mucha gente; tiene que ver mucho con que Marcos haya ofuscado, obstruido la vista hacia atrás. Que de una u otra forma, Marcos es responsable también en eso, sí, sí puede ser que su dosis de vanidad, de protagonismo o de payasez o como se llame eso, haya contribuido... Pero sobre todo la causa es que la mayoría de la gente —es decir, los jóvenes— no tiene una expectativa dentro del espectro político, y es lógico que se agarre de lo que haya a la mano; por otro lado, está el realce que se ha dado a todo esto en la vida nacional, particularmente en los medios de comunicación, pues éstos no sólo deciden qué actor se convierte en político, sino también qué lugar ocupa ese actor político.

—O que el político se convierte en cómico...

—Y al revés: que el cómico se convierte en político y llega a presidente... eso córtalo. Estoy hablando bien de Fox (...) ¿o estoy hablando mal? Si hablo bien, imagínate cuando hablo mal... Ahí es donde van comerciales.

La no existencia

—Los indígenas soportan siglos de explotación, pero su hambre es la misma hambre de los marginados. Usted ha dicho que su lucha es nacional y chiapaneca, por supuesto. Alguna vez, Marcos, allá en las pesadillas y los sueños, ¿ha escuchado el clamor unido de los agraviados?

—Sobre todo en esta marcha. Nosotros previmos que iba a pasar eso y las comunidades, cuando nos mandan, acotan, o ponen el lazo, como decimos allá, para que sólo se vaya sobre un objetivo. De una u otra forma, a cada paso de la marcha, surge no sólo la escucha de ese grito, sino la tentación de hacerle eco. Y nada más fácil ni más irresponsable. Porque es fácil ir al paso y decir: "Yo también reivindico tu lucha y luego regresamos". Nosotros hemos tratado de resistir a eso, y decirle a la gente: "Nosotros reconocemos que tu grito es justo, pero ahorita vamos sobre esto". No podemos ir sobre algo más.

—¿Le preocupa la posibilidad de que los marginados se les unan?

—Ojalá. No me asusta y lo deseo. Lo que no deseo es que se creen falsas expectativas sobre una persona o sobre un movimiento que no nace el 1 de enero de 94. Nosotros teníamos un trabajo previo de muchos años y de muchos sacrificios. No es fácil tener la cohesión, la homogeneidad, la unidad que tienen los zapatistas, que han resistido tantos embates, tantos ataques. Y de pronto, para los medios, parece que el EZLN nace el 1 de enero de 94. Ésa puede ser una tentación: que un movimiento pueda empezar así, que el primer paso será la legitimidad, y no es cierto. Porque el primer paso de la legitimidad es el reconocimiento propio.

—Pero piense en los agraviados, tantos millones...

—Ese conflicto es irremediable, y eso se lo dijimos a Fox. Sobre eso no hay vuelta de hoja. Lo que está en juego aquí, en nuestro movimiento, al acercarnos a la capital, es cómo se va a enfrentar ese conflicto. Pero no pueden pensar que ese conflicto va a seguir latente o va a ser controlado. Va a tronar. Lo que van a señalar ahora es si el conflicto lo van a enfrentar por la vía del diálogo o la negociación, o van a recurrir al recurso de las armas, al recurso de la violencia. Van a tener que escoger entre la vía política y la vía armada para enfrentar ese conflicto.

—La miseria es mucho más que un cuerpo famélico. Es la niña que vio Heberto Castillo abrazada a una piedra, su hija, y son las 50 niñas de un internado que compartían una muñeca de la que sólo quedaban hilachos. ¿Usted, Marcos, cómo se representa la miseria?

—En una niña también. Una niña que se me murió en los brazos, de menos de cinco años de edad, de calentura, en la comunidad de Las Tazas, porque no había un mejoral para bajarle la fiebre, y se me fue en las manos. Tratamos de bajarle la fiebre con agua, con trapos mojados, la bañábamos y todo, su padre y yo. Se nos fue. No requería intervención quirúrgica, ni un hospital. Necesitaba una pastilla, un mejoralito... Es ridículo, porque además esa niña ni siquiera nació, no había un acta de nacimiento. ¿Qué hay de más miserable que nazcas y que mueras y nadie te conozca?

—¿Qué sintió usted?

—Impotencia, coraje. Se te cae todo el mundo encima, que todo lo que pensabas y todo lo que hiciste antes es inútil si no puedo evitar esa muerte injusta, absurda, irracional, estúpida...

—Y si esas emociones terribles se repiten en muchísimas partes, ¿es posible una lucha que se percibe en el fondo, aunque no lo declaren, de venganza?

—Ése es el peligro. Si ese rencor social no se organiza, necesariamente viene la venganza. Y en el caso de los grupos indígenas puede tenderse al fundamentalismo, y ahí sí no hay diálogo

que valga... Por eso nosotros decimos que es preferible que se organice ese descontento. En todo caso, que la sabiduría o la sapiencia de ese movimiento escoja.

—Marcos, ¿cuántas víctimas vivieron sin saber lo que es la vida?

—Eso es lo que ya no queremos que se repita. No queremos que se repita la gente que no nace y que no se muere. No existe. No existe para ti, no existe para el público, no existe para Fox ni para nadie. Fuera de sus familias, no existieron para nadie. Ahora, con la resistencia de las comunidades indígenas, nosotros bajamos la tasa de mortalidad a entre 200 y 300 al año. Teníamos, antes de 1994, 15 mil al año. La mayoría, menores de cinco años, que nunca tuvieron acta de nacimiento (...)

—Vivir sin ser, Marcos...

—Y no sólo eso. Si vives siendo, es con vergüenza. Tratabas de dejar de serlo para que te aceptaran en las cabeceras municipales y los centros de producción. Con la cara indígena, eras objeto de burla y engaños. Por el hecho de tener una piel morena y hablar otra lengua, ya significaba que tu producto bajaba de precio.

—¿Es usted un rebelde que exige cambios profundos o un revolucionario que lucha por transformaciones radicales, otra manera de hacer patria?

—Nosotros nos ubicamos más como un rebelde que quiere cambios sociales. Es decir, la definición como el revolucionario clásico no nos queda. En el contexto en el que surgimos, en las comunidades indígenas, no existía esa expectativa. Porque el sujeto colectivo lo es también en el proceso revolucionario, y es el que marca las pautas.

—¿Si fracasara usted como rebelde, optaría por la vía revolucionaria?

—El destino es diferente. El revolucionario tiende a convertirse en un político y el rebelde social no deja de ser un rebelde social. En el momento en que Marcos o el zapatismo se conviertan en un proyecto revolucionario, es decir, en algo que devenga en un actor político dentro de la clase política, el zapatismo va a fracasar como propuesta alternativa.

—¿Por qué un revolucionario se convierte en político?

—Porque un revolucionario se plantea fundamentalmente transformar las cosas desde arriba, no desde abajo, al revés del rebelde social. El revolucionario se plantea: Vamos a hacer un movimiento, tomé el poder y desde arriba transformo las cosas. Y el rebelde social no. El rebelde social organiza a las masas y desde abajo va transformando sin tener que plantearse la cuestión de la toma del poder.

—Cuando dice eso, ¿piensa en la Revolución Mexicana?

—Sí, pienso en Zapata y en Carranza, fundamentalmente. Carranza, que se plantea los cambios a la hora de tomar el poder. Y Zapata, que se plantea las demandas y al momento de tomarse la foto ni siquiera roza la silla. Nosotros nos identificamos con el zapatismo. Se necesitan políticos, desgraciadamente, pero sobre todo líderes sociales. Creo que el zapatismo tiene que optar y va a optar por los líderes sociales...

La República de TV

—A lo mejor la palabra político está bien o está mal. Usted me hará favor de aclararlo. Yo creo que usted es político. No tengo duda de que es escritor de prosa rimada. ¿Qué poeta le inspira, qué estadista le atrae, qué guerrillero le da fuerza?

—De atrás para adelante, como jefe militar, Villa. Como movimiento social armado, Zapata. Como líder social, no veo a ninguno en el horizonte actual que realmente responda al concepto de hombre de Estado. No hay. Los grandes hombres de Estado son de la prehistoria ya. Ahorita hay mercadólogos, buenos o malos (...). Ahorita no metería la mano al fuego por ninguno como líder político, porque no veo a ninguno que responda al concepto de hombre de Estado, porque el hombre de Estado tiene la capacidad de ver hacia adelante, y no conozco ahora ningún líder político que vea más allá de sus narices, en todo el espectro.

—A propósito de Villa, Marcos, en su encuentro con Vicente Leñero en 1994, usted le expresó su admiración por el personaje: guerrillero implacable, buen soldado y hombre de gobierno en Chihuahua, según la biografía monumental de Friedrich Katz. ¿Se identifica usted con El Centauro?

—Quisiera hacerlo. Era un hombre que tenía la visión de cuerpo, un hombre preocupado por sus tropas, y no me refiero sólo a sus tropas regulares, sino a los territorios que iba conquistando. No sólo se preocupaba por combatir, sino también por organizar. Desgraciadamente, esa parte es la menos conocida... Pero desgraciadamente, Villa es el de los corridos, el del caballo Siete Leguas.

—Ante esas virtudes, ¿qué tanto pesa la violencia inútil?

—La violencia siempre va a ser inútil, pero uno no se da cuenta hasta que la ejerce o la padece.

—¿Y él no se dio cuenta, Marcos?

—No sé. Yo pienso que a la distancia igual nos va a pasar a nosotros, siempre va a haber vacíos o huecos a la hora de valorar a una persona (...). Definitivamente, un militar, me incluyo entre ellos, es un hombre absurdo e irracional, porque tiene la capacidad de recurrir a la violencia para convencer. Finalmente eso es lo que hace un militar cuando da una orden: convence con la fuerza de las armas. Por eso nosotros decimos que los militares no deben gobernar nunca, y eso nos incluye a nosotros. Porque quien ha tenido que recurrir a las armas para hacer valer sus ideas, es muy pobre en ideas.

—Le voy a hacer una observación de buen gusto: Las armas no convencen, se imponen.

—Sí. Finalmente así es. Por eso nosotros decimos que los movimientos armados, por muy revolucionarios que sean, son fundamentalmente movimientos arbitrarios. En todo caso, lo que tiene que hacer un movimiento armado es plantear el problema y hacerse a un lado. Es lo que nosotros estamos ahora logrando con éxito, después de siete años en las comunidades. De los errores que cometimos, está no haber aprendido más rápido cómo podíamos desprendernos de eso. Realmente nos hemos hecho a un lado. Los municipios autónomos son tan autónomos que no nos hacen caso.

—No es popular el comandante Germán. Dispone, dirige, ordena, sube al camión el primero, lo abandona antes que nadie, recibe los documentos, los distribuye, habla con la fuerza del mando. Pesan sospechas sobre él y de su humanitarismo nadie habla. No me explico a Germán, tan diferente a usted y tan diferente a los indígenas, en calidad de portavoz central de lo que hace el EZLN. En los grados del Ejército Zapatista, él es el comandante y usted el sub. Germán es el que ordena, él es el que dispone. Usted, de alguna manera cumple, recibe o atiende las instrucciones u órdenes...

—¡No! El arquitecto Fernando Yáñez, que es conocido como el comandante Germán, significa, a la hora que lo pone el EZLN, el enlace con el Poder Legislativo y los partidos políticos; significa una señal que, como muchas que hemos dado, el gobierno no ha sabido leer. Con él, está diciendo el EZLN: estamos dispuestos a transitar de la clandestinidad a la vida pública. Eso es fundamental. El arquitecto Yáñez sube y baja del camión porque se le ha encargado la seguridad. Los que mandan en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional son los jefes indígenas. Ésa es la verdad. Pero la percepción que tienes tú y los que nos están viendo ahorita, es que estoy yo y atrás de mí debe estar Tacho cuidándome (...) Pero del lado de las comunidades las cosas son al revés: están ellos primero, y nosotros detrás... El arquitecto Yáñez no tiene mando ni ascendencia militar dentro del EZLN. Está respondiendo a un llamado que estamos haciendo nosotros porque queremos dar esa señal que, coño, nadie está leyendo. Y si un movimiento armado está diciendo ahí va esta parte, vean, a esto estamos dispuestos, y no lo lee, entonces ya de plano necesita la clase política una gran lección.

—No me siento aludido, porque esa señal no fue explícita.

—Pero va acompañada por otras. Lo que se está preguntando el gobierno mexicano es hasta qué punto Marcos y el EZLN no están jugando con una apuesta de popularidad y de desgaste,

a ganar tiempo. Antes, con Zedillo, nosotros estábamos dispuestos a firmar la paz con él, que era un imbécil, un mediocre, ahorita ya se puede decir, por qué no la vamos a hacer con Fox, que además es producto de un proceso electoral legítimo de elección. A nosotros no nos espanta firmar la paz con la derecha, porque nuestro problema no es ése. Sería igual el problema si fuera la izquierda electoral la que estuviera en el poder. Nosotros estamos tratando de convencer al otro, en este caso el gobierno federal, de que estamos dispuestos a resolver esto y a hacerlo rápido, pero necesitamos una serie de señales. Nosotros damos una. No la ven, pues es que no le hallamos todavía al modo político, pero voluntad no nos ha faltado. Si no logramos que tú veas esa señal o que la clase política vea esa señal, es que ahí fracasamos y vamos a buscar otra, pero creo que este país tiene que saldar una cuenta pendiente con mucha gente, no sólo con Yáñez, sino con mucha gente que quedó en el camino con todos los movimientos clandestinos, que son mucho más poderosos en términos de patriotismo y compromiso social, de sacrificio, que lo que pueda decir cualquier corrido a Lucio Cabañas o a Genaro Vázquez. Lo que nosotros quisimos hacer, y es evidente que no se consiguió, es reunirnos con el Poder Legislativo, que ha sido receptivo a su persona y a su trato (...) Lo que queremos decir es que nosotros no vamos a fingir la paz. Nos vamos a sentar a negociar y, si de la otra parte hay voluntad, nos vamos a lo último. Si estuvimos dispuestos a que nos maten, ¿por qué no vamos a estar dispuestos a negociar? No tenemos vocación suicida.

—Anunció usted su regreso a Chiapas, estrategia al fin, ¿cuáles serán sus próximos pasos? En otros términos, ¿qué sigue y hasta dónde?

—Sigue el proceso de paz. Si nosotros logramos, y creo que lo haremos, el reconocimiento de los derechos y la cultura indígena en la Constitución, convencer a Fox de que se siente, que dé las señales y decida trabajar con las comunidades para que ese proceso de paz sea expedito y terso, entonces se necesitará un trabajo interno muy intenso, porque el EZLN todavía tiene que responder una cuestión, una incógnita, porque sabe que no va hacer cuando esto termine, pero no sabe qué sí va a hacer.

La invitación a Los Pinos... una trampa

—Fox dice que lo invita a Los Pinos...

—Es una trampa. Finalmente está tratando de convertir un movimiento serio reivindicativo en un evento de horario triple A. Qué va a ganar el país, qué van a ganar los pueblos indígenas y qué va a ganar el gobierno, ya como proyecto político, el que tenga, si es que lo tiene, con esa foto.

—¿Le haría un servicio a Fox?

—¿Por qué?... Sí, yo creo que saldría ganando mucho, pero qué...

—¿Y usted perdería?

—No, yo no, pero las comunidades sí, porque todo el movimiento que se levantó finalmente sería trivializado. Sería un fenómeno mediático hueco, tan breve, tan fugaz, tan soluble como fue el concierto ése de...

—¿Dirías que con alguna vileza o perversión, Marcos?

—Sería deshonesto, ruin, vil. Además, yo lo entiendo. Él está haciendo bien su trabajo, necesita construirse esa imagen de gobernabilidad. Sabe que mientras más lo mencionen los medios, aunque sea para mal, su presencia se va haciendo cada vez más fuerte.

—Marcos, yo le digo a usted: Fox está haciendo bien su trabajo a sus ojos...

—A sus ojos de él.

—¿A los de usted?

—No, porque lo que necesita este país es un gobierno, no un locutor. Y él piensa que sí, que su función es ser locutor porque le va a dar prestigio con la gente, porque lo van a conocer y lo van a parar en la calle.

—¿Pero para qué?

—Eso es lo que yo digo... finalmente le van a decir: "Nosotros que votamos por ti, o no votamos por ti pero si votamos contra del PRI, no te pusimos para eso". Porque una cosa es una campaña electoral y otra cosa es un programa de gobierno. Y la responsabilidad no es sólo de él; es también de su equipo. Pero también de él porque él formó el equipo, o se lo formaron, yo no sé cómo esté ahí. Pero cuentas y te sobran los dedos de una mano de los que son políticos en ese gabinete. Son empresarios bien o mal intencionados. Ni siquiera son empresarios, son gerente. O sea, son empleados de un empresario. Y con esa lógica no se puede dirigir un país.

—¿A quién salvaría del gabinete?

—A Sari Bermúdez, como escritora. Ella no escribió el libro, bueno... (Dirigiéndose a los camarógrafos de Televisa) Ahí le cortan. Yo hago pausas para que corten lo que vaya a censurar Azcárraga.

El cuento sobre la Caravana

—Marcos, a usted le gustan los cuentos. ¿Por qué no nos cuenta uno?

—¿No los cuenta el gobierno?

—No, ¿por qué no nos cuenta uno? ¿Por qué no nos cuenta el cuento de la Caravana?

—¿Cómo nació la idea?

—El cuento de la Caravana. Usted escribe un cuento para que se conozca la Caravana. ¿Cómo lo contaría en forma de cuento? Así, en el lenguaje más sencillo, más cálido, lleno de humor. Claro, Marcos, el humor se explica a través del drama. ¿Cómo contaría usted ese cuento?

—Bueno, vamos a pensar así. Nosotros nos quedamos sin salidas. La única forma de hacemos fuertes era salir, era caminar. No teníamos ningún pie. Éramos minusválidos en ese sentido. Teníamos la voz y la mirada, pero teníamos que llevar esa voz y esa mirada a donde fuera escuchada y a donde tuviera dirección esa mirada. Entonces tuvimos que pedir prestados los pies de otros. A la hora que tuvimos que pedir prestados los pies de esos otros, tuvimos que construirlos porque no existían. Entonces empezamos a hablarle al otro y empezamos a darle un rostro, el que otros le negaron, el que es un número, el que es un porcentaje de una encuesta, si es que le toca la suerte de que lo encuesten, y empezamos a llamarlo y a intentar darle rostro y a pedirle que fuera los pies de nosotros. Encontramos unos pies muy disparejos. Es decir, el cuerpo que ya éramos, la mirada, los oídos, los labios que éramos, eran muy pequeños para unos pies muy grandes. Finalmente, cuando empezamos la marcha, empieza una especie de muñeco grotesco. A primera vista, un gigante. Con una vista detenida, un muñeco deforme y grande, con unos grandes pies y un cuerpo muy pequeño, el tronco y la cabeza. Ese muñeco grotesco empieza a andar a traspiés y empieza a tratar de convencer a los pies que no son suyos, que es, de una u otra forma, lo que ha tratado de hacer la Caravana a cada momento que se detiene: decir que no somos nosotros los que hacemos posible eso, sino el pie que nos está llevando, que es la gente que nos está recibiendo. Es en ese momento que se encuentra con el problema de que los pies dicen que quien manda es la cabeza, porque así está la historia hecha y que no ocurre que los pies manden a la cabeza. Y la cabeza, necia con que los que tienen que mandar son los pies. Llega el momento en que los pies y la cabeza dicen lo que todos están pensando y nadie se atreve a decir: Que en el recorrido se dan cuenta de que el mundo está de cabeza, que tiene el que no necesita y el que necesita no tiene nada. Finalmente, ese día, mañana 11, llegan al lugar donde se puede voltear esto para un lado y para otro, y a la hora en que el mundo se voltea de nuevo, los pies descubren que en realidad eran la cabeza, y la cabeza descubre que nunca dejó de ser un pie descalzo; moreno, además. ¡Qué mal me salió!

—Tengo un escrúpulo y una preocupación: que lo más importante que tuviera que decirme no lo haya yo acertado con la pregunta adecuada.

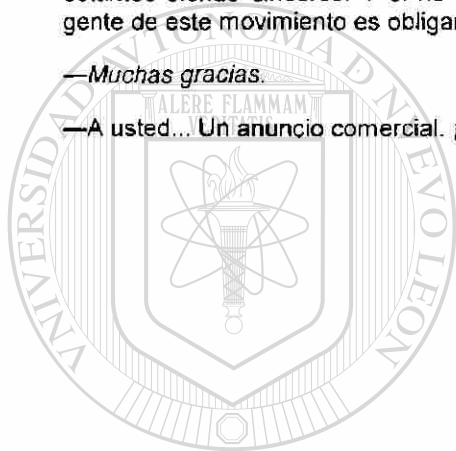
—No, si yo estaba aterrado, porque no sabía qué me iba a preguntar...

—Una cosa que le importe muchísimo y que yo no haya tenido la suerte de preguntarle, Marcos...

—Yo creo que la pregunta que se están haciendo en la clase política: ¿Es sincero Marcos cuando dice que está dispuesto al diálogo y a llegar a la paz? Y la respuesta es sí. Lo único que tenemos para respaldarlo es nuestra palabra. Realmente si nos piden otra cosa, no tenemos otra cosa que darles. Pero tenemos la historia de lo que esa palabra ha significado. No podemos ceder en las tres condiciones porque si cedemos, faltamos a la palabra y eso quiere decir que estaríamos en la posibilidad de subir nuestras demandas, y la garantía que tiene el gobierno de que no vamos a subir nuestras demandas es que tampoco las vamos a bajar. Si decimos una cosa, ésa es. Eso es lo que yo quisiera que entendieran; no sé cómo hacerlo, porque las señales que he dado no las entienden. A lo mejor si se desvelan y ven tu programa, me escuchan, a lo mejor es chicle y pega y me creen, pero realmente nosotros estamos siendo sinceros. Y si no lo creen, lo que estamos tratando de hacer con toda esta gente de este movimiento es obligarlos a creer. Nosotros tenemos ese compromiso.

—Muchas gracias.

—A usted... Un anuncio comercial. ¡Es que no tenemos dinero, y el camión se nos acaba el 16!



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Capítulo 2. La enunciación del discurso zapatista

En gran medida somos lo que hablamos. Nuestro lenguaje revela cierta relación individual con el mundo y una vasta serie de indicios denotan nuestra formación social, cultural e ideológica, nuestros intereses y en cierto sentido nuestras limitaciones (Reboul, 1980, p.22; Foucault, 1970, p. 11, Pêcheux, 1969, pp. 48-49).

Si bien es cierto que con base en los principios de la Escuela Francesa de Análisis del Discurso en el acercamiento a un discurso dado las circunstancias (condiciones de producción, circulación y recepción) restringen nuestro uso del lenguaje, en este se encuentran estructuras que en la enunciación, considerada como la conversión individual de la lengua en discurso (Benveniste, 1979, pp. 80-81) toman forma y expresan en su uso dicha relación particular (p. 84).

Para la teoría de la enunciación, de la que en este punto nos ocuparemos con mayor detalle, la huella de nuestra formación discursiva se expresa desde la elección misma de la utilización de los pronombres personales que muestra cómo asumimos lo que decimos y cómo nos acercamos y nos alejamos de los discursos concretos desde nuestra postura de hablantes de una lengua. Esta actitud, señala Maingueneau (1976) tampoco significa el aceptar la absoluta autonomía de la subjetividad en el discurso:

“Si bien el análisis del discurso ignora todavía sobre qué teoría de la enunciación se ha de fundar, hay sin embargo una concepción de la enunciación que debe rechazar, a menos de retroceder teóricamente, sería una concepción que permitiera volver a introducir, con un aparato conceptual nuevo, aquello contra lo que se ha construido la lingüística del discurso: la autonomía del sujeto, la del “habla” libre. La enunciación no debe desembocar en una toma de posesión del mundo y de la lengua por la subjetividad”. (Maingueneau, 1976, p. 113).

Para Benveniste las modalidades lingüísticas que asumen la selección de adjetivos y de verbos en el acto de enunciación, entendida en marco formal de su realización, remiten siempre a las condiciones de producción del discurso. En este un “Yo” (locutor), que se apropia de la lengua, se dirige a un “Tú” (alocutorio) con

una manifiesta intencionalidad. Tanto el "Yo" como el "Tú" son cambiantes y dependen del sentido de un acto de enunciación concreto (Benveniste, 1979 :85):

"El hablante que usa la lengua (locutor), que produce discurso, se instala en el fenómeno de la enunciación, que consiste en "poner a funcionar la lengua por un acto individual de utilización" (Benveniste 1979: 83). Este acto supone la presencia del interlocutor: "en cuanto se declara locutor y asume la lengua, implanta al otro delante de él, cualquiera que sea el grado de presencia que atribuya a ese otro" (Ibíd: 85). De manera que la enunciación implica una estructura de diálogo" (Fonte, 1998, p. 32).

Esta estructura de diálogo con intención expresa a partir de la enunciación concreta se manifiesta claramente en la entrevista de Julio Scherer al subcomandante Marcos en tanto que los giros lingüísticos del discurso de ambos personajes hacen referencia a contextos que pueden ser diferenciados y codificados por los destinatarios de sus mensajes de diferentes maneras, asumiendo que lo que está presente en el sentido de cada palabra tiene una función específica, pero tomando en cuenta que cada acto de enunciación de un locutor (o usuario de la lengua) "constituye un centro de referencia interna" (Ibíd.p. 85).

Benveniste introduce el concepto de enunciador para hacer alusión a cómo en este proceso de enunciación existen diversas formas de utilización de la lengua (por parte del locutor) para influir en el otro basado en todo un aparato de funciones sintácticas como la interrogación, la intimación y la aserción (Ibíd:87) que producen diversos efectos en el interlocutor. Al respecto Fonte (1998), tomando como base a la enunciación, señala cómo en el discurso citado (como es el caso de los periódicos o las revistas) estas funciones tienen gran importancia en la manera como el auditorio recibe y acepta los argumentos del locutor:

"El plano del locutor establece la posición desde la que habla el enunciador, gracias a la presentación de su discurso y de su persona: el enunciador puede ser evaluado positiva o negativamente, disminuido, atacado, reconocido como autoridad, etc. A veces el enunciador resulta construido como coincidente con el punto de vista del locutor; se establecen así relaciones privilegiadas: un enunciador de elevado estatus político o social refuerza las opiniones del locutor con un discurso de autoridad. El enunciador, por su parte, despliega en su discurso otros actores y circunstancias (con frecuencia también introduce otros discursos) en los que participa o sobre los que emite su opinión (p.60).

En el discurso político, es decir, aquel que manifiesta cierta relación “privilegiada” con el poder (Verón: 1978, p. 2), como lo es el caso del discurso zapatista, los efectos de la enunciación parecen ir de la mano de la legitimación del discurso y pasan del acto individual al acto social. En este sentido la enunciación de Marcos le permite tener varios interlocutores y moverse en los diversos planos de la intencionalidad que hemos destacado.

2.1. Definiendo los actos de enunciación

En *Problemas de Lingüística General II* (1979), Emile Benveniste señala la distinción existente entre el empleo de las formas del lenguaje, entendidas como condiciones sintácticas y el empleo de la lengua en sí misma que está referida a la enunciación. Para Benveniste, como lo señalamos anteriormente, esta condición es el acto mismo de producir un enunciado que supone la conversión individual de la lengua en discurso:

“Hay que atender a la condición específica de la enunciación: es el acto mismo de producir un enunciado y no el texto del enunciado lo que es nuestro objeto. Este acto se debe al locutor que moviliza la lengua por su cuenta. La relación entre el locutor y la lengua determina los caracteres lingüísticos de la enunciación” (p. 82).

El acto de enunciación introduce en su perspectiva a un locutor:

“...que se apropia el aparato formal de la lengua y enuncia su posición de locutor mediante indicios específicos por un parte y por medio de procedimientos accesorios por otra” (p. 84).

En la enunciación la lengua se encuentra empleada en la expresión de cierta relación personal con el mundo y el locutor la refiere por el discurso; ésta, como lo hemos afirmado, es relativa a las condiciones de producción en que se origina el discurso que funciona como marco referencial y que como condición inicial “va a gobernar todo el mecanismo de la referencia en el proceso de enunciación” (Benveniste, p. 85). En la entrevista de Julio Scherer a Marcos esto atañe tanto al contexto histórico como a las circunstancias particulares de la

enunciación del líder zapatista como portavoz de un movimiento social y de su coyuntura.

Benveniste señala también que la enunciación se encuentra presente tanto en el diálogo como en el monólogo; este último no es más que una variedad de diálogo, un "diálogo interiorizado" (p. 88) formulado en un diálogo interiorizado.

Distingue asimismo los planos de la enunciación hablada de la escrita que sin embargo en ambos casos apuntan a "ligar el oyente al locutor por el nexo de algún sentimiento social o de otro género" (p. 90). Con todo, afirma Benveniste, en la enunciación escrita "el escritor se enuncia escribiendo y, dentro de su escritura, hace que se enuncien individuos" (p. 91).

2.2. El aspecto indicial: la deixis

De la enunciación procede la instauración de la categoría del presente, y de la categoría del presente nace la categoría del tiempo. El presente es propiamente la fuente del tiempo.

Emile Benveniste, *Problemas de Lingüística General*

Cuando hablamos damos cuenta de lo que somos. Dejamos rastros, huellas, índices de nuestros intereses y nuestra personalidad. La enunciación crea un referente inmediato ante él o los otros, aquellos a los que está remitido el discurso.

En el capítulo III de su libro *Introducción a los métodos del análisis del discurso* (1976), dedicado al estudio de la enunciación, Dominique Maingueneau asegura que la lingüística del discurso ya superó los obstáculos iniciales presentados por la perspectiva de la gramática generativa chomskiana, que se detiene deliberadamente en la oración, pero que al reconocer la "creatividad" del sujeto-hablante ha dado pie a una reflexión sobre la enunciación.

Citando a Jean Dubois, asegura que la gramática generativa "facilita indirectamente esta reintroducción del sujeto en los modelos lingüísticos, siendo definidos por su actitud respecto de su propio discurso" (p.114). Sobre esta perspectiva considera válido y desarrolla el modelo de Benveniste que retoma los

aspectos indiciales del lenguaje, la relación del interlocutor a través de las modalidades de enunciación y la actitud del hablante a través de las modalidades de mensaje y de enunciado.

Dentro del aspecto indicial que se produce en la enunciación destacan los **índices de ostensión**, que se encuentran referidos a categorías espacio-temporales como el aquí y el allí y remiten sólo a individuos y no a conceptos. (Benveniste, p. 78). "Estos índices de lugar, de ostensión, sólo tienen existencia, destaca Maingueneau, por la relación con la instancia presente del discurso" (p. 116) por lo que son nuevos en cada enunciación.

En el "aquí" y "ahora" de la enunciación relativos al tiempo "la narración obliga a reajustar las coordenadas espacio-temporales"(p.117):

"El tiempo tiene una importancia considerable: sus formas se determinan con referencia al momento de la enunciación, al hablante «centro de la enunciación». El «presente» coincide precisamente con el momento de la enunciación, y sólo el discurso puede hacer actual el ahora. En este sentido Benveniste puede afirmar que «el presente es propiamente fuente del tiempo». Esto se aplica también a hoy, ayer, mañana, etcétera" (Ibíd).

El manejo del tiempo denota entonces la diferencia entre la concepción estática de la lengua y el manejo que desde la enunciación, constituye el "aquí y ahora" del hablante. Esto, refiere Maingueneau, profundiza la característica dinámica y diferencial entre el lenguaje considerado como sistema de signos (formal) y el que se asume como parte de la práctica del individuo (enunciación):

"El lenguaje no es, pues, un bloque homogéneo, la lengua, sino que existe una diferencia profunda entre el lenguaje como sistema de signos y el lenguaje asumido como ejercicio por el individuo" (p.117).

Benveniste distingue dos planos de enunciación diferentes: la historia y el discurso. Ambos corresponden a estructuras diferentes y marcan relaciones diferentes entre los actores del discurso. En el primero se centra en un "él" que no se opone ni encuentra oposición a nada; en el segundo caso existe una relación entre un "yo" y un "tú" dialógico (p.119).

Al esbozar una eventual tipología de los discursos en relación al manejo del tiempo, Maingueneau destaca la relación historia/discurso en los tiempos verbales

de la enunciación. La enunciación histórica corresponde aquí esencialmente a la que narra los acontecimientos pasados sin referencia al hablante en el relato” (p.118). Así, a propósito del discurso histórico, donde el historiador sólo se puede utilizar la tercera persona escribe:

“Al negarse a escribir yo (el historiador) sustrae su narración a cualquier toma de partido subjetiva. El yo autobiográfico del «discurso» se convierte en el él de la historia....” (p. 119).

En el discurso histórico esto aparece en la forma de que no habla nadie y la historia parece contarse por sí misma (Ibid). Este tipo de discurso cede la voz a la tercer persona que nos habla desde el pasado.

Pasa lo contrario con el discurso que incluso puede ocupar el lugar de la historia en tanto discurso citado:

“A la inversa, el discurso cubre «todos los géneros en que alguien se dirige a alguien, se enuncia como hablante y organiza lo que dice en la categoría de la persona». El «discurso» puede ser tanto escrito como oral (...) puede ocupar en todo momento el lugar de la «historia», cuando el autor interviene o hace expresarse a un personaje (desde este punto de vista, el estilo indirecto aparece a menudo como un discurso citado en términos de acontecimientos y transpuesto en «historia»)” (Ibidem).

En el discurso, continúa Maingueneau, los tiempos verbales esenciales son el presente, el futuro y el perfecto. Este último permite establecer la función de enlace entre el pasado y el presente y corresponden a los tiempos verbales de la enunciación discursiva (Lozano, 1993, p. 102)

“El perfecto establece un nexo viviente entre el acontecimiento pasado y el presente en que tiene lugar su evocación. Es el tiempo del que relata hechos como testigo, como participante” (Maingueneau, 1976, p.119).

La utilización de este recurso en la enunciación del discurso zapatista es reiterada, pues el pasado continuamente se hace presente, de manera tal que efectivamente los tiempos de los verbos “intervienen en toda la trama del discurso” (p.121).

En la entrevista que analizamos, Marcos hace una continua utilización de este recurso en su discurso. En su enunciación el pasado se hace presente y también lo explica, como en el siguiente ejemplo:

"México tiene casi 200 años como nación independiente, y en todo momento los indígenas han aparecido como la parte fundamental, pero en ningún momento se ha reconocido tal cosa. No pueden apostar a desaparecernos, porque han fracasado ya (...) Fracasaron los españoles, los franceses, los estadounidenses y todos los regímenes liberales, desde Juárez hasta el actual. Entonces, ¿por qué no reconocer que los indígenas están ahí y que es preciso darles la oportunidad? (Scherer, op.cit. p.13).

Si la elección de los tiempos gramaticales constituye parte central del mensaje de la enunciación, el anterior párrafo es significativo: el "nosotros" representa un "yo" colectivo que Marcos abandona difícilmente a lo largo de la entrevista con Julio Scherer y que "atraviesa" el tiempo.

Scherer se expresa fundamentalmente desde el presente, pero tampoco deja de lado en su enunciación la referencia al pasado al dirigirse insistentemente a un "tú" individualizado al dirigirse a Marcos:

"Marcos, sigo con el presidente y con usted. El presidente y usted hablan de la paz. El presidente puede adaptarse a la propaganda y usted a la mirada, a la airada voz de los marginados. Percibo la violencia Marcos, informe aún, pero que ya respira. Usted le dijo a Carlos Monsiváis que si no hay acuerdos "algo va a estallar"...En este tema ¿por dónde va a su inteligencia?" (Scherer, p.13).

El tono de Scherer al dirigirse a Marcos a lo largo de la entrevista denota su manejo de los dos planos de su enunciación del rebelde zapatista: aquella donde se dirige al personaje como interlocutor directo de Fox y la otra donde el Subcomandante se convierte en el personaje colectivo, que también da respuestas desde la colectividad.

La deixis

Benveniste (1979) afirma que discurso es toda enunciación que supone un hablante y un oyente, y en el primero, la intención de influir de alguna manera en el otro. En este sentido, la teoría de la enunciación ha considerado que "los elementos del lenguaje sólo se cargan de sentido en la situación específica en que se realiza un intercambio comunicativo" (Rodríguez Alfano, 1993, p. 69).

Jakobson (1957) plantea que estudiar el discurso significa verlo en su acto de enunciación. En la enunciación se parte del fenómeno lingüístico de la **deixis**

que apunta a la situación específica en que se producen los **deícticos**, que denomina **shifters** o **conmutadores**⁵. Estos representan los elementos indiciales del lenguaje que señalan **quién** (deixis personal: pronombres personales y posesivos), **dónde** (deixis espacial: demostrativos y adverbios de lugar) y **cuándo** (deixis temporal: adverbios de tiempo). Los deícticos tienen un significado específico en cada acto de enunciación concreto y por lo tanto son variables:

“La deixis puede ser definida como la localización y la identificación de las personas, objetos, procesos, acontecimientos y actividades de que se habla por relación al contexto espacio-temporal creado y mantenido por el acto de enunciación” (Lozano, Op. Cit. p. 97).

Ejemplos de **deícticos personales** son yo (mi, me), tú (te, ti,) conmigo, contigo, etc. **Deícticos de tiempo** son: ahora, en este momento, hoy, hace un instante, ayer, mañana, dentro de poco o la semana que viene. **Deícticos espaciales** son aquí, allí, este, etc (Lozano, 1993, p. 103 y Rodríguez Alfano, p. 69)

Citando a Benveniste, Rodríguez Alfano señala que en el caso de la deixis personal los pronombres personales representan “el primer punto de apoyo” para la manifestación de la subjetividad, pues de ellos dependen los otros indicadores de la deixis “que organizan las relaciones espaciales y temporales en torno al sujeto tomado como punto de referencia” (p. 69).

Un modelo ampliado de la deixis es el desarrollado por Kerbrat-Orecchioni (1980), también referido por Rodríguez Alfano, y que remite tanto al mecanismo de referencia de los deícticos en una dimensión paralingüística o no verbal (representados en gestos, ademanes, expresiones faciales, dirección de la mirada etc., movimientos físicos, etc.) como a los elementos de naturaleza semiótica presentes en el intercambio comunicativo desde una perspectiva psicológica o psicoanalítica (**factor psy**) y que condicionan en este sentido la selección y utilización de los deícticos (Ibid).

⁵ “Para Jakobson los shifters, deícticos o conmutadores, son símbolos-índices (en la terminología peirceana) que se diferencian de los demás elementos del código lingüístico por la característica de que reenvían obligatoriamente al mensaje, e implican una referencia al proceso de la enunciación –que Jakobson distingue de su objeto o materia enunciada” Jorge Lozano et al, en *Análisis del discurso: hacia una semiótica de la interacción textual*. Ed Rei México: 1993, pág.95.

Maingueneau señala al respecto:

“La aparición de índices de persona sólo se produce por la enunciación. Benveniste opone claramente yo y tú, que poseen la marca de persona, a él, que solo sirve para representar una invariante no personal. (...) yo/tú sólo remiten a la instancia del discurso en que son producidos” (p.116).

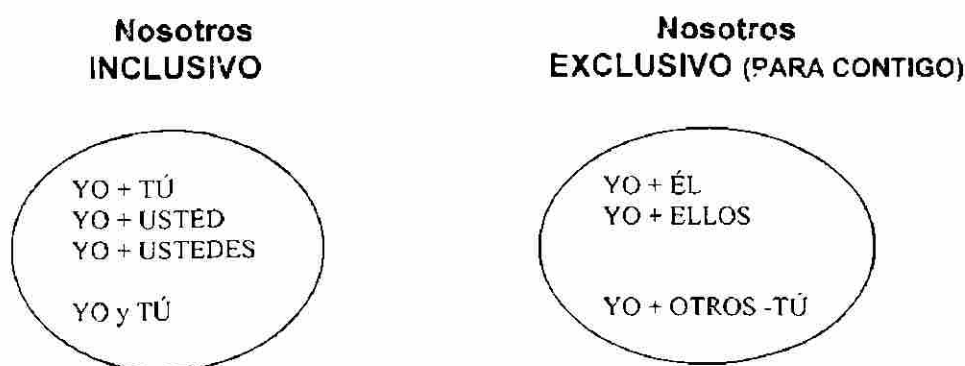
Benveniste lo aclara: “los indicios de persona (la relación yo-tú) que no se produce más que en la enunciación y por ella: el término yo denota al individuo que profiere la enunciación, el término tú, al individuo que está presente como alocutorio” (1979, p.184).

“Tú, señala Maingueneau, no es sino lo que yo establece como el individuo a quien se dirige en la presente instancia del discurso” (1979, p.16), pero también existe un él no-persona que puede combinarse con cualquier referencia de objeto.

Sobre la utilización del “nosotros” como identidad personal colectiva, Benveniste distingue entre un **nosotros exclusivo** del **nosotros inclusivo**. En el primer caso predomina la función expresiva “pues remite sólo al sujeto enunciador cuando éste se cataloga dentro de una colectividad a la cual no pertenece su interlocutor; esto es que su referencia puede representarse como yo+otros-tú” (Rodríguez Alfano, p.88). El nosotros inclusivo se encuentra referido “al ser deíctico de primera persona que incluye al interlocutor en su referencia, con lo cual se enmascara la función conativa” (Ibíd).

Para ilustrar lo anterior, se propone el siguiente modelo tomado de Lidia Rodríguez Alfano (1993):

Cuadro 2



Es significativo como a lo largo de la entrevista con Marcos, Scherer desplaza la utilización del tú como referencia a su interlocutor al uso de un "usted" que denota respeto. El tú es, según Benveniste, toda aquella persona distinta del yo (1966, p.168). Rodríguez Alfano hace una clasificación de los usos del tú en relación con su función y distingue el tú de la función apelativa, el tú en discurso referido con función expresiva y un tú genérico (1993, p. 81). El tú en función apelativa remite a la segunda persona de la enunciación; el tú con función expresiva se presenta cuando el enunciador introduce la voz de otro que se dirige a él hablándole de tú o usted (como en el caso del anterior ejemplo); y un tú genérico "mediante el cual el sujeto se refiere a sí mismo como representante de una clase o tipo de individuos que son como él o que actuarían como él en una situación similar" (p. 81). Este tú genérico, sostiene Rodríguez Alfano, se presenta como un tú genérico exclusivo cuando distingue al yo del tú (tú=yo/otros como yo, pero no tú) o como un tú genérico inclusivo (tú=yo/otros como tú y yo) (Ibíd).

A lo largo de la entrevista Scherer-Marcos se distinguen varias muestras de intencionalidad, de manera tal que podemos encontrar no uno sino varios interlocutores ausentes. El discurso de Marcos, que se enuncia desde diferentes modalidades deícticas va dirigido, como él mismo lo señala, no sólo al exdirector de *Proceso*, sino que su auditorio es más amplio y contempla, entre otros, a la clase política, a Vicente Fox, a la sociedad civil y a los historiadores del zapatismo y a otros sectores que no por no estar referidos directamente en su enunciación se encuentran ausentes en su intención persuasiva.

La enunciación de Marcos se construye entonces con variados recursos donde se alternan el "yo" de la primera persona y el "yo" colectivo de acuerdos a los contextos que marcan la escena enunciativa, (Benveniste, 1979, p. 88) entendida esta como la confluencia de discursos sobre un mismo asunto procedentes de diversos enunciadores insertos en una misma coyuntura socio-histórica en una situación comunicativa particular (y que) animan en un sentido una escena de diálogo entre éstos (Fonte, p. 33).

2.3. La modalización

La modalización es la marca dada por el sujeto a su enunciado (Maingueneau, 1976, p. 34) y está referida “sobre todo a la adhesión del hablante a su propio discurso” (Ibíd). De acuerdo al enfoque de las teorías de la argumentación, la modalización tiene que ver con el uso de ciertas estructuras gramaticales que refuerzan la coherencia de una enunciación. Ciertos adverbios y expresiones como “quizá”, “evidentemente”, “de esta manera”, etc., constituyen modalizadores que se pueden identificar en un discurso; sin embargo la entonación sobrelleva lo esencial de la modalización (p.135).

La modalidad será entonces “la manifestación o marca del sujeto de la enunciación respecto a su mensaje” (Lozano, p. 66).

Citado por Maingueneau, Charles Bally (1942), precursor de la teoría de la enunciación, define la modalidad como “la forma lingüística de un juicio intelectual, de un juicio afectivo o de una voluntad que el sujeto pensante enuncia a propósito de una percepción o de una representación de su espíritu” (p. 125). La modalidad se encuentra de este modo incorporada siempre a la enunciación.

Modalidades de enunciación, de enunciado y de mensaje

Cada acto de enunciación sólo puede recibir una modalidad de enunciación que es obligatoria. Esta corresponde “a una relación interpersonal, social, y exige en consecuencia una relación entre los protagonistas de la comunicación” (p.126).

Meunier (1974) clasifica las modalidades en **modalidades de la enunciación, modalidades del enunciado y modalidades de mensaje**. La primera define la modalidad en relación con el sujeto hablante y caracteriza la forma de la comunicación entre enunciador y destinatario. Esta modalidad puede adoptar en las oraciones la forma declarativa, interrogativa, imperativa o exclamativa, pero siempre va a especificar el tipo de comunicación entre el hablante y él o los oyentes. Rodríguez Alfano señala que “en la emisión de cada una de esas estructuras oracionales, **el sujeto enunciador** realiza actos de habla que corresponden a afirmar, preguntar, dar una orden, etc. Pero esos **actos de habla** también pueden darse indirectamente; por ejemplo, cuando se dice *ahí está*

la puerta, para ordenar a alguien que salga, la modalización empleada entra en el terreno de las implicaciones pragmático-discursivas en que interviene una convención extralingüística" (Rodríguez Alfano, 1993, p.117).

Según Maingueneau la modalidad de enunciación puede desembocar en una teoría de actos del lenguaje aprovechable para el análisis del discurso(1976, p.126). Ello es así porque cada una de las modalidades citadas remite a un tipo particular de relación social. En un discurso dado no todos los sujetos se encuentran en las posibilidades de expresar ese tipo de oraciones, pues en el discurso se encuentran factores que condicionan y controlan qué se dice, quién lo dice, cuándo se dice y de qué manera se dice (Foucault, 1972. p. 11).

En la entrevista Scherer-Marcos encontramos varios ejemplos de estas modalidades:

"Nosotros estamos tratando de ayudar lo más que podemos. Claro que nuestro modo no es político. Tiene que entender él, tienen que entender todos que no somos una fuerza política propiamente: somos un grupo armado haciendo política y, en ese sentido, arrastramos carencias, errores de criterio, un horizonte muy pequeño, caminando en el filo del mesianismo y el realismo político, algo muy difícil para nosotros" (Scherer, Op. Cit, p.12).

En este ejemplo se ve el funcionamiento de la **modalidad imperativa** que se encuentra en la posición de poder que se transparenta en el mensaje de Marcos a sus interlocutores. Marcos habla desde una jerarquía que le permite utilizar un tono de mando, de reconvencción que no puede utilizar cualquiera y que el zapatista utiliza en su enunciación.

Otro ejemplo donde encontramos un uso de modalización imperativa es donde Marcos se defiende de las dudas en torno al papel del comandante Germán en la estructura político-militar del EZLN:

"Los que mandan en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional son los jefes indígenas. Esa es la verdad" (p.15).

La **modalización interrogativa** funciona en el esquema clásico de una entrevista en la que la autoridad del enunciador (entrevistador) obliga al destinatario (entrevistado) a responder de acuerdo con los roles preestablecidos

para ello. Este esquema debe funcionar incluso con las preguntas más directas o comprometedoras como en esta de Scherer a Marcos:

“¿Es usted un rebelde que exige cambios profundos o un revolucionario que lucha por transformaciones radicales, otra manera de hacer patria?” (p. 14).

Maingueneau, citando a Ducrot, señala que el hecho de hacer una pregunta obliga al receptor a continuar el discurso, a responder. En un cambio de modalización Marcos asume la primera persona y responde a las dudas de Scherer en una modalización interrogativa:

“Yo creo que la pregunta que se está haciendo la clase política: ¿Es sincero Marcos cuando dice que está dispuesto al diálogo y a llegar a la paz? Y la respuesta es sí” (p.16).

Las **modalizaciones declarativas y exclamativas** tienen también su espacio en la enunciación de Marcos. En el primer caso se encuentran referidas al uso de un cierto tono y de una intención de dejar constancia de un posición en particular sobre un asunto. En el discurso de Marcos se observa como el “nosotros” actúa como una constante de su modalización en la entrevista:

“Mira, lo que nosotros pensamos es que esta guerra está perdida. La guerra sucia está perdida. De una u otra forma nuestra presencia y la persistencia de los procesos en América Latina quieren decir una cosa que nadie se atreve a reconocer: la guerra sucia la perdieron los de arriba, los que la hicieron, que finalmente no pudieron acabar con los movimientos armados, porque siguen resurgiendo” (p. 13).

Las modalizaciones exclamativas harían referencia a un tono de respuesta que reflejarían en el destinatario un cierto estado de ánimo (rechazo, aceptación, alegría o tristeza, etc) ante una situación o pregunta importante.

Otro tipo de modalización corresponde a lo que Maingueneau describe como **modalidades de enunciado**, los cuales no se apoyan en la relación hablante/oyente, sino que en ellas el hablante sitúa el enunciado en relación con categorías como la verdad, la falsedad, la probabilidad o la verosimilitud: “La modalidad de enunciado hace referencia al sujeto del enunciado y caracteriza el

modo con el que el sujeto sitúa la proposición en relación a la necesidad y posibilidad, a la verdad o a los juicios de valor” (Lozano. Op.Cit. p.66).

Estas categorías corresponden a las modalidades lógicas como las desarrolladas por Aristóteles en el *Organón* y que desarrollamos más adelante o en relación con juicios apreciativos como lo triste, lo feliz, lo apropiado/inapropiado, que expresan estados de ánimo (es lamentable, lo malo es que, seguramente es así, eso fue perfecto, etc) como cuando Marcos responde a Scherer sobre la miseria: “¿Qué hay de más miserable que que nazcas (sic) y que mueras y nadie te conozca” (Scherer, p.14).

Es importante hacer notar la importancia de las modalidades de enunciado y de enunciación en tanto que estas muestran los actos de habla realizados en determinadas condiciones de producción y recepción (Rodríguez Alfano, p.120)

Las modalidades de mensaje se relacionan con el valor que se les da a ciertas transformaciones sintácticas que en todo caso pueden ser neutralizadas, desplazadas e incluso invertidas en el funcionamiento del discurso. Estas representan “la relación entre los elementos temáticos y predicativos del contenido que el enunciador puede hacer variar más o menos libremente” (p.119).

El modelo de Aristóteles

Aristóteles desarrolla las llamadas modalidades lógicas y en *El Organón* propone una distinción básica en tres rubros. Por un lado establece las modalidades deónticas, que son aquellas que están referidas al compromiso moral. La modalidad epistémica que se encuentra referida a los argumentos relativos al conocimiento sobre las cosas y, por último, las modalidades aléticas, que son aquellas que tienen que ver con la verdad.

Las modalidades deónticas establecen el deber ser y se expresan en verbos como deber y poder. Establecen lo obligatorio/voluntario y lo permitido y lo prohibido como en el siguiente ejemplo:

“Los militares no deben gobernar nunca, y eso nos incluye a nosotros. Porque quien ha tenido que recurrir a las armas para hacer valer sus ideas es muy pobre en ideas” (Scherer, p. 15).

En este párrafo se evidencia de qué manera Marcos acepta que el EZLN es lo que no debería ser y apunta también a que en el futuro su voluntad es precisamente no seguir siendo lo que es; es decir, que mantiene la prohibición de un gobierno de militares que no considera el ideal para la sociedad mexicana.

Las modalidades epistémicas se basan en argumentos de certeza/duda (En expresiones como “seguramente”, “quizá”, etc) y de lo plausible o admisible (admitiendo sin conceder). Lo excluido o inadmisibile (dado el conocimiento de hechos o las premisas propuestas previamente) resulta inaceptable.

En las modalidades epistémicas el conocimiento entra en lo que (el emisor) dice. Muestra el grado de conocimiento que utiliza en su argumentación como cuando Marcos responde sobre su supuesto carisma:

“No...No estoy negando lo que soy; estoy tratando de explicar las circunstancias en las que nos ubicamos, y de una u otra forma se borra o se pierde la perspectiva real de lo que es el personaje. La mayoría de nuestros pronunciamientos son muy discutibles, y no se discuten precisamente porque están en un entorno social que implica otras cosas. Discutir las posiciones de Marcos significa discutir la legitimidad de una causa, y eso siempre es problemático, sobre todo en el nivel intelectual...” (Scherer, p.12).

En esta modalidad el conocimiento brinda seguridad y legítima al enunciador frente a sus destinatarios porque sus expresiones se acompañan de explicaciones que hacen viables sus argumentos. No se trata de cualquier explicación u opinión (como la *doxa* platónica), sino de una verdadera *episteme* que parte de un conocimiento previo de la materia a tratar.

Las modalidades alóticas utilizan argumentos relativos a lo necesario/contingente (que no necesariamente se realizará, pero que por azar puede ser, de modo que tampoco es imposible). Este tipo de modalización establece el compromiso del hablante con la verdad. Aquí el emisor va probando con argumentos concretos sus afirmaciones, como en el siguiente ejemplo donde Marcos sostiene su negativa a entrevistarse con Fox:

Scherer -Fox dice que lo invita a Los Pinos...

Marcos -Es una trampa. Finalmente está tratando de convertir un movimiento serio reivindicativo en un evento de horario triple A. Qué va a ganar el país, qué van a ganar los pueblos indígenas y qué va a ganar el

gobierno, ya como proyecto político, el que tenga, si es que lo tiene, con esa foto..." (p.16).

Marcos explica lo que en su opinión es una trampa del poder, un intento de Fox por mediatizar (en el sentido de disminuir su peligro potencial) el movimiento indígena. La encadenación de argumentos sostienen una lógica en los enunciados. Esta lógica se asocia con la categoría de verdad, pues Marcos exhibe y explica sus razonamientos y al mismo tiempo descalifica los del Presidente que no alcanza a entender la dimensión del conflicto chiapaneco.

Modalidad y argumentación

Hemos sostenido que el discurso de Marcos es fundamentalmente argumentativo. Independientemente de que adopte la postura de interlocutor de un movimiento social, el líder zapatista defiende cada punto de lo que dice, y, en ese sentido, se adhiere a su propio discurso. En la entrevista encontramos que Marcos refuerza sus argumentos interpretando o reinterpretando (según la situación) las preguntas que éste le hace. Concediendo muy escaso margen al entrevistador Marcos se repliega en su línea discursiva cuando Scherer quiere interpretarlo en su dimensión de simbolismo carismático:

Scherer: "Marcos, usted **no puede** negarse como un ser carismático..."

Marcos: **Sí, sí puedo**, como no.

Scherer: No debe porque lo es. No me imagino a usted mostrando cosas a sabiendas de que no son ciertas. **Usted no puede** dejar de reconocerse como lo que es, un ser que atrae a muchísima gente" (p.12).

Las modalizaciones que Marcos utiliza para apoyar sus puntos de vista son refuerzos de argumentos que intentan no caer en contradicciones, y, en cierto sentido, tienen una intencionalidad manifiesta que va dirigida sobre todo a entender al zapatismo como algo más que Marcos y lo que se asocia a su personaje, su poder y su ascendiente dentro de las filas zapatistas, como lo deja entrever en el siguiente fragmento de la entrevista de Julio Scherer:

"Scherer ¿Con quien se compara usted como carismático? En el Ejército Zapatista ¿Quién lo alcanza?

Marcos ¿Dentro del Ejército Zapatista? (...) Al interior nadie, pero eso no tiene que ver con...

Scherer O sea, usted es carismático....

Marcos No, lo que pasa es que la imagen de Marcos responde a unas expectativas románticas, idealistas, **o sea**, es el hombre blanco, en el medio indígena, más cercano a lo que el inconsciente colectivo tiene como referencia; Robin Hood, Juan Charrasqueado, etcétera”(p.12).

En el anterior párrafo el uso de las expresiones “lo que pasa es que” y “o sea”, son ejemplos de estos modalizadores que se utilizan en el discurso para reforzar los argumentos y negar los del oponente. Es distintivo de Marcos el uso de estos apoyos, con los que intenta, en ocasiones sin toda la fortuna, hacer frente a las contradicciones a las que Scherer lo quiere llevar.

2.4. El implícito, presupuesto y sobrentendido

Hemos señalado que entre sus funciones, el análisis del discurso es una herramienta teórica que permite abordar cualquier ámbito en el que exista una práctica discursiva involucrada, analizar las relaciones entre los protagonistas del discurso y el sentido semántico de dicha producción discursiva en un acto concreto de enunciación.

La vinculación entre los discursos que circulan en una sociedad y el análisis de esa sociedad, las formaciones discursivas propias de un entorno social y el momento determinado en que estos discursos se presentan como argumentos de un yo hacia un *tú* aportan una serie de datos que permiten sondear las visiones del mundo y las valoraciones que atraviesan el imaginario colectivo.

La visión de la semántica pragmática planteada por Oswald Ducrot (1982) considera a los usuarios de una lengua el objeto de estudio del análisis del discurso. Este enfoque se refiere a la argumentación en una enunciación concreta, que, por medio de lo implícito integrado al sistema de la lengua, comunica el sentido del mensaje. La argumentación en la lengua, señala Pedro Reygadas (1999), plantea que la argumentación es una actividad polifónica, entendiendo por polifonía cómo el autor de un enunciado pone en escena en él cierto número de “personajes”, varios enunciadores a la vez, aún en casos muy “simples” del uso de la lengua (p. 32)

No se trata, de sólo plantear la significación semántica de un enunciado (Ducrot, 1982, p.15), sino de analizar su funcionamiento en la enunciación

concreta y en su dimensión persuasiva y que gracias a la teoría polifónica de la enunciación “desdobra al sujeto en sus dimensiones empírica, de locutor (presunto responsable del enunciado) y del enunciador propiamente dicho” (Reygadas, *Ibid.*).

Los postulados de la semántica pragmática sostienen que el discurso sólo tiene sentido en la enunciación, es decir, en el uso de la lengua, donde existe una relación bilateral y recíproca entre locutor e interlocutor. Como preconditione ello supone un hablante y un oyente hacia el cual van dirigidos todos los argumentos del emisor.

Lo implícito en el discurso argumentativo

Ducrot distingue en el discurso argumentativo un componente semántico y uno retórico. El primero se identifica con el componente lingüístico del enunciado y el segundo se refiere a la significación que el autor denomina “componente retórico”.

El componente lingüístico asigna a cada enunciado más allá de los diversos contextos una significación determinada, en tanto el componente semántico entiende su sentido en el marco de una situación específica “x” (1982, p.18).

Para explicar este argumento, Ducrot establece la distinción entre los efectos de sentido que les corresponden desde el nivel del componente lingüístico y desde el componente retórico y con base en el análisis de una serie de enunciados distingue entre los **presupuestos** y los **sobrentendidos** (p.20).

De acuerdo a este modelo, dentro de lo implícito en los enunciados, “lo que no se dice, pero se dice”, encontramos que presupuesto y sobrentendido representan dos formas que le dan sentido al mensaje.

En Ducrot lo presupuesto implica lo que está dado en el significado semántico de la palabra:

“Lo presupuesto se lo presenta como una evidencia, como el marco incuestionable donde la conversación necesariamente debe inscribirse, como un elemento del universo del discurso. Al introducir una idea en forma de presupuesto actúo como si mi interlocutor y yo mismo no pudiéramos hacer otra cosa sino aceptarla”(1982, p.12).

Lo sobreentendido, en cambio “es lo que dejo deducir a mi oyente”, lo que se deja a cargo del “tú” que representa nuestro interlocutor. Lo sobreentendido se encuentra entonces ausente del mensaje pues surge de la reflexión posterior del oyente sobre lo presupuesto, y “permite sostener algo sin decirlo y al mismo tiempo diciéndolo” (p. 22)

Mientras el presupuesto es innegable ya que se basa en lo aceptado como incuestionable, el sobreentendido puede llegar a ser negado, pues se encuentra más ligado a la interpretación del receptor, que no siempre coincide con el que ha emitido su interlocutor conscientemente.

El presupuesto requiere entonces de la aceptación tácita de las convicciones similares por parte de los participantes en el intercambio comunicativo, se apoya en un “nosotros” que liga entre sí a los participantes del acto de comunicación:

“Al introducir una idea en forma de presupuesto actúo como si mi interlocutor y yo mismo no pudiéramos hacer otra cosa que aceptarla. En tanto que lo afirmado es lo que afirmo como locutor, y lo sobreentendido lo que dejo deducir a mi oyente, lo presupuesto es lo que presento como si fuera común a los dos personajes del diálogo, el objeto de una complicidad fundamental que liga entre sí a los participantes del acto de comunicación “ (p.22).

El acto de enunciación presupone “un yo que se dirige a un tú”, el “yo” es quien afirma y el “tú” el que interpreta. Por tanto lo sobreentendido aparece “como posterior a dicho acto, como agregado por la interpretación del oyente” (p. 22). Lo sobreentendido se halla, por así decirlo, fuera del propio enunciado, y surge como una reflexión posterior. Lo presupuesto, al contrario, es parte de lo que se debe entender con anterioridad en el enunciado.

Ducrot distingue así en la enunciación a los presupuestos como parte del componente lingüístico que se integra al enunciado mismo, sin atención a sus condiciones de emisión- y al sobreentendido, componente retórico que está ligado a las circunstancias de la enunciación, la cual siempre tiene un carácter argumentativo (Ibid).

La entrevista de Scherer al subcomandante Marcos cumple cabalmente con estas condiciones. La enunciación del líder zapatista es argumentativa y en la

entrevista que analizamos se dirige tanto al entrevistador, que representa su interlocutor inmediato, como al auditorio que lo escucha y a quien va dirigidos también los elementos explícitos como los implícitos de dicha argumentación. Los recursos lingüísticos de que se valen entrevistador y entrevistado en esta escena enunciativa, están llenos de referencias que bajo diversas formas (ironía, condena, afirmación, duda, etc.), implican un conocimiento compartido de las condiciones de producción en que se genera este discurso.

En un sentido distinto, Reboul (1980), de quien nos ocuparemos más adelante, va a destacar dentro de este contexto la relación del discurso con el poder y la ideología y la manera como se proyecta esta última en el discurso cotidiano sin que el emisor la reconozca conscientemente. Asimismo va a acentuar lo que se considera el marco incuestionable de la significación ideológica de las palabras que utilizamos en la enunciación concreta que denominaremos "lo presupuesto desde la ideología".

2.4.1. Presupuestos y sobrentendidos en el discurso de Marcos

Desde el inicio mismo de la entrevista que nos ocupa, y asumiendo su rol como periodista, Julio Scherer expresa un marco textual, un presupuesto, desde el cual puede ser interpretada la significación de la figura del subcomandante Marcos y que responde a un imaginario construido en gran parte por los medios de comunicación:

"Qué se hace, qué se dice, a quién se reza cuando se ha llegado a donde usted ha llegado, tan aborrecido, tan temido, tan admirado, tan único?" (Scherer, p.12).

Scherer sitúa al líder zapatista en varias de las dimensiones en que éste es representado por los mexicanos. Este perfil responde a imágenes creadas en el contexto de la emergencia del EZLN en la vida pública nacional y también en el sentido de la coyuntura específica donde se da la entrevista. El presupuesto se construye también por parte del entrevistador, como una construcción que aglutina su propia interpretación sobre la significación de entrevistar a un personaje que se

encuentra “en boca de todos”. Es decir, el presupuesto desde el cual Scherer construye esa imagen de Marcos está determinado en gran medida por el peso de la opinión pública.

Marcos responde a las preguntas de Scherer y niega la imagen que éste le atribuye con la afirmación de un supuesto en el que habla a nombre de un sujeto colectivo:

“Nosotros pensamos que se ha construido una imagen de Marcos que no corresponde con la realidad” (p.12).

Ese “nosotros” se hace presente como condición del marco de producción del discurso, de un “yo” que se une a otros (yo + otros = nosotros) para dirigirse a un “tú” igualmente colectivo: yo (Scherer) + otros (el auditorio televidente).

También en la parte inicial de la entrevista Scherer argumenta contra la negación del propio Marcos al asumir los rasgos de su personalidad:

“-Marcos, usted no puede negarse como un ser carismático....

Sí, si puedo, cómo no.

No debe, porque lo es. No me imagino a usted nombrando cosas a sabiendas de que no son ciertas. Usted no se puede dejar de reconocer como lo que es, un ser que atrae muchísima gente” (p.12).

Las orientaciones argumentativas son una constante entre Marcos y Scherer. A lo largo de toda la entrevista éste último apela más a un lenguaje simbólico como referencia a la relación entre el zapatismo y el entorno nacional:

“Veo al país peligrosamente dividido: en un extremo, las sombras vivas de Juan Rulfo, en el otro, los cuerpos bien nutridos del poder y del dinero. Con los matices que se quiera, me parece que usted y el presidente Fox, son la imagen de esos mundos. Si esto es así ¿cabe entre ustedes el entendimiento, la confianza que da vida a la comprensión? (p.13).

Marcos puntualiza por su parte el lugar en que el zapatismo se asume:

“Somos un grupo armado haciendo política, y, en ese sentido, arrastramos carencias, errores de criterio, un horizonte muy pequeño, caminando en el filo del mesianismo y del realismo político” (p.13).

En las citas anteriores, tanto Marcos como Scherer asumen el presupuesto de la significación del EZLN en la vida pública y lo definen de acuerdo a los criterios personales que establecen para ello. Scherer establece la dicotomía (Reboul:1986, p. 66) entre los zapatistas (a quien identifica con los pobres y los

marginados) y la clase política nacional (la representada por Fox y los empresarios), lo da por supuesto. Al mismo tiempo abre la posibilidad a que el auditorio sobreentienda cuál es su concepción del movimiento zapatista.

Para Marcos, el hecho mismo de que el EZLN representa una guerrilla “que está haciendo política” ya de por sí genera un sobreentendido: *podemos dejar de serlo*. En este tenor define lo que la lucha del EZLN (en el momento previo a la llegada de la caravana zapatista a la Ciudad de México) representa según su postura:

“Lo que se está jugando aquí, que no es sólo la Ley Indígena, no es sólo el éxito mediático de Fox o el rating arriba y debajo de Marcos (...) sino la posibilidad de una solución al conflicto” (p.14).

Igualmente sigue marcando los presupuestos de los que para él se debe partir para entender la diferencia del movimiento zapatista en relación con la historia de la guerrilla en México:

“No queremos reeditar las derrotas pasadas (...) perdimos la vocación de muerte, pero no la tememos, porque no estamos jugando” (p.14).

El mensaje implícito de esta afirmación apunta a que los interlocutores del zapatismo (representados tanto sus críticos como sus partidarios) deben de asumir que el EZLN ha construido precisamente esa diferencia a partir del conocimiento del pasado que en gran medida guía su actuar presente; sus estrategias políticas y argumentativas.

Al hablar de los errores del EZLN, el subcomandante zapatista asume la autocrítica a su propia personalidad como personaje público. Lo hace con ironía y humor, pero finalmente justifica sus errores ante los cuestionamientos externos hacia el personaje que está representando y cuyo papel aparentemente no ha sido bien comprendido por la sociedad mexicana:

“El error fundamental de Marcos es no haber cuidado –y yo lo perdono porque soy yo, y si no lo perdono yo, pues quién lo perdona, ¿no?-, no haber previsto esta personalización y protagonismo que impide ver lo que está detrás” (Ibid).

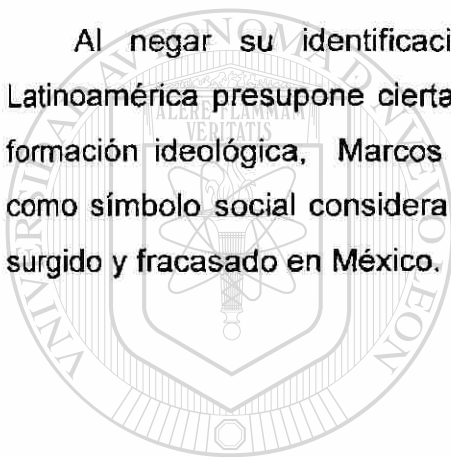
Marcos responde así a lo que él considera como un presupuesto que su interlocutor (Scherer y el auditorio; la sociedad en general) tiene sobre el

zapatismo. Señala asumiendo de nuevo ese presupuesto, que son los medios los que determinan finalmente qué actor se convierte en político y qué lugar ocupa éste en el orden social.

Ante la disyuntiva sobre la esfera histórica en que se le puede ubicar, Marcos es congruente con su discurso:

“Nos ubicamos más como un rebelde que quiere cambios sociales. Es decir, la definición como revolucionario no nos queda (...) El revolucionario tiende a convertirse en político y el rebelde social no deja de ser un rebelde social. En el momento en que Marcos o el zapatismo se conviertan en un proyecto revolucionario, es decir, en algo que devenga un actor político dentro de la clase política, el zapatismo va a fracasar como propuesta alternativa” (p.14).

Al negar su identificación con el “revolucionario clásico”, que en Latinoamérica presupone cierta historia y cierta personalidad y sobre todo cierta formación ideológica, Marcos envía de nueva cuenta señales de lo que en él como símbolo social considera diferente respecto a las otras guerrillas que han surgido y fracasado en México.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Referencias en el texto

Aristóteles, (1996). **El Organón, Tratados de lógica**. México: Editorial Porrúa.

Benveniste, Emile, (1979) **Problemas de lingüística general**. México: Siglo XXI editores.

Ducrot, Oswald, (1982), **El decir y lo dicho: polifonía de la enunciación**. Barcelona: Anagrama.

Fonte Zarabozo, Luisa Irene, (1998). **Cuba 1906-1921. Versiones de la nación en el discurso periodístico**. Tesis doctoral en Lingüística Hispánica. Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios. México: El Colegio de México.

Foucault, Michel, (1972). **El orden del discurso**. Barcelona: Tusquets.

Kerbrat-Orecchioni, C.,(1980). **L' enunciation. De la subjetivité dans le langage**. Paris: Armand Collin.

Lozano, Jorge, (1993). **Análisis del discurso: hacia una semiótica de la interacción textual**. México: Editorial Rei.

Pêcheux, Michel, (1969). **Hacia el análisis automático del discurso**. Madrid: Gredós.

Reboul, Olivier, (1980). **Lenguaje e ideología**. México: Fondo de Cultura Económica.

Reygadas Robles Gil, Pedro, (1999). **Argumentación y seducción de la guerra**. Tesis de maestría en lingüística. México, D.F.: Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Rodríguez Alfano, Lidia, (1993). **Deixis y modalización. Funcionamiento ideológico en el discurso de dos grupos sociales de Monterrey**. Tesis de maestría en Letras Españolas. Monterrey: Facultad de Filosofía y Letras U.A.N.L., División de Estudios de Posgrado

Scherer García, Julio. "La entrevista insólita" entrevista al Subcomandante Marcos, en **Proceso** 1271. México: 11 de marzo del 2001.

Maigneueau, Dominique, (1976). **Introducción a los métodos de análisis del discurso**, Buenos Aires: Hachette.

Capítulo 3. Condiciones de producción y recepción de los discursos

El zapatismo y el discurso político que se asocia con él es hoy objeto de debate y polémica. Aceptación y rechazo, adhesión y descalificación son sólo algunos de los efectos que produce su circulación en los diferentes canales de comunicación del país y del mundo entero.

Asumimos la definición de Verón (1978) considerando al discurso político como el "tipo de discurso que exhibe un vínculo explícito con las estructuras institucionales del poder y con el campo de las relaciones sociales asociadas a esas estructuras: los partidos políticos y los movimientos sociales" (p. 6).

Desde su irrupción a la esfera pública, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional imprimió en buena medida el rumbo de la vida política, social y cultural del México contemporáneo. Podemos afirmar que con el zapatismo la reivindicación del mundo indígena y de la pluralidad cultural de la nación mexicana se volvió objeto de atención y estudio desde diversas disciplinas y posturas teóricas en las ciencias sociales. En lo que se refiere al análisis del discurso, esto se concretó en el intento de establecer las condiciones y significaciones que revelan sus prácticas discursivas⁶.

De los medios impresos a los electrónicos, de la prensa a la Internet, el registro de los objetivos, declaraciones y acciones del zapatismo como movimiento social y lo que éstas descubren como discurso político, han producido, en tanto su aparición pública significa un discurso fundante, un seguimiento atento y detallado de los medios de comunicación. (Vid. Pedro Reygadas, Voz de la violencia, violencia de la voz, Chiapas: 1994, ENAH, 1996 y Raúl Trejo Delarbre: Chiapas, La comunicación enmascarada, Diana, 1994) En ello actúan diversos factores que, como la coyuntura en que aparece este grupo armado, se fundamentan en las condiciones de posibilidad, circulación y recepción de su discurso.

⁶ Coincidimos con el punto de vista de Haidar al destacar la función del análisis del discurso "como un instrumento teórico-metodológico para la comprensión del funcionamiento de lo cultural, de lo social, de lo ideológico y del poder en las interacciones comunicativas entre los sujetos". "El poder y la magia de la palabra" en *La producción textual del discurso científico*. UAM: 2000.

Fundamentamos nuestra concepción de "coyuntura" en el sentido que le imprime Robin (1976, p. 142), no sólo como el conjunto de acontecimientos (históricos, políticos, sociales) que enmarcan una producción discursiva, sino como un momento particular en el que la unidad de las contradicciones de una formación social se condensa a nivel político-ideológico y económico en un discurso en particular.

Rodríguez Alfano puntualiza la propuesta de Robin sobre la relación de coyuntura y discurso en tanto éste afirma que no puede desligarse el discurso de las situaciones que lo provocaron y de las consecuencias que traerá y que comprenden tanto las prácticas discursivas como las no discursivas (1993, p. 48). Así, puntualiza la crítica a los historiadores que "simplemente niegan que el discurso sea objeto de su estudio y centran su atención en el referente", a los lingüistas "porque olvidan que todo lenguaje se encuentra ritualizado" e institucionalizado por lo que tiene que verse en su dimensión extralingüística y a los sociolingüistas "que establecen correlaciones entre el uso del lenguaje y los factores sociológicos sin tomar en cuenta la hegemonía de la clase social dominante (Gramsci) o la hegemonía de los Aparatos Ideológicos del Estado (Althusser)" (*Ibíd.*).

Destacando lo anterior, consideramos que el camino que va de la proclama del "Ya Basta" y el alzamiento militar en la Selva Lacandona de Chiapas, (1° de enero de 1994) a la realización de la Caravana Zapatista para promover la aprobación de la Ley sobre Cultura y Derechos Indígenas (marzo del 2001) y la posterior presencia de la comandancia del EZLN en el Congreso de la Unión no puede ser entendido sin referencia a estas condiciones, que como sostiene Haidar (1996) "inciden de manera fundamental en la producción y reproducción de la vida social, histórica y cultural" (Haidar y Rodríguez Alfano, 1996, p.75).

Lo anterior nos lleva a cuestionar de qué forma actúan los mecanismos de producción del discurso, qué papel juega en ellos la coyuntura y cuáles son los funcionamientos discursivos del poder y de la ideología que posibilitan, y a la vez controlan, los discursos de Scherer y Marcos, y que en este diálogo televisivo representan "las condiciones dadas" para su posibilidad.

3.1. Condiciones de posibilidad de los discursos

No existe el discurso libre de condicionamientos. En cualquier cultura, por más liberal que ésta sea, los hablantes de una lengua se encontrarán siempre con restricciones que condicionan la producción, recepción y circulación de sus discursos. Contrario a la postura de Saussure que aseguraba que la lengua tiene un uso individual, la Escuela Francesa de Análisis del Discurso va a hacer énfasis en los procedimientos de exclusión mediante los cuales actúan los mecanismos sociales del control del discurso.

La propuesta del filósofo francés Michel Foucault (1972) es antecedente de las propuestas de esta escuela, según la cual en la sociedad existe una relación intrínseca entre discurso y poder mediante el cual se ejercen estos mecanismos de dominio. Así, señala el autor, hay que analizar cada discurso en relación con sus condiciones de posibilidad de acuerdo a un contexto social determinado.

Rodríguez Alfano (1993) señala que Foucault utiliza el concepto de **práctica discursiva** como el ejercicio de la función enunciativa sobre aquello que regula la aparición de un enunciado y que éste no es reducible al sujeto en tanto se encuentra lejos de ser una creación original dotada de unidad y significado (p. 57) sino que se halla regida por cuatro principios:

1. El principio de enrarecimiento, por el cual el discurso es un acontecimiento y no una creación del sujeto.
2. El principio de discontinuidad, por el que no se trata de una unidad aislada, sino de una serie que tampoco debe concebirse continua, ya que prácticas discursivas previas se entrecruzan en el discurso, pero también se ignoran o rechazan.
3. El principio de especificidad, según el cual el discurso debe concebirse como una práctica tal que los acontecimientos del discurso encuentran su principio de regularidad en esa práctica y no en marcas originales del individuo, que se supondría descifrando un sentido dado con anterioridad al discurso.

4. El principio de exterioridad, que implica la condición de posibilidad del discurso, más que un núcleo de significación interna (p. 57).

Foucault asegura que en todas las sociedades, el discurso es vigilado y sancionado. Con este enfoque se ocupa de describir los procedimientos de exclusión mediante los cuales el poder controla su producción:

“En toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar sus pesada y terrible materialidad” (1972, p.11).

A Foucault le llamarán poderosamente la atención los tabúes en la sociedad, que representan el discurso prohibido: “Se sabe que no se tiene derecho a decirlo todo en cualquier circunstancia, que cualquiera en fin, no puede hablar de cualquier cosa” (p. 13). Estos tabúes se evidencian sobre todo en las regiones de la sexualidad, la política y la religión, donde las prohibiciones manifiestan todo su poder. La referencia que hace Foucault al poder del discurso es sobrecogedora: el discurso es aquel poder del que quiere uno adueñarse para «dominar al otro». Quizás tuvo muy en claro las referencias históricas del siglo XX donde cada ensayo de sociedad terminó siendo un modelo más de esta relación discurso-poder.

3.1.1. Procedimientos de exclusión

La ausencia de libertad en el discurso significa que no se tiene derecho a decirlo todo en cualquier circunstancia. Las leyes, las costumbres, la tradición y la imposición resumen la formación social en que se producen y se controlan los discursos.

En la óptica marxista que Foucault asume, las condiciones históricas determinan las formaciones discursivas respectivas.

Sobre la relación discurso-poder el filósofo francés afirma que las condiciones de posibilidad del surgimiento de determinados discursos están

regidas por sistemas de exclusión y control como la forma en que el poder controla la aparición aleatoria de las prácticas discursivas:

“Foucault (1969, p.40) enfatiza que los intercambios verbales, que son las relaciones comunicativas por excelencia, son también relaciones de poder. De acuerdo con el orden social, las condiciones que hacen posible el discurso incluyen la distinción entre lo que puede y no puede decirse dentro de una sociedad dada (formación discursiva). Como dice Foucault, el discurso manifiesto no es “más que la presencia represiva” de aquello que se ha excluido de él” (Rodríguez Alfano, 1993, p. 58).

Los sistemas de exclusión de los discursos comprenden tres grupos: los procedimientos institucionalizados externos a las prácticas discursivas, los procedimientos internos a las prácticas discursivas también socialmente institucionalizadas, y los que determinan las condiciones de uso y señalan quién está autorizado para emitir un discurso dado y quien no tiene esa autoridad.

Los controles externos del discurso

En el primer tipo de procedimiento Foucault incluye cinco subtipos que conforman las prohibiciones impuestas en la formación discursiva correspondiente: El tabú del objeto; el ritual de la circunstancia, el derecho exclusivo o privilegiado del sujeto que habla, la separación de la locura y la razón y la voluntad de verdad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tabú del objeto

En el primer caso, el tabú del objeto tiene una referencia clara a la palabra prohibida, a aquello de lo que no se habla, pues al hacerlo se realiza una disrupción que altera el orden del discurso socialmente aceptado. Los temas tabuizados que cita como ejemplo Foucault son los de la sexualidad y la política, vinculados fuertemente con el deseo y el poder (1972. p.12)

¿Cuáles son estas palabras prohibidas, estos temas tabúes que el discurso zapatista pone en entredicho y que Marcos rompe en la entrevista con Scherer, como no hablar mal del Presidente o cuestionar el poder político vigente? Esencialmente los relativos a la concepción tradicional de la política en México y a la posibilidad de la construcción de un discurso alternativo, igualmente válido, de parte de un sector históricamente discriminado, el indígena, donde el propio concepto de

autoridad es redefinido. En este caso el tipo de tabú se encuentra referido al tema de la política y es cuestionado directamente por el líder zapatista:

Marcos: "Pretendemos que cada sector social tenga las posibilidades de levantarse como tal; no queremos limosnas, sino la oportunidad de construirnos, dentro de este país, como una realidad diferente (....) Nosotros decimos: En el gobierno ya no se están tomando las decisiones fundamentales. Así ¿para qué nos preocupamos sobre si el gobierno es de izquierda, de derecha o de centro, si es que existe el centro? (Scherer, op. Cit, p.12).

En este ejemplo se evidencia cómo Marcos rompe con el tabú que significa la noción clásica de la política mexicana al descalificar al gobierno de Fox como un poder "incuestionable" y derriba la prohibición que Foucault señala como constitutiva del tabú del objeto.

La política ya no es ese espacio privilegiado del poder dominante, sino una parte integral de la pluralidad discursiva e ideológica de la sociedad mexicana desde la cual Marcos "rompe" el discurso hegemónico presidencial.

La referencia a la globalización política y económica está implícita también y sirve para "desacralizar" el viejo discurso presidencial anteriormente "incuestionable."

Separación de la locura y la razón

Este mecanismo de exclusión implica cómo mediante procedimientos argumentativos se excluyen una serie de discursos que se catalogan como nulos o sin valor de acuerdo al sistema establecido que los clasifica como "fuera de razón":

"El loco es aquél cuyo discurso no puede circular como el de los otros: llega a suceder que la palabra es considerada como nula y sin valor, no conteniendo ni verdad ni importancia, no pudiendo testimoniar ante la justicia (...) Excluida o secretamente investida por la razón, en un sentido estricto no existía..." (Foucault, 1972, p.13)

Foucault señala que desde cada formación ideológica los hombres adoptan estos mecanismos de exclusión que también se encuentran ligados al poder. El discurso "verdadero" es el que acepta la sociedad como tal, por lo que es

institucional e históricamente coactivo. En palabras del filósofo francés esta conexión discurso-poder pasó del acto de enunciación al enunciado mismo (p. 16).

“Scherer: “Fox dice que lo invita a los Pinos...”

Marcos: -Es una trampa. Finalmente está tratando de convertir un movimiento serio reivindicativo en un evento de horario triple A. Qué va a ganar el país, qué van a ganar los pueblos indígenas y qué va a ganar el gobierno, ya como proyecto político, el que tengan si es que lo tiene, con esa foto” (Scherer, p.19).

Esta cita ejemplifica el tipo de inversión de los términos de la locura y la razón sustentados por Foucault. Marcos rompe con lo establecido e invierte los términos: la locura que en el sistema social prevaleciente se adjetiva al contestatario, al rebelde, al guerrillero, Marcos se la adjudica al poder y la razón al contestatario.

Al subvertir el discurso del poder lo cataloga como el que corresponde al loco, por lo que éste queda descalificado y ridiculizado ante el auditorio.

Tras realizar lo anterior Marcos afirma su discurso y el discurso indígena como el que se encuentra del lado de la razón.

Desde la óptica del poder, la oposición razón/locura niega la validez de los discursos que se contraponen a lo que el sistema establecido cataloga como “cuerdo” o “razonable”, y anula asimismo los argumentos que intentan probar ese discurso disímil al poder. En 1994, en la presidencia de Carlos Salinas de Gortari, éste respondía a sus críticos: “Ni los veo, ni los oigo”, excluyendo así toda legitimidad de su discurso.

El 10 de febrero de 1995, cuando el entonces presidente Ernesto Zedillo ordenó el avance del Ejército Federal en Chiapas para capturar a la dirigencia zapatista igualmente intentó descalificar su discurso al catalogarlos, en red nacional, como “vulgares delincuentes” y “terroristas”:

“Hoy debo informar a la nación que mientras el gobierno insistía en su voluntad de diálogo y negociación; el EZLN venía preparando nuevas y mayores actos de violencia, no sólo en Chiapas sino en otros lugares del país (...) Estos hechos y la evidencia descubierta permiten establecer que lejos de prepararse para el diálogo la estrategia del EZLN era ganar tiempo para pertrecharse y extenderse más a fin de realizar más actos de violencia.

La evidencia descubierta ha permitido comprobar que el origen, la composición de la dirigencia y los propósitos de su agrupación no son populares, ni indígenas, ni chiapanecos. Se trata de un grupo guerrillero, derivado de uno formado en 1989 en otro estado de la República y denominado Fuerzas de Liberación Nacional, partidario de la lucha armada para tomar el poder político” (Ernesto Zedillo, Diario de Monterrey, 10 de febrero de 1995).

La descalificación presidencial opera en este caso como deslegitimación del discurso rebelde del zapatismo, mecanismo que, sin embargo, en la coyuntura específica en que se produce (donde el propio discurso del poder es cuestionado) no tiene los mismos efectos en la opinión pública.

La voluntad de verdad

El último de los mecanismos de exclusión externos que Foucault señala corresponden a aquellos que no sólo establecen lo que es “verdadero”, sino que separa aquello que se considera “falso” en una formación social dada “sea porque fue dicho por quien no tiene la investidura adecuada o porque se opone a la justificación de una práctica institucional determinada” (Rodríguez Alfano, 1993, p. 59). Así, en el sistema social operan históricamente las legitimaciones de los discursos de exclusión como el racismo o la discriminación en todos los niveles.

Esta dicotomía opera en el siguiente ejemplo como el tipo de argumento que opone la verdad contra la mentira:

Marcos: “En torno de la figura de Fox se están jugando muchas fuerzas, entre ellas la suya propia: un ser que ha optado por un manejo mercadotécnico, que le dio resultados, buenos resultados en un período electoral, pero que no se puede extender al período de gobierno. Entonces necesitamos convencerlo de que el problema no es de rating, sino de gobernabilidad, y eso es lo que estamos ofreciendo: no una revuelta social, sino el reconocimiento de ese sector social (los indígenas) de sus capacidades y, finalmente, de su diferencia....” (Scherer, p.12).

Marcos descalifica los argumentos de Fox cuando lo caracteriza como un ser que se ha construido una imagen mercadotécnica (en este sentido una máscara política) que ya no es válida en su función como gobernante porque no está respondiendo a las demandas de la realidad que son otras muy distintas de

las que enfrentó como candidato presidencial. En ese sentido la "verdad" se encuentra del lado de los zapatistas porque ellos son conscientes de este hecho y además instan a que el poder haga lo mismo para que entiendan las razones profundas de la "verdad" zapatista.

Los controles internos del discurso

Bajo el mismo esquema de la imposibilidad del discurso libre, Foucault señala la existencia de otro tipo de procedimientos de exclusión de los discursos, pero que actúan de manera interna consciente o inconscientemente en todos los hombres:

"Son los discursos mismos los que ejercen su propio control; procedimientos que juegan un tanto a título de principios de clasificación, de ordenación, de distribución, como si se tratase en este caso de dominar otra dimensión del discurso: aquella de lo que acontece y del azar" (p.21).

Estos procedimientos que señala Foucault se encuentran socialmente institucionalizados y contemplan tres principios clasificatorios: El comentario, el autor y la disciplina.

El comentario

El comentario rige la producción discursiva y debe seguir lo dicho en el discurso fundante, con el cual se prohíbe disentir (Haidar, p. 82). Foucault asegura que de cierta manera el comentario dice por primera vez aquello que sin embargo ya había sido dicho:

"Apenas hay sociedades en las que no existan relatos importantes que se cuenten, que se repitan y se cambien; fórmulas, textos, conjunciones ritualizadas de discursos que se recitan según circunstancias bien determinadas; cosas que han sido dicho una vez y que se conservan porque se sospecha que esconden algo como un secreto o una riqueza...(son) los discursos que están en el origen de un cierto número de actos nuevos de palabras que lo reanudan (Foucault, p.21).

Foucault destaca de qué manera opera el control discursivo en el funcionamiento del comentario en diversos tipos de discursos como el religioso, jurídico e incluso el discurso científico y todos aquellos que operan en el sistema cultural y son interiorizados por el individuo como una creencia obligatoria y de los que no se permite disentir.

Desde una perspectiva antropológica los mitos fundantes (Lévi-Strauss, 1985,1986) y las tradiciones cumplen con este requisito que también conjura el azar del discurso. Es decir, garantiza su orden y unidad y por lo tanto su permanencia: "El comentario conjura el azar del discurso al tenerlo en cuenta: permite decir otra cosa aparte del texto mismo, pero con la condición de que sea ese mismo texto el que se diga y en cierta forma, el que se realice (...) Lo nuevo no está en lo que se dice, sino en el acontecimiento de su retomo" (Foucault, p.24).

Las conjunciones ritualizadas de los discursos se encuentran omnipresentes en el discurso de Marcos. El líder guerrillero siempre habla (para referirse a las demandas zapatistas) desde un yo colectivo (que Marcos enuncia como "nosotros") que proyecta en los temas que aborda en la entrevista con Scherer. En su discurso las referencias remiten a la tradición indígena (la palabra "verdadera" que se hace presente en los mitos de los pueblos prehispánicos) y se revelan también de una forma literaria, poética, como cuando el periodista le pide contar "el cuento de la Caravana":

-"El cuento de la Caravana. Usted escribe un cuento para que se conozca la Caravana. ¿Cómo lo contaría en forma de cuento? Así, en el lenguaje más sencillo, más cálido, lleno de humor. Claro, Marcos, el humor se explica a través del drama ¿Cómo contaría usted ese cuento?"

-Bueno, vamos a pensar así. Nosotros nos quedamos sin salidas. La única forma de hacernos fuertes era salir, era caminar. No teníamos ningún pie. Éramos minusválidos en ese sentido. Teníamos voz y la mirada, pero teníamos que llevar esa voz y esa mirada a donde fuera escuchada y a donde tuviera dirección esa mirada..." (Scherer, p. 16).

La lucha política zapatista encuentra su legitimación ideológica y su referente en la figura histórica de Emiliano Zapata. "Tierra y libertad" siguen siendo parte central en las demandas del EZLN, organización que, aun teniendo un carácter militar y clandestino, piensa en su tránsito a la vida civil. Zapata y las comunidades zapatistas (que reproducen esas demandas) cumplen en ese sentido la función de "conjurar el azar" en la argumentación de Marcos:

"Un revolucionario se plantea fundamentalmente transformar las cosas desde abajo, al revés del rebelde social (...) El rebelde social organiza las masas y desde abajo va transformando sin tener que plantearse la cuestión de la toma del poder.

-Cuando dice eso, ¿piensa en la Revolución Mexicana?
-Sí, pienso en Zapata y Carranza, fundamentalmente. Carranza que se plantea los cambios a la hora de tomar el poder. Y Zapata que se plantea las demandas y al momento de tomarse la foto ni siquiera roza la silla. Nosotros nos identificamos con el zapatismo (...) creo que el zapatismo tiene que optar y va a optar por los líderes sociales. (p. 16)

El comentario demuestra en este ejemplo su control discursivo en tanto que la ideología del zapatismo cumple la función de establecer aquello de que se habla y la manera en que se hace.

El autor

Foucault considera que existe otro principio "de enrarecimiento" del discurso que es complementario del comentario, al que identifica con el autor. Este es considerado en un sentido que Foucault llama "global", como principio de agrupación del discurso y foco de su coherencia. (1972:24) Esto no niega la existencia del individuo real que produce los discursos:

"Lo que escribe y lo que no escribe, lo que perfila, incluso en calidad de borrador provisional, como bosquejo de obra, y lo que deja caer como declaraciones cotidianas, todo este juego de diferencias está prescrito para la función del autor tal como él la recibe de su época, o tal como a su vez la modifica" (Foucault. p.26).

El principio de autor cobra relevancia en las instancias del discurso en que su atribución resulta indispensable, como es el caso del de la filosofía, la ciencia y la literatura, donde el orden del discurso realiza una determinada función, ya sea actuando como un índice de su veracidad o su legitimidad (p. 25):

"El principio de enrarecimiento referente al autor cuya adjudicación en un discurso aumenta su valoración como verdadero o auténtico y es obligatoria en ciertas prácticas discursivas, como en la literatura y el discurso científico (principio que se enunciaría como «prohibido citar sin remitir a la fuente precisa») (Rodríguez Alfano, Op, Cit., p.59).

Por su funcionamiento en la argumentación el principio del autor parece sostener la veracidad del discurso en función con la autoridad del creador del discurso que se cita. Foucault señala que mientras el comentario limita el azar del discurso por medio del juego de una identidad de la repetición y de lo mismo, el

autor lo limita “por el juego de una identidad que tiene la forma de individualidad y del yo” (1972, p. 27).

En un párrafo en particular de la entrevista de Scherer a Marcos, este principio del autor se evidencia en una pregunta del periodista a líder zapatista:

“A propósito de Villa, Marcos, en su encuentro con Vicente Leñero en 1994, usted le expresó su admiración por el personaje; guerrillero implacable, buen soldado y hombre de gobierno en Chihuahua, según la biografía monumental de Friedrich Katz. ¿Se identifica usted con el centauro?” (Scherer, p. 15).

En este ejemplo queda reflejado la autoridad de dos personajes respecto a la propia dirección de la argumentación de Scherer; primero, en la cita que hace de una entrevista pasada por parte de Vicente Leñero al propio Marcos y segundo, donde refuerza sus opiniones con el trabajo de un especialista en la materia: el historiador Friedrich Katz.

3.1.2. Procedimientos que determinan las condiciones de uso

Por último mencionaremos que para Foucault, además de los controles externos e internos del discurso se encuentran los procedimientos que determinan las condiciones de uso de la palabra y que también conjuran “el peligro de la aparición aleatoria de las prácticas discursivas”. En estos se prohíbe la palabra a los sujetos no calificados para emitir cierto tipo de discurso (Haidar, p. 83) Foucault identifica entre estos a: los rituales, el control de las sociedades de discurso y el de las disciplinas.

El ritual de la circunstancia representa el control social de los discursos por el cual cada individuo asume el lugar que le corresponde en la estructura respectiva. Se asumen jerarquías y posiciones que se transparentan en las modalizaciones propias del discurso (Foucault, 1972, p. 34).

Son **rituales sociales del habla**, los que establecen los comportamientos de los sujetos productores de los discursos “El ritual define la cualificación que deben poseer los individuos para hablar (...)define los gestos, los comportamientos, las circunstancias” (1972, p. 34).

La entrevista de Julio Scherer a Marcos en sí misma es un ritual que corresponde a los roles correspondientes a que obliga. Scherer pregunta y Marcos responde de acuerdo a las condiciones que impone no sólo la pregunta, sino el contexto donde ésta se está dando. La palabra ritualizada, en este sentido, pone en evidencia mecanismos que indican cómo usar, dónde usar y en qué circunstancia usar las palabras:

Scherer: “Tengo un escrúpulo y una preocupación: que lo más importante que tuviera que decirme no lo haya yo acertado con la pregunta adecuada...”

Marcos: No, si yo estaba aterrado porque no sabía qué me iba a preguntar”. (Scherer, p. 16).

Este cita deja en claro que la entrevista de Julio Scherer a Marcos es en sí misma un ritual que corresponde a la estructura del discurso periodístico donde los lugares de entrevistado y entrevistador están predeterminados. Scherer pregunta y Marcos responde de acuerdo a las condiciones que impone no sólo la pregunta, sino el contexto donde ésta se está dando.

En la entrevista dicha estructura no se rompe porque ambos respetan el orden impuesto. Esto se demuestra por la ausencia de interrupciones y respeto del turno entre los protagonistas del discurso.

Las “sociedades de discursos” que controlan a los sujetos por el secreto que circula sólo entre los privilegiados “cuyo cometido es conservar o producir discursos, pero para hacerlos circular en un espacio cerrado, distribuyéndolos nada más que según reglas estrictas” (*Ibid*).

Al respecto, Foucault señala que el derecho exclusivo o privilegiado del sujeto que habla es otro mecanismo de exclusión que tiene que ver con quién tiene legitimidad para decir algo o hacer algo. La exclusividad denota poder y opera no tanto como prohibición, sino como separación y rechazo que opone el discurso “válido” del que (se considera) no lo es. Clasifica este procedimiento de exclusión como el de oposición razón/locura (Foucault, 1972, p. 16).

En la entrevista Marcos, el emisor, descalifica el discurso con el presidente Fox y en general a las prácticas discursivas (Haidar y Rodríguez Alfano, 1996, p. 80) que sostienen a todo el sistema político mexicano:

“Scherer: Aparte de que los dos ejercen una forma de poder, una forma de influencia ¿hay algo en lo que se parezcan?

Marcos: En que contamos malos chistes los dos, en todo caso, Pero fuera de ello, no sólo representamos dos mundos diametralmente opuestos, sino que el paso siguiente también es diametralmente opuesto. Nosotros estamos marcando el mundo que camina hacia el reconocimiento de las diferencias y él está caminando al mundo que va a hegemonizar y homogenizar, no sólo el país, sino el planeta entero”(p. 12).

El tipo de derecho exclusivo que opera en este ejemplo tiene que ver en los atributos de Scherer como periodista reconocido socialmente y los de Marcos como líder de un movimiento político ya legitimado.

A lo largo de la entrevista queda en evidencia que Scherer reconoce la exclusividad y el poder discursivo manifiesto de Marcos y de Fox e incluso los equipara al mismo nivel.

Marcos, por su parte reconoce esta igualdad, pero lo hace de manera distinta ridiculizando a Fox en su comentario sobre lo pésimo de sus chistes. Acto seguido deslinda el derecho exclusivo del zapatismo en su reivindicación de la pluralidad frente al discurso de Fox cuyos términos resultan totalmente antitéticos a los de la argumentación del EZLN.

Las disciplinas

La organización de las disciplinas constituyen otro principio de limitación del discurso que tienen que ver con su formalización. Estas regulan lo que puede o no ser dicho acerca del objeto de estudio de cada una de éstas y excluye de ese discurso todo lo que no haya sido probado como “verdadero” (Rodríguez Alfano, 1993, p. 59). Foucault destaca que se oponen por igual tanto al principio de comentario como del autor. En el primer caso porque no es un sentido que debe ser descubierto de nuevo, sino lo que se requiere para la construcción de nuevos enunciados. Se opone asimismo al autor porque no se encuentra ligado a su inventor, sino que se constituye como un sistema formal que puede ser usado por cualquiera que siga las reglas, cuestión que no tiene que ver con su validez como discurso. (1972, p.27).

Un ejemplo de este principio de limitación lo constituye por ejemplo el discurso médico o científico como lenguajes especializados: “La disciplina se

constituye como un principio de control de la producción del discurso. Ella le fija sus límites por el juego de la identidad que tiene la forma de una reactualización permanente de las reglas" (Foucault, p.31).

Es importante hacer notar que la disciplina se vincula con lo que Foucault identifica como doctrina, es decir, el código común de ideas que se comparten y se defienden, lo que revela su ideología. En el discurso de Marcos la incidencia de la doctrina es evidente, ya que como portavoz del movimiento lleva la voz doctrinal, esa que vincula a los individuos a ciertos tipos de enunciación y que les prohíbe cualquier otra y que representa la "verdad" frente a la "mentira" del adversario.

Esta situación se ejemplifica en la entrevista en la insistencia de Marcos de que finalmente los discursos del zapatismo y del foxismo son antitéticos:

"No sólo representamos dos mundos diametralmente opuestos, sino que el paso siguiente también es diametralmente opuesto. Nosotros estamos marcando el mundo que camina hacia el reconocimiento de las diferencias y él está caminando al mundo que va a hegemonizar y homogenizar no sólo el país, sino el mundo entero" (Scherer, p. 12).

Ahora bien, los tres procedimientos anteriores, que derivan de los rituales, las sociedades de discurso y las disciplinas, se relacionan con Las doctrinas religiosas, filosóficas y políticas que subordinan a los sujetos a repetir sus premisas. Foucault señala que éstas tienden a la difusión; y (...) la sola condición requerida es el reconocimiento de las mismas verdades y la aceptación de una cierta regla..." (1972, p. 36).

La separación que Marcos hace de las doctrinas es evidente: por un lado el discurso que para el EZLN es válido, aquel que representa la apuesta por la diferencia y la pluralidad y por el otro el discurso enemigo, el representado por Fox y el sistema político que busca la homogeneidad y que por tanto se enfrenta al que representa el líder zapatista que con sus argumentos busca convencer al auditorio y a Scherer de que su discurso es la verdad y la representa.

El anterior enfoque se complementa con **las adecuaciones sociales de los discursos**, que Foucault ejemplifica con la Escuela, ya que "todo sistema de educación es una forma política de mantener o de modificar la adecuación de los

discursos, con los saberes y poderes que implican" (1972, p. 37) y que en el discurso zapatista correspondería a la formación doctrinaria que guía su propia discursividad y que actúa limitando lo que pueden o no decir, esto es, como restricción.

Haidar y Rodríguez Alfano (1996, p. 83 y 1993, pp. 59-60) señalan como enfoques complementarios a los de Foucault los desarrollados por Pierre Bourdieu (1982:97-161) que analiza las condiciones de posibilidad de los discursos a partir de la relación entre el lenguaje/poder simbólico y considera la eficacia del lenguaje autoridad que se manifiesta en el uso de los performativos cuando se utilizan en rituales mágico-religiosos y en algunos ritos institucionalizados socialmente.

3.2. Formación social, formación ideológica y formación imaginaria

La Escuela Francesa de Análisis del discurso considera a las prácticas discursivas como prácticas sociales peculiares que inciden de manera determinante en la producción y reproducción de la vida socio-histórico-cultural (Haidar, 2000, p. 33) y que se relacionan específicamente con las estructuras del poder y los funcionamientos de la ideología subyacentes.

En adelante estableceremos el papel que juegan las condiciones de recepción y circulación del discurso zapatista, en la medida que éstas "reconstruyen el sentido común de la producción discursiva, por el cual los sujetos no se dan cuenta de la densidad compleja de las prácticas discursivas, del poder y el peligro de la palabra" (p. 42).

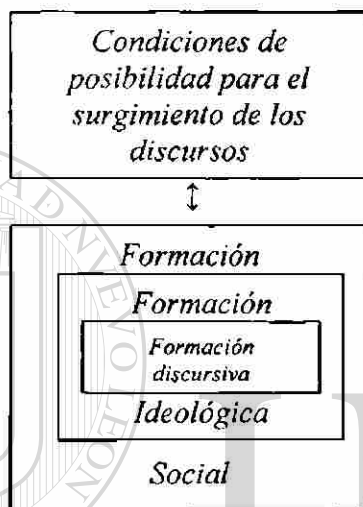
Para comprender lo anterior consideramos necesario ampliar el modelo que articula Formación Social (FS), Formación Ideológica (FI) y Formación Discursiva (FD) y que apunta a la comprensión de la relación entre discurso y sociedad como parte de las condiciones de posibilidad para el surgimiento de los discursos.

Corresponde a este esquema señalar qué relaciones se establecen (y cómo se corresponden estas) en los discursos de Marcos y Scherer, y cómo actúan los procesos de interdiscursividad en ambos, en tanto que, en grados diversos, sus formaciones discursivas se encuentran interrelacionadas y se

manifiestan en la entrevista que analizamos en forma operativa como coincidencias, acuerdos, enfoques temáticos, etc.

Siguiendo el modelo analítico planteado por Pêcheux y reconstruido por Haidar y Rodríguez Alfano (1996) esta relación puede ser representada de la siguiente forma:

Cuadro 3



En este sentido el discurso es determinado en un proceso de influencia mutua de estos tres niveles. Corresponde a FS el nivel más alto en esta jerarquía FS ↔ FI ↔ FD:

"El planteamiento de estas tres categorías relacionadas aparece en el texto colectivo de Pêcheux, Haroche y Henry (1971). Las tres categorías tienen una relación de implicación mutua, es decir, toda formación social implica formaciones ideológicas y éstas, a su vez, formaciones discursivas que condicionan de manera significativa la producción discursivo-textual". (Haidar, 2000, p.47).

Hay que dejar claro que a cada Formación Social puede corresponderle diversas formaciones ideológicas y a éstas a su vez pueden corresponderles diversas formaciones discursivas (Reygadas, 1998, p. 110).

El análisis de la **Formación Social** implica considerar la estructura de las clases sociales, las formas del Estado y las relaciones sociales de producción entre otros aspectos:

“Una formación social se define por la manera cómo se articulan los modos de producción, por la estructura de clases sociales antagónicas, por la superestructura existente y por la forma del Estado (Robin 1973, pp. 97-98; Pêcheux 1973)” (Haidar, 2000, p.47).

La **Formación Ideológica** se relaciona con la estructura de los aparatos e instituciones del Estado y el concepto de ideología que es definido de acuerdo a esta misma estructura, pero que no guarda un significado unilateral

La **Formación Discursiva** implica según Haidar (p. 49) varios tipos de restricciones en la producción discursivo-textual, entre los que está a) lo que se puede decir; b) lo que no se puede decir; c) lo que se debe decir; d) cómo se debe decir; e) cuándo se debe decir; f) quién lo dice y g) a quién lo dice. Estos enfoques son propios de Foucault y de Pêcheux.

El análisis de las prácticas discursivas sólo puede analizarse rigurosamente tomando en cuenta sus condiciones de producción y recepción, entendidas no como elementos externos, sino como constitutivas de los discursos (1997, p. 80). Para ello Haidar (2000, p. 43) considera existen al menos 8 propuestas válidas que se emplean en función de los tipos de discurso y de los objetos de estudio y que reproducimos:

- A. Las condiciones de posibilidad de emergencia de los discursos (Foucault).
- B. La relación entre Formación Social, Formación Ideológica y Formación Discursiva (Pêcheux, Haroche, Henry).
- C. Las Formaciones imaginarias (Pêcheux).
- D. La relación Discurso-Coyuntura (Regine Robin).
- E. Las gramáticas de producción y recepción (Verón).
- F. La aceptabilidad del discurso (Faye).
- G. Los procesos de interdiscursividad (varios).
- H. La situación comunicativa (Propuesta de Dell Hymes y Gumperz).

En los dos siguientes puntos de esta tesis desarrollamos las propuestas de Pêcheux sobre las Formaciones Imaginarias y la relación Discurso-coyuntura, que establece Regine Robin para el análisis de las prácticas discursivas desde sus condiciones de producción y recepción.

3.3. Lugar social y formaciones imaginarias

Michel Pêcheux es considerado el fundador de la Escuela Francesa de Análisis del Discurso, según la cual, como ya hemos señalado, este tiene que analizarse en relación con sus condiciones de producción, circulación y recepción.

Esta concepción corresponde a la triple relación que se establece entre la formación social, la formación ideológica y la formación discursiva, que a su vez implica a las formaciones imaginarias, las representaciones que los sujetos del discurso (A y B) se hacen de sí mismos, de su interlocutor (A de B y B de A) y del objeto de su discurso (A y B de R):

“Lo que funciona en el proceso discursivo, es una serie de formaciones imaginarias que designan el lugar que A y B atribuyen cada uno a sí mismo y al otro, la imagen que ellos se hacen de su propio lugar y del lugar del otro. Si ello es así, existen en los mecanismos de toda formación social reglas de proyección que establecen las relaciones entre las situaciones (objetivamente definibles) y las posiciones (representaciones de esas situaciones) (pp.48-49).

Las formaciones imaginarias dependen, según Pêcheux, de la formación social que en parte comprende la coyuntura histórica, el momento histórico concreto en que se inserta el sujeto en sus diferentes dimensiones (económica, política, socio-cultural) e incide en la formación ideológica considerada en el complejo de ideologías que circulan en esa coyuntura histórica. A la vez, y a través de diferentes mecanismos, la formación ideológica incide en la formación discursiva de los sujetos y les “imprime” sus huellas particulares dejando en evidencia el sentido de control de los discursos:

“Está bien claro, en primer lugar, que los elementos A y B designan algo distinto de la presencia física de organismos humanos individuales. Si lo que hemos dicho anteriormente tiene un sentido, resulta que A y B designan lugares determinados en la estructura de una formación social, lugares de los que la sociología puede describir el haz de rasgos objetivos característicos: así, por ejemplo, en el interior de la esfera de la producción económica, los lugares del «patrón» (director, jefe de empresa), del mando superior, del contra maestro, del obrero, están marcados por propiedades diferenciales que se pueden observar” (p.48).

La relación entre las tres esferas es dinámica y de ninguna manera es inmóvil aunque en ellas siempre están presentes en una u otra medida los mecanismos de control del discurso a que Foucault hace alusión.

Las categorías de análisis propuestas por Pêcheux retoman los planteamientos marxistas de Althusser en torno a la concepción de los "Aparatos Ideológicos del Estado" y la crítica a la postura de Saussure y de Jakobson en torno al funcionamiento del lenguaje.

Pêcheux rechaza la presunta autonomía de la lengua propuesta por de Saussure como institución semiológica, planteamiento que a su vez traza dos falsos supuestos: primero, la ilusión de que las instituciones sociales tienen todas sus funciones explícitas y segundo, que la lengua no forma parte de esas instituciones que se encuentran en una relación particular con el funcionamiento ideológico propio de una formación social dada (Rodríguez Alfano, 1993, p. 61). Sobre esa base señala que el discurso tiene que concebirse haciendo referencia al mecanismo de colocación de los protagonistas y del objeto del discurso al cual identifica como las condiciones de producción del discurso (1969, p. 43).

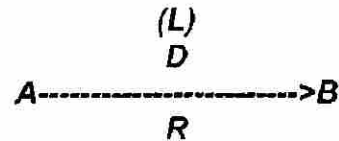
Lugar social

La concepción "informativa" de Pêcheux, critica lo que denomina el esquema "reaccional" en el análisis del comportamiento lingüístico, que identifica con las posturas de Jakobson y Skinner. Dicho esquema señala teorías psicofisiológicas y psicológicas del comportamiento de tipo estímulo-respuesta, (conductismo) que, afirma, excluyen la acción de reglas y de normas que los individuos establecen entre sí minimizando así la dimensión simbólica del lenguaje (pp.44-45). Sustituye la noción de "mensaje" por la de discurso "ya que no se trata de la simple transmisión de una información, sino de un efecto de sentido entre los sujetos" (Haidar, p. 84).

En oposición a este modelo de comunicación, Pêcheux propone un esquema que pone en escena a los protagonistas del discurso; se encuentra constituido de la siguiente manera:

Cuadro 4

Modelo de comunicación propuesto por Pêcheux



A: el "remitente"

B: el "destinatario"

R: el "referente"

(L): el código lingüístico común entre A y B

----->El contacto establecido entre A y B

D: La secuencia verbal emitida por A en dirección a B

En este esquema se redefinen teóricamente las categorías utilizadas por Jakobson: A y B, que corresponden al remitente (emisor) y al destinatario (receptor) que se transforman en los sujetos del discurso. R, el referente, pasa a ser el objeto del discurso y el Mensaje (M) es denominado discurso. (Rodríguez Alfano, p. 61).

El planteamiento de Pêcheux se centra en destacar el dinamismo del discurso y el hecho de que cada vez que el receptor y el emisor no han de considerarse como individuos solamente sino como lugares determinados en la estructura de una formación social (lugar social) que están representados en los procesos discursivos que finalmente reflejan una ideología:

"Para Pêcheux los sujetos del discurso (A y B) no son individuos, sino lugares determinados en la estructura social (patrón, director, jefe de empresa, contraamaestre, obrero, etcétera) que están representados en los procesos discursivos, pero transformados por las formaciones imaginarias" (Haidar y Rodríguez Alfano, op. Cit, p. 84).

Las condiciones o condicionamientos estructurales en que se construye el discurso, dice Pêcheux "designan lugares determinados en la estructura de una formación social...que están representados en los procesos discursivos donde están puestos en juego" (1969, p. 48).

Según Pêcheux (p. 49) todo discurso remite a formaciones imaginarias planteadas por emisor y receptor desde el lugar social donde es producido su intercambio comunicativo. En este sentido el discurso es un reflejo de la ideología, de la concepción del mundo que el emisor asume como propia y que se muestra cuando se ubica en el lugar que le es determinado en el conjunto de las relaciones sociales de una comunidad, lo cual se manifiesta a través de su lenguaje.

Respecto a las formaciones imaginarias Pêcheux (p.49) formaliza su propuesta en el siguiente cuadro:

Cuadro 5 Formaciones imaginarias según el modelo de Pêcheux

<i>Expresión que designa las formaciones imaginarias</i>	<i>Significación de la expresión</i>	<i>Pregunta implícita cuya respuesta subyace a la formación imaginaria correspondiente</i>
I A(A)	Imagen del lugar de A para el sujeto colocado en A	¿Quién soy yo para hablarle así?
I A(B)	Imagen del lugar de B para el sujeto colocado en A	¿Quién es él para que yo le hablé así?
I A(R)	Punto de vista de A sobre R	¿De qué le hablo así?
I B(B)	Imagen del lugar de B para el sujeto colocado en B	¿Quién soy yo para que él me hable así?
I A(A)	Imagen del lugar de A para el sujeto colocado en B	¿Quién es él para que me hable así?
I B(R)	Punto de vista de B sobre R	¿De qué me habla así?

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este autor retoma los conceptos de presuposición y de implicación expuestos por Ducrot (1966 y 1972) y aclara que las representaciones o formaciones imaginarias "resultan de procesos discursivos anteriores (que surgen de otras condiciones de producción) que han dejado de funcionar, pero han dado nacimiento a tomas de posición implícitas que aseguran la posibilidad del proceso discursivo pretendido" (1969, p. 52).

Así, se establece que, mediante las formaciones imaginarias el sujeto del discurso puede anticipar las de su interlocutor y plantear sus estrategias discursivas. Pêcheux distingue así los discursos en que "el orador trata de transformar al oyente (tentativa de persuasión), de aquellos en los que el orador y

su oyente se identifican"(complicidad cultural, manifestación del acuerdo, etc.) (Haidar, p. 85).

Resalta que las distintas formaciones imaginarias no tienen la misma eficacia, ya que una de ellas resulta dominante (pues) en algunos discursos predomina la imagen del receptor sobre la del emisor y viceversa, de modo que no sólo comprenden relaciones de sentido, sino también relaciones de fuerza como lo postula Foucault en su teoría del poder. Además implican operaciones de identificación de los sujetos, operaciones de descalificación de sus adversarios y utilización de estereotipos ideológicos" (Ibid: 85-86).

En el caso del discurso zapatista que analizamos en este trabajo, nuestro objetivo es dejar en claro la manera en que desde la ideología que asume el subcomandante Marcos se revelan estas formaciones imaginarias, lo que ciertamente puede dar un elemento para entender el sentido de las reivindicaciones que se plantea respecto al mundo indígena mexicano.

En el discurso político, propio del que caracteriza a Marcos, subyace una postura de poder desde la cual el referente, el tema del cual se habla, es asumido de una manera distinta por el emisor y por el o los múltiples receptores. Las formaciones imaginarias correspondientes son respuestas a las preguntas que se hacen los participantes, emisor y receptor, acerca de sí mismos y de su interlocutor: ¿Quién soy yo para hablarle así?, ¿Quién es él para que le hable así?, ¿Quién soy yo para que él me hable así?, ¿Quién es él para que me hable así?, que corresponde a las diferentes relaciones que se establecen entre ellos (Pêcheux, 1969, pp. 48-49) como comprobaremos enseguida:

"Lo que funciona en el proceso discursivo, es una serie de formaciones imaginarias que designan el lugar que A y B atribuyen a cada uno a sí mismo y al otro, la imagen que ellos se hacen de su propio lugar y del lugar del otro, Si ello es así existen en los mecanismos de toda formación social reglas de proyección que establecen las relaciones entre las situaciones (objetivamente definibles) y las posiciones (representaciones de estas situaciones)" (Ibid).

Funcionamiento de las formaciones imaginarias en la entrevista Scherer-Marcos

Siguiendo el esquema propuesto por Pêcheux, intentaremos analizar cómo se manifiestan las formaciones imaginarias en el discurso de Marcos en la entrevista que le hace Julio Scherer y que se describen en este apartado:

A-A (Imagen del lugar de A para el sujeto colocado en A)

¿Quién soy yo para hablarle así?

La formación imaginaria correspondiente remite a cómo Marcos se conceptualiza a sí mismo, qué es lo que le da autoridad para decir lo que dice. En este sentido, en el discurso de Marcos se evidencia que se representa a sí mismo como un símbolo social, un líder político de una causa indígena de la que es portavoz y que a su vez es un sujeto colectivo:

“Nosotros nos ubicamos más como un rebelde que quiere cambios sociales. Es decir, la definición como el revolucionario clásico no nos queda. En el contexto en el que surgimos, en las comunidades indígenas, no existía esa expectativa. Porque el sujeto colectivo lo es también en el proceso revolucionario, y es el que marca las pautas” (Scherer, p. 14).

A-B (Imagen del lugar de B para el sujeto colocado en A)

¿Quién es él para que yo le hable así?

La formación imaginaria que, desde su lugar social, hace el emisor (Marcos) sobre su receptor Julio Scherer, pero también de la sociedad civil, es como sigue: Marcos se representa a Scherer como un brillante periodista, intelectual (“como yo”, deja implícito Marcos en su discurso), crítico del sistema político, simpatizante cercano al zapatismo. Una manifestación clara de estas formaciones imaginarias radica en que Marcos invitó a Scherer para que le hiciera la entrevista. El auditorio, los televidentes que ven y escuchan la entrevista (la sociedad civil) son representados por Marcos como “los que son mis seguidores y me aceptan” y “aquellos que tienen curiosidad, guardan distancia o me rechazan”:

“Scherer:”-No me explico a Germán, tan diferente de usted y tan diferente a los indígenas, en calidad de portavoz central de lo que hace el EZLN. En los

grados del Ejército Zapatista, él es el comandante y usted el sub. Germán es el que ordena, él es el que dispone. Usted de alguna manera cumple, recibe o atiende las instrucciones u órdenes.

Marcos: -¡No! El arquitecto Fernando Yáñez (...) significa una señal que, como muchas que hemos dado, el gobierno no ha sabido leer. Con él, está diciendo el EZLN: estamos dispuestos a transitar de la clandestinidad a la vida pública (...) Esa es la verdad. Pero la percepción que tienes tú y los que nos están viendo ahorita, es que estoy yo y atrás de mí debe estar Tacho cuidándome (...) pero del lado de las comunidades las cosas son al revés: ellos están primero y nosotros detrás...El arquitecto Yáñez no tiene mando ni ascendencia militar dentro del EZLN. Está respondiendo a un llamado que estamos haciendo nosotros porque queremos dar esa señal, que coño, nadie está leyendo... (p.15).

Para Marcos Scherer es una persona que, sin importar que ocupen tribunas distintas en la sociedad comparte valores y puntos de vista sobre la política y la propia causa zapatista. Por eso se atreve a hablarle de "tú", lo que deja entrever que existe una situación de confianza originada tanto por el prestigio intelectual del periodista como su trayectoria.

A-R (Punto de vista de A sobre R)

¿De qué le hablo (yo) así?

En esta formación imaginaria la referencia de Marcos es "las causas del movimiento zapatista" y sus diferencias con el proyecto de Fox, incompatible con la causa indígena:

Marcos: "Tiene que entender (Fox) él, tienen que entender todos que no somos una fuerza política propiamente: somos un grupo armado haciendo política, y, en ese sentido, arrastramos carencias, errores de criterio, un horizonte muy pequeño, caminando en el filo del mesianismo y del realismo político, algo muy difícil para nosotros. Nos proponemos tratar de convencer a este gobierno, no sólo a Fox, de que puede sentarse con la seguridad de que va a haber resultados si lo hace seriamente(...) no estamos apostando al desgaste ni a que truene su programa de gobierno" (p.13).

En el análisis de esta cita se evidencia que Marcos le habla a su referente de las causas de la lucha indígena zapatista y de cómo también esta lucha no está exenta de errores pero ha decidido transitar por la vía política. Desde su formación

imaginaria Marcos está señalando que domina mejor el tema que Scherer y el auditorio, por lo que tiene la autoridad para hacer ver a los demás las razones de su movimiento.

Al hablar así, demuestra que se hace una formación imaginaria de sus referente como de un tema que él conoce mejor que Fox y que muchos de sus interlocutores y receptores. Además Marcos también manifiesta la representación discursiva que se hace de otro referente: "las consecuencias de no escuchar el mensaje zapatista".

B-A (Imagen del lugar de B para el sujeto colocado en A)

¿Quién es él para que me hable así?

En tanto B es el lugar que Scherer ocupa en este esquema, la formación imaginaria B-A corresponde a la que éste se hace de Marcos, es así "un agitador de ideas, un líder activista promotor del cambio socialmente legitimado; tiene autoridad en tanto existe todo un auditorio que quiere conocer las razones de su movimiento; en tanto él pueda explicarse a sí mismo y al EZLN me es valioso conocer su opinión", así se hace evidente en el discurso de Scherer:

Scherer: A lo mejor la palabra político está bien o está mal. Usted me hará el favor de aclararlo. Yo creo que usted es político. No tengo duda de que es escritor de prosa rimada ¿Qué poeta le inspira, qué estadista le atrae, qué guerrillero le da fuerza?" (p.15).

Para Scherer Marcos es ante todo un político que se ha visto en la necesidad de tomar las armas como una forma extrema de manifestar su inconformidad social. Desde el momento que lo cataloga como "escritor de prosa rimada" lo ubica también como un intelectual y como tal le puede hacer referencia a la literatura y la historia que presupone Marcos conoce.

La pregunta "¿qué guerrillero le da fuerza?" también supone que el liderazgo discursivo que Marcos ejerce hacia adentro y hacia fuera del EZLN tiene que ver con el grado de identificación del rebelde con el guerrillero, implícitamente Zapata.

B-B (Punto de vista de B sobre B)

¿Quién soy yo para que él (Marcos) me hable así

Un nuevo tipo de formación imaginaria remite al lugar de autoridad de B. En este sentido Scherer se representa a sí mismo como el invitado privilegiado a la entrevista con Marcos por su prestigio como director de Proceso, el semanario político más importante del país le confiere ese privilegio y esa "autoridad". Con formaciones que así lo representan se dirige a Marcos hablándole de "tú", y en el diálogo él mismo reconoce esa posibilidad de que su interlocutor ocupa un lugar de prestigio en la sociedad:

Scherer: "Tengo un escrúpulo y una preocupación que lo más importante que tuviera que decirme no lo haya yo acertado con la pregunta adecuada.

Marcos: -No, si yo estaba aterrado, porque no sabía que me iba a preguntar..." (p.16).

Scherer manifiesta esta formación imaginaria cuando asume su papel de entrevistador y su autoridad; pero también se evidencia otra forma de representarse a sí mismo frente a Marcos como cuestionador de un líder que ha modificado los procedimientos de ejercicio del poder de abajo hacia arriba, y esta nueva formación imaginaria se manifiesta en su inseguridad sobre sí mismo en el momento en que le pregunta a Marcos si le faltó algo que preguntar.

B-R (Punto de vista de B sobre R)

¿De qué me habla (él) así?

Este último tipo de formación imaginaria corresponde al referente, en este caso "las señales que el zapatismo quiere dar al gobierno y a la sociedad sobre su movimiento", es decir, a la representación que Scherer se hace de las referencias en torno al tema:

Scherer: "Los indígenas soportan siglos de explotación, pero su hambre es la misma hambre de los marginados. Usted ha dicho que su lucha es nacional y chiapaneca, por supuesto. Alguna vez Marcos, allá en las pesadillas y los sueños. ¿ha escuchado el clamor unido de los agraviados? (p.14).

En este planteamiento Como periodista, Julio Scherer equipara la miseria y explotación de los indígenas representados en el EZLN con la de los marginados y pobres que no sólo se encuentran en Chiapas, sino en gran parte de la sociedad mexicana.

El referente tiene que ver con la realidad social del país y vuelve a mostrar las coincidencias discursivas e ideológicas de entrevistado y entrevistador en relación a este punto.

3.4. Discurso y coyuntura

Tradicionalmente el concepto de "coyuntura" ha sido utilizado en las ciencias sociales para describir un momento en particular de ocurrencia de un fenómeno. En particular este uso se ha difundido en la ciencia política donde el concepto de coyuntura se encuentra muy ligado a los factores históricos que explican en parte los mecanismos de la conquista y ejercicio del poder político. "Coyuntura" ha pasado a ser entendida así en un sentido general como "ocasión propicia" en el ejercicio de la política (cfr., *El Príncipe* de Maquiavelo, 1984).

Sin embargo, la Escuela Francesa de Análisis del Discurso busca analizar la relación entre discurso y coyuntura desde una perspectiva más integral que considere al discurso en relación con las situaciones en las que se produce. Regine Robin (1973 y 1976) describe la coyuntura no como un elemento exterior, sino como parte constitutiva del discurso, de manera de abarcar las situaciones que lo provocaron y las consecuencias que se producen. La coyuntura así definida comprende tanto las prácticas discursivas como no discursivas: económicas, políticas, sociales, etc. (Haidar y Rodríguez Alfano, 1997, p. 86 y Robin, 1973, pp. 88-89).

Con base en Robin, Rodríguez Alfano (1993) establece la crítica a las concepciones que limitan o niegan esta relación:

"Robin critica a los historiadores que simplemente niegan que el discurso sea objeto de su estudio y centran su atención en el referente; a los lingüistas, porque olvidan que todo uso del lenguaje está ritualizado (como lo afirma Foucault) e institucionalizado, por lo que tiene que verse en una dimensión extralingüística; y a los sociolingüistas, que se limitan a

establecer correlaciones entre el uso del lenguaje y los factores sociológicos, sin tomar en cuenta la hegemonía de la clase social dominante y/o del Estado, como lo postula Gramsci, o la hegemonía de los aparatos ideológicos del Estado, como propone Althusser (Robin, 1976:133-147)" (1993, p.48).

Así considerado, el discurso no es un acto ajeno a la circunstancia en que se produce y la coyuntura es considerada "como un momento en el cual la unidad de las contradicciones de una formación social se condensan a nivel político-ideológico y económico" (Robin, 1976, p. 142) y dejan sus huellas en los discursos por ciertos efectos (Haidar, 2000, p. 52):

"Ces formations discursives sont gouvernés par des formations idéologiques liées aux classes sociales affrontées, en fonction d'une conjoncture précise. Il faut entendre para conjoncture non pas la ponctualité d'une événement mais bien « le moment actuel », c'est à dire l'unité des contradictions d'une formation social á un moment donné, la surdétermination de l'ensemble des contradictions au niveau politique, puisque c'est toujours au niveau politique que l'ensemble des contradictions d'une formation sociale á un moment donné se noue et se dénoue. Ces formations idéologiques son des complexes d'attitudes et de représentations se rapportant de façon médiate aux diverses positions de classe en conflict á un moment donné" (1976, p. 42).

— Como señala Robin, las formaciones discursivas se encuentran ligadas a las clases sociales que se enfrentan en función de un coyuntura determinada. En este caso, la entrevista Scherer-Marcos sirve para confrontar los argumentos de ambas posiciones, enfrentadas en torno a la problemática del alzamiento zapatista en un momento particular (la marcha zapatista), que permite la expresión de tales argumentos.

Según Rodríguez Alfano, los discursos son así prácticas sociales reglamentadas, codificadas e institucionalizadas que tienen una profunda relación con los aparatos hegemónicos, por lo que "a cada formación social le corresponden ciertas formaciones discursivas, ciertas restricciones en el uso de la lengua y ciertas preferencias por determinadas construcciones" (1993, p. 49).

Haidar (2000) clasifica estas restricciones de acuerdo con los efectos de la coyuntura en las producciones discursivas de la siguiente forma:

- Restricciones provenientes de la Formación Ideológica, Formación Discursiva y formación Imaginaria.
- Restricciones del Poder: procedimientos de control del discurso (Foucault).
- Restricciones lingüísticas: reglas de competencia lingüística, que implican los niveles fonológico, morfosintáctico, y léxico-semántico.
- Restricciones pragmático-comunicativas: reglas de interacción verbal.
- Restricciones discursivas (o textuales): tipos de discurso, estilos discursivos, códigos retóricos (Robin, 1976; Haidar, 1988).

Es importante señalar que estas restricciones se presentan de acuerdo a los tipos de discurso en que actúa la coyuntura, pero esta no se limita a las coordenadas históricas (Rodríguez Alfano, 1993, p. 49), pues las producciones discursivas sobre un mismo hecho pueden ser antagónicas:

“La conjuncture impose ainsi des censures, des tabous, des emplois obligatoires de termes, syntagmes ou énoncés, au fonctionnement fantasmatique dont l'affect se perd dès que la conjuncture se transforme”. (1976, p. 45).

¿Cómo opera la coyuntura en el discurso zapatista? Y en particular ¿cómo lo hace en la entrevista de Julio Scherer a Marcos? De entrada debemos señalar que según Robin el discurso político que actúa directamente en función de una coyuntura es el más controlado: “*Le discours politique en prise directe sur la conjuncture est plus censuré, plus contraint, plus codifié que les autres*” (Robin, 1976, p. 146). Con base en este modelo descrito intentaremos establecer este funcionamiento discursivo, primero en la descripción del contexto de la coyuntura y luego en el análisis de algunos ejemplos tomados de la entrevista referida.

La coyuntura y el discurso zapatista

Partiendo de las consideraciones de la propuesta de Robin, nuestra unidad de análisis nos remite a una entrevista que no puede ser interpretada en forma ajena a la situación socioeconómica y política en que se genera, en los diferentes

escenarios en que ello sucede (local, nacional, internacional) y en los diferentes grados de impacto que ocasiona, en un contexto histórico-social determinado.

La entrevista de Julio Scherer a Marcos tiene lugar en una coyuntura histórico-política particular, en este caso la marcha zapatista del EZLN, que significa, entre otras cosas, la ruptura del aislamiento político-ideológico del movimiento zapatista, una nueva ruptura del cerco militar de los confines geográficos de Chiapas por parte de la dirigencia zapatista que tiene como efecto la reactivación en la opinión pública de la agenda indígena en general (en este caso la discusión sobre la Ley sobre Cultura y Derechos Indígenas en el Congreso de la Unión) y del conflicto del EZLN con el Gobierno Federal en particular.

Transición política

La coyuntura se enmarca también en un proceso inédito de transición política en México, representado en la alternancia partidista en la Presidencia de la República, en la que el panista Vicente Fox se convierte en el primer mandatario surgido de la oposición (de derecha), representada por el Partido Acción Nacional. Hasta antes del triunfo de Fox, bajo la presidencia del priísta Ernesto Zedillo, los intentos del EZLN por romper el cerco político impuesto por el régimen priísta habían sido insuficientes, pues las sucesivas iniciativas políticas promovidas por Marcos y la dirigencia zapatista no pudieron lograr el impacto necesario para “empujar” de nuevo la vía de la negociación en Chiapas.

Como lo describimos con detalle en el capítulo 1, el arribo de Vicente Fox a la presidencia, removió en principio los obstáculos para el diálogo necesario a partir de acciones concretas para distender el conflicto. Estas acciones dieron pie al zapatismo para retomar la iniciativa política.

La coyuntura mediática

Es importante señalar que la Caravana zapatista o “zapatour” creó condiciones y generó eventos inéditos en el manejo de los medios de comunicación social en México que obligó incluso a modificar la estrategia de aquellos abiertamente hostiles al recorrido zapatista. Al respecto Jenaro Villamil (2001) describe que este

fenómeno se reveló en forma particular en el manejo de los medios electrónicos, fundamentalmente Televisa y TV Azteca. La marcha zapatista fue “la derrota de la simplificación” con la que los medios intentaron disminuir la importancia de este evento.

En ese sentido, Villamil señala que las palabras de la Comandante Esther en el Congreso de la Unión “fueron transmitidas en vivo, en una cobertura televisiva histórica, por los canales 9 de *Televisa*, el 7 de *TV Azteca*, el 40 de *CNI*, el canal de televisión del Congreso y por diversas estaciones de radio de la Ciudad de México y con señal nacional (...) este suceso confirmaba una victoria singular del EZLN: la informática y mediática que se impuso a la estrategia simplificadora de los dos grandes consorcios televisivos” (2001, p. 136).

El análisis de Villamil de la coyuntura mediática en la marcha zapatista es ilustrativo de los procesos sociales e ideológicos que operaron en este contexto. Señala que antes del “cambio de rumbo” de los medios privados (*Televisa* y *TV Azteca*) se presentaron cinco tendencias en el manejo informativo (p,137 y ss.):

1. **Autopublicidad por encima de la información;** más que concentrar sus esfuerzos en la cobertura de la marcha lo hicieron en autopromoverse como publicistas de la paz.
2. **Privilegiar lo anecdótico por encima de lo sustantivo;** ambas empresas le dedicaron pocos espacios para el análisis y la reflexión sobre el significado político de la marcha zapatista:
“Las dos empresas privilegiaron la cobertura de lo anecdótico al hablar de la caravana (...) con escasas entrevistas de contexto –Salvo la que le hiciera Joaquín López Dóriga al premio Nóbel de Literatura, José Saramago y la que, posterior al arribo a la Ciudad de México, realizara el periodista Julio Scherer al Subcomandante Marcos” (2001, p.139).
3. **El concurso de popularidad;** que presentaba la marcha como una lucha por el *rating*, por los índices de popularidad de Vicente Fox y Marcos.
4. **La “otra televisión”, presión mediática;** otras cadenas de televisión hicieron una cobertura más profesional sobre la marcha y le restaron *rating* a *Televisa* y *TV Azteca* que al mismo tiempo perdieron credibilidad.

5. **La causa indígena se trasmutó a causa ciudadana;** ya que la marcha “desarmó” a sus enemigos y desenmascaró, a través de la demanda de autonomía, “los velos ancestrales de una cultura de discriminación y racismo que prevalecen aún en el país” (2001, p. 144).

Incidencia de la coyuntura en la entrevista Scherer-Marcos

La entrevista Scherer-Marcos se dio en una circunstancia mediática única. Julio Scherer fundador de la revista *Proceso* en coproducción con *Televisa*: dos polos históricamente opuestos y enfrentados en su concepción periodística e ideológica en el pasado trabajaron en conjunto en la coyuntura de la marcha zapatista. Esta sin duda obligó a Televisa a buscar una credibilidad de la que nunca ha gozado, (al ser identificada durante décadas como el puntal del sistema autoritario del régimen priísta) en el terreno político-noticioso. No es casual entonces la alianza, también coyuntural con Scherer, el cual por su parte catapultó, por así decirlo, a *Proceso* a un primer plano con la exclusiva de la entrevista a Marcos. En la coyuntura nada es casual, ni tampoco en la lógica del *rating*, como señala Villamil: “el *rating* es lo que determina, en el mundo de la televisión privada (junto con otros instrumentos de medición técnica como pueden ser el *share* o código de frecuencias de sintonización) los contenidos de la programación, su comercialización, su difusión y, por supuesto, el papel competitivo de un producto” (2001, p. 15).

Las condiciones de la proyección de la entrevista de Scherer a Marcos en televisión abierta, en horario “Triple A” (en términos de *rating*) asegura así un impacto determinado sobre la creación de la llamada “opinión pública” nacional e internacional que también se da en función de esa coyuntura discursiva.

¿Cómo actúan las restricciones que, según Robin, impone la coyuntura en el discurso concreto? Veamos algunos ejemplos y su análisis correspondiente en función de este enfoque:

“**Marcos.** “Lo que se está preguntando el gobierno mexicano es hasta que punto Marcos y el EZLN no están jugando con una apuesta de popularidad y de desgaste, a ganar tiempo. Antes, con Zedillo, nosotros estábamos dispuestos a firmar la paz con él, que era un imbécil, un mediocre, ahorita ya se puede decir, por qué no la vamos a hacer con Fox, que además es

producto de un proceso electoral legítimo de elección. A nosotros no nos espanta firmar la paz con la derecha, porque nuestro problema no es éste. Sería igual el problema si fuera la izquierda electoral la que estuviera en el poder.” (Scherer, 2001, p.15).

Del análisis de este párrafo de la entrevista, dónde Marcos responde a Scherer sobre las posibilidades del diálogo en el conflicto chiapaneco podemos establecer varios principios que actúan en torno a la coyuntura y que se enuncian en el discurso:

Marcos. “Lo que se está preguntando el gobierno mexicano es hasta que punto Marcos y el EZLN no están jugando con una apuesta de popularidad y de desgaste, a ganar tiempo (1). Antes, con Zedillo, nosotros estábamos dispuestos a firmar la paz con él, que era un imbécil, un mediocre, ahorita ya se puede decir (2), por qué no la vamos a hacer con Fox, que además es producto de un proceso electoral legítimo(3) de elección. A nosotros no nos espanta firmar la paz con la derecha, porque nuestro problema no es éste. Sería igual el problema si fuera la izquierda electoral (4) la que estuviera en el poder.

- 1) **“Lo que se está preguntando el gobierno mexicano es hasta que punto Marcos y el EZLN no están jugando (...), a ganar tiempo ”.**

La frase se inscribe como una pregunta válida del interlocutor necesario para el zapatismo (el gobierno federal) y que se plantea ante un hecho real, en este caso la caravana zapatista. En este caso Marcos utiliza las formaciones imaginarias para “plantarse” en el lugar del otro y desde ahí hacer los cuestionamientos propios de dicha coyuntura. Marcos no podría haber dicho otra cosa, pues ello hubiera significado su nula capacidad para entender el significado político de este hecho social en la lógica de la visión gubernamental.

- 2) **“Zedillo era un imbécil (...) un mediocre. Ahorita ya se puede decir...”**

La utilización de la frase denota que ya no operan en esta coyuntura las restricciones del poder en cuanto procedimientos de control del discurso. En esta expresión en particular no existe sanción. Su uso no atenta contra el nuevo aparato hegemónico del poder político, por lo que las consecuencias

de manejar esta frase por parte de Marcos se encuentran perfectamente medidas. Presupone implícitamente un ambiente de libertades distinto a la de la anterior presidencia conducida por Zedillo. El momento permite decir lo que se dice.

3) “Fox es producto de un proceso electoral legítimo”.

Aquí sí operan las restricciones del discurso, el “orden del discurso” del que nos habla Foucault (1970), en tanto que hay un reconocimiento explícito de la figura de poder, de la autoridad de Fox y de su legitimidad que en ese sentido es incuestionable. La restricción del discurso aplica en cuanto que decir lo contrario es faltar a la verdad: nadie va a negociar si antes no reconoce el poder con el que quiere negociar. El reconocimiento político del zapatismo a la autoridad de Fox es también una señal política de que su gobierno plantea un carácter distintivo de aquel, el priísta, contra el que el EZLN se alzó en armas en 1994.

4) “No nos espanta firmar la paz con la derecha (...) Sería igual el problema si fuera la izquierda electoral”.

La afirmación de Marcos contiene un juicio sobre la tendencia ideológica del nuevo poder político. Al ubicar a Fox como un gobierno de derecha y reconocer como su antagonica a la izquierda electoral se transparenta su formación imaginaria y se manifiesta su formación ideológica y discursiva. Nótese cómo no cataloga, por ejemplo, al gobierno de Fox como un adjetivo como “gobierno democrático” o “plural”, sino que lo ubica desde un análisis propio de la izquierda política de clara formación marxista. Cabe destacar que durante toda la entrevista operan tanto para Marcos como para Scherer las restricciones discursivas propias del formato de una entrevista y los códigos característicos en un discurso político y periodístico.

En el siguiente ejemplo se marca cómo Scherer cuestiona a Marcos en función de una posible coyuntura: un diálogo directo con el presidente Fox:

Scherer -Fox dice que lo invita a Los Pinos....

Marcos -Es una trampa. Finalmente está tratando de convertir un movimiento serio, reivindicativo en un evento de horario Triple A. Qué va a

ganar el país, qué van a ganar los pueblos indígenas y qué va a ganar el gobierno, ya como proyecto político, el que tenga, si es que lo tiene, con esa foto.

Scherer -¿Le haría un servicio a Fox?

Marcos -Por qué?...Sí, yo creo que saldría ganando mucho, pero qué..

Scherer -¿Y usted perdería?

Marcos -No, yo no, pero las comunidades sí, porque todo el movimiento que se levantó finalmente sería trivializado. Sería un fenómeno mediático hueco, tan breve, tan fugaz, tan soluble como fue el concierto ése de..." (Scherer, 2001, p.16).

Segmentando las estructuras discursivas alusivas a la coyuntura tenemos:

Scherer -Fox dice que lo invita a Los Pinos....(1)

Marcos -Es una trampa. Finalmente está tratando de convertir un movimiento serio, reivindicativo en un evento de horario Triple A.(2) Qué va a ganar el país, qué van a ganar los pueblos indígenas y qué va a ganar el gobierno, ya como proyecto político, el que tenga, si es que lo tiene, con esa foto.(3)

Scherer -¿Le haría un servicio a Fox?

Marcos -Por qué?...Sí, yo creo que saldría ganando mucho, pero qué..

Scherer -¿Y usted perdería?

Marcos -No, yo no, pero las comunidades sí, porque todo el movimiento que se levantó finalmente sería trivializado. Sería un fenómeno mediático hueco, tan breve, tan fugaz, tan soluble como fue el concierto ése de...(4).

1) "Fox dice que lo invita a Los Pinos..."

La frase corresponde a una expectativa que se creó incluso desde antes del inicio de la caravana zapatista, en la que Fox, como señalamos con anterioridad, se convirtió en uno de los principales promotores. La invitación a Los Pinos se reiteró una vez más cuando Marcos y la dirigencia zapatista se encontraba ya en las instalaciones de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y, aunque nunca se concretó, fue parte de una estrategia reiterada del poder para mostrarse como abierto al diálogo con el EZLN. Evidentemente Fox supo leer en ese momento la sinergia creada por la presencia zapatista y el hecho de que su invitación sería ampliamente difundida por los medios de comunicación. Lo que hace Scherer es reiterar ante Marcos esta situación que se da precisamente en esa coyuntura

2) “(Fox) está tratando de convertir un movimiento serio, reivindicativo en un evento de horario Triple A”

La afirmación de Marcos va en el mismo sentido de la lectura del papel que en ese momento considera están jugando los medios (como lo establece desde el principio de la entrevista cuando asegura que son éstos los que establecen la agenda política) y de la relación que Fox establece con los medios para autopromocionarse. Implícitamente señala que el presidente no tiene seriedad ni formalidad en sus planteamientos más dados al espectáculo mediático.

3) ¿Qué van a ganar los pueblos indígenas y (...) el gobierno (...) con esa foto?

La frase reitera lo anterior y subraya la importancia de la coyuntura de acercamiento del EZLN y del gobierno que no debe ser desperdiciada en cuestiones que juzga intrascendentes. Su argumentación responde también a lo que considera está esperando el pueblo mexicano: una solución justa al conflicto chiapaneco y no “un concurso de popularidad”. Reitera de nueva cuenta la autoridad de los pueblos indígenas sobre sí mismo, sobre lo que puede o no decir como su portavoz.

4) “Sería un fenómeno mediático hueco, tan breve, tan fugaz, tan soluble como fue el concierto ése de...”

Sin mencionarlo directamente, la frase denota su conocimiento y su descalificación del famoso “Concierto por la Paz” organizado por *Televisa* y *TV Azteca*. El implícito apunta a su opinión sobre el manejo y la cobertura informativa de estas empresas que no han comprendido, han minimizado o han manipulado el verdadero sentido de la marcha zapatista y del alzamiento del EZLN en general.

Como se puede observar, la relación coyuntura-discurso se encuentra fuertemente establecida en la enunciación de los actores políticos y evidencia u oculta, según sea el caso los intereses que la sustentan. En suma, la triple relación ya establecida entre la formación social, la formación ideológica y la formación discursiva.

3.5. Relación Ideología-discurso

De acuerdo al enfoque de la Escuela Francesa de Análisis del Discurso, los funcionamientos del poder y de la ideología se encuentran fuertemente ligados. En toda formación social existen prácticas ideológicas que sostienen el poder establecido y también que lo cuestionan (Rodríguez Alfano, 1993. p. 34).

Haidar (2000. p. 49) señala que lo ideológico se materializa en: a) Los aparatos y las instituciones; b) Las prácticas sociales, en general; c) Las prácticas sociales discursivas: verbales y semióticas; d) Las estructuras espaciales y e) Los diferentes sistemas semióticos como son los emblemas, los ritos, la moda, etc.

En el sentido en que lo ideológico se materializa en las prácticas sociales discursivas, se establece que nuestro lenguaje cotidiano se encuentre permeado de ideología. Desde la perspectiva del análisis del discurso ésta atraviesa todos los actos de enunciación y condiciona nuestra actitud frente al mundo.

Según lo propone Olivier Reboul (1980) existe una relación intrínseca entre lenguaje e ideología que revela las coacciones (de orden social) que pesan sobre el discurso.

El carácter difuso de lo ideológico lleva a plantear una falsa libertad en el discurso que en realidad no existe. En la misma línea que Foucault (1970) Reboul subraya que el poder de la ideología crea en los sujetos del discurso la falsa sensación de ser emisores de un discurso libre:

"Al darle a cada uno la ilusión de ser un sujeto autónomo, dueño de sus pensamientos y de sus decisiones, la fórmula ideológica hace del sujeto un "sujetado" que quiere de sí mismo lo que se quiere que haga" (Reboul, 1980. p.8).

Este poder de la ideología se revela no sólo en lo que decimos, sino incluso en lo que callamos o tabuizamos. De modo que, en esta postura, nunca podemos escapar a la proyección de nuestra ideología y de los rasgos que la constituyen: según lo plantea Reboul en la óptica marxista, el discurso es por naturaleza ideológico, es decir, partidista, pensamiento disimulador, racional y está siempre al servicio del poder.

En la imposibilidad del discurso libre se revelan no sólo las restricciones al lenguaje, sino los procesos socioculturales donde estos condicionamientos del discurso se producen. Reboul destaca la relación del discurso con el poder y la ideología en tanto esta se presenta como un código no lingüístico que regula el habla (Rodríguez Alfano, 1993. p. 37, Reboul, 1980, p. 11).

En el contexto del discurso político que abordamos al tomar como referencia a Marcos y al zapatismo, la lucha ideológica tiene su mayor fuerza precisamente en el campo de los discursos y su relación con el poder, y las formas en que este poder (dominante en el caso del foxismo y emergente en la estrategia zapatista) pretende legitimar socialmente su discurso. Reboul señala al respecto:

"El discurso que legitima el poder es sobre todo de orden racional. Se justifica ya sea por el consenso de los ciudadanos, ya por la función que asume y los servicios que presta (...) el poder moderno quiere ser racional, y todo su discurso procura justificar lo que es" (Reboul, 1980, p. 27).

Haidar destaca esta eficacia de la ideología en el discurso, en tanto que para Reboul "la eficacia de la ideología deriva de que confiere a las palabras no sólo un sentido, sino también un poder: poder de persuasión, de convocatoria, de consagración, de estigmatización, de rechazo (...) este poder (...) se basa en que se postula como racional y crítica para disimular su verdadero funcionamiento".

Cuando esto no funciona se apela a la fuerza física o simbólica (Haidar, 2000, p.48 y Reboul, 1986, pp. 20-21,30-33).

Entre otros autores que se ocupan de la relación discurso-poder-ideología, Eliseo Verón (1978) sostiene que la noción del discurso designa "todo fenómeno de manifestación espacio-temporal del sentido, cualquiera que sea el soporte significativo" (1978, p. 1) El sentido es definido como el producto de un trabajo social de producción, por lo que no se limita a la dimensión lingüística.

El discurso se relaciona necesariamente con el poder. Para Verón el concepto de poder remite, por una parte, a una problemática socio-política y por otro a los efectos discursivos del poder del discurso que se encuentran en relación con dichas estructuras de poder:

"Si un discurso manifiesta un cierto poder, es porque ese poder le viene dado por el poder (instituido, histórico, de la dominación en una sociedad

determinada). Estamos condenados, en nuestro propio discurso, a expresar el poder mismo que nos domina" (1978, p. 4).

Para Verón las ideologías son "formaciones históricamente determinadas e identificables". Las ideologías se expresan en el discurso en lo ideológico que "designa, no un tipo de discurso, sino una dimensión de todo discurso determinada por la relación entre las propiedades discursivas y sus condiciones de producción" (p. 2). El poder designa la dimensión de efecto de un discurso y nombra asimismo formaciones históricas asociadas a formas institucionales (*Ibid*).

Señala la necesidad de distinguir entre la problemática del poder y la problemática de lo ideológico con el fin de distinguir las condiciones de producción discursiva y las condiciones de recepción de los discursos (Rodríguez Alfano 1993, p. 3 y Verón, 1978, p. 5):

Un mismo discurso produce efectos diferentes en momentos históricos diferentes (...) "lugares" o "niveles" de la sociedad. No es posible, en consecuencia deducir el efecto, a partir de las características ideológicas, es decir, de las condiciones de producción). Esto no quiere decir que las condiciones de producción de un discurso no estén sistemáticamente relacionadas con sus condiciones de reconocimiento; pero ésta relación es compleja; no puede ser interpretada como una relación directa o lineal" (1978, p.5).

La ideología es definida de distintas maneras por diferentes escuelas de pensamiento. En el marxismo, donde este concepto no se encuentra fijado en forma definida y es campo de frecuente polémica: "El marxismo es uno de los ejemplos más claros de cómo un pensamiento libertario y crítico, al convertirse en doctrina, se vuelve ideológico. Un pensamiento dirigido a poner fin a la explotación puede servir a otra forma de dominio". (Luis Villoro, 1985, p. 10).

Para Villoro es posible encontrar al menos dos vertientes para explicarla (*Ibid*). La ideología es entonces:

- a) Un conjunto de creencias generales sobre el mundo y la sociedad
- b) Conciencia falsa sobre la realidad

A partir del análisis de las propias posturas de Marx al respecto de la ideología y cómo esta se manifiesta en sus escritos, Haidar (1996) distingue dos corrientes o tendencias:

- 1) **La tendencia gramsciana**, “en la cual se privilegia un sentido amplio del término, según el cual, la ideología se manifiesta en todos los procesos y prácticas sociales (incluida la ciencia y el arte) y su función es formar un consenso social en torno a un proyecto hegemónico, de tal modo que, a través de sus funcionamientos, los seres humanos adquieren conciencia de su posición, sus problemas y sus luchas” (p. 87). Esta tendencia correspondería una definición de ideología amplia (Rodríguez Alfano, 1993, p. 35 y Haidar, 1990).
- 2) **La corriente althusseriana**, que privilegia la ideología en sentido restringido. La ideología juega aquí un papel de falsa conciencia, es “la deformación o el ocultamiento de la realidad, la cual se manifiesta en las ideologías políticas, jurídicas, morales, religiosas, etc; y su función es constituir a los individuos en sujetos sociales, atrapándolos en las redes de la ilusión fetichista y deformante, con el fin de reproducir las relaciones de dominación y explotación”. (Ibíd. p.88)

En la primera de estas definiciones las ideologías son las creencias fundamentales de un grupo y de sus miembros que se encuentran en relación con su actividad práctica. Desde la filosofía de la praxis Adolfo Sánchez Vázquez (1983, p. 145) define la ideología como: “a) Un conjunto de ideas acerca del mundo y de la sociedad que b) responde a intereses, aspiraciones o ideales de una clase social en un contexto social dado y que c) guía y justifica un comportamiento práctico de los hombres, acorde con esos intereses, aspiraciones o ideales”.

Desde la postura restringida Althusser opone ideología y ciencia y señala que si bien las representaciones de la ideología se refieren al mundo donde viven los hombres, se ubican en las estructuras de las relaciones de clase, donde “estas representaciones no son conocimientos verdaderos del mundo que representan. Pueden contener elementos de conocimientos, pero siempre integrados y sometidos al sistema de conjunto de estas representaciones, que es, en principio, un sistema orientado y falseado, un sistema regido por una falsa concepción del mundo, o del dominio de los objetos considerados” (1968, p. 47)

Lo importante de la ideología, según Althusser, es su función social, en tanto da cuenta de la superestructura de la sociedad y por lo tanto de la estructura de clases:

“El sentido de su función social (...)no puede ser puesto en evidencia más que concibiendo la ideología, con Marx, como un elemento de la superestructura de la sociedad, y concibiendo la esencia de este elemento de la superestructura en su relación con la estructura de conjunto de la sociedad” (1968, p. 52).

Pese a esta delimitación teórica, lo cierto es que el concepto de ideología sigue siendo uno de los términos cuyo significado sigue siendo más variable e impreciso. Villoro (1985) señala que su uso ha sido diverso y que no todos los que lo emplean tienen una idea clara de su significado: “Mientras en la mayoría (de los seguidores del marxismo), como en Lukács y en Althusser, conserva su sentido original de “falsa conciencia”, en otros se aplica también a cualquier conjunto de creencias ligadas a una clase social, aunque se considere verdaderas” (pp.15-16.)

El extremo de esta vaguedad del concepto lo representa Karl Manheinn, para quien, desde la sociología del conocimiento, “ideología significó cualquier conjunto de conocimientos o de creencias, verdaderas o falsas, que estuvieran condicionadas socialmente; se llegó a así a un “panideologismo” pues cualquier creencia podía, en ese sentido, ser tildada de ideología”. (Ibid)

Dada la complejidad del término en el pensamiento marxista Villoro (pp.17-19) propone cuatro sentidos clasificatorios que según él, se encuentran presentes en el tratamiento marxista del problema de la ideología y que aquí sólo mencionaremos:

Se entiende por ideología:

- 1) Conjuntos de enunciados que tienen estas dos características: a) Presentan los productos de un trabajo como cosas o cualidades de cosas independientes de ese trabajo; b) explican el proceso de producción por esos productos cosificados.
- 2) Conjunto de enunciados que presentan como un hecho o cualidad objetiva lo que es cualidad subjetiva.

- 3) Conjuntos de enunciados que expresan creencias condicionadas, en último término, por las relaciones sociales de producción.
- 4) Conjuntos de enunciados que expresan creencias que cumplen una función social; a) de cohesión entre los miembros de un grupo; b) de dominio de un grupo o de una clase sobre otros.

Citado por Rodríguez Alfano (1993, p. 35) Michel Simon (1978) sintetiza las diferentes concepciones de ideología en relación a las clases sociales, mismas que establece de esta manera:

- 1) Marx: "La ideología está ligada a los intereses de clase. La ideología dominante pertenece a la clase dominante". (1978, p. 51).
- 2) Gramsci: "Cada clase segrega su capa de intelectuales orgánicos que le dan su homogeneidad y la conciencia de su formación social. Sin embargo, es necesario tomar en cuenta dos clases en particular: la clase dominante que cimenta con su ideología el bloque histórico y la clase subordinada esencial (clase obrera en el modo de producción capitalista), cuya ideología es la única alternativa a la dominación de la ideología dominante"(1978, p. 56).
- 3) Althusser: "Las posiciones de clase sostienen las diferentes ideologías que se enfrentan en el campo ideológico. La ideología constituye la clase como clase. La clase dominante asegura su dominación asegurándose el control de los aparatos ideológicos del estado" (1978, p. 253).

En el análisis del discurso de la entrevista Scherer-Marcos se aplicará la concepción marxista de ideología desde las diferentes perspectivas teóricas de los autores de la Escuela Francesa de Análisis del Discurso.

Para Althusser (*Ideología y Aparatos Ideológicos del Estado*, 1968) los Aparatos Ideológicos del Estado cumplen la función de reproducir las condiciones (sociales) de producción (reproducción de la fuerza de trabajo, del Estado, de la infraestructura y superestructura), aunque no se definen en estos. De acuerdo a su enfoque los Aparatos Ideológicos del Estado son "cierto número de realidades que se presentan al observador bajo la forma de instituciones precisas y

especializadas” (p.109). Entre ellos distingue a los AIE religiosos, los escolares, los familiares, los jurídicos, los políticos, los sindicales, los de información y los culturales. Estos presentan un carácter diferente al aparato represivo del Estado por su *pluralidad* y por su dominio *privado*: “Lo que distingue a los AIE del aparato (represivo) del estado es esta diferencia fundamental: el aparato (represivo) del estado “funciona con violencia” mientras que los aparatos ideológicos del estado funcionan sin violencia” (p.111).

3.5.1. Rasgos y mecanismos de la ideología

No hay Ideología con mayúsculas sino ideologías. Cuando se le estudia debe dejarse de lado la pretensión (que la propia ideología dominante crea) de considerar a una más verdadera que otra y como el paradigma para juzgar a las demás. A diferencia del sentido althusseriano que acabamos de describir, la interpretación de Gramsci, que aquí se expone a través de las interpretaciones de Rodríguez Alfano, sobre la ideología presenta características más dinámicas, en tanto niega una explicación determinista y mecanicista de los mecanismos propios de la ideología. De esta manera se rechaza que cualquier manifestación política e ideológica en una sociedad sea reflejo directo de la estructura económica. Para él resulta fundamental entender el nexo dialéctico de la sociedad política y la sociedad civil dentro de la superestructura:

“Gramsci representa un avance de la posición clásica del marxismo, pues distingue dos formas de ejercicio del poder por el Estado: el consenso ideológico y los mecanismos de coerción. Tal propuesta se fundamenta en la categoría de bloque histórico, constituido por la sociedad política y la sociedad civil que, según Gramsci (1929, 1939 y 1931) comprende a la hegemonía político-cultural que un grupo ejerce sobre toda la sociedad como contenido ético del estado” (Rodríguez Alfano, 1993, p. 36).

La sociedad política se encuentra conformada por un grupo de instituciones (gobierno, parlamento, magistrados, ejército, etc) que representan intereses particulares y ejercen funciones de coerción y la sociedad civil, integrada por una serie de instituciones que producen y difunden la ideología y la cultura (iglesia, medios de comunicación, clubes, bibliotecas, escuelas) y que enfrentan las

distintas clases sociales en la lucha ideológica y política. A diferencia de Althusser instituciones como la escuela o los medios de comunicación no son Aparatos Ideológicos del Estado, sino expresiones de la sociedad civil en una sociedad de clases (Robertson Sierra, 1993, p. 70 y ss). En este sentido la ideología no es sólo la justificación de un poder económico y político, pues el Estado no ejerce una acción de ideologización homogénea y unitaria, sino existe más bien una dialéctica que posibilita la diversidad ideológica.

Citado por Haidar (2000, p. 48), Robin (1973, p. 103) define los rasgos fundamentales que caracterizan a una ideología:

- a) Las ideologías no son arbitrarias, sino orgánicas e históricamente necesarias.
- b) Las ideologías tienen la función de desplazar las contradicciones reales de la sociedad y reconstituir sobre el plano imaginario un discurso relativamente coherente que sirve de horizonte a lo vivido por los sujetos sociales.
- c) Una ideología es inconsciente de sus propias determinaciones, de su lugar en el campo de la lucha de clases y
- d) Las ideologías tienen una existencia material, entendida como una serie de prácticas con una estructura institucional.

En la misma línea que la planteada por la Escuela Francesa de Análisis del Discurso en torno al análisis de las características de la ideología y el funcionamiento de los mecanismos ideológicos, Olivier Reboul (*Lenguaje e Ideología*, 1980) advierte que la ideología se presenta como coacción de orden social que regula el habla de los sujetos discursivos:

"No se habla como se quiere. Sobre nuestro lenguaje pesan ciertas coacciones que, sin embargo, no son coacciones lingüísticas. Yo llamo coacciones lingüísticas a las que determinan nuestra pronunciación, nuestro vocabulario, nuestra sintaxis y que no se pueden transgredir sin riesgo de ser mal comprendido. Pero hay otras que son de orden social y operan en el nivel de la lengua (...) hay coacciones más distantes de la lingüística en sentido estricto y que yo llamo ideologías" (p.11).

El análisis de la ideología revela para Reboul la imposibilidad del discurso libre, tan es así que no sólo no decimos lo que queremos, sino que también el sentido de nuestras palabras está regulado por la ideología dominante. (1980, p. 11) En este caso el contexto social donde se produce es lo que le da sentido. El poder de las palabras se demuestra en expresiones "ideologizadas" como "democracia burguesa", "libertad", "partido de los trabajadores", etc., términos que nos remiten a determinadas formaciones imaginarias (Pêcheux, 1969) que se hacen los sujetos en las prácticas discursivas concretas.

Como lo destacamos anteriormente en la consideración de otros autores, Reboul subraya que la propia historia del término "ideología" ha significado distintas cosas en diferentes etapas de la historia. Adscrita al filósofo Destutt de Tracy (1796) la expresión originalmente era sinónimo de ciencia positiva del espíritu o teoría de la formación de las ideas; sin embargo en el sentido "cesariano", tal parece que fue Napoleón quien conceptualizó a la ideología como algo engañoso y abstracto. Los ideólogos serían así individuos peligrosos "doctrinarios abstractos, nebulosos, idealistas y peligrosos (para el poder) que habría que rechazar". (1980, p. 12 y ss). Lo ideológico es visto como lo irrealista y lo sectario, "peligroso para el orden constituido"(Ibid).

En el sentido marxista, Reboul destaca que son varios las maneras en que Marx emplea el término, pero uno de los usos más difundidos es el que utiliza en *La ideología alemana* (1843) en que la ideología aparece como una "ilusión óptica":

"Si en toda ideología, los hombres y sus relaciones aparecen situados cabeza abajo como en una cámara oscura, este fenómeno proviene de su existencia histórica, tal como la inversión de los objetos en la retina deriva de su existencia directamente física" (Marx, 1975, p. 212).

La ideología, sigue afirmando Reboul, es en Marx "la expresión y la justificación de lo que llamará más tarde superestructura (1980, p. 14). Critica la visión marxista de la ideología porque Marx afirma que las ideologías "no tienen historia", lo que "mistifica" también su propia definición operativa de ideología.

Es precisamente el marxismo, señala Reboul, quien pretendiendo clarificar el sentido de la ideología recrea otra con su pretensión de cientificidad:

“En este momento, el marxismo mismo ¿no es acaso un eco, un reflejo, un sublimado del proceso material que está en su base? Pierde entonces toda autonomía y no puede, como ninguna otra ideología, aspirar a la cientificidad. Ciertamente los marxistas pretenden quebrar el círculo afirmando que su conocimiento de la ideología los libera; que su teoría, al apoyarse sobre la praxis y las luchas proletarias marcha con el sentido de la historia. El marxismo no es, pues, una ideología, sino el socialismo científico (...) esta pretensión es el ejemplo perfecto del discurso ideológico” (1980, p. 16).

En el sentido sociológico, desde el punto de vista de la sociología del conocimiento, la ideología es toda representación colectiva que puede ser estudiada desde fuera. Citando a Jacques Ellul (1973, p. 338) afirma que “es un complejo de ideas y/o creencias que se relacionan con ciertas ideas. Ideas que vienen a nutrir ciertas creencias” (1980, p. 17).

Reboul destaca que su función es la de servir de código implícito a una sociedad que le permite expresar sus experiencias, justificar sus acciones y sus conflictos: “darse un proyecto común” (*Ibid.*).

Son cinco los rasgos distintivos de la ideología de acuerdo a Reboul (*Ibidem*):

- 1) Toda ideología es por definición partidista.
- 2) Una ideología es siempre colectiva.
- 3) Una ideología es necesariamente disimuladora.
- 4) Toda ideología se cree racional.
- 5) Es un pensamiento al servicio del poder.

Establecemos la definición operacional de Reboul y ejemplificamos con segmentos selectos de la entrevista de Scherer a Marcos para nuestro análisis:

Toda ideología es por definición partidista

La ideología es partidista porque, como en el caso de los partidos políticos, pertenece a una comunidad limitada y por lo tanto es parcial en sus afirmaciones. La ideología entra en polémica frente a otras ideologías porque generalmente busca imponer el poder de sus convicciones, combate para vencer. (1980, p.18)
Esto es propio del discurso político donde las pugnas ideológicas subrayan las

diferencias, en ocasiones antitéticas de las ideologías, como las representadas entre Marcos y Fox:

“Aparte de que los dos ejercen una forma de poder, una forma de influencia, ¿hay algo en lo que se parezcan?

-En que contamos malos chistes los dos, en todo caso... Pero fuera de ello, no sólo representamos dos mundos diametralmente opuestos, sino que el paso siguiente también es diametralmente opuesto. Nosotros estamos marcando el mundo que camina hacia el reconocimiento de las diferencias, y él está caminando al mundo que va a hegemonizar y homogenizar no sólo al país, sino al planeta entero (...) Planteamos un mundo antitético al que representa Vicente Fox y vamos más allá porque nosotros decimos que en el mundo que proponemos también cabe Vicente Fox, mientras que en el mundo que él propone nos resulta muy claro que los zapatistas no caben” (Scherer, p.12).

Marcos patentiza cómo desde su formación imaginaria Fox representa una ideología antitética a la del zapatismo y destaca las razones de la pretendida superioridad de los argumentos del EZLN respecto a su enemigo ideológico: el gobierno foxista.

Una ideología es siempre colectiva

No existe ideología que no le deba nada a nadie. Los individuos, aun los más geniales (en el sentido histórico) representan en sus ideologías herencias del contexto social en el que se desenvuelven y que condicionan su actuar:

“Los autores están a veces condicionados, aun sin saberlo, por la ideología de su tiempo o de su medio. Esto se comprueba en las palabras-obsesiones de sus discursos, y más todavía en sus silencios, en lo no dicho que subyace a lo que dicen” (Reboul, 1980, p.19).

La ideología “es el pensamiento anónimo, un discurso sin autor: es lo que todo el mundo cree sin que nadie lo piense” (1980, p. 19). Este sentido colectivo de la ideología se hace presente en el discurso de Marcos, en donde la palabra insistente es el “nosotros”, entendido como el sujeto colectivo que se representa en la lucha indígena del EZLN donde él se reconoce:

“México tiene casi 200 años como nación independiente, y en todo momento los indígenas han aparecido como la parte fundamental, pero en ningún momento se ha reconocido tal cosa. No pueden apostar a desaparecernos, porque han fracasado ya (...) ¿por qué no reconocer que los indígenas ahí están y que es preciso darles la oportunidad? Nosotros lo que queremos es

una oportunidad. Si fracasamos, pues lo vamos a asumir. Aunque no vamos a estar peor que como estábamos antes" (Scherer, 2001, p. 18).

El sujeto colectivo, el "nosotros" actúa implícitamente desde el consenso, la voz en que se reconoce, en este caso la tradición de resistencia indígena, el discurso reivindicativo y confrontador del zapatismo. Como señala Reboul "la ideología no es el pensamiento del individuo; es el hecho de que éste pensamiento se sitúa en un "ya pensado", que lo determina sin que él lo advierta" (1980, p. 20).

Una ideología es necesariamente disimuladora

La ideología "se esconde" en el discurso y se "arropa en el lenguaje". Tiende a ocultar su propia naturaleza y a pretender hacerse pasar por lo que no es "si reconociese su esencia de ideología se destruiría" (1980, p. 20). En este sentido **busca también ser hegemónica** y suscitar la aprobación y aceptación de los demás. En la confrontación ideológica entre lo que representa el zapatismo y sus diferencias con el foxismo, Marcos denuncia el trasfondo del Plan Puebla-Panamá apoyado por el gobierno federal en su pretensión globalizadora:

"A la gente le ofrecen un mundo idílico donde supuestamente no hay fronteras para comprar o vender... Pero las fronteras no sólo permanecerán, sino que van a multiplicar, como ocurrirá con el proyecto Puebla-Panamá, que será un gran crimen: Estados Unidos correrá la frontera hasta aquí" (Scherer, 2001, p. 13).

Este justificarse de la ideología actúa en todos los ámbitos bajo la pretensión de la verdad. Las ideologías políticas y religiosas son el mejor ejemplo de ese pensamiento que se cree autónomo cuando en verdad depende de factores anteriores y exteriores del pensamiento.

Toda ideología se cree racional

Toda ideología se cree la verdadera y elabora argumentos racionales para justificarse como tal. Reboul destaca los ejemplos del racismo moderno, que apoyado en argumentos seudocientíficos, intenta justificar la superioridad de una raza sobre otra. En este caso la ciencia es utilizada como el dogma que justifica la autoridad de sus argumentos:

“Una ideología pretende ser crítica. Cuando refuta a sus adversarios lo hace mediante argumentos racionales, al menos en apariencia. Y cuando recurre al argumento de autoridad, es porque considera a la autoridad en cuestión como científica o razonable, o conforme con lo real. La más dogmática de las ideologías no admitirá jamás su dogmatismo” (1980, p.21).

En la lucha ideológica entre el zapatismo y el gobierno federal los argumentos de cada parte revisten este carácter de racionalidad. Esta es determinante para la adhesión y el convencimiento y Marcos lo sabe, por lo que intenta establecer todos sus razonamientos de forma lógica:

Marcos “—Mira, lo que nosotros pensamos es que esta guerra está perdida. La guerra sucia está perdida. De una u otra forma, nuestra presencia y la persistencia de los procesos en América Latina quieren decir una cosa que nadie se atreve a reconocer: la guerra sucia la perdieron los de arriba, los que la hicieron, que finalmente no pudieron acabar con los movimientos armados, porque siguen resurgiendo. Si nosotros fracasamos en la vía del diálogo —y nos estamos refiriendo al EZLN y a Fox- la señal va a ser clarísima para los movimientos más radicales...” (Scherer, 2001, p. 13).

La argumentación de Marcos marca la distinción entre el EZLN y los otros movimientos guerrilleros del país y establece la racionalidad de este proceso, que al parecer no ha sido entendido en la racionalidad de los partidarios de la “guerra sucia”.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Es un pensamiento al servicio del poder

Una ideología justifica y legitima siempre cierto tipo de poder. Elabora sus argumentos para demostrar la superioridad de esta frente a otro tipo de ideologías.

Reboul señala que Marx ha puesto muy atinadamente la relación entre la idea y la “dominación” que es lo propio de toda ideología:

“Lo que hace de la ideología algo muy diferente de una simple visión del mundo es que está siempre al servicio del poder, y su función es la de justificar su ejercicio y legitimar su existencia. Naturalmente el poder del que se trata es colectivo, es el que ejerce un grupo social sobre otro” (1980, p. 22).

Reboul destaca que las ideologías aseguran el control y la obediencia social de manera tal que la coacción tiende a ejercerse en el discurso, que es reconocido como válido, por consenso o por necesidad. Reconoce la validez en este punto del

argumento de Marx en el sentido de que el poder de la ideología "es colectivo, es el que ejerce un grupo social sobre otro" (1980, p. 22).

Para establecer la relación entre poder e ideología y luego clasificar los tipos de ésta, Reboul define el poder como "toda dominación durable del hombre sobre el hombre, que se apoya, ya sea sobre la fuerza, ya sobre la legitimidad, lo que le permite hacerse obedecer sin tener que imponerse violentamente a cada paso" (1980, p. 22). El poder adopta las apariencias más distintas como la forma política, la económica, la docente, etc.

En este punto Reboul se separa de una definición restringida de ideología, porque asegura que "el poder al que sirve la ideología puede no ser el poder establecido. Puede ser también un poder que se intenta tomar o recuperar" (1980, p. 23).

Para fines clasificatorios distingue tres tipos de ideologías:

- 1) **Las ideologías difusas**, que son las constituidas por un complejo de creencias ampliamente extendidas y sirven para justificar el poder en vigencia.
- 2) **Las ideología sectarias**, propias de las minorías que aspiran a tomar el poder y se hallan en abierto conflicto con la ideología difusa; desprecia lo que está y predica el cambio.
- 3) **Los segmentos ideológicos**, o ideologías segmentarias, entendidas como los complejos de creencias que se encuentran dentro de ideologías muy diferentes (difusas o sectarias). Ejemplos de esta son el nacionalismo, el sexismo y el racismo, que no necesariamente se encuentran institucionalizadas en una sociedad.

Dentro de la entrevista analizada encontramos diversas formas en que estos tipos de ideologías se manifiestan en el discurso de Scherer y de Marcos y sobre todo que se contraponen cuando el líder zapatista se refiere al presidente Fox y en general al Estado Mexicano.

Para definir la función del discurso ideológico, Reboul propone una revisión del modelo de comunicación propuesto por Jakobson (1963), quien distingue seis funciones del lenguaje: la función referencial, la función expresiva, la función

incitativa, la función poética, la función fática y la función metalingüística. A cada una de estas funciones les señala mecanismos de funcionamiento ideológico particulares:

“Si Jakobson tiene razón, su teoría debe aplicarse a todos los discursos, también al ideológico. Postulo que este último no tiene una función específica, sino una manera específica de cumplir las seis funciones. Se sirve de ellas para justificar un poder” (1980, p. 50).

Propone una reformulación de esas categorías dado que “la teoría de Jakobson apunta a la comunicación interindividual y referida a dos puntos únicos: aquí y ahora, un individuo le comunica algo a otro. Pero el discurso ideológico es un hecho social” (p. 50).

3.5.2. La creación del referente

Reboul se interesa por destacar lo que considera los procesos que caracterizan al discurso en cuanto su función referencial; es decir, en tanto son dichos por alguien y recibidos por otros: “Toda palabra que afirma, niega, explica, etc., se apoya sobre algo que es su **referente**, que puede ser tanto imaginario como real” (1980, p. 57). “¿Para qué se habla? Para informar, explicar, precisar, enseñar; en suma para conocer algo” (p. 45).

El referente se recrea según las ideologías particulares y tiene que ver con el contexto cultural donde se producen los discursos. En el discurso político los actores hablan desde sus posiciones, privilegiadas o no y recrean el mundo desde sus formaciones imaginarias: “el referente no es el mundo tal como es en sí mismo, sino el mundo tal como lo percibe una cultura dada” (p. 58). En la entrevista de Julio Scherer a Marcos éste habla de Fox y de la sociedad civil desde su perspectiva particular que constituye entonces su referente:

“Tiene que entender él, tienen que entender todos, que no somos una fuerza política propiamente; somos un grupo armado haciendo política, y en ese sentido arrastramos carencias, errores de criterio, un horizonte muy pequeño, caminando en el filo del mesianismo y del realismo político” (Scherer, 2001, p. 13).

Cuando Marcos habla de la sociedad civil, su referente se encuentra delimitado en parte por la esfera de sus seguidores y quienes sienten inquietud por el zapatismo. Cuando habla de la clase política lo especifica, porque sabe que ésta es fundamentalmente su interlocutor.

3.5.3. La apelación objetivadora y la amalgama

La **apelación objetivadora y la amalgama** tienen que ver con esas estrategias ideológicas por las cuales conceptualizamos algo que esconde múltiples referencias. Reboul señala que la amalgama se sirve de este reduccionismo para asimilar realidades diferentes:

“La misma palabra puede referirse a realidades totalmente diferentes según la ideología de los que la emplean. Así ocurre con “democracia” en el discurso marxista y en el discurso burgués (...) la misma indicación vale para la palabra “totalitario”...” (1980, p. 59).

Mientras la apelación objetivadora crea su objeto para servir a un poder (como la expresión “enemigos del pueblo”) la amalgama se sirve de un término reductor para asimilar realidades diferentes:

“La amalgama es en realidad el cruce de tres funciones: metalingüística, fática y referencial. En efecto, la atribución de un mismo nombre a realidades diferentes (metalingüística) conduce a identificarlas (referencial), eliminando los términos que expresarían las diferencias, por lo tanto limitando el campo del discurso (fática)” (1980, p. 60).

Scherer aplica esta estrategia de reducción cuando dimensiona a Fox como un líder y lo compara con el liderazgo que el EZLN protagoniza respecto del mundo indígena:

Scherer “-¿Cómo cabría Fox en el mundo de ustedes, siendo un líder, en la dimensión que se quiera, de la libre empresa?

Marcos -Aprendiendo. Pensamos que la libre empresa puede aprender a relacionarse con nosotros. No creemos que todos los empresarios sean ladrones, pues algunos han construido su riqueza por medios honorables” (Scherer, 2001, p.12).

Marcos, por su parte aplica esta estrategia cuando ubica en principio a los empresarios mexicanos bajo la categoría de ladrones, aunque después aclare que la generalización no aplica de manera automática.

3.5.4. La presuposición

En el lenguaje se manifiesta con toda su fuerza la ideología. Reboul (1980) afirma que sobre nuestro lenguaje pesan coacciones de orden social que operan en el nivel de la lengua (p.11) y que determinan lo que decimos y el sentido de lo que decimos. Por lo anterior se puede afirmar que no existe el discurso libre. La ideología atraviesa el lenguaje y el lenguaje en todo momento se encuentra en relación al poder y sirve para legitimar el poder.

En Lenguaje e ideología Reboul describe su acercamiento al análisis del concepto de ideología a través de una revisión crítica del concepto "tradicional" de ideología del marxismo. En esta revisión sostiene en forma general la postura althusseriana sobre la ideología identificándola como una falsa conciencia (Althusser, 1968, p.123) de forma tal que esta "da al individuo la ilusión de ser un sujeto autónomo, dueño de sus pensamientos y de sus decisiones (así) la fórmula ideológica hace del sujeto un "sujetado", que quiere de sí mismo lo que se quiere que haga" (p.8). Contrario a algunos planteamientos que separan el pensamiento ideológico del científico, (mismo que podemos ejemplificar en la pretensión del marxismo como "ciencia" opuesta a la ideología o en la ciencia "libre de valores" de la sociología weberiana) sostiene que no hay sujetos autónomos y que en el lenguaje no podemos escapar a la proyección de nuestra ideología tanto en lo que hablamos como en lo que callamos:

No se habla como se quiere. Sobre nuestro lenguaje pesan ciertas condiciones que, sin embargo, no son coacciones lingüísticas. Yo llamo coacciones lingüísticas a las que determinan nuestra pronunciación, nuestro vocabulario, nuestra sintaxis y que no se pueden transgredir a riesgo de ser mal comprendido. Pero hay otras que son de orden social y operan al nivel de la lengua (son) coacciones más distantes de la lingüística en sentido estricto y que llamo yo ideologías (p.11).

Reboul afirma que la ideología usa al lenguaje para legitimar al poder, de manera tal que representa un discurso que no es libre de interrogarse sobre su propia verdad y se escuda en la funciones del lenguaje:

“El dominio privilegiado de la ideología, aquel donde ejerce directamente su función específica, es el lenguaje. Por el lenguaje la ideología le ahorra al poder el recurso a la violencia, suspende el empleo de ésta, o la reduce al estado de amenaza lejana, de implícita ultima ratio. Por el lenguaje, en fin, la ideología legitima la violencia cuando el poder tiene que recurrir a ella, haciéndola aparecer como derecho, como necesidad, como razón de Estado, en suma, disimulando su violencia” (p.34).

En su análisis sobre las relaciones del lenguaje y la ideología, Reboul toma como base las funciones del lenguaje desarrolladas por Roman Jakobson en Ensayos de lingüística general (1975, p.360). Se plantea si la función del discurso ideológico es diferente a la de otros discursos. La pregunta base ¿para qué se habla? Es descrita por Reboul en un análisis de las seis funciones (referencial, expresiva, incitativa, poética, fática y metalingüística) de la que concluye que el discurso ideológico, además de ser un hecho social, “no tiene una función específica, sino una manera específica de cumplir las seis funciones. Se sirve de ellas para justificar un poder” (p.50).

Veamos ahora la perspectiva de Reboul sobre lo presupuesto. Mientras Ducrot se preocupa por entender lo presupuesto desde el significado semántico de la palabra, Reboul va a destacar lo que está implícito en la elección de dicha palabra:

“Entiendo por “presupuesto” un elemento que no está afirmado por el enunciado, pero que es preciso admitir para que el enunciado tenga sentido: “El ha dejado de golpear a su mujer”; el presupuesto es que la golpeaba; la frase contiene en efecto dos informaciones. Según O. Ducrot (1972, pp.422 ss.), es presupuesto aquel elemento del enunciado que queda intacto cuando se pone el enunciado bajo la forma interrogativa o negativa: “¿Ha dejado de golpear a su mujer?; “No ha cesado de golpear a su mujer” ¡pero siempre está el hecho de que la golpeaba!” (p.60).

El discurso crea su referente por presuposición y responde así a la pregunta ¿de qué se habla?. Reboul señala que “toda palabra que afirma, niega, explica, etc., se apoya sobre algo que es su referente, que puede ser tanto imaginario

como real". (p.57). *El referente se recrea en el discurso y expresa en ese sentido las diferentes ideologías presentes en lo presupuesto. Lo presupuesto es entonces lo que se da por hecho como un principio general que no se cuestiona y se da por asentado en las condiciones sociales o de grupo. Tiene una profunda relación con el poder y la ideología y cómo esta se manifiesta en la aceptación inconsciente e incuestionable por parte de los sujetos del discurso:*

"El poder del discurso ideológico es tanto más real cuanto más deja a sus receptores el sentimiento de ser libres, de poder responder lo que quieran. Al igual que las formas más visibles de la propaganda, la ideología dispone de una verdadera pedagogía, que consiste en dejar que la gente responda por sí misma a las preguntas para hacerle admitir ipso facto el presupuesto" (p.62).

Lo presupuesto es lo que se da por hecho y no se cuestiona; se da por asentado en las convicciones sociales o de grupo. En la entrevista Marcos describe su imagen del zapatismo que contiene este elemento del presupuesto:

"Lo que no deseo es que se creen falsas expectativas sobre una persona o sobre un movimiento que no nace el 1 de enero del 94. Nosotros teníamos un trabajo previo de muchos años y de muchos sacrificios. No es fácil tener la cohesión, la homogeneidad, la unidad que tienen los zapatistas, que han resistido tantos embates, tantos ataques. Y de pronto, para los medios, parece que el EZLN nace el 1 de enero de 94. Ésa puede ser una tentación: que un movimiento pueda empezar así, que el primer paso será la legitimidad, y no es cierto. Porque el primer paso de la legitimidad es el reconocimiento propio" (Scherer, 2001, p.14).

Marcos destaca la cohesión y la unidad del EZLN, que se da como un presupuesto de su lucha política y en función de la cual puede ser entendida sus estrategias.

3.5.5. La falsa causalidad

Reboul asegura que la función de una ideología es explicar lo que no va bien: el discurso ideológico crea no solamente cosas, sino también causas, lazos explicativos entre los acontecimientos" (1980, p. 63). *La falsa causalidad* es otro de los mecanismos mediante los cuales la ideología atribuye al "otro" las responsabilidades de lo que no puede resolver: Cuando el expresidente Carlos

Salinas fue cuestionado por su responsabilidad en el estallido de la crisis económica de 1994, se defendió argumentando que no fue él el responsable del "error de diciembre", haciendo clara referencia a su sucesor, Ernesto Zedillo. La ideología busca culpables cuando así lo requiere: "ellos" ¿Quiénes causaron la crisis?: los malos mexicanos, los vendepatrias, etc. Cuando se discutió en el Congreso la propuesta de Reforma Fiscal, el presidente Fox culpó de la posible crisis a los legisladores de oposición, ("ellos") que no aprobaron totalmente su paquete fiscal:

"La expresión "ellos", aun pretendiendo desacreditar al poder, le sirve. En efecto, bloquea el pensamiento en una renunciación fatalista. "Ellos" es el poder abstracto, situado "allá arriba", donde permanece intangible haga lo que haga (...) Por ser a la vez afectiva y explicativa, la falsa causalidad es invencible para la razón. Ningún argumento habría podido persuadir a los hombres de la Edad Media de que los judíos no eran la causa de la peste. ¿Hoy somos muy diferentes?" (Reboul, 1980, p. 65)

Este deslizamiento de sentido opera en la entrevista Marcos-Scherer en la antítesis que el líder rebelde plantea entre el EZLN y Fox; en este caso el gobierno y no los zapatistas, son los que quieren eliminar la diferencia, los que quieren acabar con la pluralidad, son los que de alguna forma pretenden "enterrar" la historia al eliminar, junto a las fuerzas hegemónicas de la globalización, a los indígenas, representantes de esta heterogeneidad, como se evidencia en el siguiente ejemplo:

"No sólo representamos dos mundos diametralmente opuestos, sino que el paso siguiente también es diametralmente opuesto. Nosotros estamos marcando el mundo que camina hacia el reconocimiento de las diferencias, y él está caminando al mundo que va a hegemonizar y homogeneizar no sólo al país, sino al planeta entero". (Scherer, p.12).

3.5.6. Los deslizamientos de sentido

Los deslizamientos de sentido hacen referencia a cómo un mensaje puede ser transformado y orientado hacia una dirección determinada (1980, p. 65 y ss). Reboul señala que en el discurso ideológico este manejo tiende a ser automático.

El discurso crea así su referente aunque le da otro sentido, otro valor que legitima cierta práctica social.

Es clásico el ejemplo que retoma sobre el liberalismo, pues si bien en los orígenes del capitalismo el economista Adam Smith asegura que es la acumulación lo que origina la riqueza de las naciones, no señala cómo esta riqueza va a ser repartida. La pregunta original ¿Por qué existen entonces los pobres? ha sido entonces desplazada a otra cuyas consecuencias directas no tienen la misma fuerza de cuestionamiento del poder y la ideología dominantes.

Marcos le adjudica esta estrategia ideológica al gobierno mexicano en particular por su impulso del Plan Puebla-Panamá y su supuesto combate a la pobreza, que sería su finalidad principal y que en realidad, en su opinión, esconde una mentira hacia la gente:

"A la gente no le dicen esto y, por el contrario, le ofrecen un mundo idílico donde supuestamente no hay fronteras, para comprar o vender... Pero las fronteras no sólo permanecerán, sino que se van a multiplicar, como ocurrirá con el proyecto Puebla-Panamá, que será un gran crimen: Estados Unidos correrá la frontera hasta aquí, hasta Milpa Alta, donde estamos ahorita. El resto del país, para abajo, será Centroamérica, y OK, que tengan sus guerrillas, sus gobiernos dictatoriales, sus caciques, como Yucatán y Tabasco —Chiapas, afortunadamente, ha quedado en un break en ese sentido—, que siguen la lógica de las repúblicas bananeras. En el resto del territorio mexicano, de aquí hacia el norte, empieza a operarse un brutal proceso de eliminación de grandes sectores sociales. Además, todos los indígenas que queden en este lado tendrán que desaparecer porque no los aceptará este modelo neoliberal, pues no pagan. Nadie va a invertir en ellos" (p. 13).

Para Marcos el Plan Puebla-Panamá es un "mito genial", una invención del gobierno foxista para esconder su incapacidad de terminar con la pobreza y prometer un desarrollo social que en realidad no llegará; mucho menos mediante la estrategia neoliberal que es uno de sus supuestos fundamentales. Fox, que es el principal impulsor de este programa no dice cómo ni de qué manera se operará esta "transformación" del sur mexicano, ni mucho menos cómo beneficiará al sector más marginado que es, en su opinión, el indígena.

3.5.7. Las dicotomías

Las dicotomías representan el mecanismo de diferenciación y lucha entre las ideologías que pasan por el discurso. Se tratan de argumentos que buscan descalificar al otro y para ello se orienta la ideología de acuerdo a conveniencias particulares:

"El conflicto entre ideologías pasa por las palabras. Se ve cuando aplicamos a los dos polos de una oposición real dos parejas de términos diferentes, valorizando uno de los polos para descalificar al otro" (1980, p. 66).

En el discurso zapatista la dicotomía del tipo "ellos están equivocados y nosotros no" se deja en evidencia tanto en el debate sobre el reconocimiento indígena como en la concepción sobre la globalización y sus efectos:

"México tiene casi 200 años como nación independiente, y en todo momento los indígenas han aparecido como la parte fundamental, pero en ningún momento se ha reconocido tal cosa. No pueden apostar a desaparecer, porque han fracasado ya. No se va a desaparecer al indígena por cualquier campaña, por cualquier bomba o con cualquier arma que usen, ya que, de una u otra forma, el movimiento indígena resiste y se protege" (Scherer, p. 13).

La referencia histórica que hace Marcos del poder político antagonista establece con claridad este funcionamiento de la dicotomía, donde uno de los bandos sostiene la pretensión de verdad de sus planteamientos frente los otros argumentos y consideraciones del "enemigo político" que ha insistido en su desaparición.

3.5.8. El eufemismo

El eufemismo es otro de los procedimientos para disfrazar o disimular el discurso ideológico. Al utilizarlo reemplazamos algo que puede ser chocante o escandaloso, o que se encuentra tabuizado socialmente:

"El eufemismo es un procedimiento mágico: se evita nombrar aquello cuyo nombre significa un peligro. Así los romanos evitaban el término muerte; así también nosotros, por lo demás. Actitud pueril frente a las cosas, pero eficaz cuando se trata de relaciones sociales, cuando es preciso mantener la

legitimidad del poder (...) el eufemismo no opera sino a condición de hacer olvidar. Desde el punto de vista del observador externo, es metalingüístico y fáctico, puesto que censura la expresión a la que reemplaza. Pero desde el punto de vista del "usuario" es referencial, puesto que, verdadero exorcismo, niega la amenaza al cambiar la manera de designarla". (1980, pp. 68-69)

Reboul señala que el eufemismo puede ser capaz de modificar el sentido de un mismo referente (p. 68) y, como en este ejemplo, de darle incluso una dimensión irónica:

Scherer -"Marcos, a usted le gustan los cuentos, ¿por qué no nos cuenta uno?

Marcos -¿No los cuenta el gobierno?" (Scherer, 2001, p. 16).

Sin decirlo directamente Marcos llama "mentiroso" al gobierno mexicano y lo descalifica. Para ello utiliza la analogía entre el "cuento" como recurso narrativo que corresponde a la dimensión de lo ficticio en la literatura, con el de la función que cumple el sistema de poder en México.

3.5.9. El falso performativo

Reboul identifica el falso performativo con la manera como las ideologías pueden darle a una frase incitativa sentidos muy diversos. Así, en el discurso político que es a todas luces ideológico se dan casos frecuentes de su utilización. Cuando el expresidente Luis Echeverría construyó su lema sexenal de "Arriba y Adelante", por una parte 1) Era una invitación a seguir la senda revolucionaria (nivel aparente; 2) Suponía la necesidad de superar –y olvidar-la represión de 1968 (nivel incitativo) y 3) No hay más camino que este (nivel profundo), lo que en verdad subyace a todo el mensaje.

Los falsos performativos pueden ser así estrategias que se envuelven en los discursos, pero que no se van a cumplir, al menos en el sentido de la acción que se espera de ellos. (1968, p.70).

Bibliografía referida

Althusser, Louis, (1968). "Práctica teórica y lucha ideológica", en **La filosofía como arma de la revolución**. México: Ediciones Pasado y Presente.

Althusser, Louis, (1968). "*Ideología y Aparatos Ideológicos del Estado*", en **La filosofía como arma de la revolución**. México: Ediciones Pasado y Presente.

De Ipola, Emilio, (1982). **Ideología y discurso populista**. México: editorial Folios.

Foucault, Michel, (1972). **El orden del discurso**. Barcelona: Tusquets.

Gramsci, Antonio, (1988). "*Textos de los cuadernos de 1929, 1930 y 1931*". **Antología (selección y notas de Manuel Sacristán)**. México: siglo XXI eds.

Haidar, Julieta, (2000). "*El poder y la magia de la palabra: el campo del análisis del discurso*", en Norma del Río Lugo., comp., **La producción textual del discurso científico**. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Haidar, Julieta, (2000). "*La argumentación: problemáticas, modelos operativos*", en Norma del Río Lugo., comp., **La producción textual del discurso científico**. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Haidar, Julieta y Rodríguez Alfano, Lidia, (1996). "*Funcionamientos del poder y de la ideología en las prácticas discursivas*", en **Dimensión Antropológica**, Año 3, Vol. 7. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Marx, Karl., (1975). **La ideología Alemana**. México: FCE.

Pêcheux, Michel, (1969). **Hacia el análisis automático del discurso**. Madrid: Gredós.

Reboul, Olivier, (1980). **Lenguaje e ideología**. México: Fondo de Cultura Económica.

Reygadas Robles Gil, Pedro, (1999). **Argumentación y seducción de la guerra**. Tesis de maestría en lingüística. México, D.F.: Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Robertson Sierra, Margarita, (1993). **El método etnográfico en la investigación educativa**. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

Robin, Regine, (1976). "*Discourse politique et coyunture*", en **L'analyse du discours**. Montreal: Centre Educatif et Culturel.

Rodríguez Alfano, Lidia, (1993). **Deixis y modalización. Funcionamiento ideológico en el discurso de dos grupos sociales de Monterrey.** Tesis de maestría en Letras Españolas. Monterrey: Facultad de Filosofía y Letras U.A.N.L., División de Estudios de Posgrado

Rodríguez Alfano, Lidia, (1999). **Polifonía discursiva de distintos grupos sociales. Argumentación sobre la crisis. La función adjetiva.** Tesis de doctorado en Lingüística Hispánica. México, D.F: Facultad de Filosofía y Letras U.N.A.M, División de Estudios de Posgrado.

Rodríguez Alfano, Julieta Haidar y Luis Béjar, (1997). "*La democracia en el discurso parlamentario mexicano: tensiones y contradicciones*", en Gimete-Welsh y Otavalengo, R., comps., **La argumentación parlamentaria (1982-1996)**. México: Porrúa.

Sánchez Vázquez, Adolfo, (1983). **Ensayos marxistas sobre filosofía e ideología.** México: Grijalbo.

Scherer García, Julio. "La entrevista insólita" entrevista al Subcomandante Marcos, en **Proceso** 1271. México: 11 de marzo del 2001.

Simon, Michel, (1978), "*Comprende les idéologies; les croyances, les idées, les valeurs.*" Paris: Chronique sociale de France. Traducida al español como **Para comprender las ideologías**, por Mónica Gendreau.

Verón, Eliseo, (1978). **Discurso, poder, poder del discurso.** Conferencia introductoria del tema "Política del lenguaje", Primer Coloquio de Semiótica, Río de Janeiro, 6-8 de diciembre, 1978

Villamil, Jenaro, (2001). **El poder del rating: de la sociedad política a la sociedad mediática.** México: Plaza y Janés.

Villoro, Luis, (1985). **El concepto de ideología.** México: Fondo de Cultura Económica.

Capítulo 4. Las estrategias argumentativas del subcomandante Marcos

Sobre el término "argumentación", afirma Christian Plantin (1998, p.6) existen muchos enfoques que hacen difícil definir con claridad su significado, pues éste se encuentra ligado a la orientación a la que intenta aplicarse. Tal situación determina que en el campo del análisis del discurso los intereses cognoscitivos determinen la orientación y características del modelo a seguir dentro de las teorías sobre la argumentación. Obliga asimismo a tratar de establecer una génesis del término "argumentación" partir del uso cotidiano, del lenguaje común, donde desempeña un papel importante para el acto de comunicación. Pedro Reygadas (1998) define la competencia argumentativa como una capacidad inherente al ser humano:

"Todos hacemos uso de argumentos y los interpretamos. En el proceso de uso e identificación de la argumentación, acudimos a signos, y muy particularmente, a la lengua que todos compartimos. El lenguaje común nos aporta palabras cotidianas que remiten al mundo argumental. A partir de ello y de nuestro conocimiento del mundo, contamos con una competencia argumentativa que sigue reglas de formación muy precisas [Lo Cascio 1991]. Cada uno es comunicador e intérprete de argumentos (1998, p. 15).

Lo argumentativo se encuentra asociado a lo lógico y lo retórico. A lo primero en tanto que la argumentación manifiesta procedimientos de encadenación de ideas y conceptos que revelan coherencia lógica y que determinan en gran medida la aceptación del mensaje por parte del o de los interlocutores. Lo retórico se considera en la medida que la persuasión desempeña un papel esencial en el convencimiento o la adhesión del auditorio a los argumentos que expone el emisor cuya naturaleza resulta ser muy amplia:

"A la competencia lógica se une nuestra competencia retórica que nos permite seguir diversas estrategias de persuasión del otro acordes no sólo a la lógica, sino a la cultura, el poder, a la ideología y al deseo. Argumentamos con base a la razón pero a la vez, indisociablemente, nos emocionamos, nos apasionamos con lo que creemos, o incluso damos al sentimiento valor de razón" (Pedro Reygadas, 1998, p.16).

La historia de la argumentación se remonta al mundo griego y muy en particular a los trabajos de Aristóteles. El filósofo estagirita fue el primero en exponer una concepción sistemática de la argumentación. En sus obras *Los Tópicos* y *La Retórica*, la define como un procedimiento racional y social al mismo tiempo. Como procedimiento racional, la argumentación parte de premisas y llega a conclusiones que se infieren a manera de silogismos; y como procedimiento social, este razonamiento no es axiomático ni se puede concebir sin los interlocutores, por tanto la argumentación supone una estructura dialógica (Rodríguez Alfano et al, 1997.p 740). En *Los Tópicos*, Aristóteles acude a una noción amplia de argumentar que identifica con el razonamiento a favor o en contra de una opinión con premisas no necesariamente verdaderas, aspecto que se desarrolla sobre todo en el arte del debate, la dialéctica, (de la cual se ocupa en *Las refutaciones sofísticas*); en cambio en *La Retórica* trata del arte de la comunicación cotidiana, del discurso público que se da en la oratoria convincente (Reygadas, 1998, p. 20): "Sea, pues, la retórica la facultad de discernir en cada circunstancia lo admisiblemente creible" (Aristóteles, *Arte Retórica*, 2002, p. 86.)

El planteamiento general sobre los estudios de la argumentación permaneció esencialmente inalterable en el periodo postaristotélico. Bajo el dominio romano los trabajos de Cicerón, Hermágoras y Quintiliano se ocuparon sobre todo de describir los componentes del discurso y las tareas de los hablantes (Reygadas, p. 21). En particular, el desarrollo del **epiquerema** o entinema extendido será de suma importancia para los desarrollos teóricos posteriores en la argumentación y fundamentales en la pretensión de Toulmin (1958) de un esquema universal para la misma (p. 21). El epiquerema parte de la *Assumptio* o punto de partida aceptado que se apoya en la *Approbatio assumptionis*, soporte para el punto de partida. En el desarrollo del argumento se establece asimismo el *Propositio*, Principio de justificación o premisa mayor que a su vez se apoya en la *Approbatio propositionis*, que cumple el papel de soporte de justificación. Las partes de este esquema cumplen un papel particular en función de los argumentos y su orientación a una conclusión.

Plantin sostiene que con el desarrollo de la lógica formal, en especial a partir del siglo XVIII, los estudios sobre la argumentación vinculados con la retórica fueron cada vez más deslegitimados y pasaron a ser en todo caso a ser simples estrategias de convencimiento:

“En su axiomatización, la lógica renuncia tanto a su función rectora del pensamiento como a su función crítica. Ya no proporciona la base del discurso racionalmente argumentado. Estos novedosos mundos científicos han roto todo contacto con el Organón, sus prácticas no tuvieron que ver más con las de la argumentación discursiva” (1998, p. 8)

Con el juicio, la lógica y el método fuera de la retórica, la argumentación cae en una profunda crisis de la que será rescatada hasta mediados del siglo XX, en los trabajos de Toulmin (1958) y de C. Perelman-Olbrecht-Tyteca (1958. Trad. al español 1989). En *La nueva retórica*, texto que analizaremos más adelante, estos últimos desarrollan su teoría argumentativa sobre bases retóricas. Este texto es “quizá el más influyente de los textos contemporáneos sobre argumentación” (Reygadas, 1998, p. 25) desarrollado sobre la base aristotélica:

“Con Descartes, la argumentación cae en el descrédito, según Perelman (1973, 1979), porque se torna hegemónico el pensamiento racional basado en las demostraciones, en los teoremas y axiomas; la argumentación como campo de lo verosímil, de lo posible, de lo probable, pierde validez y es despreciada. Perelman, en el contexto contemporáneo, se propone rehabilitar esta teoría, retomando la tradición aristotélica, pero adecuándola (...) Un planteamiento importante de Perelman, que avanza en relación a la posición aristotélica, es que un procedimiento racional no se limita a las pruebas fundadas sobre la demostración o la experiencia, sino que hace intervenir también lo verosímil y la opinión (...) Rechaza la noción de evidencia y opta por la adhesión para explicar la argumentación, ya que ésta se desarrolla en función del auditorio” (Rodríguez Alfano et al, 1997, p. 740).

La complejidad del término “argumentación”, señala Plantin, proviene también de la complejidad de su semantismo que la puede orientar ya sea hacia aspectos de lo lógico-cognitivo, lo lingüístico, lo social o lo ético. En su clasificación destaca los estudios que abordan la argumentación como una lógica de contenido. En ella agrupa a la lógica sustancial de Toulmin (1958); la lógica no formal de Blair y Johnson (1996); la lógica natural de Grice (1982) y la lógica cognitiva de Vignaux (1976).

En otra clasificación asocia los estudios de la argumentación con la pragmática lingüística, donde ubica la pragmática integral de Ascombe y Ducrot (1981,1988) y también la pragma-dialéctica de Van Eemeren y Grootendorst. (1996) Otra perspectiva considera los análisis enunciativos de la argumentación que enfocan las operaciones sobre los mismos términos con los cuales es producido el discurso argumentativo. Ahí destaca los trabajos de Perelman, Grice y Vignaux.

Haidar define la argumentación como “un procedimiento por el cual una persona, o grupo de personas, intenta persuadir a un auditorio para que adopte determinada posición, recurriendo a argumentos que buscan demostrar la validez de lo propuesto” (2000, p. 75) y establece una jerarquización para el estudio de los procesos argumentativos a partir de la diferenciación entre los que operan con estrategias de refutación y los de coalescencia o consenso. El cuadro de los modelos que establece es el siguiente:

Cuadro 6

MODELOS ARGUMENTATIVOS , SEGUN Haidar	
Modelo	Soporte
1. Toulmin (Inglaterra)	La lógica aristotélica ampliada.
2. Perelman/Olbrecht Tyteca (Bélgica)	La retórica y la lógica (una nueva retórica).
3. Grize/Vignaux (Suiza)	La lógica natural (que se opone a la formal).
4. Ducrot/Ascombe (Francia)	La lingüística (una retórica integrada).
5. Klein y Kopperschmidt (Alemania)	La lógica (con influencia de Toulmin).
6. Van Eemeren y Grootendorst (Holanda)	La pragmadialéctica
7. Plantin (Francia)	La pragmática
8. Tony Blair, Douglas Walton, M. Gilbert y otros (Canadá)	La lógica informal (en oposición a la formal)

Haidar destaca las diferentes aportaciones de otros autores como Olerón (1983), Puig (1991), Klein, Ricke, Janit y Kotarbinski, que complementan las

diferentes perspectivas sobre la argumentación. Asume como propia la lógica de la argumentación en refutación, cuyo funcionamiento se encuentra en las situaciones discursivas de polémica y de debate. A estas las identifica como "macro-actos de refutación":

"Las estrategias de la refutación pueden ser explícitas o implícitas, más bien existe un juego continuo entre lo explícito y lo implícito, que está impuesto por la mayor o menor intensidad del debate, de la polémica (...) Todo debate implica, por su misma naturaleza, un componente polémico, cuya configuración depende del grado de desarrollo del enfrentamiento, o sea del tipo del antagonismo existente (...) Ello explica que en las confrontaciones discursivas predominen los criterios de incompatibilidad, sobre los de compatibilidad en las posiciones que polemizan. En síntesis, el macro-acto de refutación es típico de cualquier controversia, dependiendo su intensidad, del grado de enfrentamiento, del antagonismo" (Haidar, 2000, p. 83).

La argumentación en refutación es propia, aunque no exclusiva, del discurso político que se presenta en diversas instancias como el debate parlamentario y las campañas políticas, donde se manifiestan los intereses políticos y se confrontan las ideologías (Rodríguez Alfano, 1997, p. 746). Ahí la base operativa es la descalificación de los argumentos del contrario para lo cual se desarrollan diferentes estrategias que se encuentran en función del grado de antagonismo de los participantes (*Ibíd.*).

En los puntos siguientes de este capítulo abordamos las diferentes estrategias argumentativas presentes en la entrevista Scherer-Marcos que constituye el *corpus* de nuestra investigación. Particularmente abordamos los enfoques teóricos de la neo-retórica (Perelman y Olbrecht-Tyteca), la retórica integrada (Ducrot y Ascombre), la lógica (Kopperschmidt) y la lógica aristotélica ampliada (Toulmin).

4.1. La Neo-retórica

Dentro del campo del análisis del discurso, la teoría de la argumentación desarrollada por Charles Perelman y L.Olbrechts-Tyteca parte de la crítica a la tradición del racionalismo occidental “hegemónico”, desarrollado sobre todo en la lógica formal, en un intento por reivindicar el valor del estudio de los mecanismos retóricos del discurso. (1989, p. 9).

Los autores puntualizan que la rehabilitación de la retórica que plantean se encuentra estrechamente ligada a circunstancias políticas y sociales. En el prefacio de este texto Michel Meyer afirma que “la retórica siempre resurge en períodos de crisis” (p. 28). Así, por ejemplo, a la caída del mito en el mundo griego corresponde la aparición de los sofistas y hoy “el fin de las largas explicaciones monolíticas, de las ideologías y más concretamente de la racionalidad cartesiana que se apoya en un sujeto libre, absoluto e instaurador de la realidad (...) ya no tiene fundamento indiscutible” (p. 28).

La crítica que Meyer dirige al positivismo coincide con la que hoy, desde la crítica a la posmodernidad, podríamos dirigir a los planteamientos filosóficos de la posmodernidad, en tanto la ausencia de un *logos* “ha llevado al pensamiento a un escepticismo moderno conocido con el nombre de nihilismo y a una reducción tranquilizadora de la razón” (p. 28).

Frente a este panorama sostienen que el pensamiento filosófico de la modernidad rompió la vinculación entre retórica y dialéctica sustituyéndola por el razonamiento *more geométrico* en aras del cual los pensadores intentaron desarrollar la ciencia occidental. (1989, p. 31). Al mismo tiempo, el estudio de los medios de prueba utilizados para obtener la adhesión fue eclipsándose y perdiendo su relevancia frente al concepto de evidencia como caracterizadora de la razón (1989, p. 33).

Al diluirse el sentido original en que Aristóteles plantea la retórica, el desarrollo de las teorías científicas, aseguran los autores, se orientó cada vez más hacia postulados de orden lógico-formal, basados en reducciones a evidencias axiomáticas. El discurso como tal, y con él los procesos de

argumentación, pasaron a ser en este sentido una “realidad” insuficiente para fundamentar estas condiciones de verdad:

“El lógico, inspirándose en el ideal cartesiano, sólo se siente a sus anchas en el estudio de las pruebas que Aristóteles calificaba de analíticas, ya que los demás medios no presentan el mismo carácter de necesidad. Y esta tendencia se ha acentuado mucho más desde hace un siglo, en el que, bajo la influencia de los lógico-matemáticos, la lógica ha quedado limitada a la lógica formal, es decir, al estudio de los procedimientos de prueba empleados en las ciencias matemáticas. Por tanto se deduce que los razonamientos ajenos al campo meramente formal escapan a la lógica y por consiguiente, también a la razón” (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989, p. 32).

Ante esta desvinculación entre el mundo discursivo real y la artificialidad de los lenguajes contruidos desde la ciencia, (de los que sólo interesa su validez) la propuesta de Perelman y Olbrecht-Tyteca sostiene que es fundamental rescatar el estudio de los medios de prueba utilizados para obtener la adhesión del oyente que se da en la argumentación real.

La ciencia occidental, y en particular la de orientación positivista, ha situado el debate sobre el lenguaje exclusivamente en el nivel epistemológico, de los procedimientos formales de razonamiento y prueba de los argumentos y por tanto ha relegado el estudio de otros tipos de discurso. Los autores del *Tratado de la argumentación* parten de la idea de que el mundo discursivo no es reductible a las proposiciones de lenguajes de estas características, aunque ello no signifique que su propuesta de rehabilitar la retórica niegue la validez del discurso científico o el planteamiento de una postura racional en el análisis de la argumentación, por esto “es un buen método no confundir, en principio, los aspectos del razonamiento relativos a la verdad y los que se refieren a la adhesión” (p. 35).

Reivindican más bien el valor de las técnicas relativas al arte de persuadir y convencer, las técnicas de la deliberación y discusión inspiradas en Aristóteles, de ahí que denominan su libro como “Nueva Retórica” (p. 35). En el texto el objeto de estudio de la argumentación se circunscribe al de los medios discursivos que sirven para obtener la adhesión del auditorio (p. 39).

Para ser válido todo discurso posee un orden lógico y retórico que se sostiene en la coherencia de la argumentación. Este orden del discurso no se reduce a la estructura gramatical, sino que también remite a la manera como el emisor organiza y da sentido a sus argumentos en un contexto determinado, de lo que se sigue que el excesivo énfasis que la tradición occidental ha dado al razonamiento, sin relacionarlo con el contexto donde se produce la argumentación, puede ser engañoso.

Dentro de la retórica tradicional (concebida en su sentido persuasivo) los autores destacan la dialéctica, considerada por el propio Aristóteles como “el arte de razonar a partir de opiniones generalmente aceptadas”, que “alude a las opiniones, es decir, a las tesis a las cuales cada persona se adhiere con una intensidad variable”(p. 36). Señalan además el hecho ineludible de que toda argumentación se desarrolla en función de un **auditorio**, que puede ser variable y que determina por ello las características de la argumentación particular en cada acto de enunciación concreto (p. 38).

Si el auditorio es, como sostienen los autores, una construcción del orador, la capacidad persuasiva de su discurso está basada en el grado de conocimiento que éste pueda poseer de su interlocutor; además, es importante destacar que en la argumentación, lo importante no es lo que el mismo orador considera verdadero, sino saber persuadir y convencer al auditorio de que lo planteado tiene valor de “verdad” (p. 39).

La postura sostenida en *Tratado de la argumentación* es enormemente enriquecedora, sobre todo porque se dirige a los procesos de argumentación concreta. Nosotros creemos que en el caso del discurso del zapatismo, como prototipo de un discurso político, el subcomandante Marcos tiene muy presente la importancia del auditorio, ya que, aunque existe un “núcleo duro” de reivindicaciones discursivas, éste define en gran medida el tipo de argumentos que el líder político-militar del EZLN utiliza para lograr la adhesión de sus oyentes que, gracias a las estrategias de comunicación que utiliza, son heterogéneos.

En la entrevista que analizamos en esta investigación Marcos hace uso de todas las estrategias argumentativas que tiene a su disposición y que sabe

utilizarlas no para lograr sólo una persuasión, sino fundamentalmente un convencimiento de su auditorio. En este sentido, y de acuerdo a lo que plantea Pêcheux (1969), la anticipación de las formaciones imaginarias de su auditorio desempeñan un papel esencial en el orador. (Haidar y Rodríguez Alfano, 2000, p. 86)

4.2. El espacio de la argumentación

El espacio de la argumentación según Perelman y Olbrechts-Tyteca surge en oposición a los procedimientos demostrativos de la lógica formal, cuyo interés se centra en la univocidad del lenguaje artificial sobre el que construye sus proposiciones y que la ciencia moderna ha considerado como las categorías fundamentales de la "verdad", desplazando así los procedimientos racionales fundados en la adhesión.

En la argumentación, en cambio, media como condición previa el contacto intelectual entre individuos que por medio del discurso tratan de lograr la adhesión a sus tesis, persuadir y convencer a un auditorio concreto. (1989, p. 49). Se presupone entonces la mediación del espacio público. Condición necesaria para que sus mecanismos operen es el compartir un lenguaje (refiriéndose en esta idea no sólo al código lingüístico, sino fundamentalmente a un presupuesto comunicacional=situación donde se inscribe necesariamente la argumentación) sin el cual el contacto intelectual es posible, pero no necesariamente efectivo.

El acuerdo previo que suponen las reglas de la conversación está determinado por varios factores que proceden de las normas de la vida social. Aquí es fundamental destacar que en toda argumentación existe un interés que está determinado por el valor del adherente y por la posición del locutor respecto al interlocutor que desempeña el papel de su auditorio:

"Para argumentar, es preciso, en efecto, atribuir un valor a la adhesión del interlocutor, a su consentimiento, a su concurso mental (...) el querer convencer a alguien siempre implica cierta modestia por parte de la persona que argumenta: lo que dice no constituye un dogma de fe, no dispone de la autoridad que hace que lo que se dice sea indiscutible y lleve inmediatamente a la convicción. El orador admite que debe persuadir al interlocutor, pensar en los argumentos que pueden influir en él,

preocuparse por él, interesarse por su estado de ánimo" (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989, pp. 50-51)

Perelman y Olbrechts-Tyteca sostienen que el conocimiento previo del auditorio determina en gran medida el éxito de la estrategia argumentativa que se plantea el orador, quien eventualmente se muestra receptivo a los otros puntos de vista.

Definen el auditorio como el "conjunto de aquellos en quienes el orador quiere influir con su argumentación"(p. 55). Al hablar de la relación entre el orador y su auditorio, afirman que los medios para entrar en contacto con un público son esenciales, ya que proporcionan los vínculos indispensables entre el orador y su auditorio. Las estrategias argumentativas que utiliza el orador necesariamente tienen que prestar atención a aquellos sujetos a los que se encuentran destinadas. La propaganda y la publicidad cumplen aquí una función básica, pues gracias a ellas atraen a un auditorio que de otra manera permanecería ajeno al mensaje del orador:

"El conocimiento del auditorio no se concibe independientemente del conocimiento relativo a los medios susceptibles de influir en él (...) Para poder influir mejor en un auditorio, se lo puede condicionar por diversos medios: música, iluminación, tono demagógico, decorado, control teatral" (1989, p. 60).

Dentro de sus múltiples objetivos, la marcha zapatista desarrolló una estrategia publicitaria en este sentido, que venía ya precedida por la calidad reconocida del propio orador, Marcos, la cual le valió el derecho de ser escuchado en un espacio tan reconocido e importante de la televisión mexicana y con un entrevistador de la calidad y prestigio de Julio Scherer.

Lo anterior deja de manifiesto que el derecho a ser escuchado no es privilegio de todos, sino que está determinado por el lugar social y la circunstancia; de estos factores también depende la adhesión o no del auditorio destino de la argumentación.

La calidad del orador, sostienen Perelman y Olbrecht-Tyteca, puede variar, lo mismo que la manera en que se define o representa a su auditorio. Sobre todo

en el discurso político el auditorio no se reduce a lo que está presente. El ejemplo de los autores es ilustrativo:

¿Cómo definir semejante auditorio? ¿Es la persona a quien el orador interpela por su nombre? No siempre: el diputado (...) que se debe dirigirse al presidente, puede intentar convencer (nótese el acento en la palabra) , no solamente a quienes lo escuchan, sino también a la opinión pública de su país (...) Quien concede una entrevista a un periodista considera que el auditorio lo constituyen los lectores del periódico más que la persona que se encuentra delante de él" (1989, p.54).

Esta amplitud de lo que podemos entender como auditorio, sobre todo en el discurso político, demuestra que éste no se puede definir en referencia directa al espacio físico-temporal. El auditorio se integra entonces "con el conjunto de aquellos en quienes el orador quiere influir con su argumentación" (p. 55).

El espacio como construcción del orador

La argumentación efectiva presupone del orador una imagen adecuada del auditorio. Una persuasión adecuada tiene como presupuesto el conocimiento previo del auditorio, a partir de una lectura adecuada de la realidad. En el discurso político este conocimiento se denomina genéricamente como "timing":

"—¿Qué es lo que lo hace carismático?

—Se provocan muchos equívocos en la supuesta capacidad literaria, en la supuesta capacidad de *timing* político, aunque más bien se está respondiendo a las necesidades internas y, en el desbarajuste de la clase política nacional, se entra como si estuviéramos meditando cada paso que diéramos. Créeme que somos mucho más mediocres de lo que la gente piensa; sobre todo, no tan brillantes como la clase política nos concibe (Scherer, 2001, p. 12).

El *timing* se relaciona con el concepto de coyuntura (Robin, 1976), entendida en este contexto en el sentido de conocimiento de la situación y de la actuación en consecuencia en el momento más propicio y no en otro. Implícitamente esta capacidad del manejo del tiempo político por parte de Marcos queda afirmado cuando relaciona los dos contextos que motivan las respuestas políticas del zapatismo: el frente interno y el externo, la coyuntura particular y la general.

Aunque lo niegue, Marcos sabe perfectamente –y de la estructura de sus múltiples discursos se infiere este manejo de las estrategia argumentativas- el momento de colocarse o no en la opinión pública, y también cuando guardar silencio.

Sobre los “silencios” zapatistas se ha escrito poco, y se han concebido más como una estrategia defensiva que como propia del “timing” que hemos mencionado. Sin embargo es innegable que estos “silencios” han jugado y juegan un papel relevante en la vida política nacional, en tanto que se relacionan con lo implícito, lo dicho y lo no dicho.

Estar en silencio por tanto no es estar fuera de sentido, sino que el silenciamiento “es una acción que corresponde a una dimensión de lo no dicho” (Dalia Ruiz Ávila en)

Diferenciando los distintos auditorios a que se puede dirigir el orador, Perelman y Olbrecht-Tyteca señalan que el éxito en la argumentación depende de la adaptación a estos auditorios concretos, que reflejan una cultura propia a partir de los discursos que les son destinados y que están en relación a las funciones sociales que desempeñan como oyentes.

La estrategia de argumentación que expone Marcos en la entrevista con Scherer deja muy en claro qué entiende por “heterogeneidad del auditorio” hacia el cual se dirige, por lo que intenta identificar a sus distintos interlocutores. Perelman y Olbrechts-Tyteca sostienen que este procedimiento es absolutamente necesario para el éxito del orador:

“Ante una asamblea, el orador puede intentar clasificar el auditorio desde el punto de vista social. Entonces se preguntará si el auditorio está totalmente englobado en un único grupo social o si debe distribuir a los oyentes en múltiples grupos, incluso opuestos entre sí (...) se puede, en efecto, dividir de forma ideal al auditorio en función de los grupos sociales a los que pertenecen los individuos (por ejemplo: políticos, profesionales, religiosos), o según los valores a los que se adhieren ciertos oyentes” (1989, p. 59).

Las estrategias de persuasión que se utilizan ante un auditorio heterogéneo van destinadas a lograr la adhesión –vía convencimiento- fundamentalmente de aquellos que no están de acuerdo con sus argumentos, en tanto que “conocer al auditorio también es saber, por un lado, cómo se puede garantizar su

condicionamiento y por otro, cuál es, en cualquier momento del discurso, el condicionamiento que se ha realizado" (p. 60).

Los medios de condicionamiento son diversos y corresponden a las modernas estrategias de entretenimiento, que en el caso del discurso político, se asocian con el "marketing" y la publicidad, aunque no son reducibles a estas. En el caso del discurso zapatista este convencimiento llega de "un discurso audaz, irreverente, antidogmático y sugerente no para adoctrinar, sino para convencer, para ampliar su espectro de interlocución, apostándole a la inteligencia de sus interlocutores y no a la decadencia de la propaganda de la izquierda tradicional" (Jenaro Villamil, 2002, p. 145).

Un elemento que no debe perderse de vista para que la argumentación sea realmente efectiva, advierten Perelman y Olbrecht-Tyteca, es que lo importante no reside en el convencimiento del orador de sus argumentos, sino en saber cuál es la opinión de aquellos a los que van dirigidos; esto implica la adaptación del orador al auditorio. (1989, p. 61).

Esta distinción es importante para entender por qué los oradores apasionados no siempre logran la adhesión del auditorio al cual se dirigen, pues no prestan la suficiente atención al auditorio que además puede ser cambiante en función de diversas circunstancias, que se muestra receptivo y abierto en un momento en particular o que rechaza y censura ciertos temas, ignora otros o simplemente deja de prestar atención al orador. Podríamos decir que el buen orador debe utilizar racionalmente sus argumentos e impedir que su subjetividad, mostrada en entusiasmo y exaltación, corte la comunicación efectiva de sus argumentos al auditorio (p. 61).

¿En dónde situar a Marcos en esta circunstancia? Evidentemente es un hombre apasionado por sus argumentos, pero se preocupa por racionalizarlos (de ahí la estructuración "pedagógica" de sus discursos). Esta racionalización parte de sí mismo:

"Nosotros pensamos que se ha construido una imagen de Marcos que no corresponde con la realidad, que tiene que ver con el mundo que se maneja en los medios de comunicación, que ha dejado de tener interlocución con la gente y ha decidido tener interlocución con la clase política" (Scherer, 2001, p. 12).

Marcos no lo acepta, pero es evidente la centralidad de su política de comunicación, como eje de una estrategia para plantear una discusión pública y tomar así la delantera en la búsqueda de consensos cuyo formato supone la racionalidad (Villamil, 2001:147). La racionalidad a la que Marcos apela fundamentalmente no es a la de la clase política tradicional, sino a la de la sociedad en general.

Con la anterior se infiere que las posibilidades de éxito de una argumentación dependen de esta racionalización del discurso que se demuestra en el manejo de las estrategias persuasivas con el auditorio.

4.3. Persuadir y convencer

Remarcando su distancia frente a la tradición filosófica occidental, Perelman y Olbrecht-Tyteca establecen una diferenciación entre la persuasión y el convencimiento que da origen a un debate sobre los alcances de uno y otro concepto. Esta dicotomía, drástica ante nuestros ojos, la refiere al “debate secular entre los partidarios de la verdad y los de la opinión, entre filósofos buscadores de lo absoluto, y retóricos comprometidos con la acción” (1989, p. 65).

La distinción epistemológica remite a Platón y a un problema –el de la verdad– que históricamente ha sido motivo de controversia. Los autores se sitúan en esta disputa del lado del realismo aristotélico, cuando señalan que:

“Para aquel que se preocupa por el resultado, persuadir es más que convencer, al ser la convicción sólo la primera fase que induce a la acción (...) En cambio para aquel que está preocupado por el carácter racional de la adhesión, convencer es más que persuadir” (1989, p. 66)

La distinción que se establece apunta así a que el convencimiento es más propio del discurso científico; en cambio la persuasión, al utilizar razones afectivas y personales, estaría orientada a influir en el juicio, que en este sentido tiene como finalidad una acción concreta que puede ser temporal (como votar por un candidato, o ganar un juicio).

La cuestión que los autores no aclaran es si en realidad consideran que en la argumentación concreta estas dos esferas no se encuentran asociadas. En todo caso, la distancia, en la que quieren colocar su propuesta sobre la nueva retórica da pie a confusiones.

El asunto se vuelve más complejo y da indicios de que finalmente sus planteamientos envuelven una pretensión universalista, como después se comprueba en su propuesta de auditorio universal:

“Nosotros nos proponemos llamar persuasiva a la argumentación que sólo pretende servir para un auditorio particular, y nominar convincente a la que supone que obtiene la adhesión de todo ente de razón. El matiz es mínimo y depende esencialmente de la idea que el orador se forma de la encarnación de la razón...”(1989, p. 67).

Perelman niega que su argumento sea esencialista, pues en última instancia la idea de razón depende del individuo, con lo que, amén de su rechazo a la postura kantiana que hace de la oposición subjetivo-objetivo el criterio de distinción entre la persuasión y la convicción, abraza una postura relativista, para finalmente reconocer que “es comprensible que el matiz entre los términos convencer y persuadir sea siempre impreciso y que en la práctica se suprima” (1989, p. 69).

4.3.1. Procedimientos retórico-lógicos en la entrevista Scherer-Marcos

Perelman y Olbrechts-Tyteca proponen una serie de técnicas y describen las estrategias de argumentación que son utilizadas en la enunciación concreta. Distinguen en la argumentación los procedimientos de enlace y los de disociación. Los primeros son aquellos que unen distintos elementos y los estructuran; los segundos están constituidos por todas aquellas técnicas cuyo objetivo es separar o romper los elementos de una argumentación particular. (1989, p. 299)

Dentro de los esquemas de enlace, los autores distinguen entre los argumentos cuasi-lógicos, los argumentos basados en la estructura de lo real y los argumentos que fundamentan la estructura de lo real. Las técnicas de disociación y rechazo estarán caracterizadas por los cambios que introducen en las argumentaciones ya establecidas, a las que intentan sustituir.

Los argumentos cuasi-lógicos

Los argumentos cuasi-lógicos, sostienen los autores del *Tratado de la Argumentación*, se presentan en semejanza a los razonamientos formales, del tipo de la lógica o de la matemática, pero no son reducibles a esta, sino que tienen una apariencia demostrativa:

“En todo argumento cuasi-lógico conviene evidenciar, primero, el esquema formal a cuya semejanza se construye el argumento y, luego, las operaciones de reducción que permiten insertar los datos en dicho esquema y que tienden a hacerlos comparables, semejantes, homogéneos (...) Los argumentos cuasi-lógicos sacan actualmente su fuerza persuasiva de su aproximación a estos modos de razonamiento incuestionables” (1989, p. 303).

En el discurso cotidiano, esta clase de argumentos se demuestran en expresiones tales como “lo que tú dices no tiene sentido”, “no tienes una idea clara de lo que afirmas”, etc. Su utilización, como señalan los autores deriva de apelar a los criterios de la lógica y el razonamiento riguroso (p. 303). Así, los argumentos cuasi-lógicos sirven al orador para **destacar las contradicciones de su oponente**. Se cita también un argumento de autoridad como sucede en el lenguaje científico aunque el orador no domine el tema a profundidad.

Entre los argumentos que pertenecen a la esfera de lo cuasi-lógico se encuentran el planteamiento de tesis sobre compatibilidad/incompatibilidad, la inclusión de la parte en el todo (argumentos de identificación o de complementariedad, o bien de disyunción, de división o del dilema), argumentos de la reciprocidad y argumento de la probabilidad. En adelante aplicaremos algunos de estos argumentos a la entrevista ya referida.

El humor y el ridículo como armas de la persuasión

Para ser válido, todo discurso posee un orden lógico y retórico que se sostiene en la coherencia de la argumentación. Este orden del discurso no puede reducirse sólo a la estructura gramatical, sino también a la manera como el emisor organiza y da sentido a sus argumentos en un contexto determinado.

Al estudiar los recursos retóricos de la persuasión en el discurso, es importante entender que el estudio de la tesis de lo compatible/incompatible en la

argumentación no se desliga de las condiciones de producción de dicha argumentación, es decir, de las circunstancias que motivan la elección de determinado discurso.

Perelman y Olbrechts-Tyteca señalan que en todo discurso podemos encontrar el uso de la tesis que se apoya en la referencia a elementos que tienen compatibilidad o incompatibilidad, con un principio general establecido, con un hecho real o con lo dicho con anterioridad, etc. Estas técnicas se hallan entre las más importantes de toda argumentación (p. 315).

En una argumentación concreta, un emisor puede utilizar estas tesis para marcar si es compatible o no una afirmación con respecto a lo asentado en otro discurso, donde el mismo o diferente emisor se ha referido al mismo tema. En el caso de la entrevista de Julio Scherer al subcomandante Marcos, aplicaremos el análisis del uso de tesis de la incompatibilidad por parte de los dos interlocutores y evidenciaremos como Marcos se sirve de ellos para subrayar las diferencias conceptuales entre su pensamiento como líder zapatista y el del presidente Vicente Fox y la manera como el emisor señala que ambos discursos son mutuamente contradictorios.

Al respecto Perelman y Olbrechts-Tyteca señalan:

“Mostrar la incompatibilidad de dos enunciados es afirmar la existencia de circunstancias que hacen inevitable la elección entre dos tesis precedentes”(p. 315).

Otro de los temas que abordaremos en este punto es el referido a la llamada tesis de la autofagia, referida a la tesis de incompatibilidad que se utiliza para probar que el discurso del otro pierde todo valor porque se contradice a sí mismo. La forma extrema de esta tesis es la llamada retorsión, definida en este contexto como:

“Un argumento que tiende a mostrar que el acto por el cual se ataca una regla es incompatible con el principio que sostiene este ataque”(p. 319).

Por último destacaremos el papel del ridículo y de la ironía como recursos retóricos de la argumentación y de las condiciones que median para su aparición,

destacando que en el caso de Marcos estos recursos son de uso continuo y que de hecho son parte del simbolismo de su personaje.

Tesis compatibilidad/incompatibilidad

En el mundo de la política la comprensión de los fenómenos sociales, económicos e históricos suele ser variada y también contradictoria. Parte de lo que le da esencia a la democracia moderna se encuentra es esta lucha discursiva donde diferentes actores buscan imponer sus argumentos bajo todas las formas posibles. (Rodríguez Alfano et al, 1997, p. 745 y ss). En la política mexicana, escenario de estos enfrentamientos, se dan cita todas las formas posibles para descalificar y ridiculizar la opinión contraria, no siempre de manera inteligente y las más de las veces tomando como referencia la cultura autoritaria que precede a la llamada "transición a la democracia".

En la entrevista de Julio Scherer a Marcos, el líder guerrillero va a señalar estas diferencias utilizando las tesis de incompatibilidad y los propios principios de Fox como arma para su crítica:

"Aparte de que los dos ejercen una forma de poder, una forma de influencia, ¿hay algo en lo que se parezcan?"

-En que contamos malos chistes los dos, en todo caso...Pero fuera de ello, no sólo representamos dos mundos diametralmente opuestos, sino que el paso siguiente también es diametralmente opuesto. Nosotros estamos marcando el mundo que camina hacia el reconocimiento de las diferencias, y él está caminando al mundo que va a hegemonizar y homogenizar no sólo al país, sino al planeta entero (...) Planteamos un mundo antitético al que representa Vicente Fox y vamos más allá porque nosotros decimos que en el mundo que proponemos también cabe Vicente Fox, mientras que en el mundo que él propone nos resulta muy claro que los zapatistas no caben" (Scherer, 2001, p. 142).

De entrada, Marcos hace evidente esta diferencia entre el proyecto (y el discurso) zapatista y lo que en su opinión Fox representa. Marcos se desliga así de ser entendido en la misma línea que el presidente, es decir, en la línea de la argumentación de la política mexicana actual. La referencia a la globalización es evidente: Para él Fox representa este proyecto que, en oposición al pluralismo que plantea el zapatismo busca sobre todo la homogenización. El recurso retórico del

líder rebelde se apoya en subrayar lo antitético y refleja la preocupación del emisor por deslindarse de lo expuesto en un discurso cuyas propuestas no comparte

La reiteración de la diferencia va acompañada de la crítica y de un mensaje implícito en lo explícito:

"En torno de la figura de Fox están jugando muchas fuerzas, entre ellas la suya propia: un ser que ha optado por construirse una imagen en torno a un manejo mercadotécnico, que le dio resultados, buenos resultados en un período electoral, pero que no se puede extender al período de gobierno. Entonces necesitamos convencerlo de que el problema no es de rating, sino de gobernabilidad, y eso es lo que estamos ofreciendo: no una revuelta social, sino el reconocimiento de ese sector social (los indígenas), de sus capacidades y, finalmente, de su diferencia..." (Scherer, 2001, p. 142).

Lo implícito en las palabras de Marcos es el empleo de la tesis de incompatibilidad con objeto de mostrarle a Fox que entender lo que el zapatismo representa no es compatible con la propuesta del presidente relativa a que se encuentra en un juego mediático o de popularidad⁷ y, que en todo caso, lo que sí podría ser compatible con el proyecto del EZLN es un reconocimiento de la posibilidad de la diferencia y la necesidad de su reconocimiento. Por otra parte, cuando Marcos dice, "necesitamos convencerlo", está claro que lo compatible/incompatible que señala no se refiere sólo a la actuación del EZLN como movimiento político, sino a la sociedad en general, cuyas tesis asume como incompatibles con las de Fox.

El peso retórico de este empleo de la tesis que analizamos es que permite al emisor hacer evidente su propuesta y señalar que la diferencia no estriba sólo en la necesidad de reconocer la diferencia, sino también en la manera de entender la sociedad y el mercado, así Marcos postula que el proyecto neoliberal del presidente Fox representa otra vez lo antitético, y para ello se vale de nuevo del uso de la misma tesis:

⁷ Sobre el particular resultan de sumo interés las observaciones de Jenaro Villamil (*El poder del rating*, 2001) en el sentido de que en la marcha zapatista Televisa y TV Azteca manejaron una línea editorial que simplificó el debate sobre los derechos indígenas a un evento de "voluntarismo y espectáculo electrónico", donde para los comentaristas "reforzados por la actitud del propio gobierno federal, se trataba de un concurso de popularidad entre el subcomandante Marcos y el presidente Vicente Fox" (p.137).

"A la gente (...) le ofrecen un mundo idílico donde supuestamente no hay fronteras, para comprar o vender...Pero las fronteras no sólo permanecerán, sino que se van a multiplicar, como ocurrirá con el proyecto Puebla-Panamá, que será un gran crimen: Estados Unidos correrá la frontera hasta aquí, hasta Milpa Alta, donde estamos ahorita. El resto del país, para abajo, será Centroamérica, y OK, que tengan sus guerrillas, sus gobiernos dictatoriales (...) En el resto del territorio mexicano, de aquí hacia el norte, empieza a operarse un brutal proceso de eliminación de grandes sectores sociales. Además, todos los indígenas que queden en este lado tendrán que desaparecer porque no los aceptará este modelo neoliberal, pues no pagan. Nadie va a invertir en ellos" (Scherer, 2001, p. 13).

Aunque no mencione a Fox directamente, la crítica al plan Puebla-Panamá y al neoliberalismo que lo sustenta sirve al emisor para demostrar la incompatibilidad entre el mundo indígena, representado por el EZLN y el propuesto por el mandatario, donde el primero no tiene cabida. El planteamiento lógico-retórico de esta oposición al plan zapatista y la presentación de evidencias que patenten su incompatibilidad con el plan impulsado por la administración foxista se convierte así en otro principio de la resistencia zapatista. Sobre este aspecto Jenaro Villamil (2002) sostiene que este es un punto distintivo del zapatismo

"A la coherencia del discurso reivindicativo, democrático, reformista, que fue articulando el zapatismo a lo largo de siete años le agregó el valor simbólico de la resistencia. Éste es un valor muy fuerte en la cultura política mexicana que no ha podido ser borrado por la propaganda del carisma inducido. De ahí el peso de figuras emblemáticas como Benito Juárez, Emiliano Zapata, Lázaro Cárdenas y otros líderes políticos. "El EZLN no transa" fue un común denominador del respeto ganado por esta organización" (pp. 146-147).

La tesis de la autofagia

Dentro de las distintas formas en que se utiliza la tesis de la incompatibilidad, la autofagia es la que se usa con mayor frecuencia. Ambos participantes la introducen en intercambio comunicativo para probar que el discurso de otro pierde valor porque "se come" a sí mismo; es decir, con el propósito de mostrar que el acto implica lo que las palabras niegan. Este tipo de argumentos es muy característico de algunas prohibiciones que por su propia estructura son insostenibles (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989, p. 318).

El empleo de esta tesis es aplicable al siguiente ejemplo:

Scherer: -Marcos, yo le digo a usted: Fox está haciendo bien su trabajo a sus ojos...

Marcos: -A sus ojos de él

Scherer: -¿A los de usted?

Marcos: -No, porque lo que necesita este país es un gobierno, no un locutor. Y él piensa que sí, que su función es ser locutor, porque le va a dar prestigio con la gente, porque lo van a conocer y lo van a parar en la calle.

Scherer: -¿Pero para qué?

Marcos: -Eso es lo que yo digo... finalmente le van a decir: "Nosotros que votamos por ti, o que no votamos por ti pero sí votamos en contra del PRI, no te pusimos para eso" (Scherer, 2001, p. 16).

En este ejemplo Marcos sigue un procedimiento retórico mediante el cual se propone evidenciar las contradicciones entre lo que Fox considera como "el acto de gobernar" (que se asocia a la popularidad mediática) y lo que los electores demandan de él como gobernante. Según Marcos, el presidente se descalifica a sí mismo al no haber entendido la naturaleza de las funciones que ahora le corresponden, mismas a las que se comprometió durante su campaña. Niega en los hechos lo que prometió como candidato y por eso su opinión pierde valor.

El ridículo y su papel en la argumentación

Perelman y Olbrechts-Tyteca aseguran que las tesis del ridículo, y no del absurdo son el arma principal de la argumentación. Los argumentos basados en probar "el ridículo", ponen en evidencia al oponente y lo enfrentan a la sanción que supone la violación de lo socialmente aceptado como "normal", ya que quien trasgrede lo que todos reconocen como válido se hace acreedor a la burla, el desdén y a la exclusión (p. 322).

El ridículo se considera como conducta excéntrica que entra en conflicto sin justificación alguna con una opinión admitida, es lo que merece ser sancionado con la risa y no con la fuerza física. Al ridiculizar no sólo castigamos al otro, sino que lo minimizamos, y al hacerlo, le damos menos valor a su palabra:

"Parecerá ridículo no sólo aquél que se oponga a la lógica o a la experiencia, sino también quien enuncie principios cuyas consecuencias

imprevistas lo enfrentan con concepciones que son obvias en una sociedad dada, y a las que él mismo no osaría oponerse”(1989, p. 322).

En la entrevista de Scherer al subcomandante zapatista, éste no deja escapar la oportunidad de ridiculizar a Fox, -eso sí, finamente- y a otros funcionarios de su gobierno, marcando nuevamente las incompatibilidades:

“-Fox dice que lo invita a Los Pinos....

-Es una trampa. Finalmente está tratando de convertir un movimiento serio reivindicativo en un evento de horario triple A. Qué va a ganar el país, qué van a ganar los pueblos indígenas y qué van a ganar el gobierno, ya como proyecto político, el que tenga, si es que lo tiene, con esa foto” (Scherer, p.19).

Marcos utiliza este procedimiento para plantear como “ridículo” la posibilidad de que el zapatismo se deje deslumbrar con la oferta de una paz que no existe, de una paz mediática que en todo caso es la que está buscando el presidente. Ridiculiza a éste en su discurso haciéndolo pasar como a aquel “a quien le interesa más la foto”; es decir, lo aparente sobre lo real. En esta modalidad no se le escapa tampoco la oportunidad de ironizar sobre lo que en las reconstrucciones de la referencia presenta como “un confuso proyecto político”.

El humor, propio de este tipo de tesis sobre la incompatibilidad, se sigue haciendo presente en la entrevista y rompe la formalidad que la puede hacer aburrida. Marcos lo sabe y explota una y otra vez este recurso retórico cuando sigue el juego de Scherer después de criticar la formación empresarial del gabinete foxista:

“-¿A quién salvaría del gabinete?

-A Sari Bermúdez, como escritora. Ella no escribió el libro, bueno (Dirigiéndose a los camarógrafos de Televisa) Ahí le cortan. Yo hago pausas para que corten lo que vaya a censurar Azcárraga” (Scherer, 2001, p. 16).

Mediante estas estrategias de la lucha ideológica, Marcos consigue develar funcionamiento del poder no siempre conocidos por los televidentes.

Hay que destacar que dentro de los argumentos cuasi-lógicos Perelman-Olbrechts Tyteca incluyen además los razonamientos por tautología, los argumentos de reciprocidad, los argumentos de transitividad, la inclusión de la

parte en el todo, la división del todo en sus partes, los argumentos de comparación, la argumentación por el sacrificio y las probabilidades (pp. 328-395).

Argumentos todos que son utilizados en situaciones concretas y que presentan en forma general la característica de "racionalidad" y de apariencia lógica.

4.3.2. Argumentos basados en la estructura de lo real

Los argumentos fundamentados en la estructura de lo real son aquellos que se sirven de las creencias generalmente aceptadas como "realidades" y aquellas que se intenta promover (estructuradas en la argumentación del orador en base a su consideración de lo real). De entre ellos, Perelman y Olbrechts-Tyteca destacan los argumentos aplicados a **enlaces de sucesión** que unen un fenómeno con sus causas o sus consecuencias (causales) o relativos a su éxito o facilidad (pragmáticos). También se incluyen los argumentos de la dirección, despilfarro y superación. La característica de estos argumentos es que asumen la forma de un presupuesto que se comparte por todos debido a su aspecto racional y en la argumentación no provocan una discusión. (p. 403)

Los **argumentos de coexistencia** asocian a una persona con sus actos, un grupo con los individuos que lo componen y los llamados **argumentos de autoridad** que apelan al prestigio o la calidad de la fuente que se cita.

Según los autores de *La Nueva Retórica* existen tres tipos de **argumentos causales**:

- a) Los que tienden a aproximar de modo recíproco, dos acontecimientos sucesivos dados, por medio de un nexo causal.
- b) Los que, dado un acontecimiento, tratan de descubrir la existencia de una causa que haya podido determinarlo.
- c) Las que, ocurrido un acontecimiento, procuran evidenciar el efecto que debe resultar de ello (p. 405).

En la entrevista de Julio Scherer al subcomandante Marcos podemos encontrar algunos ejemplos de estos **enlaces de sucesión** en la argumentación, como se muestra en el siguiente ejemplo:

"Cuando manifestamos que el nuevo siglo y el nuevo milenio son el milenio y el siglo de las diferencias marcamos una ruptura fundamental respecto a lo que fue el siglo XX: la gran lucha de las ideologías (...) Si esto no se reconoce, el mundo terminará siendo un archipiélago en guerra continua hacia afuera y hacia adentro de los territorio. Así no será posible vivir" (Scherer, 2001, pp. 12-13).

La cita muestra la lógica de sucesión entre dos acontecimientos totalmente diferenciados pero que tienen una relación mutua: la realidad del siglo pasado y la nueva realidad del siglo XXI y lo que podría pasar en el futuro si no se entiende esta relación de sucesos.

Otro ejemplo de estos nexos causales es la argumentación de Marcos cuando señala, distinguiendo los objetivos de la marcha zapatista a la Ciudad de México que, pese a todo, el conflicto social en México parece inevitable:

"...Lo que está en juego aquí, en nuestro movimiento, al acercarnos a la capital, es cómo se va a enfrentar ese conflicto. Pero no pueden pensar que ese conflicto va a seguir latente o va a ser controlado. Va a tronar. Lo que van a señalar ahora es si el conflicto lo van a enfrentar por la vía del diálogo o la negociación, o van a recurrir al recurso de las armas, al recurso de la violencia" (Scherer, 2001, p. 14).

Aquí opera de nueva cuenta esta argumentación de enlace la cual corresponde a los argumentos que, ocurrido un acontecimiento, procuran evidenciar el efecto que debe resultar de ello.

Dentro de los **argumentos de coexistencia**, los de autoridad aparecen también a lo largo de la entrevista Scherer-Marcos como referentes históricos. Es el caso de Emiliano Zapata, símbolo de la lucha indígena y de sus reivindicaciones:

"...Un revolucionario se plantea fundamentalmente transformar las cosas desde arriba, no desde abajo. Al revés del rebelde social. El revolucionario se plantea: Vamos a hacer un movimiento, tomo el poder y desde arriba transformo las cosas. Y el rebelde social no. El rebelde social organiza a las masas y desde abajo va transformando sin tener que plantearse la cuestión de la toma del poder.

-Cuando dice eso ¿piensa en la Revolución Mexicana?

- Sí, pienso en Zapata y en Carranza, fundamentalmente. Carranza que se plantea los cambios a la hora de tomar el poder. Y Zapata, que se plantea las demandas y al momento de tomarse la foto ni siquiera roza la silla. Nosotros nos identificamos con el zapatismo..." (Scherer, p. 13).

Como mencionamos anteriormente al referirnos al uso de lo implícito en la entrevista (Cfr. p. 92) el referente de Zapata se constituye como la base de los argumentos de autoridad, como la instancia legitimadora del discurso que asume el propio Marcos en su argumentación.

El alcance del argumento de autoridad, señalan Perelman y Olbrecht-Tyteca, se encuentra condicionado por el prestigio del orador o de la personalidad que se cita:

"El argumento de prestigio que se caracteriza con más claridad es el argumento de autoridad, el cual utiliza actos o juicios de una persona o un grupo de personas como medio de prueba en favor de una tesis (...) es el modo de razonamiento retórico atacado más vivamente porque, en los ambientes hostiles a la libre investigación fue el más utilizado y esto de manera abusiva, perentoria, es decir, concediéndole un valor apremiante" (1989, p. 470).

Los autores señalan que no obstante el abuso de este argumento no se le puede desechar por irrelevante o cuestionar su valor en la argumentación concreta.

En la entrevista que nos ocupa Scherer invoca y cuestiona a la vez la supuesta autoridad política y moral del "Comandante Germán" dentro del EZLN para provocar la respuesta de Marcos y su argumentación:

Scherer -No es popular el comandante Germán. Dispone, dirige, ordena, sube al camión el primero, lo abandona antes que nadie, recibe los documentos, los distribuye. Habla con la fuerza del mando. Pesan sospechas sobre él y de su humanitarismo nadie habla. No me explico a Germán, tan diferente a usted y tan diferente a los indígenas, en calidad de portavoz central de lo que hace el EZLN. En los grados del Ejército Zapatista de Liberación Nacional él es el comandante y usted el sub. Germán es el que ordena, él es el que dispone. Usted, de alguna manera cumple, recibe o atiende las instrucciones u órdenes....

Marcos -¡No! El arquitecto Fernando Yañez (...) significa una señal que, como muchas que hemos dado, el gobierno no ha sabido leer. Los que mandan en el EZLN son los jefes indígenas (...) el arquitecto Yañez no tiene mando ni ascendencia militar dentro del EZLN..." (Scherer, 2001, p. 15).

En este ejemplo Marcos puntualiza la fuente de los argumentos de autoridad que se basan en una realidad, que en su opinión, es incuestionable: que la dirigencia indígena del EZLN es la que toma las decisiones políticas del movimiento.

Es conveniente citar de nueva cuenta a Perelman y Olbrecht-Tyteca cuando señalan que el argumento de autoridad utiliza actos o juicios de valor de una persona o un grupo de personas como medio a favor de una tesis (p. 470). En relación a la ideología su observación sobre el papel negativo de este tipo de argumentos es significativa a la luz de las intolerancias que han dominado el discurso político contemporáneo:

"El argumento de autoridad es el modo de razonamiento retórico atacado más vivamente porque, en los ambientes hostiles a la libre investigación científica, fue el más utilizado y esto de manera abusiva, perentoria, es decir, concediéndole un valor apremiante como si las autoridades invocadas fueran infalibles" (p. 470).

Estas autoridades son desacralizadas, cuestionadas y refutadas frecuentemente por el discurso zapatista que pone en entredicho la validez de sus argumentos e incluso su propia legitimidad discursiva.

Argumentos que fundamentan la estructura de lo real

Para Perelman y Olbrecht-Tyteca los enlaces que fundamentan la estructura de lo real pueden recurrir al caso particular y cumplir papeles muy diversos. Dentro de lo particular los autores las clasifican en argumentos por el ejemplo, el modelo/antimodelo y el Ser perfecto como modelo. También proponen la argumentación por analogía.

La **argumentación por el ejemplo** implica generalización, pero supone un acuerdo previo sobre esta posibilidad y sus efectos (1989, p. 537). En determinados casos el orador manifiesta claramente su intención de presentar los hechos como ejemplos y fundar una regla que sirve como referencia.

Este tipo de argumento se evidencia en el siguiente ejemplo de la entrevista en el que el Subcomandante Marcos deja en claro la voluntad de verdad del discurso zapatista y sobre todo su congruencia política:

“Marcos —Yo creo que la pregunta que se están haciendo en la clase política: ¿Es sincero Marcos cuando dice que está dispuesto al diálogo y a llegar a la paz? Y la respuesta es sí. Lo único que tenemos para respaldarlo es nuestra palabra. Realmente si nos piden otra cosa, no tenemos otra cosa que darles. Pero tenemos la historia de lo que esa palabra ha significado. No podemos ceder en las tres condiciones porque si cedemos, faltamos a la palabra y eso quiere decir que estaríamos en la posibilidad de subir nuestras demandas, y la garantía que tiene el gobierno de que no vamos a subir nuestras demandas es que tampoco las vamos a bajar. Si decimos una cosa, ésta es” (p.16).

La **ilustración** es otro tipo de argumentación que tiene como objetivo reforzar la adhesión a una regla conocida y admitida. Su diferencia respecto al argumento por ejemplo es que mientras el primero debe ser incuestionable, la ilustración no depende de la adhesión a determinada regla, “puede ser más dudosa, pero ha de impresionar vivamente a la imaginación” (1989:546). Actúa entonces como inducción y no como prueba.

El **modelo y el antimodelo** cumplen la función de orientar la conducta en cierto sentido que se establece como regla general, ya sea para imitar la acción o para rechazarla completamente.

Perelman y Olbrechts-Tyteca establecen la relación modelo-prestigio de la siguiente manera:

“Pueden servir de modelo las personas o los grupos cuyo prestigio valore los actos. El valor de la persona, reconocido de antemano, constituye la premisa de la que se sacará una conclusión que preconice un comportamiento particular. No se imita a cualquiera para servir de modelo, es preciso un mínimo de prestigio (p. 555).

En este tipo de argumentos el prestigio del orador actúa como modelo a seguir y es evidente que las posibilidades que tiene de lograr la adhesión del auditorio a quien se dirige crecen en función del prestigio que lo acompaña. En este rubro podríamos catalogar a los líderes de opinión, a los políticos reconocidos, a los líderes de movimientos populares o a los líderes religiosos, entre otros que se encuentran actuando en el entorno social.

El modelo (o también el antimodelo en ciertas ocasiones) tiene una importancia esencial en las estrategias utilizadas por los medios de comunicación para lograr adherentes-consumidores. El mundo de la publicidad está poblado del

uso de estrategias argumentativas y visuales para definir ambas esferas en función de intereses de todo tipo; estas reflejan los estereotipos, las visiones propias de la formación social e histórica de una sociedad.

Dentro de la entrevista Scherer-Marcos ambos personajes están preestablecidos como modelos en sus diferentes campos y lo dejan explícito como lo hace el fundador de *Proceso* respecto al líder zapatista al inicio mismo de la entrevista:

“Qué se hace, qué se dice, a quien se reza cuando se ha llegado a donde usted ha llegado, tan aborrecido, tan temido, tan único? (...) No me imagino a usted mostrando cosas a sabiendas de que no son ciertas. Usted no puede dejar de reconocer como lo que es, un ser que atrae muchísima gente” (Scherer, 2001, p.12.)

El respeto al modelo que representa Scherer, a su peso en la opinión pública, se representa en el reconocimiento tácito que le hace Marcos en su carácter de entrevistador:

“-Tengo un escrúpulo y una preocupación: que lo más importante que tuviera que decirme no lo haya yo acertado con la pregunta adecuada.
- No, si yo estaba aterrado porque no sabía qué me iba a preguntar...” (p. 19).

En el **antimodelo**, se incita a distinguirse de alguien “pero en lugar de pretender simplemente un efecto revulsivo, puede servir de incentivo para una argumentación a fortiori, al representar un mínimo por debajo del cual es imposible “ascender”(1989. p. 562). En la entrevista esto puede ejemplificarse en la referencia que Marcos hace de Zedillo y de Fox respecto a la voluntad de diálogo del EZLN:

“Marcos: Antes, con Zedillo, nosotros estábamos dispuestos a firmar la paz con él, que era un imbécil, un mediocre, ahorita ya se puede decir, por qué no la vamos a hacer con Fox, que además es producto de un proceso electoral legítimo de elección. A nosotros no nos espanta firmar la paz con la derecha, porque nuestro problema no es ése” (Scherer, p.15).

El **ser perfecto** como modelo actúa como arquetipo de la conducta humana, dado que, como Kant afirma en la *Crítica de la Razón Pura* los objetos de la experiencia no pueden tomarse como modelos a seguir. La literatura primero y

luego la religión se distinguen por la creación de estos modelos de seres perfectos a seguir, dado lo contingente de lo humano:

“Para obviar estos inconvenientes, se induce a los autores a embellecer o a ensombrecer la realidad, a crear héroes o monstruos, totalmente buenos o malos, a transformar la historia en mito, en leyenda, en estampa” (1989, p. 565).

El razonamiento por analogía tiene como fin el permitir la formulación de una hipótesis comprobable por inducción cuya función es destacar la similitud de estructuras. (p. 569 y ss). El tipo de razonamientos de la analogía es “si esto es así entonces esto es de esta manera”, instituyendo la similitud entre dos enunciados cuyo valor semántico es distinto, pero donde se establece un nexo simbólico que los une. Perelman y Olbrechts-Tyteca citan al respecto una analogía utilizada por Aristóteles lo deja claro:

“Pues el estado de los ojos de los murciélagos ante la luz del día es también el del entendimiento de nuestra alma frente a las cosas más claras por naturaleza” (p. 571).

La analogía parece cumplir también con un fin pedagógico: enseñar a través del ejemplo, lo que la acerca a la idea de moraleja presente en las fábulas en el género literario y en las viejas tradiciones de los pueblos presentes a través de sus mitos y de su tradición oral.

Marcos establece esta analogía en relación a la imagen que proyecta su personaje en el imaginario social, ubicándose al mismo tiempo en una dimensión histórica y literaria:

“-No, lo que pasa es que la imagen de Marcos responde a unas expectativas románticas, idealistas. O sea, es el hombre blanco, en el medio indígena, más cercano a lo que el inconsciente colectivo tiene como referencia: Robin Hood, Juan Charrasqueado, etcétera” (p.12).

La comparación tiene sentido en la medida que acerca el personaje al auditorio al que finalmente busca dirigirse y convencer y que en cierta manera también es el resultado de luchas “románticas” e “idealistas” en contra de la opresión como los personajes que menciona el líder zapatista.

4.3.3. Una revisión crítica de los efectos de la argumentación y del auditorio universal

Si la intención de una argumentación eficaz es, como señalan Perelman y Olbrechts-Tyteca, aumentar la intensidad de la adhesión de los oyentes y desencadenar en su auditorio la acción prevista (pp. 94-98), la utilización del género epidíctico dentro de la retórica ocupa un importante papel. El género epidíctico se ocupa de agradar, realzar y adornar hechos ciertos sin contradicciones aparentes. En el sentido clásico los discursos epidícticos se relacionaban con discursos a los que nadie se oponía, sobre temas no dudosos y de consecuencias poco prácticas (p. 95).

Los autores parten de la idea de que este género de discursos, que constituyen una parte esencial del arte de persuadir, procede de una falsa concepción sobre los efectos de la argumentación. Señalan que el valor del discurso epidíctico está dado no tanto por el mensaje en sí mismo, sino por los obstáculos que tiene que enfrentar el emisor para lograr la adherencia del auditorio: "La intensidad de la adhesión, orientada a la acción eficaz, no puede medirse por el grado de probabilidad concedida a las tesis admitida, sino más bien por los obstáculos que la acción supera, los sacrificios y las elecciones que acarrea y que la adhesión permite justificar" (p. 96).

Al respecto citan al orador griego Demóstenes, que con sus discursos no sólo el convencimiento, la adhesión a las tesis, sino sobre todo la acción de los individuos (p. 97). En este sentido se rompe con la idea de un valor nulo de la utilización de estos argumentos.

La argumentación, sostienen los autores de *La Nueva retórica* es una actividad que siempre trata de modificar un estado de cosas preexistente, pero implica de cierta manera que se ha renunciado a recurrir únicamente a la fuerza, apelando a la persuasión, basada en la adhesión a ciertos valores comunes (p. 103). Esta idea de la fuerza de la palabra la encontramos constantemente en los discursos zapatistas, no sólo de Marcos, sino en general de la comandancia indígena de: EZLN.

Los discursos epidícticos sostienen un papel importante en la sociedad, ya que renuevan el imaginario colectivo. Como prácticas sociales reiteradas en ceremonias conmemorativas, actos religiosos, etc, adquieren con el paso del tiempo un carácter coercitivo que representa un mecanismo de control de los discursos posibles:

“Al considerar que cualquier ataque contra los valores oficialmente reconocidos es un acto revolucionario, estos mismos dirigentes, por el establecimiento de una censura, de un índice, por el control de los medios para comunicar las ideas, se esforzarán por hacerles difícil, si no imposible, a los adversarios, la realización de las condiciones previas a la argumentación. Estos últimos se verán obligados si quieren continuar la lucha, a utilizar la fuerza” (1989, p.105).

La descalificación de los argumentos y los mecanismos de exclusión del discurso (Foucault, 1972) son parte de las estrategias que, desde el poder, desde los discursos dominantes son utilizados contra aquellos considerados como “revolucionarios” o disidentes. Recordemos, como señalan los autores, que “toda argumentación sólo se concibe en función de la acción que prepara o determina” (1989:104). El zapatismo ha debido enfrentarse a esa continua descalificación, como sucedió en el discurso del expresidente mexicano Ernesto Zedillo en 1995, cuando reactivó las órdenes de aprehensión contra la dirigencia zapatista tachándolos de “simples delincuentes”, equiparándolos con vulgares ladrones. Otro ejemplo de estos mecanismos de control del discurso se reflejó en la insistente negativa -finalmente derrotada- de un amplio sector de la clase política nacional a ceder la tribuna del Congreso a los comandantes zapatistas en marzo del 2001. Así se explican, por ejemplo, la beligerancia discursiva de los sectores políticos de derecha, criticando la presencia de los “encapuchados” en un recinto destinado ex profeso sólo para los legisladores.

En este caso es importante señalar que los intentos de censurar el discurso zapatista se enfrentaron a una opinión pública que gradualmente se convenció de la necesidad de la presencia del EZLN en la Cámara de Diputados y de la necesidad de escuchar sus argumentos.

La idea del auditorio universal

Perelman y Olbrechts-Tyteca distinguen tres clases de auditorio en los cuales es posible conocer si una argumentación es convincente o no. El primero, que hace constituir de todos los hombres, lo denomina "auditorio universal"; el segundo, donde distingue al interlocutor en el diálogo; y el último, integrado por el propio sujeto que delibera o dialoga consigo (p. 71).

Sostienen que en el auditorio universal es posible identificar con toda claridad los elementos racionales de la argumentación. El auditorio universal presupone consenso, acuerdo, y pone a salvo de discusión los argumentos. Sin embargo, en todo caso la operatividad de esta concepción es limitada y restringida y de manera alguna es aplicable al discurso político. El formalismo implícito en este razonamiento remite sin duda a Aristóteles y su concepción de los universales, pero también la acerca a la de idea de axioma, más propia de la lógica formal. En este sentido, la idea del auditorio universal es esencialista por sí misma y desde el punto de vista de la crítica filosófica representa una contradicción:

"Evidentemente, en este caso, no se trata de un hecho probado por la experiencia, sino de una universalidad y de una unanimidad que se imagina el orador, del acuerdo de un auditorio que debería ser universal y que, por razones justificadas, pueden no tomarlo en consideración quienes no participen en él" (p. 72).

A este planteamiento cabe cuestionar dónde se funda este universalismo que depende del sujeto, que se convierte en un nuevo imperativo categórico y que además es ahistórico y atemporal, como verdad revelada, como la verdad incuestionable. ¿No se traslada de nueva cuenta al ámbito de la argumentación la idea de poder discursivo?:

"Una argumentación dirigida a un auditorio universal debe convencer al lector del carácter apremiante de las razones aducidas, de su evidencia, de su validez intemporal y absoluta, independientemente de las contingencias locales o históricas" (p. 72).

Los autores del *Tratado de la argumentación* hablan aquí desde una postura que presupone un acuerdo racional universal que no existe en la argumentación concreta que a él le interesa describir. En la idea de auditorio

universal se está hablando desde condiciones ideales universales que expresan en todo caso imperativos éticos como conductas racionales compartidas por toda la colectividad.

Nos enfrentamos nuevamente al peso del lenguaje de la ciencia en la forma en que el auditorio se adhiere a los argumentos racionales como “verdades claras y distintas” (cfr. *El discurso del método de Descartes*).

En la idea de auditorio universal se da por hecho la existencia de valores universales en los que todos los hombres se encuentran de acuerdo. Esta noción se contradice con la realidad que demuestra que diferentes auditorios pueden captar de forma completamente opuesta un concepto como “el bien”, o “la justicia”.

Pereleman y Olbrechts-Tyteca pretenden evadir esta contradicción señalando que si una argumentación que se dirige a un auditorio universal no convence a todo el mundo:

“Queda siempre el recurrir a descalificar lo recalcitrante, juzgándolo estúpido o anormal (...) tal exclusión (...) sólo puede obtener la adhesión si el número y valor intelectual de los proscritos no amenazan con hacer que semejante procedimiento parezca ridículo” (p.75).

La inconsistencia argumentativa de este enfoque obliga a descalificar esta propuesta, que en todo caso da pie a una postura relativista de la verdad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

El auditorio de élite

Sobre la misma postura, los autores distinguen del auditorio universal lo que designan como “auditorio de élite” que oponen a ese auditorio universal “desvirtuado” y que es reconocido porque sus medios de conocimiento son “excepcionales e infalibles”. En este caso la referencia a un círculo cerrado nos remite al lenguaje de los especialistas, que, sin embargo, sólo tienen éxito en ese pequeño dominio particular:

“El auditorio de élite sólo encarna al auditorio universal para aquellos que le reconocen este papel de vanguardia y de modelo. Para los demás, en cambio, no constituirá más que un auditorio particular. El estatuto de un auditorio varía según las consideraciones que lo sustentan”(p. 76).

La idea de un auditorio universal se encuentra implícitamente rechazada en la afirmación de que, como movimiento social, el EZLN represente la transparencia histórica. Más aún, podríamos afirmar que el zapatismo nunca le ha dado a sus estrategias de argumentación esa pretensión que se aleja de su tiempo y de su momento. En la entrevista con Scherer Marcos lo puntualiza:

"Nosotros no queremos darle a este país un corrido, un héroe más en el largo calendario de derrotas que tenemos. Queremos desaparecer, que la gente que te está viendo y escuchando ahorita, o que te va a leer en tu revista, sepa que puede ser partícipe de eso. No pedimos que voten por nosotros ni que nos den un cheque, ni una parcela, ni nada: pedimos que se solucione una cuestión histórica y que la gente, equis, quien sea, reconozca que tiene un lugar, que es parte de su historia" (Scherer, 2001, p.13).

Para el EZLN la verdad no se encierra en un pequeño grupo de expertos o virtuosos, en un sector específico que legitime sus demandas de reivindicación. Por esto mismo el auditorio de élite (los partidos, los simpatizantes, los "grupos revolucionarios", etc) no representan más que un punto de vista más, un posible interlocutor y sólo eso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

4.4. Mecanismos retóricos integrados en la lengua

“Lingüistas y filósofos han estado siempre impresionados por las posibilidades de “razonamiento” –en un sentido muy vago del término– que el lenguaje ofrece. Sin embargo, generalmente han decidido restringir esta actividad de razonamiento a la puesta en funcionamiento de las relaciones lógicas. i.e. de relaciones entre valores de verdad de los enunciados utilizados: incompatibilidad, implicación, etc. Si nos parece lingüísticamente pertinente considerar el razonamiento, su reducción a la lógica (entendida como un sistema de valores de verdad, nos parece en cambio inaceptable”

Ducrot y Ascombre. “Leyes Lógicas y leyes argumentativas”
en *La argumentación en la Lengua*.

Para Ducrot y Ascombre (1982) todo lenguaje es persuasivo. La argumentación es considerada por ambos como una macrooperación discursiva que se encuentra en el propio funcionamiento lingüístico. (Haidar, 2000, p. 80).

Dentro del enfoque de la retórica integrada Ducrot considera a los usuarios de una lengua el objeto de estudio del análisis del discurso; este refiere a la argumentación en una enunciación concreta, que, por medio de lo implícito integrado al sistema de la lengua comunica el sentido del mensaje.

En este modelo el discurso sólo tiene sentido en la enunciación, es decir en el uso de la lengua, donde existe una relación bilateral y recíproca entre emisor y receptor. Como precondition el discurso supone un hablante y un oyente hacia cual van todos los argumentos del emisor.

Según Rodríguez Alfano (1999. p. 223) las premisas fundamentales que definen a la retórica integrada son:

1. El componente retórico no se añade al contenido lingüístico de los enunciados, sino que ya está integrado a las frases que constituyen una lengua. (Ducrot, 1988, p. 4).
2. Las frases muchas veces tienen valor argumentativo en cuanto en ellas subyacen instrucciones que orientan a la conclusión del locutor (Ducrot, 1988, p. 82 y Ducrot y Ascombre, 1983, *passim*).
3. La argumentación consiste en “una concatenación de dos segmentos del discurso: el argumento y la conclusión” (Ducrot, 1988. p. 98).

4. Las consecuencias que los interlocutores pueden obtener de su enunciación están limitadas a su verdad o falsedad.
5. Los indicadores de la argumentación comprenden nexos de coordinación, yuxtaposición o disyunción, así como el empleo de cuantificadores adjetivos y adverbiales.
6. Gracias a la integración de lo retórico en la lengua se establecen escalas argumentativas.

Para Ducrot la argumentación satisface dos condiciones: un locutor realiza una argumentación cuando presenta un enunciado E1 como destinado a hacer admisible otro enunciado o un conjunto de enunciados E2. Esta presentación de enunciados está sujeta a reglas obligatorias que se encuentran en la lengua y que rigen su presentación. (Haidar, p.80).

Sin embargo, y de ahí la complejidad de este proceso, no todos los enunciados E1 pueden servir de argumentos a favor de E2, así den las mejores razones para admitirlos. Es necesario para ello que cumplan con ciertas condiciones que se encuentran a nivel de la estructura lingüística.

Los encadenamientos argumentativos posibles en un discurso están ligados a la estructura lingüística de los propios enunciados y no solamente a la información que ellos transportan (Haidar, *Ibíd*). De esta manera se vinculan al estudio de una lengua y no se abandonan a una retórica que se encuentre fuera de la lengua: "Están determinadas por un acto de lenguaje particular, el acto de argumentar" (Ducrot y Ascombre, 1983, p.2). Haidar señala que en este modelo las posibilidades del encadenamiento argumentativo están en la misma lengua y no en una retórica extra-lingüística (p. 80).

Ducrot y Ascombre distinguen entre el acto de argumentar y el de inferir. Mientras la primera se sitúa por completo a nivel del discurso, la inferencia se encuentra ligada a las creencias relativas a la realidad. Así se establece un puente entre ambas ya que la argumentación se basaría sobre lo que se puede o no creer (inferir). Las posibilidades de éxito de una argumentación estarían determinadas por este conocimiento sobre lo real y por tanto considerado válido:

“La estructura argumentativa propia de una retórica integrada trata de la orientación interna de los enunciados para tal o cual tipo de conclusiones, orientación que no es deducible del contenido informativo, sino de la estructura lingüística misma” (Haidar, 2000, p.81).

Al considerar la argumentación como una retórica integrada, Ducrot y Ascombre analizan las operaciones argumentativas, considerando el funcionamiento de los conectores discursivos, como “casi”, “tanto que”, “sin embargo”, etc.

Dichos conectores cumplen la función de dar sentido a la argumentación, la van conduciendo para dirigirla a determinados fines. En un sentido y gracias a estos mismos conectores, el enunciado antecedente “siembra” la significación y va orientando la argumentación de acuerdo a los fines del emisor.

Los conectores pueden definirse entonces como un elemento que establece un lazo entre dos proposiciones. El conector está orientado y nos lleva de E1, hacia una conclusión dada de la argumentación, E2. (Reygadas, 1998, p. 33).

La retórica integrada

La noción de retórica integrada surge del cuestionamiento a la supuesta oposición entre semántica y pragmática planteada por los neopositivistas y a la distinción entre nivel sintáctico, semántico y pragmático que elabora Morris (1948) en el estudio de la lengua.

En el nivel sintáctico se determinan las reglas en las cuales las combinaciones de símbolos constituyen las “frases” de la lengua. En el semántico las nociones de base son las de verdadero o falso, lo que apunta a establecer cuáles son las condiciones para que una frase pueda ser considerada verdadera. Lo pragmático apunta a la utilización de la frase en el momento preciso:

“El locutor la usa porque la situación en la que se encuentra frente a personas que lo rodean (destinatarios y auditorio) lo conduce, o a menos lo autoriza a hacerlo; y, si él la emplea, es que busca, gracias a ella, producir cierto efecto sobre aquellos a quienes o para quienes habla. Las preguntas a hacer en pragmática podrían ser: ¿Tal enunciado es apropiado para la situación? ¿Estará, por el contrario, fuera de lugar? ¿Qué actos de palabra permite realizar (aseveración, interrogación, orden...etc)? ¿Que reacción exige del destinatario? ¿Una respuesta, como las preguntas? ¿Una acción como las órdenes?...” (Ducrot, 1988, p. 5).

La correcta utilización de la frase en el momento adecuado determina en gran medida el éxito o fracaso de la argumentación, que se apoya también en frases evaluativas (ser inteligente, ser bueno, etc) cuyo sentido es apuntar a determinadas conclusiones.

La retórica integrada comprende los actos de enunciación y actos de inferencia, operadores argumentativos, los *topoi* y las escalas argumentativas.

Enseguida señalamos la función de los *topoi* y abordamos posteriormente la utilidad de las escalas argumentativas.

Los topoi

Ducrot señala que dentro de la argumentación se encuentran una serie de presupuestos universales que denomina *topoi*. Estos representan conocimientos compartidos por una cultura, "lugares comunes" que se establecen como verdades incuestionables, conocimientos compartidos que se añaden al sistema de la lengua y que tienen como fin sostener la argumentación. Rodríguez Alfano (1999, p. 227) señala que para que un punto de vista sea argumentativo se requieren dos condiciones: que justifique una conclusión determinada y que el trayecto de ese punto de vista a la conclusión se base en lugares comunes o *topoi*.

Los *topoi* presentan tres características:

1. Son un conocimiento compartido por una multitud de personas.
2. Presupone un principio general válido no sólo en la situación en que se presenta, sino en infinidad de situaciones análogas.
3. Pone en relación dos escalas, una antecedente y otra consecuente (Ducrot, 1988, p.102-106).

Los *topoi* son aplicados en la argumentación cotidiana, por lo que el empleo de la lengua presupone la existencia de *topoi* conocidos por los usuarios (Rodríguez Alfano, 1999, p. 228). Ducrot destaca que tienen un carácter gradual porque establecen grados en paralelo del tipo " a mayor...más...o menos" (Ibíd:228).

Son ejemplos de los usos de los *topoi* expresiones admitidas como "los negros son violentos" o "las mujeres sienten, los hombres piensan", u otras expresiones

que denotan, en un contexto cultural dado, generalizaciones cuyo trasfondo ideológico se encuentra en relación con las condiciones de producción en que se generan. En su tesis doctoral "Polifonía discursiva de distintos grupos sociales, argumentación sobre la crisis, la función adjetiva" (1999) Rodríguez Alfano establece que los *topoi* asumen funciones ideológicas. La lengua no impone ideologías, sino que "está hecha para una sociedad que contiene una ideología y que se adapta a esa ideología, funciona gracias a ella. La lengua necesita la ideología" (Ducrot, 1988, p. 151).

Las escalas argumentativas

Ducrot designa como **escala argumentativa** a la relación entre la palabra y la argumentación. Las escalas argumentativas se encuentran en la lengua y cumplen el papel de clasificar referentes y orientar a conclusiones:

"El valor argumentativo de una palabra es por definición la orientación que esa palabra da al discurso. En efecto, a mi juicio el empleo de una palabra hace posible o imposible una cierta continuación del discurso y el valor argumentativo de esa palabra es el conjunto de esas posibilidades o imposibilidades de continuación discursiva que su empleo determina (...) En resumen, el valor argumentativo de una palabra es el papel que pueda desempeñar en el discurso" (1988, p. 51).

El discurso se encuentra segmentado en una sucesión de enunciados que en la semántica pragmática cumplen una función de encadenamiento, de esta forma "cada elección de un enunciado implica ciertas posibilidades de encadenamiento, de conclusión. Para llegar a esa conclusión se convoca un principio argumentativo o *topos* que puede ser común, general o gradual" (Reygadas, 1998, p.33).

La construcción de las escalas argumentativas que maneja Ducrot tienen como fin señalar la conclusión a la que orienta la enunciación concreta: "La gradación en las escalas argumentativas se establece en el estatuto de los enunciados, donde las conclusiones a las que se dirige la interpretación del sentido de los enunciados orientadores están subordinados a éstos" (Rodríguez Alfano, 1999, p. 231).

De un segmento de la entrevista de Julio Scherer al subcomandante Marcos intentamos construir un modelo de escala argumentativa en la función adjetiva similar al desarrollado por Rodríguez Alfano en su tesis doctoral:

Scherer -Veo al país peligrosamente dividido: en un extremo, las sombras vivas de Juan Rulfo; en el otro, los cuerpos bien nutridos del poder y del dinero. Con los matices que usted quiera me parece que usted y el presidente Fox son hoy la imagen de esos mundos. Si esto es así ¿cabe entre ustedes el entendimiento, la confianza que le da vida a la comprensión?

Marcos- Sí. Nosotros pensamos que sí. Nosotros nos estamos planteando la posibilidad de un diálogo. Toda esa movilización tiene por objetivo convencer a ese hombre –quien no tiene mucho qué perder y sí mucho qué ganar- de que se siente frente a nosotros con la decisión de resolver el conflicto. Esto no es fácil, porque en torno a la figura de Fox están jugando muchas fuerzas, entre ellas la suya propia: un ser que ha optado por construirse una imagen en torno de un manejo mercadotécnico, que le dio resultados, buenos resultados, en un período electoral, pero que no se puede extender al período de gobierno. Entonces necesitamos convencerlo de que el problema no es de rating, sino de gobernabilidad, y eso es lo que estamos ofreciendo: no una revuelta social, sino el reconocimiento de ese sector social (los indígenas), de sus capacidades y, finalmente, de su diferencia...” (Scherer, 2001, p.12).

En la cita anterior Julio Scherer establece una dicotomía entre el presidente Fox y el subcomandante Marcos, uno representa la voz del poder, otro el de los agraviados. Pregunta –y se pregunta- si pese a esto el acuerdo entre ambos personajes es posible y Marcos responde en la lógica de los intereses del zapatismo. El encadenamiento de su argumentación hace posible un cierto discurso que orienta a su interlocutor y a su auditorio a las conclusiones que desea establecer. Sus argumentos refuerzan la diferencia no sólo en cuanto la manera en que el EZLN se asume y se proyecta, sino en la medida en que identifica a Fox y a su gobierno desde una cierta formación imaginaria, en el plano empresarial y mercadotécnico.

Aplicando el modelo de escalas argumentativas propuesto por Ducrot al anterior fragmento de la entrevista tendríamos el siguiente modelo:

Cuadro 7

<p align="center">Escalas argumentativas en torno a la entrevista de Julio Scherer al subcomandante Marcos (En la argumentación de Scherer)</p>			
Elementos en función adjetiva	Argumentos	Consecuencia	Conclusión a la que orientan
<ul style="list-style-type: none"> • Entendimiento, confianza, comprensión. 	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Cabe entre ustedes el entendimiento, la confianza que le da vida a la comprensión? 	<ul style="list-style-type: none"> • Fox y Marcos representan mundos distintos. 	<ul style="list-style-type: none"> • Existen antecedentes que marcan desconfianza mutua. • ¿Existen posibilidades reales de diálogo entre el EZLN y el gobierno mexicano?
<p align="center">Conectores: "Me parece que", "Si esto es así", "En un extremo", "En el otro".</p>			

En el primer cuadro Scherer mismo va orientando las conclusiones de sus argumentos en la utilización de los conectores y de los elementos en función adjetiva. Finalmente el efecto en el auditorio es el percibir la antinomia entre Marcos y Fox y dejar en evidencia la dificultad de ambos personajes para establecer acuerdos sólidos. Nótese como la utilización de los conectores "En un extremo" y "En el otro" nos da la noción de enfrentamiento, de disputa, de imposibilidad de consenso.

Cuadro 8

<p align="center">Escalas argumentativas en torno a la entrevista de Julio Scherer al subcomandante Marcos (En la argumentación de Marcos)</p>			
Elementos en función adjetiva	Argumentos	Consecuencia	Conclusión a la que orientan
<ul style="list-style-type: none"> • Convencimiento, gobernabilidad, reconocimiento, diferencia, decisión.. 	<ul style="list-style-type: none"> • "Nosotros nos estamos planteando la posibilidad de un diálogo" • La movilización tiene por objetivo convencer a ese hombre de que se siente frente a 	<ul style="list-style-type: none"> • Hay posibilidades de solución al conflicto. • La posición de Fox es central para resolver el conflicto en Chiapas • El presidente ha optado por un manejo mercadotécnico de su 	<ul style="list-style-type: none"> • Sólo con un diálogo real es posible solucionar el conflicto en Chiapas. • Fox debe aprender a gobernar.

	nosotros con la decisión de resolver el conflicto. • Necesitamos convencerlo de que el problema no es de rating, sino de gobernabilidad.	gobierno	
Conectores: "Pensamos que", "Nos estamos planteando", "Esto no es fácil", "Necesitamos convencerlo".			

En el caso de la argumentación de Marcos, la utilización de los conectores se encuentra más ligada a las posibilidades del acuerdo y de la negociación colectiva, no unilateral. Aunque parte de establecer la analogía del gobierno de Fox con el de un comerciante, no con el de un político, y que por lo mismo utiliza estrategias propias del empresario y se auxilia en los medios de comunicación –el rating- para plantear su gobernabilidad.

Los criterios que utiliza Ducrot en las escalas argumentativas incluyen además el estudio de los verbos de opinión, definidos como "aquellos que sirven al locutor para informar al destinatario de las creencias de un tercero" (1972, p. 234) y cómo estos van marcando distintos grados de adhesión que van de lo mayor a lo menor como lo muestra la siguiente tabla que tomamos de Lidia Rodríguez Alfano (1999, p.135):

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuadro 9

Escala de verbos de opinión según Oswald Ducrot

Considerar que	+ P	+ M	+ O	+ C	+ R
Encontrar que	+ P	+ M	+ O	- C	- R
Estimar que	+ P	+ M	- O	+ C	+ R
Juzgar que	+ P	- M	- O	+ C	+ R
Tener la impresión que	+ P	- M	- O	- C	- R
Estar seguro de	- P	- M	- O	+ C	- R

Pensar que	- P	- M	- O	- C	+ R
Crear que	- P	- M	- O	- C	- R

1. Criterio **P**: el verbo implica un juicio personal fundado en la experiencia;
2. Criterio **M**: el verbo implica una experiencia de la cosa "en sí misma";
3. Criterio **O**: el verbo implica una predicación original;
4. Criterio **C**: el locutor presenta su opinión con certidumbre;
5. Criterio **R**: el locutor presenta su opinión como producto de una reflexión.

Rodríguez Alfano señala que las propuestas sobre los verbos de opinión son revisadas por Kerbrat-Orecchioni (1980, p. 237), quien toma como base el criterio C "referente a la certidumbre-adhesión de X a la opinión p" (1999. p.135) y que representa de la siguiente manera:

Cuadro 10

Escalas de certidumbre de verbos de opinión según Kerbrat-Orecchioni

	estimar que	
Parecer que	encontrar que	estar seguro de
	<i>Pensar que</i>	<i>estar persuadido de que</i>
	<i>Crear que</i>	<i>estar convencido de que</i>
	<i>Opinar que</i>	
	<i>Saber que</i>	

Como se puede observar, Orecchioni aglutina los verbos de acuerdo con su grado de certidumbre y su funcionamiento dentro de una argumentación.

4.5. *Backings* y *warrants* en los discursos de Marcos y Scherer

Stephen Toulmin (1958) es considerado uno de los refundadores de los estudios sobre la argumentación en el siglo XX. La teoría de la argumentación contemporánea ha desarrollado varias propuestas cuyos fundamentos remiten a los estudios de Aristóteles (Haidar, 2000, p. 67 y Reygadas, 1998, p. 82). Toulmin propone que toda argumentación puede reducirse a un esquema básico (*layout*) a partir de la identificación de los elementos que la integran.

Rodríguez Alfano *et al* afirman que el primer supuesto de este modelo es la necesidad de distinguir entre el uso instrumental y el uso argumentativo del lenguaje. El **uso instrumental** se refiere a las producciones lingüísticas que logran sus propósitos directamente, sin la necesidad ni de razonamiento ni de argumentación (órdenes, saludos, peticiones). (1997, p. 751). En este sentido, sostienen las autoras, difiere de Ducrot (1986) para quien todo enunciado orienta a una conclusión y es, por tanto argumentativo.

El **uso argumentativo** se refiere por su parte a las producciones discursivas que se fundamentan en argumentos, razones, evidencias y que pueden persuadir al oyente porque tienen un fundamento racional. La persuasión es puesta de nuevo en escena en este esquema que separa lo instrumental de los argumentos destinados a influir en él o los oyentes.

Dentro del modelo de la argumentación en refutación, Haidar (Ibíd) señala que estudiar el uso argumentativo del lenguaje plantea analizar las siguientes problemáticas:

- a) ¿Cómo los enunciados están soportados por tesis?
- b) ¿Cómo estas tesis son criticables?
- c) ¿Qué es lo que hace que algunos argumentos sean buenos y otros malos?

Estas problemáticas se presentan de manera diferente de acuerdo con la situación comunicativa, en función de los actores discursivos y del auditorio al que van dirigidos los argumentos. Los encañamientos argumentativos o sucesiones

de razonamientos (*trains of reasoning*) evidenciarán en su análisis el uso de los enunciados y su posible efectividad.

El modelo operativo de Toulmin se compone de los siguientes elementos:

- a) *Claim* (tesis). Tesis o conjunto de tesis que se requiere defender y en torno a los cuales se constituye la argumentación. Un requisito esencial de estas es que no sean ambiguas, sino que se planteen de la manera más clara posible. La efectividad de la tesis se encuentra en función del grado de adhesión del auditorio a lo que se plantea en esta.
- b) *Grounds* (fundamentos): Son los fundamentos requeridos para que las tesis sean aceptadas como sólidas y confiables. Los fundamentos pueden ser de orden físico-natural como la observación experimental, temas de conocimiento común, testimonios personales, tesis ya establecidas u otros datos basados en hechos. En cualquier caso en este modelo la tesis en discusión no puede ser menos fuerte que los fundamentos que la soportan.
- c) *Warrants* (principios generales): Mientras los fundamentos son el primer nivel de la solidez y la confiabilidad, el siguiente nivel implica apoyarlas en los *warrants*, que son principios generales cuyo uso necesita también ser justificado dentro de la tesis. Las justificaciones resultantes son principios generales que remiten a leyes de la naturaleza, estatutos y principios legales, etc. y difieren de acuerdo a los campos en que son utilizadas.
- d) *Backing* (juicios generales, garantías universales): Se refiere a los respaldos, a las garantías universales; son operaciones de apoyo a los *warrants*, con carácter de premisas generales, que comúnmente son incuestionables. Los *backings* están presupuestos en los *warrants*. "Las justificaciones particulares (*warrants*) requieren para su mayor aceptación de los *backings* que provienen de un contexto más general de las ciencias, de las leyes, etc" (1998, p. 753):

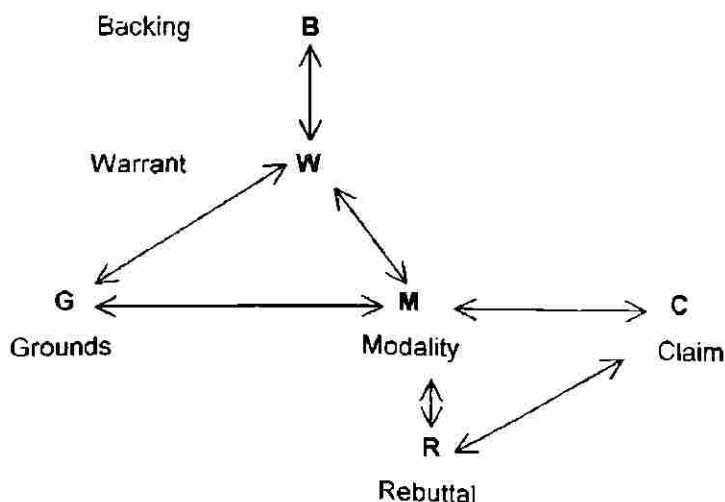
"Backing, that is, generalizations making explicit the body of experience relied on to establish the trustworthiness of the ways of arguing applied in any particular case". (Toumin, 1979, p. 61).

En el discurso científico este papel podría ser desempeñado por las teorías generales donde se enmarcan las distintas disciplinas que les proporcionan sus garantías de verosimilitud.

- e) *Modal Qualifiers* (cualificadores modales): Son las operaciones de modalización, por las cuales se varía el grado de certeza, posibilidad y probabilidad de la tesis que se está argumentando. Los cualificadores modales parten del supuesto de que toda tesis tiene condiciones y limitaciones para su aplicación e “indican la fuerza que la garantía le confiere a la argumentación: probablemente, seguramente, quizá, en la mayoría de los casos, etc” (Reygadas, 1998, p. 83).
- f) *Possible rebuttals* (cláusula de excepción): Las posibles refutaciones son cláusulas de excepción que hay que tomar en cuenta al considerar la conclusión, las condiciones en que ésta no se aplica o se ve modificada. Preven lo que podría ser interpretado como argumento y se marcan en expresiones como “a no ser que...” Al respecto, Toulmin aclara que, pese a la utilidad de su introducción en una argumentación: “las posibles refutaciones existen en circunstancias extraordinarias o excepcionales y pueden minar la fuerza que soporta los argumentos” (p. 253).

Reproducimos el modelo de análisis argumentativo de Toulmin:

Cuadro 11 Modelo de análisis argumentativo de Toulmin

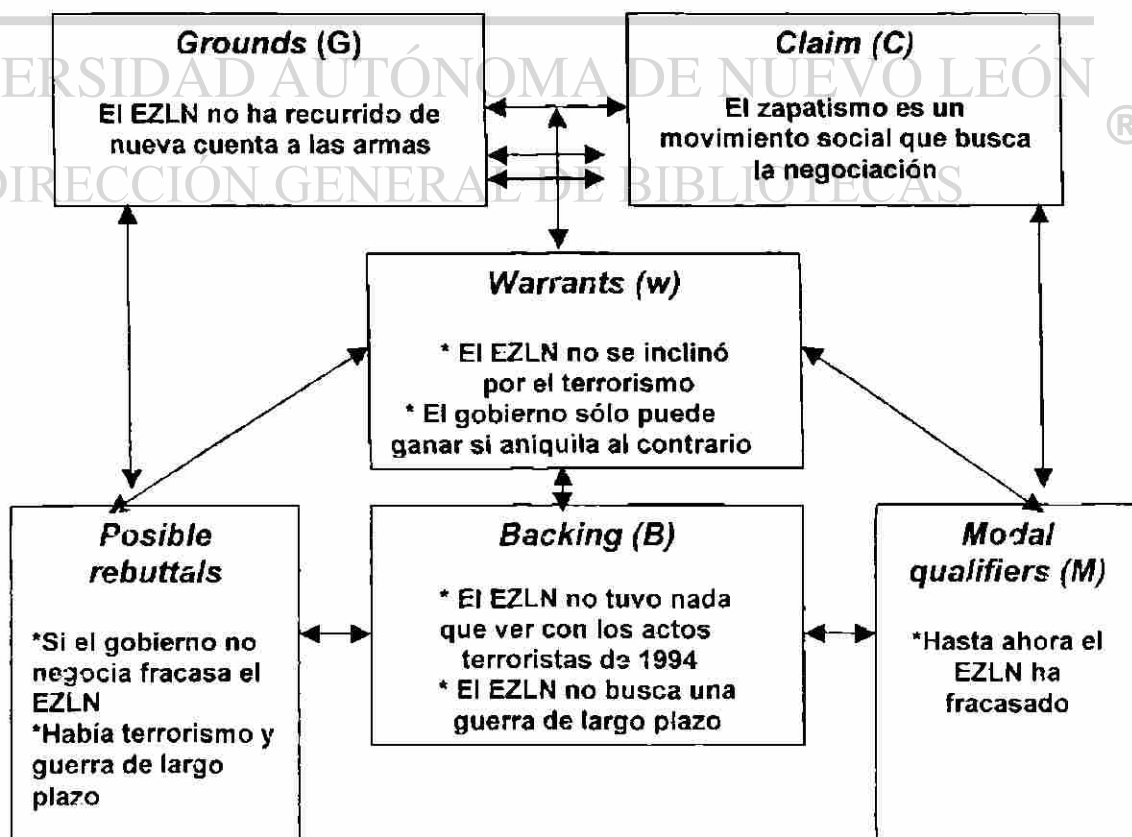


En el esquema de Toulmin, basado en un modelo de argumentación que considera universal aunque de aplicaciones particulares, estos seis elementos son interdependientes y se relacionan mutuamente, de ahí que lo ilustremos con flechas bidireccionales. La completa solidez de cualquier argumentación práctica depende del correcto funcionamiento de las precondiciones o presuposiciones que generalmente se encuentran implícitas. El tipo de argumentación que se debe utilizar debe ser seleccionado de acuerdo al auditorio.

Utilizando como base el modelo de Toulmin intentaremos analizar la argumentación en un fragmento del intercambio comunicativo entre Julio Scherer y el subcomandante Marcos.

“Marcos - “El zapatismo es un movimiento social que, ante la posibilidad de la lucha armada, optó por el diálogo y la negociación, y hasta ahora ha fracasado. En el caso de los movimientos de rebelión gana el que no muere, el que persiste, no el que gana. Y en el lado del gobierno, sólo puede ganar si aniquila al contrario. Eso sería una guerra a largo plazo, en la que el terrorismo llega a tu calle, tu casa, tu televisión, un poco como ocurrió los primeros días de la guerra de 1994, cuando empezaron a aparecer actos terroristas que no tenían nada que ver con nosotros...” (Scherer, 2001, p. 13).

Cuadro 12

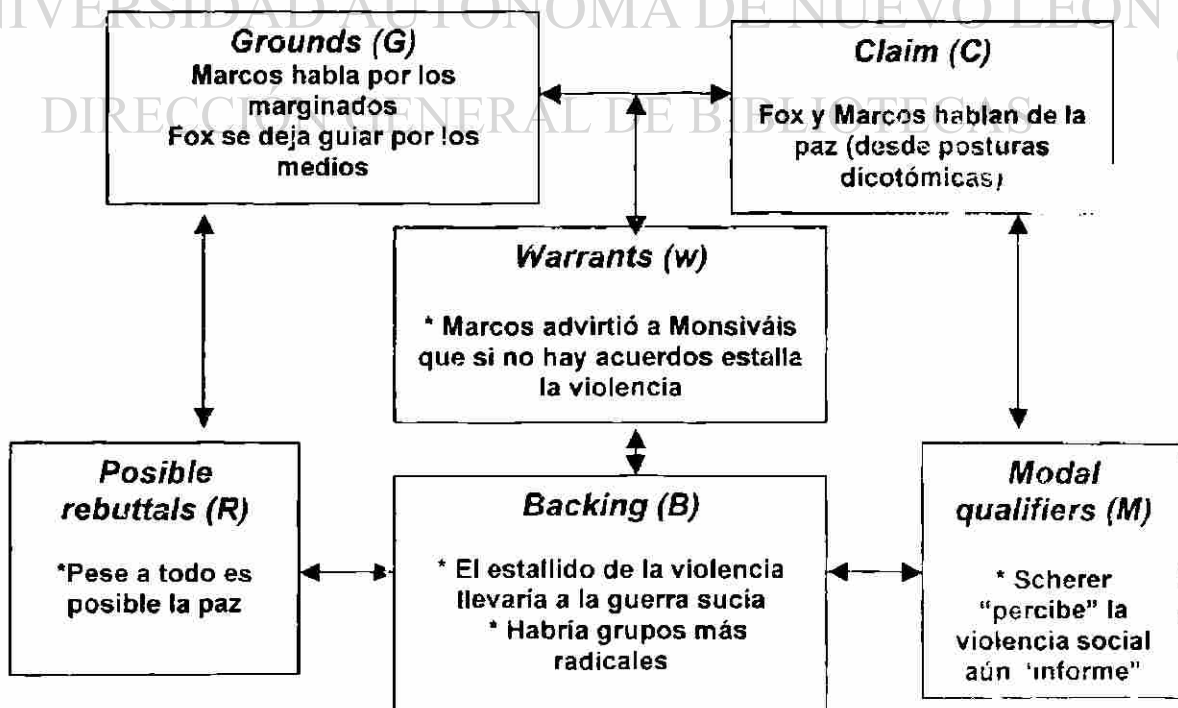


Como se observa, el esquema de Toulmin es útil para el análisis del discurso en cuanto desentraña o describe los elementos que están presentes y que dan soporte y garantía de verdad a una argumentación. En el ejemplo que citamos de las afirmaciones de Marcos se puede establecer que el líder zapatista funda la solidez (y por tanto la capacidad de convencimiento, la efectividad argumentativa) en apelar a una razón dialógica.

Veamos ahora el funcionamiento de este esquema en una de las afirmaciones de Julio Scherer. Es evidente que en su rol de entrevistador con gran experiencia en el periodismo, Scherer pondera y establece relaciones entre conceptos, designa situaciones y ubica a los protagonistas para incitar las respuestas de su entrevistado:

“Scherer.-Marcos, sigo con el presidente y con usted. El presidente y usted hablan de la paz- El presidente puede adaptarse a la propaganda, y usted a la mirada, a la airada voz de los marginados. Percibo la violencia, Marcos, informe aún, pero que ya respira. Usted le digo a Carlos Monsiváis que si no hay acuerdos “algo va a estallar”. Menciono a los grupos subversivos y dijo que los habrá más grandes y radicales si no hay acuerdos. Estas palabras me llevan a la guerra sucia de los sesenta, pero más extendida. En este tema, ¿por dónde va su inteligencia?” (Scherer, p. 13).

Cuadro 13



Vemos cómo en este ejemplo la tesis principal plantea que Fox y Marcos sostienen un discurso de paz, pero que éste se da desde distintas posiciones. Asimismo los argumentos de Marcos se apoyan en afirmaciones hechas previamente (la entrevista con Monsiváis) acerca de que la violencia radical no vendrá del EZLN, sino de otros grupos. Para Scherer esta situación se equipararía con la vivida en el país durante la guerra sucia de los años 70.

4.6. La argumentación en la refutación de tesis

En su estudio de los diferentes modelos operativos de la argumentación, Haidar (2000) señala que existe un tipo especial de funcionamientos argumentativos que opera en situaciones de polémica y de debate, donde se confrontan varias tesis que buscan vencer en la argumentación:

“La operación discursiva fundamental que se da en esta situación es la de refutación. Las macrooperaciones discursivas sirven para clasificar, ya que la argumentación es propia del discurso político, la demostración del discurso científico y la narración del discurso histórico, literario o mítico”(2000, p.70).

Se toma como modelo el discurso parlamentario, es decir el discurso político, como el característico de este tipo de debates. En este las estrategias de refutación pueden ser explícitas o implícitas dependiendo de la intensidad del debate o la controversia en que se inscriba ya que “toda controversia o debate implica, por su misma naturaleza, un componente polémico cuya configuración depende del grado y del desarrollo del enfrentamiento, o del tipo de antagonismo existente” (Rodríguez Alfano et al, 1997, p. 746 y Haidar, 2000, p. 82).

La presencia del macro-acto de refutación es típica entonces de las confrontaciones discursivas donde predominan los criterios de incompatibilidad sobre la compatibilidad en las argumentaciones,

Haidar hace un amplio recorrido sobre los representantes de los autores que destacan la importancia de la argumentación en refutación. Así por ejemplo en Puig (1991) la refutación es un acto ilocucionario por medio del cual el locutor pretende invalidar un acto ilocucionario realizado por el alocutario, ya sea por razones lógicas o por razones pragmáticas. (1997,p. 746) La refutación en este

modelo tiene cinco etapas que van desde la presentación del enunciado que se invalida hasta la justificación de la conclusión. Kotarbinski (sf) homologa el arte de la controversia verbal con la de la lucha. Las posibilidades exitosas de la refutación se dan en la medida que se sorprende al adversario (sentido de anticipación) y se le hace pasar a una postura defensiva, así se descalifica no sólo a los argumentos del adversario, sino también al adversario mismo (p. 748).

Courtine (1981) relaciona la refutación con la problemática del intradiscurso y de las formaciones discursivas. Propone dos formas de refutación: a) Las formas explícitas y b) la refutación por *denegation*, refutación por *retournement*.

En las formas explícitas de la refutación los elementos de un enunciado se encuentran linearizados en el intradiscurso, de manera tal que la refutación sólo existe "cuando las frases de dos miembros contienen una negativa contrastativa, o una relación antonómica entre dos predicados" (1997, p. 749).

Por otra parte, en la refutación por *denegation* y por *retournement* el sujeto intenta enmascarar la determinación del intradiscurso por el interdiscurso. Se clarifica la diferencia entre estos dos tipos de refutación:

"En los discursos relacionados con el poder se materializan las formas de la lucha ideológico-política: como guerra de posición, cuando hay la refutación por *denegation* (diferenciar sus palabras del otro, oponer sus palabras a las del otro, luchar palabra a palabra, como se avanza paso a paso en una guerra de trincheras), o como una guerra de movimiento, en la cual existe la refutación por *retournement* (apoderarse de las palabras del adversario, utilizar sus propias palabras para devolverlas contra él, luchar tomando la palabra de otro)" (1997, 750).

Oleron (1983) resume las formas de refutación en los siguientes principios:

- a) La refutación puede operar oponiéndose totalmente a las tesis del adversario o relativizándola; para oponerse a la tesis adversaria hay que dar pruebas
- b) La refutación de un razonamiento se puede hacer con base en las premisas de las que parte, o con base en señalar que el encadenamiento de las proposiciones no es válido.
- c) El descubrimiento de contradicciones en la argumentación del adversario constituye un elemento típico de la refutación. La lógica y la coherencia

figuran entre los valores más respetados aunque no sean verdaderamente valiosos.

La propuesta de Haidar (1988) señala que las formas de refutación pueden recurrir a distintos procedimientos, como son:

- a) La descalificación inicial del opositor.
- b) La descalificación de la tesis principal del opositor, presentándole una contratesis.
- c) La refutación de los implícitos de las tesis y de otros argumentos en torno a la misma.
- d) Colocar, crear implícitos que no pueden existir desde lo explícito (argumento por distorsión).
- e) Refutar por la ruptura de silencios rompiendo el tabú del objeto discursivo (como lo hace Marcos sobre los argumentos de Fox),
- f) Refutar por ignorar el discurso del adversario; es decir aplicarle la regla del silencio,

Conviene establecer una digresión sobre esta última forma de refutación, muy utilizada por demás en el discurso político: no tomar en cuenta la opinión del adversario o las partes sustantivas de su argumentación es reducir su propio poder frente a un auditorio. Señalamos que los implícitos de los silencios zapatistas se encuentran en esta línea de refutación del discurso del poder político en México.

El modelo de Kopperschmidt

Ya hemos visto cómo operan algunos de los modelos de argumentación por refutación en algunos autores. En adelante estableceremos los principios de la propuesta de análisis argumentativo global de Kopperschmidt (1985) que integra la polémica y la refutación como procedimientos.

La argumentación puede ser entendida como el uso de una afirmación ya sea para apoyar o debilitar otra afirmación cuya validez genera polémica: "the term

argument is understood to mean the use of a statement whose validity is questionable or contentious" (1985, p.159).

Este proceso conlleva un sistema de reglas que Kopperschmidt llama "lógica de la argumentación" e implica que una oración o afirmación sirva como argumento a favor o en contra de la validez de otra.

El principal valor de la argumentación es que mediante su uso constante se vuelve un indicador de la buena voluntad para resolver problemas sin el uso de la fuerza: "*Argumentation is (...) a sign of the willingness to solve problems and conflicts without the use of force*"(p.159). Así, para que un argumento tenga validez debe estar basado en la racionalidad del proceso del discurso y ser justificable a través de la reconstrucción. El mayor uso de la racionalidad puede verse reflejado en el nivel de aceptación, es decir de convencimiento, del argumento.

Los procesos de argumentación globales se encuentran subdivididos por procesos parciales, como partes de un rompecabezas. Los primeros pueden ser sometidos a un **análisis macroestructural** de la argumentación, ya que reconstruye el proceso más amplio o global; los segundos a un **análisis microestructural**, el cual reconstruye la estructura detallada de cada una de las partes que entran en la argumentación.

El análisis macroestructural consiste en cinco pasos:

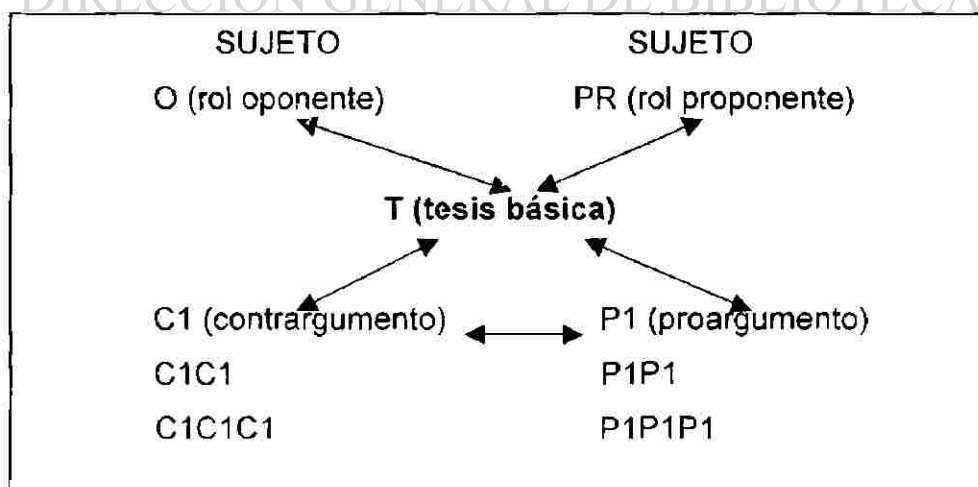
- a) **La definición del problema.** Existen dos tipos de problemas, los teóricos, que buscan la solución en la validez teórica como resultado de la presentación de un conocimiento; y los prácticos, que la buscan a través de la evaluación y las obligaciones. Haidar (2000, p. 88) señala que la definición del problema busca establecer cuáles son los problemas, los conflictos que motivan la argumentación y las consecuentes operaciones de refutación.
- b) **Formulación de la tesis de polémica.** En esta se asume el hecho de que cada uno de los grupos o personas en comunicación tienen un punto de vista parcial que puede ser modificado a través del proceso de argumentación. En

este punto se establecen las tesis básicas que se defienden y que se atacan, es decir, las tesis en competencia.

- c) **Segmentación de los argumentos.** Las únicas herramientas para identificar las partes del argumento individual son los signos lingüísticos, como son los conectores (porque, entonces, por lo tanto, si, de, etc). Ello supone una capacidad de interpretación. Kopperschmidt señala que esto puede ser más preciso si se toma como base la tesis principal, entonces se puede hablar de un "proargumento" y de un "contrargumento", los cuales pueden ser de primera o segunda clase, dependiendo de la forma en que refuerzan o debilitan la tesis principal. (1985, p.162).
- d) **Reconstrucción del ramaje de argumentos.** Haidar señala que el tejido de una argumentación, que incluye su lógica y su gramática, sirve para dilucidar y evaluar el potencial argumentativo de un argumento (2000, p. 89). Se considera que cada argumento directo forma un ramal de argumentación. El mayor poder de convencimiento de un argumento depende de que tanto se sostenga a su ramal.
- e) **Reconstrucción de la estructura argumentativa global,** que Haidar diagrama de la siguiente forma:

Cuadro 14

Estructura argumentativa global según Kopperschmidt



Respecto al modelo Haidar señala que “la estructura de toda polémica supone la proposición de una tesis, o un conjunto de tesis en relación con las cuales se desarrolla una oposición. Mientras la proposición se fundamenta en una proargumentación, la oposición se basa en una contrargumentación” (1997, p. 757). Crítica el modelo de Kopperschmidt en tanto considera que a este le falta la ubicación de la tesis antagónica, ya que la contrargumentación no se puede basar sólo en la refutación de la tesis básica.

El análisis microestructural consiste de tres pasos:

- a) **Análisis del rol**; donde se analizan detalladamente las categorías de cada uno de los argumentos en función del ramal de argumentación.
- b) **Análisis del potencial argumentativo**; que se basa en una sola perspectiva a discutir del problema en cuestión (ángulo) con el fin de darle al tema otro nivel de lógica y por consecuencia otros criterios de validez y,
- c) **Análisis formal**, por los cuales los argumentos pueden ser formalmente analizados desde diversos patrones, dependiendo del público (auditorio) al que va dirigido el discurso.

En el análisis de la argumentación en refutación Julieta Haidar, Lidia Rodríguez Alfano y Luis Béjar (1997, p. 757) concluyen con una serie de recomendaciones que estima aplicables al discurso parlamentario:

1. Hacer lo menos posible referencia al adversario y evitar presentar una exposición objetiva de sus posiciones.
2. Evitar el silencio en el debate público pues refleje una posición de debilidad, de incapacidad para enfrentarse al adversario.
3. La refutación no debe ser exhaustiva ya que es suficiente con refutar los argumentos más sólidos. Ello en función de cuidar la disponibilidad y la atención del auditorio.

Aplicación del modelo de Kopperschmidt a la entrevista Scherer-Marcos

Una vez establecidos los lineamientos generales del modelo de Kopperschmidt, aplicaremos el análisis macroestructural que propone a un fragmento de la entrevista referida.

"Scherer. -No es popular el comandante **Germán**. Dispone, dirige, **ordena**, sube al camión el primero, lo abandona antes que nadie, recibe los documentos, los distribuye, **habla con la fuerza del mando**. Pesan sospechas sobre él y de su humanitarismo nadie habla. No me explico a **Germán, tan diferente a usted y tan diferente a los indígenas**, en calidad de portavoz central de lo que hace el EZLN. En los grados del Ejército Zapatista, **él es el comandante y usted el sub**. **Germán** es el que ordena, él es el que dispone. **Usted**, de alguna manera cumple, recibe o **atiende las instrucciones** u órdenes...

Marcos. -¡No! El arquitecto **Fernando Yáñez** (...) **significa una señal** que, como muchas que hemos dado, el gobierno no ha sabido leer. Con él, está diciendo el EZLN: estamos dispuestos a transitar de la clandestinidad a la vida pública (...) Esa es la verdad. Pero la percepción que tienes tú y los que nos están viendo ahorita, es que estoy yo y atrás de mí debe estar Tacho cuidándome (...) pero del lado de las comunidades las cosas son al revés: ellos están primero y nosotros detrás... El arquitecto **Yáñez no tiene mando ni ascendencia militar dentro del EZLN**. Está respondiendo a un llamado que estamos haciendo nosotros porque queremos dar esa señal, que...nadie está leyendo... Y, si un movimiento armado está diciendo ahí va esta parte, vean, a esto estamos dispuestos, y no lo lee, entonces ya de plano necesita la clase política una gran lección(p. 15).

Scherer. -No me siento aludido, porque **esa señal no fue explícita**.

Marcos. - Pero **va acompañada por otras** (...) Nosotros damos una. No la ven, pues es que no le hallamos todavía al modo político, pero voluntad no nos ha faltado. Si no logramos que tú veas esa señal o que la clase política vea esa señal, es que ahí fracasamos y vamos a buscar otra, pero creo que se tiene que saldar una cuenta pendiente con mucha gente, no sólo con **Yáñez...**" (Scherer, pp. 15-16).

La definición del problema. Las funciones del "comandante Germán" y su ascendiente militar (autoridad) en las filas del EZLN

Formulación de la tesis de polémica.

Proargumento 1. Scherer. (Rol proponente)

"**Germán** es el que ordena, él es el que dispone. **Usted** (Marcos), de alguna manera cumple, recibe o atiende las instrucciones u órdenes...

Proargumento 2 “No me siento aludido porque esa señal no fue explícita”.

Contrargumento 1. Marcos (Rol oponente)

“El arquitecto Yáñez no tiene mando ni ascendencia militar dentro del EZLN. Es una señal del EZLN”

Contrargumento 2.

“Pero (esta señal que el EZLN quiere dar) va acompañada por otras” (...) Si no logramos que tú veas esa señal o que la clase política vea esa señal, es que ahí fracasamos y vamos a buscar otra”.

Reconstrucción del ramaje de argumentos. En el caso de la argumentación de Scherer este se apoya en la adjetivación y evaluación de sus funciones, de lo que deduce su autoridad en el EZLN y su ascendiente sobre Marcos. Esta misma afirmación es atacada directamente por Marcos al refutar cualquier autoridad política y militar de “Germán” y sostener que “el arquitecto Yáñez” es una señal del EZLN (hacia la sociedad) de su disposición de transitar de la vía armada a la civil. En el caso de Scherer, quien es considerado en este análisis en su carácter de rol proponente, los argumentos básicos (la autoridad de Germán en el EZLN) se basan en presupuestos que no necesariamente son compartidos o conocidos por la sociedad. Marcos construye su contrargumentación no sólo desde la descalificación de las afirmaciones de Scherer sobre la autoridad de Yáñez, sino también desde las razones del EZLN para darle esa aparente autoridad frente a la sociedad civil y el mundo político, partiendo de que, frente al “no me explico” de Scherer, “esa (su afirmación, su respuesta) es la verdad” . Se brinda así racionalidad a la argumentación lo que aumenta las posibilidades de su aceptación por el auditorio.

Bibliografía referida

Anscombre, J.C y Ducrot, Oswald, (1983). **L'argumentation dans la langue**. Trad, al español de Mariana Pérez-Duarte. Bruxelles: Pierre Mardaga.

Aristóteles, (2002). **Arte Retórica y Arte Poética**. México: Editorial Porrúa.

Courtine, J.J., (1981). "Analyse du discours politique", en **Langages**. 62.

Ducrot, Oswald, (1988). **Polifonía y argumentación**. Conferencias del seminario: Teoría de la Argumentación y Análisis del discurso. Cali: Universidad del Valle.

Haidar, Julieta y Rodríguez Alfano, Lidia, (1996). "Funcionamientos del poder y de la ideología en las prácticas discursivas", en **Dimensión Antropológica**, Año 3, Vol. 7. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Haidar, Julieta, (2000). "El poder y la magia de la palabra: el campo del análisis del discurso", en Norma del Río Lugo., comp., **La producción textual del discurso científico**. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Haidar, Julieta, (2000). "La argumentación: problemáticas, modelos operativos", en Norma del Río Lugo., comp., **La producción textual del discurso científico**. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Kerbrat-Orecchioni, Catherine, (1980). **La enunciación de la subjetividad en el discurso**. (Trad. Gladis Anfora y Emma Gregores). Buenos Aires: Hachette.

Klein, W. (s/f) **Argumentation und Argument** (Mimeo: traducción y síntesis de H., Saettele).

Kopperschmidt, Joseph, (1985). "An análisis of argumentation", en T. Van Dijk, ed., **Handbook of Discourse Analysis**, V,2, Florida: Academic Press.

Oleron, P. (1983). **L'argumentation**. París: Presses Universitaires de France.

Perelman, CH., Olbrechts-Tyteca, (1989). **Tratado de la argumentación**. Madrid: Gredós.

Plantin, Christian, (1998). "La argumentación, entre el discurso y la interacción", en **Escritos**, Revista del Centro de Estudios del Lenguaje.

Puig, L, (1991). **Discurso y argumentación**. Un análisis semántico y pragmático. México: Instituto de Investigaciones Filológicas: UNAM.

Reygadas Robles Gil, Pedro, (1999). **Argumentación y seducción de la guerra**. Tesis de maestría en lingüística. México, D.F.: Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Rodríguez Alfano, Lidia, (1993). **Deixis y modalización. Funcionamiento ideológico en el discurso de dos grupos sociales de Monterrey.** Tesis de maestría en Letras Españolas. Monterrey: Facultad de Filosofía y Letras U.A.N.L., División de Estudios de Posgrado

Rodríguez Alfano, Lidia, (1999). **Polifonía discursiva de distintos grupos sociales. Argumentación sobre la crisis. La función adjetiva.** Tesis de doctorado en Lingüística Hispánica. México, D.F.: Facultad de Filosofía y Letras U.N.A.M., División de Estudios de Posgrado.

Rodríguez Alfano, Julieta Haidar y Luis Béjar, (1997). "La democracia en el discurso parlamentario mexicano: tensiones y contradicciones", en Gimete-Welsh y Otavaleño, R., comps., **La argumentación parlamentaria (1982-1996).** México: Porrúa.

Scherer García, Julio. "La entrevista insólita" entrevista al Subcomandante Marcos, en **Proceso 1271.** México: 11 de marzo del 2001.

Toulmin, Stephen, (1979). **An introduction to reasoning,** N.Y: Macmillan.

Vignaux, G., (1976). **La argumentación: ensayo de lógica discursiva.** Buenos Aires: Hachette.

Villamil, Jenaro, (2001). **El poder del rating: de la sociedad política a la sociedad mediática.** México: Plaza y Janés.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Capítulo 5. Semiótica de la imagen en Marcos

"No, lo que pasa es que la imagen de Marcos responde a unas expectativas románticas, idealistas. O sea, es el hombre blanco, en el medio indígena, más cercano a lo que el inconsciente colectivo tiene como referencia: Robin Hood, Juan Charrasqueado, etc".

Subcomandante Marcos

"Actualmente, a nivel de las comunicaciones de masas, parece evidente que el mensaje lingüístico esté presente en todas las imágenes: como título, como leyenda, como artículo de prensa, como diálogo de película, como fumetto. Vemos entonces que no es muy apropiado hablar de una civilización de la imagen: somos todavía, y más que nunca, una civilización de la escritura".

Roland Barthes

La noción de imagen es uno de los conceptos claves de la cultura contemporánea. Todo ser humano asocia una imagen con un significado constituido en una multitud de códigos cuyo funcionamiento presenta características particulares en diversas culturas. La imagen no es entonces una mera representación o simplemente un fenómeno de percepción, sino un entramado de significados cuyo funcionamiento puede ser interpretado a la luz de las teorías semióticas.

"Imagen" deriva del griego IKON. Este elemento se caracteriza por contener información visual con la cual intenta describir de manera clara lo que (se) representa. La sociedad contemporánea es en muchos sentidos icónica, pues los íconos se presentan en las más diversas manifestaciones culturales. Una imagen afirma Robert Marty es "un conjunto de signos distribuidos en un espacio plano clausurado. Estos signos se determinan sobre la base de una selección mediante juicios perceptuales visuales."().

Göran Sonesson (1997, pp. 16-43) afirma que la sociedad de información es una sociedad de imágenes o más bien que "la sociedad de imágenes es, por primera vez en la historia, una sociedad de información". En la sociedad de imágenes "el signo visual se convierte en un bien de información, como ya es el signo lingüístico: algo que una vez que ha sido creado puede repetirse hasta el

infinito; pero también algo que se puede construir con elementos repetibles y acabados, aunque en la forma particular de las imágenes” (Ibíd.).

Para explicar la génesis de la sociedad visual en que ahora vivimos es menester relacionarla con el desarrollo histórico de los medios de comunicación masiva. Los media en el siglo XX revolucionaron no sólo las características de la comunicación, sino el proceso completo de la trasmisión y el intercambio comunicativo. Vivimos en una sociedad de la información y de la multimedia, pero básicamente en una sociedad de la imagen electrónica, donde el tele-ver (Sartori, *Homo Videns*, 1998) es en muchos sentidos la vía de aprehensión del mundo. El simbolismo propio del *homo sapiens* se ha desplazado del lenguaje y el pensamiento a la imagen (p. 23 y ss). Este proceso no ha ido a la par de la racionalización del sentido de la imagen, por lo cual se ha creado así una brecha entre el ícono y su referente.

Vivimos en sociedades mediatizadas por los medios y matizadas por sus efectos. Pasamos rápidamente de la representación pictórica a la fotográfica, y de ahí a la televisiva que hoy deviene dominante en el mundo de la comunicación, desplazando a los medios que tradicionalmente, como la radio, cumplían los papeles de difusión de las comunicaciones sin menoscabar la naturaleza simbólica de los hombres (Sartori, 1998, p. 26; Cassirer, 1948. p.47-49).

Hoy, según los diagnósticos poco optimistas de Sartori (1998) la ruptura se ha producido a mediados de siglo XX, con el arribo de la televisión, verdadera revolución en el campo de lo icónico y lo visual:

“La televisión –como su propio nombre lo indica- es «ver desde lejos» (tele), es decir, llevar ante los ojos de un público de espectadores codas que pueden ver en cualquier sitio, desde cualquier lugar y distancia. Y en la televisión el hecho de ver prevalece sobre el hecho de hablar, en el sentido de que la voz del medio, o de un hablante, es secundaria, está en función de la imagen, comenta la imagen. Y como consecuencia, el telespectador es más un animal vidente que un animal simbólico. Para él las cosas representada en imágenes cuentan y pesan más que las cosas dichas con palabras” (1998, p.26).

Según Giraud (1979), la televisión es un médium y éste implica: “ una sustancia del signo y un soporte o vehículo de esa sustancia” (p. 23). Sostiene

este autor que "la idea de imagen, de mensaje y de una manipulación del público por medio de un conocimiento y de sus manipulaciones profundas es actualmente una de las claves de nuestra cultura (...) Salió ampliamente del dominio de la publicidad para invadir el campo de la política y de las relaciones sociales (...) vivimos en una cultura de la imagen". (1979, p.132). En este sentido "la imagen es una noción que tiene sentido para sus usuarios en la sociedad actual, exactamente como las nociones de palabra y de oración" (Sonneson, 1989).

En este capítulo exploramos las características generales de la imagen, el papel que ésta juega como signo que revela a los hombres en un contexto cultural dado. Centramos nuestro interés analítico en la figura y la imagen del Subcomandante Marcos, en lo que constituye una aproximación inicial, y en este sentido preparatoria, de interpretación de los códigos visuales que manifiestan su mensaje y la función que éstos cumplen en un contexto social y en una coyuntura histórica determinada.

Aunque son muchos los enfoques sobre la semiótica de la imagen, consideramos que su objeto de estudio debe ser explicar el sentido de la imagen en relación con el contexto en que se genera. Ésta es una tarea compleja pues toda imagen es polisémica:

"La semiótica de imágenes no tiene solamente que enseñarnos lo que es específico de la imagen en general, pero también de ciertas categorías de imágenes. Nos parece, por lo pronto, que se pueden aislar al menos tres categorías de categorías de imágenes: las categorías de construcción, que se determinan por la manera en que la expresión está relacionada con el contenido (por ejemplo: pintura, dibujo, papel cortado, fotografía); las categorías de función, que resultan de los efectos socialmente intencionados (que son a veces obvios, como en la publicidad o la pornografía, otras veces menos determinados, como en las obras de arte, o que ocupan una posición intermedia, como en la caricatura; cfr. Sonesson 1990a); y las categorías de circulación, que dependen de los canales de circulación social de las imágenes (que son diferentes para un póster, un cartel, una tarjeta postal, un cuadro, etc.) (Sonesson, 1997. pp- 415-422).

Los tres elementos centrales que Sonesson cataloga como retórica de la imagen (categorías de construcción, función y circulación) nos brindan importantes unidades de análisis en pos de la cimentación de una semiótica de la imagen que en este capítulo aplicaremos al análisis de la que corresponde al subcomandante

Marcos. Con este fin realizamos un recorrido general por los orígenes de la semiótica y su relación con otras disciplinas.

5.1. El espacio de la semiótica

Pocos términos presentan tanta dificultad como los relativos a los usos de la palabra "semiótica". La compleja y numerosa cantidad de estudios y enfoques analíticos en su abordaje desde el problema de la significación se constituyen en el primer reto de quien se adentra por vez primera en este campo.

En ese sentido, quizás sea prudente establecer de entrada la génesis del concepto en su sentido original, rastrear la evolución de su significado y, a partir de una definición operativa del término, explicar en términos generales, las principales corrientes que abordan la problemática del signo y la significación.

Heron Pérez Martínez (*En pos del signo*, 1995) señala que el vocablo "semiótica" deriva del griego Semeiotiké, traducida como la observación de los síntomas. El término aparece así ligado al "arte de observar e interpretar los síntomas" (p. 24). La genealogía de la palabra deriva del vocablo "sema", utilizado ya por los griegos del siglo VII A.C. en el sentido de "señal, indicio, el signo, la marca. Sema (...) se usó para denotar todo lo que por contraste a un continuo se diferenciaba de él" (Ibid:24). En torno al término "sema" se fueron construyendo las derivaciones de marcas de identidad.

Por otra parte, "semiosis" (seméiosis) y "semiótica" (semeiotikós) se interpretan, respectivamente como la acción de indicar, de señalar, de significar; y como multidisciplinaria que se dedica a observar a los signos: "la cultura es, pues, un continuum que tiene distintos tipos de marcas de distinta índole interrelacionadas entre sí de manera jerárquica. La semiótica es el arte de leerlas" (1995, p. 27).

La semiótica y la semiología, cuya génesis abordaremos más adelante, han conducido a reflexiones en otros campos disciplinarios como los de la filosofía, la lingüística, la estética, la lógica, la psicología y el análisis del discurso (Rodríguez Alfano, 1993, p. 30). La semiótica concebida como un instrumento de

conocimiento social, se ocupa del mundo de los signos y del papel de esos signos en una cultura dada:

“La semiótica se ocupa de signos, sistemas sígnicos, acontecimientos sígnicos, procesos comunicativos, funcionamientos lingüísticos y cosas así. Es decir, la semiótica, por tanto se ha preocupado de las más variadas cosas: arquitectura, cine, teatro, las modas, las señales de tráfico, la publicidad, la literatura, el arte, los juegos, las normas de cortesía, la televisión, los gestos y muchas cosas más de esa índole” (Herón Pérez, 1995, p. 32).

Julietta Haidar señala que en el campo de las ciencias del lenguaje existen dos disciplinas fundantes: la lingüística y la semiótica. La primera se dedica al estudio de las lenguas naturales; y la segunda, al estudio de los sistemas sígnicos no verbales (2000, p. 35).

Para establecer el espacio propio de la semiótica es necesario definir algunos términos operativos:

- 1) Se denomina “hecho semiótico”, “situación semiótica” o “semiosis” a cualquier fenómeno en cuya composición entra el signo, principalmente el signo lingüístico.
- 2) Todo hecho semiótico es por definición, un proceso de comunicación en tanto en su conformación hay un signo, un emisor y un receptor. El emisor y el receptor son los usuarios del signo.
- 3) Todo signo está constituido por la relación entre un significado (contenido del signo) y un significante (medio o vehículo por el cual se comunica el significado) (p. 33).

La semiótica tiene relación con otras disciplinas como la semántica, la pragmática y la sintaxis. La semántica es la parte de la lingüística que se ocupa de estudiar el significado tanto de las palabras, como de los enunciados y oraciones. Desde el punto de vista de la semiótica se describen las relaciones entre significantes y significados.

La parte de la semiótica que aborda las relaciones entre significantes y usuarios se le llama “pragmática”, y se encarga de conocer el empleo de los signos por parte de los seres humanos en sus diferentes ámbitos de relación.

La sintaxis es la parte de la semiótica que estudia la relación de los significantes entre sí. Desde este punto de vista, señala Herón Pérez, citando a Mauricio Beuchot (1979, pp. 9-14), la semiótica “está por encima” de los objetos particulares de estas disciplinas que se ocupan de alguno de los componentes del proceso semiótico.

Vale la pena señalar que, en Herón Pérez, la noción de semiótica se refiere a la cultura como un todo significativo. Define a ésta como “una magna lengua cuyo léxico está constituido por signos no sólo de distinta “substancia”, sino de distinta índole” (p. 14). La tarea de la semiótica es “identificar cada uno de esos distintos sistemas de signos, descubrir sus respectivas gramáticas, estudiar sus mecanismos de funcionamiento y, en suma aprender a leer los textos que producen y de que se alimenta nuestra civilización” (ibid). Polemiza “por ser redundante” contra la pretensión de una “semiótica de la cultura”, puesto que “es impensable una semiótica a secas, que no sea de una manera u otra semiótica de la cultura.” Y se pregunta: ¿De qué otra cosa puede ocuparse la semiótica si no es de los múltiples signos y procesos de significación de que se compone la cultura y que posibilitan a los seres humanos sus múltiples y variadas formas de comunicación? (p. 15). Sin embargo, hay estudios semióticos que se centran sólo en las relaciones entre signos, en su “morfología” o en su “sintaxis”, de modo que no toman en cuenta la relación de signos y cultura.

Por tanto, seguimos llamando “semiótica de la cultura”, a la que analizaremos más detenidamente al revisar la propuesta de Iuri Lotman y la Escuela de Tartu.

5.1.1. Semiótica clásica

Como señalamos al inicio de este capítulo, el análisis de los sistemas de signos se enfrenta no sólo a la complejidad de su objeto de estudio, sino a un problema para designar el nombre propio de la disciplina. Así, en el uso contemporáneo del término, se distingue entre la semiótica y la semiología que se encuentran ligadas a dos diferentes tradiciones: la que parte de las propuestas del

filósofo norteamericano Charles Sanders Peirce, (1839-1914) y la que surge a partir de los planteamientos del lingüista suizo Ferdinand de Saussure (1857-1913).

Para Peirce (*Collected Papers*, 1965), semiótica es "la doctrina de la naturaleza esencial de las variedades fundamentales de toda semiosis". En este enfoque la semiótica se concibe como el estudio de los signos en general (incluyendo los no verbales) y su orientación filosófica se encuentra fuertemente marcada por una base lógica:

"La lógica en su sentido general es, creo haberlo demostrado, solamente otra palabra que designa a la semiótica, una doctrina quasi necesaria o formal de los signos. Al describir a la doctrina como "quasi necesaria" o formal, tengo en cuenta que observamos los caracteres de tales signos como podemos, y a partir de dichas observaciones, por un proceso que no me niego a llamar Abstracción, somos inducidos a juicios eminentemente necesarios, relativos a lo que deben ser los caracteres de los signos utilizados por la inteligencia científica" (Charles Peirce, citado por Pierre Giraud, 1979, p. 8).

En esta corriente se inscriben autores como el propio Peirce, Frege, Russell, orden y Richards, Morris, Carnap, Quine, Wittgenstein, Tarski y Eco, entre otros (1995, p. 27).

Rodríguez Alfano (1993, p. 30) define el postulado básico de Peirce en tres referencias sobre las cuales se da la producción signíca o semiosis:

- a) La referencia a un pensamiento que interpreta ese signo (ícono),
- b) La referencia a un signo del objeto, con el cual tiene una relación de equivalencia en ese pensamiento (índice), y
- c) La referencia a un aspecto o cualidad que lo pone en relación con el objeto (símbolo).

El punto que señala Peirce como diferencia entre estos tres signos es la diferencia de velocidad para captar el mensaje que lleva adentro. Así, mientras el nivel icónico se caracteriza por ser una imagen que contiene información representada de manera sencilla y lo más claramente posible, el índice lleva guardado dentro de sí un mensaje expresado indirectamente. Los signos simbólicos, por su parte, son aquellos en los que se guarda información de tipo subliminal, o mensajes en los que se expresa una idea clara, pero en la que

además se agrega algún elemento simbólico (o subliminal)-para expresar una idea extra que refuerce lo que se busca manifestar.

Con base en estas tres referencias, Peirce estructura tres ramas de la semiótica: la gramática, la lógica y la retórica. Estas mismas categorías son homologadas por Charles Morris (1938) con tres niveles de la semiosis: (1) la dimensión sintáctica, donde se consideran las relaciones de los signos entre sí; (2) la dimensión semántica, donde se consideran las relaciones de los signos con los objetos denotados; y (3) la dimensión pragmática, donde se consideran las relaciones de los signos con los intérpretes.

En resumen, el signo, según la concepción de Charles S. Peirce es algo que está por alguna otra cosa y que es entendido o tiene algún significado para alguien. Un signo sirve para representar o sustituir a algo que no está presente para algún sistema que sea capaz de interpretar tal sustitución.

De Saussure, otro de los reconocidos fundadores de los estudios de la significación, define a esta ciencia como semiología, considerada como "una ciencia que estudia la vida de los signos en el seno de la vida social":

"La lengua es un sistema de signos que expresan ideas, y por eso comparable a la escritura, al alfabeto de los sordomudos, a los ritos simbólicos, a las formas de cortesía, a las señales militares, etc., Sólo que es el más importante de todos esos sistemas. Se puede, pues, concebir una ciencias que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social. Tal ciencia sería parte de la psicología social, y por consiguiente de la psicología general. Nosotros la llamaremos semiología (del griego *semeion* o 'signo'). Ella nos enseñará en qué consisten los signos y cuáles son las reglas que los gobiernan (...) las leyes que la semiología descubre serán aplicables a la lingüística..." (Saussure, 1945, p.60).

Como se aprecia, Saussure propone a la lingüística como el modelo general en que se puede aplicar la semiología dada su complejidad (1993, p. 30). Herón Pérez señala que para el ginebrino:

"La elaboración y control de cualquier sistema de significación, sólo puede darse, para el individuo en el interior de una lengua histórica. Eso quiere decir que la lengua debe quedar al centro de cualquier teoría semiótica en la medida, no sólo, que es el sistema de significación más desarrollado, sino en la medida en que para un individuo histórico la lengua es el sistema

semiótico más importante y todos los sistemas semióticos están estructurados lingüísticamente" (1995, p. 143).

Remarca el carácter social de todo hecho semiológico como una característica esencial de manera tal que en "todo sistema semiológico y, por tanto, en todo sistema semiológico: si no es social o colectivo un fenómeno signico no es semiológico" (Ibíd).

Podemos establecer, resumiendo los planteamientos de Giraud (1979), que mientras Saussure destaca la función social del signo, Peirce remarca su función lógica. Semiótica y semiología se interrelacionan así en el estudio del signo y la significación.

La semiótica rusa

Dentro del mismo enfoque en lo lingüístico y bajo la fuerte influencia del estructuralismo, se desarrolló a principios del siglo xx la semiótica rusa, que hace escuela en el llamado formalismo ruso, el Círculo lingüístico de Praga y el Círculo de Copenhague, los cuales convergen en planteamientos posteriores como los de Roland Barthes (Rodríguez Alfano, 1993, p. 30):

"Se suele entender por formalismo ruso a una rica tradición de estudios elaborados sobre textos, especialmente los literarios; el formalismo floreció en Rusia a principios de siglo en torno tanto al llamado Círculo Lingüístico de Moscú cuanto al grupo de Leningrado. El primero contaba entre sus miembros más importantes a Roman Jakobson, a Pts Bogatirev y a G.O. Vinocur; el segundo, que se conoció desde 1916 con el nombre Opojaz (...) que significa "Sociedad para el estudio de la lengua poética" (Herón Pérez, p. 152).

El Círculo Lingüístico de Moscú se fundó en marzo de 1915, teniendo como propósito fundamental el estudio científico de la literatura y del folclore rusos. La orientación de éste rápidamente mostró una inclinación neopositivista, pues partía de un modelo epistemológico monista que buscaba hacer una ciencia de la literatura a imagen y semejanza de las ciencias físicas (1995, p. 154).

Herón Pérez establece una línea general de los principios formalistas:

- a) Toda afirmación científica sobre literatura es, en principio, revocable.
- b) La ciencias literaria tiene como objeto la literariedad y no los textos literarios en conjunto o en forma individual.
- c) La literariedad es entendida como el conjunto de mecanismos y principios estructurales que hacen que un texto sea literario, una obra de arte.
- d) Una nueva forma produce un nuevo contenido y el contenido está condicionado por la forma (p. 152).

Además de los ya mencionados, representantes de esta corriente, como Víctor Sklovky, B.M Eikhenbaum, Yuri Tinianov y Vladimir Propp, desarrollaron trabajos bajo la perspectiva general de esta escuela.

Roman Jakobson, uno de los autores fundamentales del formalismo ruso se constituyó en el más activo promotor de la Escuela de Praga a raíz de su exilio de Rusia tras el triunfo de la Revolución Bolchevique de 1917. Sus contribuciones a la lingüística y a la literatura son notables y sobre todo su estudio de las funciones del lenguaje (*Ensayos de lingüística general*, 1976). Herón Pérez destaca que Jakobson es “el promotor en occidente de una tesis que ahora es axioma en la investigación literaria. A saber: lengua y literatura no son dos territorios extraños entre sí” (1995, p. 178).

Las aportaciones de diversos autores contemporáneos dentro del campo de la semiótica como Hjelmslev, Greimas, Barthes, Eco y Kristeva, entre otros, son enormes, pero desbordan con mucho las pretensiones de este capítulo. En este apartado desarrollaremos algunas líneas generales de los trabajo de Barthes y de Eco, que, junto con los aportes de Lotman, tomamos como base para nuestro análisis semiológico de la imagen del subcomandante Marcos.

Para Eco (1986, p. 32) el campo específico de la semiótica se compone de todos los desarrollos culturales en los cuales se manifiesta un proceso de comunicación. En éstos “entran en juego agentes humanos que se ponen en contacto sirviéndose de convenciones sociales”. Manifiesta que si se acepta el término “cultura” en sentido antropológico, comprende dos clases de fenómenos culturales que a su vez son fenómenos comunicativos: “la fabricación y empleo de

objetos de uso y b) el intercambio parental como núcleo primario de relación social institucionalizada” (p. 33). La semiótica pretende demostrar que bajo los diversos procesos culturales hay sistemas constantes (estructuras) que permanecen ocultos. La estructura es concebida como “un modelo construido en virtud de operaciones simplificadoras que permiten unificar fenómenos diversos bajo un único punto de vista” (p. 22). Esto posibilita hacer comprensible y comunicable una situación semiótica:

“La semiótica estudia todos los procesos culturales como procesos de comunicación: tiende a demostrar que bajo los procesos culturales hay unos sistemas; la dialéctica entre sistema y proceso nos lleva a afirmar la dialéctica entre código y mensaje”. (Eco, 1986, p. 40).

A las partes constituyentes de la estructura se les denomina unidades del sistema; éstas se diferencian y se reconocen por su posición en la estructura. Al tener un determinado orden, el mensaje mostrará diferencias y semejanzas que posibilitará descubrir el significado de la estructura.

En *La estructura ausente* (1986) Eco desarrolla un modelo de análisis estructural de los mensajes que proporciona los elementos fundamentales para el análisis de la comunicación sobre la base de “códigos”; los códigos están ya dados en la estructura visivo-verbal del mensaje y “son comunes tanto a la transmisión del mensaje como a su descodificación por el receptor o espectador” (Toussaint, 1992, p. 51).

Eco propone una relectura del concepto de ícono en el sentido que plantean Pierce y Morris, es decir como “los signos que originalmente tienen cierta semejanza con el objeto a que se refieren o como el signo que poseía algunas de las propiedades del objeto representado” (1986, p. 220). Propone reformular esta definición señalando que “los signos icónicos no poseen las propiedades del objeto representado sino que reproducen algunas condiciones de la percepción común, basándose en códigos perceptivos normales y seleccionando los estímulos que –con exclusión de otros– permiten construir una estructura perceptiva que (...) tenga el mismo significado que el de la experiencia real denotada por el signo icónico” (p. 223).

El análisis semiótico estructural que propone Eco contiene los siguientes elementos:

- a) Registro visual o imágenes contenidas en el mensaje.
 - b) Las denotaciones de ese mensaje, que surgen de la descripción de los elementos, objetos o personas y sus características.
 - c) Las connotaciones, entendidas como las sugerencias, "las asociaciones que la imagen propicia dentro de un contexto cultural específico"
 - d) El ícono ya descrito y que ocupa una función preponderante en la imagen.
- (1992, p. 52).

El análisis estructural de la imagen se complementa con un examen del registro verbal que la acompaña (descripción del mensaje escrito). Lo verbal "tiene como función la de confirmar o anclar lo que ya la imagen nos había dicho" (1992, p. 55). La relación entre los dos registros, el visual y el verbal, complementa y da sentido al análisis estructural que propone Eco.

Recordemos que si bien "el código icónico establece las relaciones semánticas entre un signo gráfico como vehículo y un significado perceptivo codificado" (p. 229), éste siempre es convencional, pues "todas nuestras operaciones figurativas están reguladas por la convención" (Ibíd.).

Otra postura de análisis semiológico dentro de la línea estructuralista es la desarrollada por Roland Barthes, para quien la semiología "trata de estudiar el modo de organización de los componentes de un objeto, esto es, de sus significantes y, consecuentemente, de sus significados" (Toussaint, p. 59).

En *Elementos de semiología* (1972) Barthes retoma la distinción sausseriana entre "lengua" y "habla". Considera la lengua como un contrato social que representa un sistema que el individuo está obligado a seguir, en tanto el habla es un acto individual de selección. Parte de la concepción de de Saussure que hace de la semiología la ciencia encargada del estudio de los sistemas de signos en la vida social, pero mientras éste piensa que con el tiempo la lingüística se convertiría en una parte de la semiología, Barthes ve a la semiología como

parte de la lingüística (Tody y Course, 1997, p. 44) y critica la postura que sostiene una relación entre signo y la cosa significada como arbitraria:

“Con los elementos de semiología, de 1964 (Barthes) comienza una nueva época en la historia de la ciencia de los sistemas de signos, y por otra, desde postulados saussureanos, invierte su propuesta, consistente en constituir la lingüística como una parte de la ciencia más general de los signos, en otra en que la semiología sería absorbida por una translingüística, en la medida en que todos los sistemas de signos son de alguna forma «hablados», y entraría a formar parte de la lingüística, ciencia más general”. (Lozano, 1979, p. 13).

Para ahondar en la explicación del funcionamiento de lo lingüístico como un sistema de signos sociales, analiza el sistema de la moda, en el que el lenguaje entra como regulador en el sistema de signos de la ropa. Señala que incluso la vestimenta representa una convención cuidadosamente codificada y significativa, de modo que “nadie se viste inocentemente”, pues la ropa se usa para hacer una declaración acerca de uno mismo y de sus preferencias.

En *La retórica de la imagen* (1972), Barthes afirma que el problema más grave que puede plantearse a la semiología de las imágenes es si la representación analógica puede producir verdaderos sistemas de signos y no simples aglutinaciones de símbolos. Señala que los lingüistas ponen en duda la naturaleza lingüística de la imagen y que de ello deriva la necesidad de una “ontología de la significación” que tiene como interrogantes: “¿De qué modo la imagen adquiere sentido?, ¿Dónde termina el sentido? Y, si termina, ¿qué hay más allá? (p. 1).

Para responder a estas preguntas propone un modelo de análisis general de los mensajes en los códigos visuales de la imagen publicitaria (en su caso, la propaganda de la marca de fideos Panzani), en virtud de que:

“En publicidad la significación de la imagen es sin duda intencional: lo que configura a priori los significados del mensaje publicitario son ciertos atributos del producto y estos significados deben ser transmitidos con la mayor claridad posible; si la imagen contiene signos, estaremos pues seguros que en publicidad esos signos están llenos, formados con vistas a la mejor lectura posible: la imagen publicitaria es franca, o al menos enfática” (1997, p. 2).

El modelo de análisis estaría constituido por:

- a) El mensaje lingüístico o literal que, con el desarrollo de los medios masivos de comunicación se hace presente en todas las imágenes "como título, como leyenda, como artículo de prensa, como diálogo de película, como *fumetto*" (1994, p. 60). Las funciones del mensaje lingüístico pueden ser: de anclaje, haciendo que el observador elija una de las múltiples significaciones que le puede ofrecer la imagen o de relevo, cuando releva al lector de la necesidad de elegir uno de los significados. Cabe destacar que la importancia fundamental del anclaje reside en su función ideológica:

"En publicidad el anclaje puede ser ideológico, y esta es incluso, sin duda, su función principal: el texto guía al lector entre los significados de la imagen, le hace evitar algunos y recibir otros, y a través de un *dispatching* a menudo sutil, lo teleguía hacia un sentido elegido con antelación (...) El signo es verdaderamente el derecho de control del creador (y por lo tanto de la sociedad) sobre la imagen: el anclaje es un control; frente al poder proyectivo de las figuras, tiene una responsabilidad sobre el empleo del mensaje" (p. 5).

Barthes señala que "toda imagen es polisémica" y que "a partir de la aparición del libro la relación entre el texto y la imagen es frecuente y parece haber sido poco estudiada desde el punto de vista estructural" (*Ibíd.*).

- b) El mensaje denotado o denotativo, que corresponde a la composición plástica, la descripción verbal o la enunciación de los elementos que conforman todo el objeto de análisis. Barthes señala que prácticamente no existen mensajes literales, es decir, sin connotación, pues "cualquier persona proveniente de una sociedad real cuenta siempre con un saber superior al saber antropológico y percibe más que la letra" (p. 6).
- c) El mensaje connotado, que contiene todos los significados posibles del contenido. Es la interpretación de los elementos presentes en la imagen en tanto éstos tienen una dimensión simbólica y cultural. Lo connotativo

va de la mano de las asociaciones de la imagen dentro de un contexto cultural específico. Barthes ejemplifica con lo que sucede en la fotografía, donde “las intervenciones del hombre...(encuadre, distancia, luz, fluo, textura) pertenecen por entero al plano de la connotación” (p. 6).

El modelo de análisis que propone Barthes posibilita la lectura de la imagen desde una perspectiva polisémica e ideológica en tanto que los signos (que constituyen esta imagen) provienen de un sistema cultural donde son interpretados de manera distinta por los sujetos:

“Lo que constituye la originalidad del sistema, afirma Barthes, es que el número de lecturas de una misma *lexia* (de una misma imagen) varía según los individuos (...) esta variación (...) no es anárquica, depende de los diferentes saberes contenidos en la imagen (saber práctico, nacional, cultural, estético), y estos saberes pueden clasificarse, constituir una tipología” (p. 7).

Desarrolla así la noción de “idiolecto” al corroborar que la connotación de los signos de la imagen se encuentra ubicada en diferentes niveles de profundidad.

5.1.2. La semiótica de la cultura: el modelo de Iuri Lotman

“La memoria cultural como mecanismo creador no sólo es pancrónica, sino que se opone al tiempo. Conserva lo pretérito como algo que está. Desde el punto de vista de la memoria como mecanismo que trabaja con todo su grueso, el pretérito no ha pasado”.

Iuri Lotman. *La memoria a la luz de la culturología*.

La Escuela de Tartu estudia la semiótica de la cultura, que tiene sus orígenes en la tradición semiótica rusa desarrollada desde principios del siglo XX por los partidarios de la escuela formalista. Como hemos visto (vid supra), desde sus inicios los formalistas mostraron interés por los fenómenos culturales más diversos, con especial énfasis en la literatura y el folclore. La tradición de sus estudios semióticos no se interrumpió durante la era soviética, sino que se fue

ampliando hacia otras esferas del análisis que extendieron el campo de la semiótica aplicable “no sólo a textos verbales, sino a todos los procesos culturales asumidos como procesos semióticos” (Herón Pérez, 1995. p. 185).

Según afirma Jorge Lozano en su *introducción a Lotman y la Escuela de Tartú* (1976), “los semióticos soviéticos (...) si bien cuentan con una importante tradición lingüística y reconocen que «la lingüística es la parte más importante de la semiótica», se ocupan del estudio de cualquier sistema de signos, sin preocuparse de ser fieles a Peirce o a Saussure, desde formaciones diferentes – lingüística, antropología, teoría de la información, cibernética, etc” (p.14). El mismo autor señala que, aunque la herencia del formalismo quiso ser ocultada en el período estalinista, el propio Lotman fue influido por ella y, en cierto sentido continuó su trabajo (pp. 15-16).

Los estudios propiamente semióticos tienen su referencia en los trabajos de Bogatirev sobre la semiótica del vestido popular ruso (1929), que fueron agrupados en un texto conjunto con Jakobson, bajo el nombre de “El folklore como forma de creación autónoma” (p. 16). Esta pluralidad de perspectivas resulta fundamental y trascendente en la visión que desarrolla Lotman sobre el campo propio de la semiótica.

En este trabajo, afirma Lozano, es posible encontrar tres principios semióticos fundamentales:

- a) No se da innovación lingüística sin que haya un consenso social que la acepte y la integre, y esto vale también para los otros sistemas de comunicación.
- b) Cualquier sistema semiótico está sujeto a leyes semióticas generales y opera como código, pero tales códigos están vinculados a comunidades específicas.
- c) El estudio de un código es estudio tanto de sus leyes sincrónicas como de la formación y transformación diacrónicas de estas leyes (p. 16).

Lozano afirma que, junto con las aportaciones de Jakobson al estudio de la semiótica, M. Batjín es otro autor cuya influencia es patente en la Escuela de

Tartu. Al escribir *Problemas de la obra creadora de Dostoievsky* (1929) y después *La poética de Dostoievsky* (1936), Bajtin representa «uno de los intentos más potentes de superación de la escuela formalista» al oponer su noción de diálogo a la propuesta en esta escuela. Para él, como lo señala Benveniste, el monólogo no es más que una variedad de diálogo, un “diálogo interiorizado” (1979, p. 88): “el diálogo puede ser monológico y lo que se llama monólogo es frecuentemente dialógico” (p. 17).

En sus inicios en los años 60, la Escuela de Tartu se estructuró bajo la égida de la semiótica soviética y su pretensión de cientificidad a partir de la incorporación de métodos como los de la teoría de la información y la cibernética con la intención de que se pudiera desarrollar cualquier variedad de semiosis posible, como el arte, la música o el cine; es decir cualquier fenómeno cultural en tanto que estos fenómenos son “sistemas de signos susceptibles de ser desentrañados” (1995, p. 186).

Los aportes de la Escuela de Tartu en el desarrollo de la semiótica de la cultura tienen su antecedente más inmediato en 1962, en el marco de la celebración, en Moscú, del primer simposio sobre semiótica dedicado al estudio estructural de los sistemas signícos. Citado por Herón Pérez (1995), D. M. Segal, miembro de la escuela, relata que en dicho simposio “se discutieron los usos puramente semióticos de los objetos lingüísticos equivalentes a los íconos o a los índices. De esta manera hubo ponencias sobre el análisis semiótico de «lenguajes secretos» o sobre los gritos de merolicos y vendedores ambulantes asumidos como signos publicitarios (...) siguientes secciones se ocupaban de temas como el arte cual sistema semiótico, estudio estructural y matemático de obras literarias y en fin, discusiones sobre pragmática” (p. 186).

Desde 1964 la Universidad de Tartu se convirtió en el centro de las discusiones sobre la semiótica, y los simposios destinados a la discusión de problemas relativos a la materia fueron bautizados como “escuela de verano”. El primer organizador y guía fundamental fue el profesor Jurij M. Lotman, responsable de la cátedra de literatura rusa (pp. 186-187). A partir de ese

momento y hasta su muerte Lotman, se constituyó en el eje articulador de los trabajos de la escuela.

Según Herón Pérez, Lotman asume como eje de esta semiótica “cualquier tipo de texto –entendiendo por tal toda comunicación, de la índole que sea, que haya tenido lugar en un determinado sistema signico. Cada cultura es un lenguaje que produce, por consiguiente, textos.” (p. 187).

Los elementos básicos de la semiótica de la cultura

Es difícil establecer con precisión –dada la magnitud y la extensión de los intereses de la Escuela de Tartu- una detallada descripción de todos los elementos que son analizados en esta perspectiva de la semiótica. Un trabajo de esta magnitud desborda los fines de esta investigación.

En la obra de Lotman encontramos aportes de diversas fuentes: entre ellas, obviamente, la lingüística, la antropología y la teoría de la información destacan por su importancia en la cimentación teórica de la semiótica de la cultura:

“La incorporación de la teoría de la información, asevera Lozano, se refleja al pasar del análisis de la literatura (...) al estudio de lo que él llama la «tipología de las culturas», en su concepción del sistema de signos que es la cultura como –entre muchas otras definiciones- «información no hereditaria que recogen, conservan y transmiten las sociedades humanas» (1976, p. 21).

Lotman hace explícito el aporte de la teoría de la información desarrollado por Shannon y Weaver en 1949, en su texto *The Mathematical Theory of Communication* y que, precisamente, a partir de la aplicación de la teoría matemática a la comunicación: “abre la posibilidad de medir en términos cuantitativos y estadísticos la información de un mensaje y al mismo tiempo de analizar su significado” (1976, p. 18). Dicho enfoque es adoptado por Jakobson y se encuentra también presente en la semiótica de la cultura:

(...) Es evidente, junto a la influencia antropológica –en concreto de Mauss y Lévi-Strauss-, la introducción de conceptos «informativistas» como 'información', 'memoria'. Memoria, aclara el mismo Lotman, en el sentido que tiene en la teoría de la información y en la cibernética: «La facultad de determinados sistemas de conservar y acumular informaciones.» Información, comunicación, memoria, son los grandes ejes que caracterizan el desarrollo de las sociedades humanas. Estas (en las que subyace la

base comunicativa), tienden a intercambiar y conservar la información, la memoria; la historia de las sociedades es la historia de la lucha por la memoria." (pp. 18-19).

Esta larga cita aclara en muchos sentidos la postura de Lotman en cuanto a la función de la memoria en la preservación de la cultura. En *Semiosfera I* (1996) Lotman señala que "la cultura es una inteligencia colectiva y una memoria colectiva, esto es, un mecanismo supraindividual de conservación y transmisión de ciertos comunicados (textos) y de elaboración de otros nuevos (...) El espacio de la cultura puede ser definido como un espacio de cierta memoria común" (p.157).

Distingue en esta memoria de conservación de los textos una «memoria informativa» y una «memoria creativa» o creadora (p. 158). La primera se relaciona con los mecanismos de conservación de los resultados finales de cierta actividad cognoscitiva, en tanto la segunda, como en el caso de la memoria del arte "no puede ser reducida a la fórmula «el más nuevo es el más valioso» (p. 159); es decir, conserva lo pasado como algo que está.

Es conveniente señalar la utilización deliberada de Lotman del término "semiosfera" para referirse a "un continuum semiótico, completamente ocupado por formaciones semióticas de diversos tipos y que se hallan en diversos niveles de organización" (1996, p. 22). La semiosfera incluye así lo distintivamente humano en el universo del signo y la significación.

La relación de la semiótica con la antropología cultural está dada en el manejo de la citada tipología de las culturas, que desarrolla Lotman y que incluye "los comportamientos sociales, los mitos, los ritos, las creencias, etc.. Vistos como elementos de un vasto sistema de comunicación que permite la comunicación social" (1979, p. 22).

La semioticidad de una cultura está dada entonces por una determinada relación con el signo: éste se encuentra situado en "una colectividad donde se intercambia información (y) es el equivalente material de los objetos, de los fenómenos y de los conceptos que expresa" (Ibid). Para ser portador de un significado, el signo debe formar parte de un sistema y este sistema se encuentra en relación con "el sistema de sistemas" que es la cultura: sistema de signos

sometidos a reglas (...) una lengua, un sistema semiótico ordenado de comunicación que sirve por tanto, para transmitir información (p. 23).

“La cultura aparece así, señala Lozano, como un sistema de lenguaje cuyas manifestaciones concretas son textos de esa cultura” (p. 25). Los textos, como hemos señalado son considerados en un sentido amplio como toda manifestación cultural de sentido y significación: “La cultura, en correspondencia con el tipo de memoria inherente a ella, selecciona toda esa masa de comunicados lo que, desde su punto de vista, son «textos», es decir, está sujeto a inclusión en la memoria colectiva” (1996, p. 84). La cultura representa así un “mecanismo plurilingüe; ninguna cultura puede ser definida como una sola lengua (...) y esto es de lo que se ocupa la semiótica de la cultura” (1976, p. 25).

El símbolo, noción clásica dentro de la semiótica, representa para Lotman uno de los mecanismos más estables del *continuum* cultural; destaca la necesidad de distinguirlo de la reminiscencia o de la cita: “el símbolo existe antes que el texto dado y sin dependencia de él. Procedente de las profundidades de la memoria de la cultura, aparece (en la literatura) en la memoria del escritor y revive en el nuevo texto, como un grano que ha caído en el nuevo suelo” (p. 148). Se trata de comprenderlo como un texto con ciertas características:

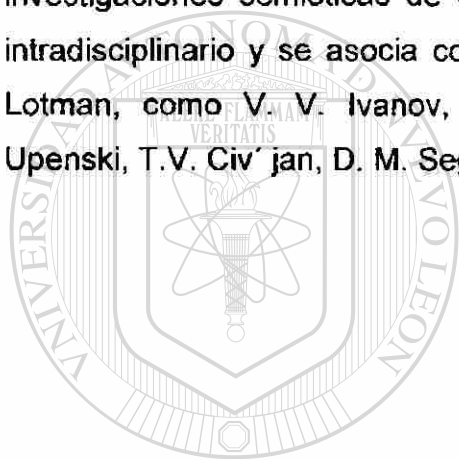
“El símbolo, tanto en el plano de la expresión como del contenido, siempre es cierto texto, es decir, posee cierto significado único cerrado en sí mismo y una frontera nítidamente manifiesta que permite separarlo claramente del contexto semiótico circundante” (1996, p. 144).

El símbolo cumple determinadas funciones dentro de una cultura y en él, “siempre hay algo arcaico”. Es un importante mecanismo de la memoria de la cultura en tanto los símbolos transportan textos, esquemas de *suje*t y otras formaciones semióticas de una capa de la cultura a otra” (p. 145). Una característica manifiesta de éste es que en su funcionamiento “conserva su independencia de sentido y estructural (...) y un rasgo esencial suyo es que nunca pertenece a un solo corte sincrónico de la cultura: él siempre atraviesa ese corte verticalmente, viniendo del pasado y yéndose al futuro. La memoria del símbolo siempre es más antigua que la memoria del entorno textual no simbólico” (*ibid*).

La esfera semiótica lotmaniana es amplia y extensa, como señala Manuel Cáceres Sánchez (1993), y la Escuela de Tartu se encuentra:

“indisociablemente unida al nombre de Iuri Mijailovich Lotman (San Petesburgo, 1922) (...) Es Lotman quien la organiza, quien la dirige, quien la sostiene.(...) Sin embargo (o por eso mismo), es necesario puntualizar desde ahora que más que una Escuela (en el sentido tradicional del término) se trata de un lugar, de un espacio físico (la ciudad estoniana de Tartu) en el que se dan cita estudiosos que proceden de distintos lugares de la antigua Unión Soviética” (p. 8).

La anterior referencia tiene como fin el destacar la idea de que las investigaciones semióticas de esta escuela son fruto de un trabajo colectivo e intradisciplinario y se asocia con nombres y trabajos, además de los del propio Lotman, como V. V. Ivanov, B. A. Upenski, Alexander Piatigorski, Vladimir Upenski, T.V. Civ'jan, D. M. Segal y otros estudiosos de la semiótica.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

5.2. Análisis semiótico de algunos símbolos

En este apartado, luego de haber hecho un recorrido general por la semiótica y algunas corrientes representativas en relación a la semiótica de la imagen, haremos un ejercicio de análisis semiótico de algunos símbolos presentes en la imagen del subcomandante Marcos con el fin de establecer qué elementos simbólicos se encuentran presentes en su indumentaria y qué posible efecto tienen éstos en el auditorio. Nuestro presupuesto es que, como señala Barthes (1972), toda vestimenta posee un significado y no existe nada casual en ella y "toda imagen es polisémica".

Es conveniente aclarar que este ejercicio posee un carácter ecléctico en cuanto no aplicaremos un modelo de análisis desde un solo autor, sino que nuestros ejes de interpretación serán los postulados semióticos generales desarrollados por Barthes (1972), Eco (1972), Giraud (1979) y Lotman (1996). Por ello aclaramos que este ensayo inicial de interpretación semiótica no estará exento de complejidadss y, en determinado momento, de conflictos teóricos. No obstante lo anterior, este análisis es un elemento valioso que ofrece elementos complementarios a los diferentes enfoques dentro del análisis del discurso que en capítulos anteriores hemos aplicado a la entrevista de Julio Scherer al Subcomandante Marcos.



Foto 1. El Subcomandante Marcos, Chiapas, 1994 © Frida Hartz/La Jornada

5.2.1. El Pasamontañas-la máscara



Foto 2. Foto © La Jornada marzo del 2001

“La máscara es un símbolo que se construye no propositivamente, sino que es producto de la lucha. En realidad, el símbolo de los zapatistas no son las armas, ni la selva, ni las montañas. El símbolo zapatista es la máscara, el pasamontañas...”

Subcomandante Marcos

El primero de enero de 1994, cuando el EZLN salió a la luz pública en Chiapas, se perfiló uno de los rasgos más característicos de la guerrilla zapatista: el ocultamiento a través del pasamontañas. Este “ocultamiento” fue más bien simbólico, pues, aunque en las primeras semanas del enfrentamiento el gobierno mexicano y buena parte de los medios de comunicación nacionales insistían en el carácter no indígena del levantamiento:

Los grupos violentos actuantes en Chiapas presentan una mezcla de intereses y de personas tanto nacionales como extranjeros que se asemejan a las facciones violentas centroamericanas (...) los indígenas han sido reclutados bajo presión y manipulados por esos grupos” (Comunicado de la Segob, 3 de enero de 1994, citado por Carlos Montemayor, 1998, p. 53).

Pese a la descalificación inicial del gobierno federal, pronto fue innegable, para el propio gobierno como para la sociedad mexicana, que la principal

composición étnica del núcleo, así como de las bases sociales del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, se encontraba compuesta por mames, zoques, choles, tzotziles, tzetzales y tojolabales, indígenas todos originarios de Chiapas:

“El EZLN logró, al cabo de treinta años de lucha guerrillera y por vez primera, sobre todo, la negociación directa con el gobierno federal que ha mostrado inexperiencia en dos aspectos principales: por su análisis reduccionista de los alzamientos armados y por el desconocimiento de la mentalidad y el discurso indígena (...) Apenas el 12 de julio de 1996, en las negociaciones de San Andrés Larráinzar, el gobierno federal se había comprometido a respetar la naturalezas del EZLN como «un grupo de ciudadanos mexicanos, mayoritariamente indígenas que se inconformó» y no a considerarlos como terroristas o criminales”(1998, p. 172).

En el inicio mismo de la rebelión, un personaje destacó entre todos los demás al asumir las funciones de portavoz de la naciente guerrilla -naciente en el sentido no cronológico, sino coyuntural- y se dio a conocer al mundo desde San Cristóbal de las Casas el 1 de enero de 1994: apareció así el Subcomandante Marcos, y a partir de ese momento, su imagen, su personalidad, sus declaraciones políticas y “poéticas”, lo han hecho, con mucho –y a pesar de sí mismo- la figura central del zapatismo (1998, p. 133).

Este personaje, enmascarado como el resto de los zapatistas, pronto reveló –en sus expresiones, en el manejo de sus códigos culturales- su diferencia, y a la vez su pertenencia, a un colectivo, a una causa, a una ideología compartida e interiorizada en el convencimiento de la justicia del movimiento social planteado por el EZLN.

La génesis de la máscara

Para develar el funcionamiento del pasamontañas como máscara, es necesario recorrer antes el sentido histórico de este símbolo. Según Geneviève y Lefort (1988), el concepto de máscara involucra por lo general una relación de causa a efecto con algo insólito, como si lo natural que nos rodea debiera permanecer modificado o transformado (p. 13). De esta manera lo mitológico rodea el significado de la máscara y ésta aparece como la expresión simbólica de ciertos aspectos de lo sobrenatural. Como lo señala Lévi-Strauss (*La vía de las máscaras*, 1975): “Las máscaras, no más que los mitos, no pueden interpretarse en sí

mismas y por sí mismas como objetos separados (...) a cada tipo de máscaras se relacionan mitos que tienen por objeto explicar su origen legendario o sobrenatural”.

El funcionamiento de la máscara dentro de los ritos, en el sentido mágico, es sólo uno de sus muchos usos, pero tiene una clara intención semiótica: se trata de que los signos que ella contiene revelen, comuniquen, se hagan presentes en la memoria colectiva de los pueblos.

La razón esencial de (la utilización de) una máscara es tomar un rostro, adaptarlo a su comportamiento y hacerse pasar por otro (p.125). Se crea así una ilusión, se quiere ser otro o bien se hace pasar por otro, se quiere disimular:

“Se trate de disfraz o de mascarada, el aspecto del camuflaje o del disimulo se vuelve preponderante; llegamos así a reconocer prácticamente que toda máscara disimula, aun si esta función no es la esencial. Si una máscara espanta o metamorfosea, al menos empieza por disimular” (1988, p. 24).

Octavio Paz sostiene una idea similar en *Laberinto de la Soledad* (1989), obra en la que intenta describir en forma general la sociedad y la idiosincrasia del pueblo mexicano y cómo ésta se refleja en su vida cotidiana. En el capítulo

“Máscaras mexicanas”, desarrolla la idea de que el mexicano utiliza la máscara para disimular en su relación con los otros; este elemento lleva implícito cierta hipocresía en el trato con y hacia los demás:

“Viejo o adolescente, criollo o mestizo, general, obrero o licenciado, el mexicano se me aparece como un ser que se encierra y se preserva: máscara el rostro y máscara la sonrisa. Plantado en su arisca soledad, espinoso y cortés aun tiempo, todo le sirve para defenderse: el silencio y la palabra, la cortesía y el desprecio, la ironía y la resignación” (Paz, 1989, p, 26).



Foto 3. © Encarta 2001.

El retrato psicológico del mexicano que Paz elabora corresponde a un permanente estado a la defensiva, producto de un temor o de un trauma personal, producto indirecto de un trauma histórico, que el poeta ejemplifica en la conquista

española. El mexicano no puede confiar en nadie, sólo en sí mismo, y acude a la máscara para disimular su angustia.

La máscara ritual

La máscara se encuentra también profundamente ligada al culto y veneración de los muertos. Unidos a elementos mágicos y rituales, la utilización de la máscara mortuoria es una constante que se encuentra en una diversidad de culturas como la egipcia, la micénica o la prehispánica:

“En Teotihuacan se edificó, entre otras, la célebre Pirámide del Sol, de 60 metros de alto, de carácter ciertamente religioso. Entre los dioses homenajeados dos parecen haber tenido una importancia particular: Tláloc, el viejo dios de la lluvia y Quetzalcoátl, dios de la vegetación; sus máscaras, alternadas, adornan la fachada del templo de Quetzalcoátl, y el Paraíso Verde de Tláloc aparece pintado en diversos lugares. En esta misma ciudad se han descubierto numerosas máscaras, sin duda funerarias, de líneas muy puras y talladas en piedras sólidas” (Genevieve y Lefort, 1988, p. 31).

La máscara mortuoria se encuentra relacionada, más que a un elemento estético, a la cosmovisión de las distintas culturas, a su concepción de la vida y la muerte y representa también en estas culturas un cierto estatus de la persona fallecida (como en el caso de los faraones egipcios o los reyes zapotecos).

Un tercer sentido de la máscara, más ligado a su utilización moderna, tiene que ver con su carácter “teatral”. La aparición de la máscara escénica en la representación del teatro griego data de la época homérica, entre los siglos IX u VIII a.C. y su utilización parece estar ligada al culto a las divinidades (p. 35).

Particularmente dos de estas divinidades destacan entre las demás: Dionisios y Artemisa. El primero constituye efectivamente “un dios que se enmascara” y su culto deviene fiesta, ditirambo en su honor “ejecutado por un coro y acompañado de música, gestos y danzas” (p.36). El culto a Artemisa, más sobrio que el de Dionisios, no dejaba de todos modos de tener un carácter festivo y colectivo.

La utilización de la máscara en las representaciones del teatro griego, aproximadamente hacia el 470 a.C. adquiere su carácter fijo, para reflejar un solo aspecto de la vida interior del personaje en la representación (p. 39) la cual

podiera ser de alegría o de tristeza: "Se imaginó entonces una sonrisa, levantando los pliegues de la boca hacia arriba: luego de tristeza, dirigiéndolos hacia abajo" (Ibíd.). Surge así la relación de la máscara con el personaje:

"Llevar una máscara es dejar de ser uno mismo y encarnar, durante el tiempo de la mascarada, la Potencia del Más allá que se ha apoderado de nosotros y de la que imitamos, en conjunto, el rostros, el gesto, la voz". (Jean-Pierre Vernant, *L'autre de l'homme*, cit. por Genevieve y Lefort, 1988)

La máscara tiene entonces un sentido de transformación: quien la porta deja de ser quien es para convertirse en otro, asumir un personaje, representar un papel: "Aparece así una metamorfosis, es decir, por antonomasia una transformación, un cambio de una forma en otra. La máscara convertida en instrumento de posesión envuelve al hombre que la porta, lo aísla y lo aprisiona" (1988, p. 54). Al envolver la máscara modeliza y en cierto sentido detiene el tiempo al esconder el rostro de quien la porta:

"Rostro y máscara. La máscara endurece el gesto, Y de las variables transfiguraciones del rostro sólo guarda una forma, un arquetipo. La máscara tipifica, modeliza; convierte el viento en roca, el agua en lava seca. Ponerse una máscara, fuera de ocultar nuestra cara, es también polarizar cualquier avatar del rostro. Por lo mismo, usar máscara es una estrategia de defensa o de intimidación; las máscaras nos defienden de los dioses o nos convierten en uno de ellos. Si el rostro es contingente y mutable, la máscara es todo lo contrario. De allí su poder ritual y religioso: la máscara evita el gesto, o mejor, detiene el tiempo". (Vázquez Rodríguez, 2003, p.1).

La máscara, que se hace presente en la tradición popular de diversas formas (como artesanía, como representación de la lucha entre el bien y el mal en la lucha libre o en los ritos religiosos, etc), es síntesis cultural y expresión de una intención manifiesta. Geneviève y Lefort (p.126) insisten en que la máscara moderna retoma de alguna manera todos los elementos anteriores: sentido mítico, religioso, disimulador y transformador. Con todos estos elementos, la máscara tiene como función persuadir a los demás y persuadirse a sí mismo "la persuasión, arte de la vida, es el arte mismo de la máscara" (p. 127).

Semiosis de la máscara zapatista

Como lo hemos señalado, para Barthes existen tres mensajes en los códigos visuales: el mensaje lingüístico, el mensaje denotado y el mensaje connotado. En el caso de la máscara zapatista, el mensaje nunca es explícito, sino implícito, corresponde más bien a elementos connotativos que se presentan en un contexto cultural determinado.

El mensaje denotado se hace presente en la iconicidad de la máscara y en la relación que ésta guarda con el resto de los elementos que la acompañan (Foto 1), constituido por los otros íconos presentes en la imagen (pipa con humo, gorra, uniforme, armas, paliacate, aparato de comunicación, carrilleras, caballo). La descripción corresponde a la imagen de un militar no convencional, que mezcla signos cuyo valor simbólico remite a diferentes convenciones.

Giraud (1976, p. 33) señala que el signo “es siempre la marca de una intención de comunicar un sentido”; por su propia naturaleza el signo implica la relación entre un significante y un significado, que es, “en todos los casos convencional (...) resultante de un acuerdo entre los usuarios” (p. 35).

El sentido del pasamontañas (entendido en adelante como la máscara) es, en una primera lectura, el del ocultamiento, del anonimato que, sin embargo, no es total, pues revela cierta identidad a través de los ojos y la nariz del personaje. Así Marcos transparenta su mestizaje, es decir, su no pertenencia a un grupo indígena, pero esto no es significativo en el contexto de lo denotativo. Asimismo la utilización del color negro en el pasamontañas y la aparente textura de éste (de lana o algodón) complementa la función del camuflaje del rostro.

Definimos **significante** como aquello que tiene un significado para alguien como por ejemplo, el color rojo, o la palabra 'silencio'. Así, un significante puede ser no verbal (un color, un gesto, un dibujo) o verbal (una palabra).

El **significado** es aquello a lo cual remite el significante. El significante color rojo remite a detenerse, entonces 'detenerse' es el significado, en tanto el **intérprete** es alguien que le asigna un significado al significante.

El símbolo por su parte representa una cosa en virtud de su correspondencia analógica y es, por lo tanto, de naturaleza iconográfica (Giraud, 1976, p. 38).

Si la vestimenta representa una convención cuidadosamente codificada y significativa se entiende también la utilización del color negro como un elemento para llamar la atención porque es diferente de los otros íconos que acompañan la imagen. La utilización del color negro en la máscara tiene como finalidad, no sólo el que el personaje se distinga de los demás, sino que los demás también lo asocien con el resto de los elementos para construir su significación.

El mensaje connotado es el sentido que se obtiene de la interpretación simbólica y cultural de los elementos presentes en la imagen. Es un símbolo "procedente de las profundidades de la memoria de la cultura" (Lotman, 1996) que, a su vez, transporta significaciones en la imagen, entendida como texto. En la lectura de lo connotativo la máscara zapatista permite al portador sumirse en la clandestinidad, en la no-identidad, en la fusión con los otros como fórmula de autodefensa. Si esto es así es porque existe una manifiesta intención en su utilización, un sentido comunicativo. Podemos afirmar que el ethos de la máscara zapatista (Reygadas, 1999, p. 123) no se encuentra en lo que quiere ocultar, sino en lo que pretende comunicar. Es decir, en concretar lo que Jakobson (aquí citado por Giraud, 1976) denomina función connotativa:

La función connotativa o conminativa define las relaciones entre el mensaje y el receptor, pues toda comunicación tiene por objeto obtener una reacción de este último (...) puede dirigirse ya sea a la inteligencia o a la afectividad del receptor (...) Del segundo caso provienen los códigos sociales y estéticos que tienen como objetivo movilizar la participación del receptor...(p. 12).

La máscara desempeña entonces una función de comunicación, pero ¿qué comunica?: la existencia de los que sin máscara alguna siempre habían sido ignorados: los indígenas mexicanos. En su entrevista con Vázquez Montalbán (1999), Marcos señala que el gobierno y la clase política mexicana no miraban a los indios cuando se mostraban, y ahora que sí se ocultan, sí los ven:

"La máscara es un símbolo que se construye no propositivamente, sino que es producto de la lucha, En realidad, el símbolo de los zapatistas no son las

armas, ni la selva, ni las montañas. El símbolo zapatista es la máscara, el pasamontañas...Y eso se va repitiendo una y otra vez. Cuando nos dicen o nos critican ¿por qué usan máscaras? ¿Por qué se esconden? Un momento, A nosotros nadie nos miraba cuando teníamos el rostro a descubierto, ahora nos están viendo porque tenemos el rostro cubierto. Y si hablamos de máscaras vamos a hacer cuentas de lo que oculta la clase política de este país y de lo que muestra. Vamos a comparar el tamaño y el sentido de sus máscaras y de las nuestras" (p. 199).

Pero un buen sector de esa clase política, que Marcos denosta y acusa, expresa su rechazo a la máscara que Marcos asume como propia: Citado por Miguel Castillo Chávez en *Milenio* ("Marcos hincó a la clase política", 26 de marzo del 2001), Alberto Fernández Garza, ex presidente de la Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex), deja en claro la postura del sector empresarial a la máscara zapatista:

"Para firmar algo hay que volver a la realidad de las negociaciones mundanas que son con la cara abierta. Imagínense que firmáramos encapuchados este convenio con Microsoft. Los zapatistas deben quitarse la máscara, porque cuando uno usa máscara es que esconde algo o que está en una obra de teatro" (p. 29).

El rechazo más rotundo proviene de uno de los políticos más claramente antizapatistas, el senador panista Diego Fernández de Cevallos, quien, no sin ironía expresa: "yo hablo, dialogo, converso con todo el mundo, hasta con periodistas, pero con encapuchados no" (Ibíd.).

Desde una perspectiva crítica, Raúl Trejo Delarbre (1994) señala que el enmascaramiento de Marcos y su proyección en los medios de comunicación son parte de una estrategia deliberada, destinada a la legitimación y la cohesión:

"La iconografía del enmascaramiento, aparte de sus implicaciones políticas o estratégicas, ha tenido una función cohesionadora entre los mismos neozapatistas y entre ellos y sus aliados religiosos. Y al aparecer multiplicada en los medios, la imagen del dirigente del EZLN adquiere nueva legitimidad delante de los suyos" (Chiapas, la comunicación enmascarada en).

Y señala que la máscara fue el medio, el vehículo de la seducción ideológica de la sociedad mexicana por parte del zapatismo:

"Pero fueron sus textos, más que su imagen, lo que le ganó a Marcos una presencia ideológica intensa entre algunos sectores de la población

mexicana. Las fotografías y los videos del personaje enmascarado fueron la carta de presentación, la imagen dura, capaz de inquietar a sectores significativos de la población. Los comunicados que, en gran abundancia, dirige a varios diarios, proporcionan a esa imagen inicial los matices pertinentes para volverla cercana a sectores todavía más peculiares: sobre todo, para los lectores de *La Jornada*, el diario más empeñado en publicar los textos del subcomandante" (*Ibid.*).

Los argumentos de Delarbre no dejan de tener un sesgo de acusación y de distancia con el zapatismo, pero revelan la eficacia de la política comunicativa del zapatismo para dirigirse a la sociedad mexicana.



Foto 4. Foto © La Jornada

La máscara zapatista provoca entonces las más variadas reacciones ideológicas y estéticas: el color negro del pasamontañas tiene connotaciones de rebeldía, de desacuerdo, de romper reglas: como sucede, por ejemplo, con los ladrones o los "transgresores de la ley", con los que el sector duro identifica a los zapatistas. Marcos responde a este sector que el asunto no se encuentra en que los zapatistas se quiten o no la máscara, que se ha convertido en el elemento icónico indispensable

para la imagen que se quiere proyectar:

"¿A qué tanto escándalo con el pasamontañas? ¿No es la cultura política mexicana una 'cultura de tapados'? Pero, en bien de frenar la creciente angustia de algunos que temen (o desean) que algún 'kamarrada' o 'boogie el aceiteoso' sea el que termine por aparecer tras el pasamontañas y la 'nariz pronunciada' (como dice *La Jornada*) del 'sup' (como dicen los compañeros) te propongo lo siguiente: yo estoy dispuesto a quitarme el pasamontañas si la sociedad mexicana se quita la máscara que ansias con vocación extranjera le han colocado años ha (...) El 'sup'-Marcos está listo a quitarse el pasamontañas, ¿está la sociedad civil mexicana lista a quitarse su máscara? (1998, p. 145)."

Marcos insiste en que la máscara zapatista debe actuar como un espejo donde se mire la sociedad a sí misma y se reconozca, pues "Marcos no tiene rostro o no tiene pasado y le puedes construir el pasado o el rostro que quieras" (Calónico, 2001, p.43) y aunque reconoce que "Marcos es un personaje"

(Montalbán, 1999, p. 207), éste es un puesto que la sociedad puede cruzar para asomarse a otro mundo, el indígena.

El director de teatro Luis de Tavira señala que Marcos “es un personaje dramático, que aspira a una poderosa ascendencia mitológica y cuya sostenida e irreprochable representación (...) muestra una eficacia contundente en la provocación de una catarsis nacional sin precedentes en los últimos años” (Jáquez, 2001, p. 26). Señala de Tavira que la fuerza de Marcos se encuentra en la expresión de una conciencia histórica, mítica:

“El personaje de Marcos es una máscara que se nutre de Mnemosine, es decir, la memoria de lo olvidado, y su fuerza proviene de la mitología: Zapata, el Che. Y por eso su comparecencia escénica ya no pertenece a su estrategia dramática. Tras su eficacia pertenece a la catarsis nacional”. (p. 27).

Para Rogelio Luévano, director y maestro de teatro: “lo que más llama la atención es el juego de opuestos, la dualidad mito-hombre, hombre de conocimiento-hombre ordinario, hombre de guerra-pacifista...” (p.26). Destaca que “el atractivo de Marcos es su apariencia mítica, mística, y su mensaje oracular, es decir, con un lenguaje que más que criticar, revela; y lo hace con palabras agudas que son como las flechas de Apolo” (Ibíd.).

La aceptación del personaje y de su significación se expresa en el nivel verbal cuando la sociedad entiende lo que hay detrás de la máscara, y corea en el zócalo de la Ciudad de México: “todos somos Marcos”; la colectividad reconoce entonces la “semiotividad” de la máscara y lo hace desde un plano de la diferenciación, reconociendo la oposición entre las diversas máscaras que circulan en la sociedad: en la interpretación rebelde indígena la máscara zapatista es un instrumento en «la guerra contra el olvido», es un símbolo de una resistencia de frente a una sociedad que no reconoce su propia máscara.

5.2.2. La pipa. Los orígenes sociales

“Esta pipa no es una pipa, es un fetiche, es un símbolo de poder, es lo que el habano a Clinton, lo que el cigarrillo a Marlene Dietrich; es la proyección de sus pulsiones más intensas”

Marcos eroticus en Milenio marzo 2001

El fumar en pipa se asocia fuertemente con un elemento ritual que puede ser interpretado en dos vertientes; por un lado, la del carácter ceremonial presente en las tradiciones indígenas con toda la significación de ese acto que se interpreta según códigos particulares. El fumar en pipa connota poder y distinción porque no es una práctica colectiva en la sociedad, como lo pudiera ser el fumar cigarrillos.

El ritual (social) exige que quien participa en él se encuentre autorizado para hacerlo; el poder es igual al reconocimiento social del papel del individuo en una comunidad. En el mundo chamánico, la pipa es un símbolo que trasciende lo instrumental. Es un vehículo de comunicación con espíritus o entidades que guían a los hombres:

“Los ritos son comunicaciones de grupos. El mensaje ritualizado es emitido por la comunidad y en su nombre... (su) función... no es tanto de información como de comunión. Su objetivo es significar la solidaridad de los individuos con respecto a obligaciones religiosas, nacionales, sociales, contraídas por la comunidad” (Giraud, 1986, pp. 120-121).

En el contexto de lo que Marcos es y de lo que representa, el acto de fumar en pipa (ver foto 1) puede ser interpretado semióticamente como parte de la construcción del personaje que intenta proyectar. Fumar representa una imagen de confianza y seguridad en su discurso, en el que la presión (como ocurre efectivamente en la entrevista con Julio Scherer) que puede sentir en ese momento se disfraza. En el análisis semiótico lo que interesa no es sólo la descripción de la pipa (que sea de estilo “clásico burgués” y no de apariencia folclórica o indígena), sino la función que cumple en la escena; el acto de fumar trasciende así el mero hábito.

En la sociedad capitalista el fumar en pipa se asocia –lo mismo que fumar puros- con la idea de un status social elevado, con el mundo de la alta burguesía y

también con cierto ceremonial: quien fuma lo hace despreocupadamente porque no tiene apremios económicos que le impidan privarse de ese placer.

Marcos contraviene la imagen anterior (porque fuma en todas partes y en todos los escenarios, aun los desfavorables), pero su uso de la pipa nos remite a un ícono también construido socialmente, que asocia la imagen con el sector de la intelectualidad "progresista", generalmente de izquierda, proveniente de la pequeña y mediana burguesía: la pipa connota entonces los orígenes sociales y los hace destacar en su utilización reiterada. Esta imagen ha sido explotada mediáticamente hasta el punto de llegar, en muchas ocasiones, al estereotipo, del intelectual como "un soñador", o de "un romántico" o, como el propio Marcos reconoce en la entrevista, de una especie de superhéroe (p.12).

5.2.3. La gorra y la estrella de cinco puntas

La gorra o boina que utiliza Marcos como parte de su indumentaria es un elemento de connotación militar, ligado en la tradición de la guerrilla latinoamericana, con la figura del "revolucionario", pues se identifica con la figura mítica y, por tanto icónica del "Che Guevara". Esta prenda de vestir, en consecuencia contiene varios simbolismos implícitos. No sólo se trata de lo que la imagen de una gorra o boina desgastada pueda comunicar en forma denotativa: el paso del tiempo o el representar otro elemento de ocultamiento que complementa la máscara. En una entrevista con la escritora Guadalupe Loeza, en *Reforma*, (13 de febrero del 2001) Marcos afirma que las tres estrellas de su maltrecha boina tienen su historia:

"Esta gorra es histórica, llegó conmigo a la selva y fue sumando estrellas. Cuando era "subteniente" es una estrella, cuando era "capitán segundo" son dos estrellas y cuando fui "subcomandante" fueron tres estrellas. De hecho así está, ¿sí? Le tengo un cariño especial" (2001, p.5).

Giraud (1979) señala que las insignias actúan como signos de identidad del sujeto que las porta. En los códigos militares, las insignias representan signos de poder y de autoridad que acompañan necesariamente el uniforme:

“Las insignias y condecoraciones son vestigios simbólicos de las armas y uniformes y aseguran las mismas funciones bajo formas degradadas. Las condecoraciones perpetúan las antiguas órdenes de caballería. Las insignias marcan la pertenencia a distintos grupos y asociaciones de toda naturaleza” (p. 110).

Las estrellas de cinco puntas, que se encuentran en la boina, tienen su propia semiosis que Marcos explica:

“El símbolo de la estrella está más cerca de la concepción indígena y de una concepción humanista: el hombre y las cinco partes –la cabeza, los brazos, los pies-, y esta concepción de historias del mundo y todo esto. El rojo y el negro sí son herencia de los movimientos revolucionarios. Pero la estrella es más cercana a ese contacto que se dará después.” (*La revuelta de la memoria*, 1999, 136)

El grado militar, que en otras guerrillas (por ejemplo las FARC colombianas) es signo de jerarquía, no deja de estar presente en Marcos, pero su interpretación no es del todo la clásica de los militares: existe una referencia a elementos míticos de la tradición indígena, y el poder del grado no deviene solamente de los méritos de campaña, sino de la comprensión del simbolismo de las insignias que se portan. No por algo Marcos ha reiterado en numerosas ocasiones que el EZLN es un ejército que nació para desaparecer.

La estrella roja crea la asociación (y, en el espectador, el anclaje) con los movimientos guerrilleros de izquierda en América Latina de los años 60 y 70. La referencia recrea sobre todo la línea maoísta, como la imagen del revolucionario “radical”, del gran transformador de la sociedad. Pero, aunque la sociedad puede llegar a comparar a Marcos con la imagen propia del Che Guevara, el líder militar zapatista aclara lo que él no es, ni quiere ser: “No le vamos a la izquierda ni a la izquierda radical para que un personaje cante corridos. No lo vamos a hacer, porque no tenemos esa vocación. La perdimos en algún momento en contacto con las comunidades; perdimos la vocación de muerte en ese sentido” (Scherer, Op. Cit, p. 13).

El sombrero (la gorra) cubre, pero también distingue. Crea referentes socioculturales en los espectadores: “Tacho”, uno de los comandantes zapatistas, usa sombrero, “Marcos”, una gorra. El sombrero se asocia al mundo rural, la gorra

remite a la esfera (burguesa o revolucionaria) ciudadana. La boina de Marcos tiene una plena intención de comunicar: deviene símbolo de jerarquía a la que se asocia una distinción de roles. Por más que Marcos señale su papel de subordinado (intelectual o militar) a la comandancia indígena del EZLN, la percepción del auditorio es otra.

5.2.4. El uniforme. El color y el mensaje.

"El color fabrica todo un universo imaginario. Nos hace viajar a las islas, nos sumerge en el mar o nos sostiene en pleno cielo"

(Grafismo Fundamental - Abraham Moles /Luc Janiszewski)

El uniforme es una señal de identidad, de pertenencia a un colectivo que revela una distinción frente a los otros. El uniforme es un compuesto: es la suma de los elementos que, agregados, lo constituyen como tal. En el nivel de lo denotativo, el uniforme básico de las milicias zapatistas (botas negras, pantalón y camisa café, paliacate rojo, gorra y pasamontañas negro) representa una composición de elementos que tienen como fin, además del reconocimiento interno, una función de camuflaje. Recordemos que el área de "operaciones" de la guerrilla zapatista es la selva de Chiapas, y que ahí resultan esenciales las estrategias de encubrimiento.

En la vestimenta zapatista, el color actúa como elemento expresivo que comunica un sentido denotativo y otro connotativo en relación con el contexto cultural:

"Los colores son capaces de transmitir emociones. Si bien hay una psicología del color y algunos colores tienen efectos emocionales universales, en la mayoría de los casos, sus significados son dependientes de la cultura (...) Hay que notar la diferencia entre las emociones y los significados. Mientras que las emociones son inconscientes, los significados tienen un contexto cultural y convencional más fuerte". (En).

El color actúa así como un vehículo de comunicación, y refuerza su efectividad, sea de manera intencionada y programada (como en el caso de la

publicidad), sea de manera indirecta, por los efectos de la llamada “psicología del color” en el auditorio.

De acuerdo con las teorías del color utilizadas en las artes visuales, el color denotativo es aquel que se utiliza como representación de la figura, es decir, el incorporado a las imágenes realistas de la fotografía o de la ilustración.

En el color denotativo se distinguen tres categorías: icónico, saturado y fantástico: aunque siempre se reconoce la iconicidad de la forma en que se presenta.

El color icónico tiene como finalidad “la expresividad cromática para ejercer una función de aceleración identificadora: la vegetación es verde: los labios rosados; y el cielo, azul. El color es un elemento esencial de la imagen realista ya que la forma incolora aporta poca información en el desciframiento inmediato de las imágenes. La adición de un color natural acentúa el efecto de realidad, permitiendo que la identificación sea más rápida” ().

Lo connotativo del uniforme está dado en función del elemento y del simbolismo que se encuentra presente en él en un sistema cultural. Recordemos la importancia que para Lotman tiene el signo. Éste sólo puede ser interpretado a la luz de un sistema del que forma parte (1999, p. 23), y que su interpretación como texto se encuentra sujeto a ciertas reglas del entorno cultural.

La expresividad del color de la vestimenta, en la utilización reiterada del café en sus diversos tonos podría remitir a la composición fundamentalmente indígena del EZLN; al “color de la tierra”; y en el rojo del paliacate, color cálido que implica vitalidad y acción. Implica cierta disposición al sacrificio, como lo ha expresado en varias formas el zapatismo. Lo que cuenta en todo momento es la percepción externa que, como hemos señalado, se ha fijado sobre todo en el elemento del pasamontañas, más que en ningún otro símbolo.

5.2.5. El pañuelo-paiacate

Paliacate y no pañuelo. El primero va más a tono con el uso campesino, práctico, propio de la vida en el campo; el segundo tiene una connotación más

ciudadina, de uso más bien accesorio, de cumplimiento de ciertas reglas o convenciones sociales en la vestimenta y de utilización práctica sólo en determinadas ocasiones. El campesino usa el paliacate no sólo para estornudar, sino para protegerse del sol, para transportar cosas (como una pequeña bolsa) o en otros usos prácticos, cuando la circunstancia lo requiere. La selva, como lugar húmedo, obliga a su uso, que poco tiene de artificial aunque se integre en la vestimenta zapatista.

La semioticidad del paliacate remite también a símbolos históricos como el uso de éste por Morelos durante la Independencia, o por los "chinacos" (los guerrilleros mexicanos durante la intervención francesa y el imperio de Maximiliano), quienes lo usaban debajo del sombrero para protegerse de las inclemencias del tiempo. La referencia histórica actúa como "memoria de la cultura" donde el pretérito es presente y guía de la acción. Así, es posible entender la manera en que Zapata se hace presente para el EZLN y el modo en que la historia es concebida desde la visión de que "el pasado es la clave del futuro":

"El pasado es la clave del futuro. En nuestro pasado tenemos pensamientos que nos pueden servir para construir un futuro donde todos quepan sin apretarse tanto como hoy nos aprietan los que arriba viven. El futuro de la Patria lo vamos a encontrar mirando al pasado, a quienes primero nos habitaron, a quienes primero nos pensaron, a quienes primero nos hicieron..." (2001, p. 218).

El paliacate es referencia cuando Marcos habla de sí mismo. En la descripción de su personaje y en la referencia de su compromiso y de su futuro:

"Este paliacate no tiene los 17 años que tiene ésta (la gorra). Esta, sí tiene 17 años, o sea desde que llegué. Pero el paliacate... con ése tomé San Cristóbal, nada más que no se ve ahorita, y casi nunca, porque está muy maltrecho. Este tiene siete años, cumplió el 1 de enero de 1994, con ése salí. Entonces por eso no los cambio. Es el símbolo que de siguen esos pendientes. Cuando ya acaben esos pendientes, entonces ya cambiamos de gorra y de paliacate, y dejamos las armas. Pasamontañas ya no vamos a necesitar pues, creo. A lo mejor van a decir: "no, ¡que se lo ponga!", van a decir... una cuestión de estética. Pues, así, elemental. (2001, p. 5).

Las armas ausentes

Hasta este punto hemos estado construyendo la semioticidad de algunos símbolos presentes en la iconografía del zapatismo, en especial de Marcos;

pero la lectura general de la imagen proyectada requiere el considerar también otros elementos simbólicos que actúan, en función de la coyuntura, incluso con su ausencia, como es el caso de las armas en la caravana zapatista.

Durante su recorrido por el país, la comandancia zapatista dejó las armas de lado, pero no el pasamontañas. El gesto simbólico fue leído por un amplio sector del país como la disposición del EZLN de transitar a la vida civil si se construían las condiciones para ello. Esta apuesta, descabellada en otros tiempos, resultó efectiva, y forzó en buena medida el diálogo y a conseguir la presencia zapatista en el Congreso de la Unión.

Las armas callaron para darle oportunidad a la paz, pero no dejaron tampoco de estar presentes. Y la imagen de Marcos, como del resto de los zapatistas, así lo atestiguó. Éste fue otro mensaje connotativo que también fue entendido por un amplio sector político, aunque no por todos. Finalmente, el problema de la violencia social no puede reducirse a una simple cuestión de armas y, como el propio Marcos admite:

“Definitivamente un militar, me incluyo entre ellos, es un hombre absurdo e irracional, porque tiene que recurrir a la violencia para convencer. Finalmente eso es lo que hace un militar cuando da una orden: Convince con la fuerza de las armas. Por eso nosotros decimos que los militares no deben gobernar nunca, y eso nos incluye a nosotros. Porque quien ha tenido que recurrir a las armas para hacer valer sus ideas es muy pobre en ideas” (Scherer, 2001, p. 15).

Referencias en el texto

Barthes, Roland, (1972). "La retórica de la imagen", en **Comunicaciones # 4**. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo. Versión electrónica disponible en

Barthes, Roland. (1972). "Elementos de semiología", en **Comunicaciones # 4**. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.

Benveniste, Emile, (1979). **Problemas de Lingüística general II**. México: Siglo XXI.

Cáceres Manuel, (1993). "La Escuela Semiótica de Tartu-Moscú, treinta años después", en **Discurso 8. Revista internacional de semiótica y teoría literaria**. Sevilla: Ediciones Alfar.

Calónico, Christian, (2001). **Marcos, historia y palabra**. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Castillo Chávez, Miguel, (2001). "Marcos hincó a la clase política", en **Milenio Semanal**, marzo 26 del 2001, México.

Eco, Humberto, (1986). **La estructura ausente. Introducción a la semiótica**. Trad. Francisco Serra Cantarell. Barcelona: Editorial Lumen.

Genevieve Allard y Lefort, Pierre, coaut., (1988). **La máscara**. México: Fondo de Cultura Económica.

Giraud, Pierre, (1979). **La semiología**. México: Siglo XXI Editores.

Jáquez, Antonio, (2001). "Marcos, el actor", en **Proceso 1271**, México, marzo del 2001.

Lévi-Strauss, Claude, (1975). **La vía de las mascararas**. México: Fondo de Cultura Económica.

Loeza, Guadalupe. (2001). "Detrás del pasamontañas". **Entrevista al Subcomandante Marcos**. En Reforma, 13 de febrero del 2001.

Lotman, Iuri (1996). **La Semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto**. Trad. De Desiderio Navarro. Madrid: Ediciones Cátedra.

Lotman, Iuri (1998). **La Semiosfera II. Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio**. Trad. De Desiderio Navarro. Madrid: Ediciones Cátedra.

Lotman, Iuri (2000). **La Semiosfera III. Semiótica de las artes y de la cultura texto**. Trad. De Desiderio Navarro. Madrid: Ediciones Cátedra.

Lozano, Jorge (1979). "Introducción a Lotman y la Escuela de Tartu" en **Semiótica de la Cultura**. Madrid: Ediciones Cátedra.

Marty, Robert. (s/f). **La semiótica según Robert Marty**. Versión electrónica en

Montemayor, Carlos, (1998) **Chiapas, la rebelión indígena de México**. México, Joaquín Mortiz Editores.

Pérez Martínez, Herón, (1995). **En pos del signo. Introducción a la semiótica**. Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán.

Paz, Octavio, (1989). **El laberinto de la soledad**. Primera ed. 1950. México: Fondo de Cultura Económica.

Pierce, Charles, (1986). **La ciencia de la semiótica**. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Reygadas Robles Gil, Pedro, (1999). **Argumentación y seducción de la guerra**. Tesis de maestría en lingüística. México, D.F.: Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Rodríguez Alfano, Lidia, (1993). **Deixis y modalización. Funcionamiento ideológico en el discurso de dos grupos sociales de Monterrey**. Tesis de maestría en Letras Españolas. Monterrey: Facultad de Filosofía y Letras U.A.N.L., División de Estudios de Posgrado

Sartori, Giovanni, (1998). **Homo Videns**. Barcelona: Aguilar.

Saussure, Ferdinand de, (1945). **Curso de Lingüística general**. Editorial Losada. Buenos Aires.

Scherer García, Julio. "La entrevista insólita" entrevista al Subcomandante Marcos, en **Proceso 1271**. México: 11 de marzo del 2001.

Sonesson, Göran, (1997). "De la estructura a la retórica en la semiótica visual", en **Signa # 6** Revista de la asociación española de semiótica. Madrid.

Sonesson, Göran, (1997). "Semiótica cultural de la sociedad de imágenes. De la reproducción mecánica a la producción digital". Traducción de Ximena Narea. Revisión de Göran Sonesson y Ana Tejera Sonesson. Disponible versión electrónica en

Subcomandante Marcos, (1999) "El pasado, clave del futuro", (9 de enero de 1996) en **La revuelta de la memoria. Textos del Subcomandante Marcos y del EZLN sobre la Historia**. Edición a cargo de Elizabeth Pólito Barrios M. San Cristóbal de las Casas: Centro de Información y Análisis de Chiapas.

Subcomandante Marcos, (1999) "Las fuerzas de liberación nacional y la historia patria", en **La revuelta de la memoria. Textos del Subcomandante Marcos y del EZLN sobre la Historia**. Edición a cargo de Elizabeth Pólito Barrios M. San Cristóbal de las Casas: Centro de Información y Análisis de Chiapas.

Subcomandante Marcos, (1998). "De pasamontañas y otras máscaras", en **EZLN, documentos y comunicados**. V.1. México: Editorial Era.

Trejo Delarbre, Raúl, (1994). **Chiapas. La comunicación enmascarada**. México: Editorial Diana. Disponible una versión electrónica completa del texto en <http://www.etcetera.com.mx/chiapas>

Toussaint Florence, (1992). **Crítica de la información de masas**. México: Ed. Trillas-ANUIES.

Vázquez Montalbán, Manuel, (1999). **Marcos: el señor de los espejos**. México: Ed Aguilar.

Vázquez Rodríguez, Fernando, (1992). "Más allá del ver está el mirar", en **Revista Signo y Pensamiento**. 1er. Semestre. Colombia. Disponible versión electrónica en <http://www.dialogica.com.ar/unr/comaud1/archives/000222.html>.

Otros recursos en internet:

Sobre psicología y teoría del color

<http://www.angelfire.com/ak/psicologie/colcres.html>

<http://www.newsartesvisuales.com/>

Conclusiones

A lo largo de este trabajo hemos intentado valorar mediante el análisis una manifestación concreta del discurso zapatista desde una postura que trasciende las explicaciones generalizantes de este fenómeno político y social que ha cambiado la historia nacional en varios sentidos. Lo hemos hecho conscientes de los riesgos de un trabajo de tal dimensión; de las dificultades teóricas y epistemológicas de la tarea y de parcial que pudieran resultar nuestros juicios. Con este reconocimiento nos propusimos fundamentarlos de la manera más objetiva posible.

Nuestra investigación sobre el discurso nos llevó por caminos temáticos originalmente no contemplados, que fueron enriqueciendo el estudio, ubicándolo en una dimensión más comprensible. Hemos anclado así el discurso zapatista en la historia nacional, y así nos hemos dado cuenta de sus límites. Por otra parte constatamos la trascendencia de un discurso contestario en un mundo globalizado, posmoderno, según algunas visiones filosóficas, cuyos rasgos, profundamente violentos y en ocasiones desesperanzadores, parecieran no ofrecer alternativas al optimismo.

Pero no es a la desesperanza ni al olvido a lo apostamos en esta tesis, sino a la reflexión y a la crítica del mundo real, única manera de darle sentido al quehacer humano de éstas y de las nuevas generaciones.

Partimos de la consideración de que la historia no es una revelación ni una condena, de ello se sigue nuestro rechazo de todo «destino manifiesto» revelado como “la verdad última”, que en realidad manifiesta ser la expresión de un dominio que poco tiene de imaginario y sí mucho de real.

El eje de nuestra explicación, aunque parte del análisis del discurso, es multidisciplinario, por necesidad epistemológica y en virtud del principio que hace de la explicación y la comprensión el centro de las ciencias sociales.

La construcción de nuestro trabajo de tesis sigue una ruta deliberada en la que cada parte intenta dar una descripción de una parcela de la realidad. Los soportes han sido triples: el histórico, el propio del análisis del discurso en un

sentido amplio, y el semiótico en lo que se refiere al mundo de símbolos y códigos implícitos y explícitos en la imagen que se ha construido el zapatismo.

Cada uno de estos enfoques pretende apoyarse en una metodología que no es recurrente invención, sino la aplicación de una vía de explicación fundamentada; ésta constituye la clave que desentraña las particularidades de cada proceso.

Exponemos enseguida las conclusiones a que hemos llegado en cada eje analítico.

Historia, guerrilla e indigenismo

La historia es el vehículo para la explicación del individuo en sociedad. La "etiología del zapatismo" pretende poner de relieve la profunda conexión entre periodos históricos fundamentales en la constitución del México moderno, sin los cuales la comprensión del hoy de la transición y de la transformación del Estado mexicano resultan insuficientes.

La revisión de la historia de los movimientos guerrilleros en México aporta elementos que permiten entender la dinámica del desarrollo histórico-político de la nación, del mismo modo que la Revolución Mexicana se revela como elemento imprescindible para entender la raigambre popular, profundamente humana, de las raíces de la lucha por la democracia a lo largo de los diferentes movimientos sociales del siglo XX. Con este criterio establecimos una vinculación histórica entre el zapatismo original y el pensamiento zapatista contemporáneo.

El análisis pormenorizado de los acontecimientos del 68' nos permitió describir –más allá de la caracterización del autoritarismo mexicano expresado en el fenómeno del presidencialismo- el fondo histórico y el sentido de las transformaciones políticas que plantean las demandas de sus protagonistas, en un proceso que, pese a los avances en la lucha por la democracia y la apertura, resulta aún inacabado e incierto.

Intentamos explicar, sin tratar de hacer una historia de la guerrilla en México, cómo la fisura del Estado mexicano genera una respuesta de violencia

social organizada que se encuentra representada en la llamada «Guerra Sucia», expresión de esta misma fractura del Sistema Político Mexicano.

La comprensión de este fenómeno y el análisis de las condiciones políticas y económicas de la nación son el telón de fondo de nuestro análisis del surgimiento de la guerrilla en Chiapas; de la presencia de las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN), antecedentes del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN); y de la forma en que esta organización se transformó en sus lenguajes y en sus objetivos, en el contacto con el mundo indígena. La vertiente indígena aparece así como una novedad histórica, como un factor a ser explicado por condiciones nacionales muy específicas, pero también por una serie de acontecimientos que se originan a raíz del fin de la Guerra Fría y se concretan en la emergencia del discurso reivindicador del indigenismo en América Latina. Este hecho, dimensionado en el contexto de la globalización y la transformación económica y política de la región, produce severas críticas a los procesos de modernización emprendidos desde las élites políticas, en los que los pueblos indígenas y sus demandas de autonomía históricamente habían sido descalificados.

Sostenemos que la politización de estos movimientos, a diferencia de lo ocurrido en experiencias pasadas, tiene un carácter distinto porque la reivindicación de las nuevas identidades culturales que reclaman no tiene un carácter de confrontación ni de aniquilación de las otras identidades y de los otros discursos, sino que se dirige hacia el establecimiento de políticas de convivencia multicultural y pluralista. No existe, al menos en el discurso producido por el zapatismo, una descalificación a priori de la modernidad, ni tampoco un planteamiento de vuelta al pasado. Existe, eso sí, un reclamo de inclusión distinta a la que, desde una posición de dominación cultural, política o social por parte del Estado mexicano, ha tenido lugar desde la época colonial hasta nuestros días. Esta demanda exige un replanteamiento profundo de las relaciones con los pueblos indios, aspecto que, al incluir profundas transformaciones jurídicas en el régimen político, enfrenta hoy muchos obstáculos para su concreción.

Marcos, el personaje

La valoración del discurso del Subcomandante Marcos en el logro de los objetivos políticos del EZLN es ineludible. Exige que se perciba desde la honda polémica que ha despertado y en la que no están exentas las contradicciones del propio personaje. Insistimos en la palabra "personaje", porque Marcos es, antes que todo, una construcción consciente y deliberada de un proyecto político. Cuando Montemayor (1997) señala que en el líder zapatista es posible identificar varias voces, se reconoce que lo hace en función de la coyuntura y del auditorio al cual se dirige, tal como lo demostramos al abordar su reiterado uso del "nosotros" inclusivo en la modalización de su discurso.

Obviamente que al abordar las condiciones de producción del discurso zapatista el referente es la historia nacional que se expresa en la argumentación de sus protagonistas. Por esta razón puntualizamos que la incógnita de quién esté bajo la máscara de Marcos, es lo menos importante. El valor se encuentra en la comunicación; y en su análisis constatamos la gran aportación del análisis del discurso, que permite identificar las estrategias, las condiciones y la coyuntura en que se producen, circulan y se reciben dichos discursos.

Para el análisis de la entrevista de Julio Scherer al subcomandante Marcos, adoptamos diferentes perspectivas teóricas del análisis del discurso. Esta multiplicidad de enfoques posibilita la comprensión global de lo que implica el discurso zapatista en la historia contemporánea de México.

Llama la atención que la lucha por el reconocimiento de la pluralidad de discursos es el trasfondo ideológico de una disputa que tiene que ver necesariamente con el poder y la política, como actividades concretas. El análisis del discurso tiene en este sentido una dimensión que permite: desarrollar las habilidades para detectar en el discurso los elementos que manifiestan a los "sujetos" y a los "agentes" sociales; ver en qué medida nos encontramos condicionados por una formación ideológica y estructura lingüístico-discursiva del idioma que hablamos. Con estas habilidades develamos las estrategias que se utilizan en México para romper con el discurso que niega la heterogeneidad.

Poder, ideología y formaciones imaginarias

Bajo el enfoque de la Escuela Francesa de Análisis del Discurso, hemos aprendido a comprender cómo en todos los discursos las condiciones de producción, recepción y circulación de los discursos juegan un papel fundamental en las posibilidades de un discurso. Hemos visto como la ideología atraviesa lo que Foucault (1970) llama el "orden del discurso" y así se separa lo que debe o puede decirse de lo que puede o debe callarse. También con Foucault hemos evidenciado la relación del discurso con el poder.

Para desarrollar los postulados de Foucault sobre las condiciones de posibilidad de los discursos y aplicarlos al discurso zapatista tomamos como base el modelo analítico propuesto originalmente por Pêcheux y reconstruido por Haidar y Rodríguez Alfano (1966) que establece la triple relación entre formación social, formación ideológica y formación discursiva que atiende a factores estructurales y coyunturales donde se genera el discurso. En el caso específico de nuestro abordaje de Foucault establecemos ningún discurso se encuentra libre de condicionamientos. Su producción, circulación y recepción se encuentran vigilada y sancionada (1970, p.11): las prohibiciones jamás se ejercen de forma total que no puedan ser subvertidas por otros discursos emergentes que rompan con el tabú. Un discurso contestario invierte los términos socialmente establecidos como "locura" y "razón" y, aplicando lo que Foucault llama "voluntad de verdad", es capaz de mostrar que ésta se encuentra en el lado opuesto de donde el discurso dominante la ubica. En el caso del discurso que expresa Marcos en la entrevista con Scherer el ejercicio del poder y los controles externos e internos del discurso están presentes, pero no anulan del todo la capacidad del sujeto para cuestionar el dominio implícito o explícito.

Frente a una interpretación restrictiva del discurso insistimos que éste no se encuentra al margen de la historia: si la historia y la sociedad son cambiantes, las posibilidades discursivas también lo son.

Para analizar la manera en que las condiciones de producción y recepción de los discursos actúan sobre el sujeto nos resultó particularmente útil en el análisis de la entrevista de Julio Scherer a Marcos la propuesta sobre las

formaciones imaginarias de Pêcheux, que, en sus propias palabras, trasciende el esquema «informacional» de Jakobson por una concepción que, utilizando la categoría de “discurso” ubica al sujeto en cuanto el lugar que ocupa en la estructura social, factor que determina la representación que éste se hace de sí mismo y de los demás.

Metodológicamente la propuesta de Pêcheux nos llevó a descubrir funcionamientos ideológicos y discursivos en Marcos que un simple análisis descriptivo no habría podido establecer. Para nosotros su modelo permite reconstruir el discurso y su origen, ubicar al o a los sujetos del discurso en diferentes dimensiones y anticipar el funcionamiento de sus estrategias argumentativas en diferentes contextos y ante distintos auditorios. Consideramos que, entre otros campos, esta propuesta tiene un fértil campo de desarrollo en el análisis del discurso político y del discurso periodístico, donde los funcionamientos ideológicos resultan esenciales en la configuración de las prácticas discursivas.

Pensar en una noción determinista del discurso reduce la perspectiva de sus posibilidades. Como el mismo Reboul (1980) lo señala, las ideologías son dicotómicas y los discursos también, se argumenta a favor del consenso, pero también del disenso y es esta posibilidad lo que constituye la riqueza del discurso y la dialéctica de las argumentaciones. En forma particular hemos llegado a esta conclusión después de caracterizar la distintas estrategias que utiliza Marcos en su discurso para dirigirse a un amplio auditorio dado que la entrevista fue incluida dentro de un horario con el mayor número de televidentes.

El campo de la argumentación

Hemos desarrollado extensamente la teoría de la argumentación. Desde el punto de vista de la neo-retórica trabajada por Olbrecht-Tyteca (1989), hemos entendido el funcionamiento de las diversas estrategias de persuasión que se utilizan en el discurso zapatista. En este punto reafirmamos el enorme valor que para Marcos posee el manejo de la palabra para obtener la adhesión de los oyentes a sus planteamientos y cómo éste recurre a los distintos tipos de argumentos para ello.

Destaca para nosotros el continuo uso que Marcos hace del humor y del ridículo como armas de la persuasión, y que le sirven para descalificar a su oponente político e ideológico, como sucede en su utilización de las tesis de compatibilidad / incompatibilidad y de la tesis de la autofagia.

No obstante las aportaciones de estos autores en su intento de reivindicar el valor de la retórica, consideramos que en el *Tratado de la argumentación* (1989) dejan aun poco claro la distinción entre la persuasión y el convencimiento (Cfr. Capítulo 5. § 5.3.1.) y orientan su solución en un sentido universalista.

Otro enfoque que enriquece este trabajo es el de la retórica integrada propuesta por Ducrot y Anscombe (1988), pues brinda elementos que nos permiten entender la lógica de los encadenamientos argumentativos orientados a la persuasión. El manejo de los topoi como preconstruidos culturales de validez universal nos ayudaron a entender la forma en que Marcos va construyendo su argumentación a partir del uso consciente y deliberado de esos presupuestos.

También dentro de la argumentación, los modelos de Toulmin (1958) y de Kopperschmidt (1985) han sido muy útiles para entender los procesos de construcción y de refutación en el uso del discurso. Han resultado muy valiosos en nuestra comprensión de dichas estrategias, fundamentales para el éxito del orador ante su auditorio y absolutamente necesarias en un discurso que, como el de Marcos, posee un cariz evidentemente político.

En esta parte de la tesis, las aportaciones de los trabajos de Rodríguez Alfano (1997), Julieta Haidar (2000) y Pedro Reygadas (1999) sobre el discurso parlamentario y los distintos modelos operativos dentro de la argumentación, respectivamente, aclararon nuestro panorama y facilitaron su aplicación metodológica en la entrevista de Julio Scherer a Marcos. En el discurso del líder zapatista se hace evidente el funcionamiento de estos modelos argumentativos en sus distintas modalidades y en diferentes momentos de la entrevista.

Discurso y coyuntura

De acuerdo a los postulados de la Escuela Francesa de Análisis del Discurso, sobre el discurso zapatista actúa una serie de restricciones que operan como

coyuntura y que se manifiestan a nivel discursivo. Como señala Regine Robin (1976), la coyuntura, entendida no sólo en el sentido histórico, actúa lo mismo para imponer restricciones en el lenguaje como usos obligatorios de términos (p. 45). Constatamos la incidencia de la coyuntura en la entrevista, donde se manifiesta de distintas formas, pero sobre todo actúa en forma concreta en los discursos de Scherer y de Marcos como "orden del discurso" (Foucault, 1970), de entrevistador y entrevistado, como lo hemos demostrado.

El análisis de la relación entre ideología y discurso nos llevó a considerar hasta qué punto lo ideológico se manifiesta en las prácticas sociales discursivas y la manera en que estas condicionan nuestra actitud frente al mundo, en lo que decimos, callamos o disimulamos. La puntual revisión que hace Reboul de los rasgos de la ideología en *Lenguaje e ideología* (1980) nos ayudó a identificar de qué manera actúa y se manifiesta en el discurso zapatista y, en el caso de la entrevista Scherer-Marcos, cómo actúa según diversas estrategias de la ideología sean asumidas consciente o inconscientes.

Resulta interesante la manera en que Reboul interpreta el modelo de comunicación propuesto por Jakobson (1963) para aplicarlo al discurso ideológico (que en este sentido es todo discurso). Las diferentes funciones propuestas en esta teoría también sirven de base para planteamientos como los de Pêcheux (formaciones imaginarias) y los de Lotman (semiótica de la cultura) quienes, como Reboul, afirman que el lenguaje es, ante todo, un hecho social, y que por tanto sus funciones se refieren no sólo a la comunicación interindividual.

Lenguaje, semiótica e imagen

Si pudiéramos definir en pocas palabras lo que nos ha dejado este trabajo de tesis es una nueva comprensión del valor del lenguaje y de la lingüística como ciencia que se articula de múltiples maneras en y con el conocimiento de lo social.

Nuestro arribo al campo de lo semiótico se fue construyendo gradualmente desde las diferentes aportaciones que fuimos encontrando en nuestro análisis. La vía de acceso fue primero la retórica y el estudio de la argumentación y de ahí

saltamos, tras un recorrido histórico de aprendizaje, a la semiótica de la imagen y a la semiótica de la cultura, como otra retórica de múltiples significaciones. En esta área reconocimos que el trabajo desarrollado en el campo es inicial y exploratorio, pues nos faltan conocimientos más extensos y precisos para señalar la riqueza conceptual y hermenéutica de la semiótica, su relación profunda con el campo de las ciencias del lenguaje y la interdisciplinariedad que se puede establecer con el análisis del discurso.

En la línea de la semiótica de la cultura explorada por Lotman y la Escuela de Tartu creemos encontrar una línea de continuidad que posibilita la reconceptualización de la historia en nuevos caminos en que el pasado y el presente se leen de distinta manera. Esta lectura es propia de los trabajos que, desde la antropología estructural ha impulsado Lévi-Strauss en su noción de diacronía y sincronía, elementos de comprensión que han posibilitado nuevos caminos de interpretación de los fenómenos de la cultura.

En el campo de la semiótica de la imagen, a través de la descripción de los elementos icónicos presentes en el Subcomandante Marcos hemos desarrollado una nueva percepción de lo visual partiendo de las categorías de Jakobson reformuladas en los modelos de Barthes (1972) y de Eco (1986) y retomadas parcialmente por nosotros en el examen de la imagen de Marcos. Consideramos que la semiótica de la imagen es una de las áreas de mayor futuro en una civilización que, como la nuestra, apuesta a la cultura de lo visual. Sin embargo esta aportación se debe dar no sólo como una visión pragmática de relectura de códigos y símbolos, sino como un ejercicio crítico de la realidad social. En esta parte consideramos que el discurso no debe dejarse ahogar por el poder de la imagen, que la imagen no debe sustituir al *logos* ni ahogar la racionalidad y que, en ese sentido, Marcos acierta cuando señala en la entrevista con Scherer (2001) que son los medios los que hoy construyen la imagen y determinan su consumo.

El futuro del discurso zapatista

La manera en que nuestros discursos se construyen está ligada directamente a sus efectos. En la entrevista que hemos tomado como referencia la coherencia

argumentativa, signo de la claridad intelectual, reside no sólo en el mensaje, sino en la modalización que sus protagonistas utilizan para apoyarla.

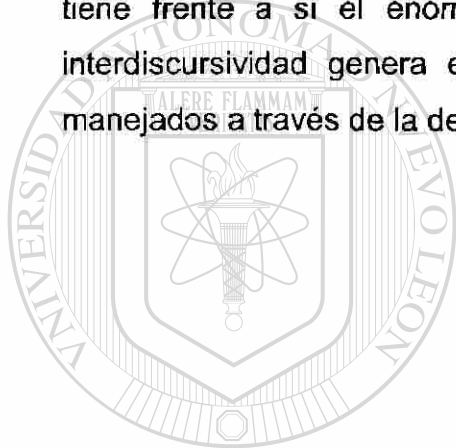
En particular la entrevista Scherer-Marcos nos ha revelado no sólo la formación académica de ambos personajes públicos, sino su congruencia con un estilo y una forma de interpretar la realidad mexicana contemporánea. Scherer es sintético y preciso como corresponde a su papel de entrevistador. Sugiere, incita la respuesta, pone trampas a su entrevistado. Marcos es analítico, pedagógico, explica y justifica la postura zapatista y la suya propia y al mismo tiempo deja espacio a esa dualidad con la que se le concibe (la que habla, desde el pasamontañas por la colectividad indígena y la que se revela diferente y encerrada en la máscara). Sabe a quién va dirigido su mensaje y manda señales, no siempre tan explícitas como él cree, pero deja en claro la diferencia con el interlocutor ausente (en la entrevista), en este caso el representado por Fox y el actual sistema político mexicano. Su discurso revela también un espacio para la autocrítica lo que lo aleja de los fundamentalismos que residen en buena parte de la *realpolitik* mexicana y que para muchos constituye su principal atractivo en esta época de desencantos políticos y culturales, reconoce Marcos asumiéndose como político: "Pues a veces nosotros tampoco nos entendemos. Pero somos sinceros y somos honestos, y pocos políticos en México pueden decir lo mismo" (Scherer, 2001, p.14).

Como autor e «interpretador» del discurso zapatista, resulta difícil establecer un balance y una diferencia cuando se tienen más coincidencias que divergencias con el personaje en cuestión. En esta investigación intentamos «tomar distancia» de esta empatía con el personaje para tratar de entenderlo en su relación con cierta estructura social y analizando su discurso no como el producto de un guerrillero romántico o un partidario de la utopía, sino como el intérprete y traductor de una historia que hasta hoy no ha sido reconocida en la justa dimensión de sus aportaciones y de sus realidades: la cultura indígena nacional. Debemos destacar la deuda intelectual en este renglón con la obra del antropólogo Guillermo Bonfil Batalla (1989, 1997), quien, como ningún otro intelectual mexicano en el siglo XX, trató de entender las dimensiones de la

compleja relación cultural que se da entre el México mestizo y occidental que apunta al futuro sin reconocer el pasado, el México «imaginario» y el «México profundo» constituido por los pueblos indios desde la tradición y la memoria histórica. Ambos proyectos coexisten hoy sin tender puentes firmes de comunicación y diálogo capaces de establecer una nueva relación y un nuevo destino común para ambos. Pero ha sido la realidad, la angustiosa y dura realidad social del país la que hoy nuevamente los confronta en un contexto globalizado, "posmoderno" y caótico que hace todavía más compleja la relación.

Como posibilidad discursiva legitimada socialmente, el movimiento zapatista tiene frente a sí el enorme reto de convencer aceptando también que la interdiscursividad genera espacios de incompatibilidad que sólo pueden ser manejados a través de la democracia como práctica social.

Monterrey, Nuevo León, julio del 2003



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

